FLAVIO VEGECIO RENATO

Compendio de técnica militar

Edición de David Paniagua Aguilar



CATEDRA
LETRAS UNIVERSALES

COMPENDIO DE TÉCNICA MILITAR FLAVIO VEGECIO RENATO

Letras Universales

FLAVIO VEGECIO RENATO

Compendio de técnica militar

Edición de David Paniagua Aguilar

Traducción de David Paniagua Aguilar

CÁTEDRA
LETRAS UNIVERSALES

Título original de la obra:
Epitoma rei militaris

1.ª edición, 2006

Diseño de cubierta: Diego Lara

Ilustración de cubierta: Legionario romano con su equipamiento

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 22.955-2006
I.S.B.N.: 84-376-2313-8
Printed in Spain
Impreso en Anzos, S. L.
Fuenlabrada (Madrid)

INTRODUCCIÓN

Perfil biográfico del autor

El nombre

Aunque la tradición no presenta datos unívocos al respecto, en la última década y fundamentalmente como consecuencia de su adopción por parte de A. Önnerfors[1] en su edición crítica de la obra, se ha ido imponiendo como denominación de nuestro autor el nombre Publio Flavio Vegecio Renato. Pero a pesar de la fortuna de esta denominación no está de más prestar atención a la cuestión porque hay datos que merecen ser revisados.

En el manuscrito de mayor antigüedad[2] que transmite la *Epitoma rei militaris*[3] y en los manuscritos que contienen la *Mulomedicina*, la otra obra escrita por Vegecio y cuyo título original debió de ser *Digesta artis mulomedicinae*, el autor aparece mentado con el nombre Publio Vegecio Renato[4]. En cambio, los mejores manuscritos de la *Epitoma* presentan al autor

[1] A. Önnerfors, *P. Flavii Vegeti Renati Epitoma rei militaris*, Stutgardiae-Lipsiae, Teubner, 1995.

[2] Se trata del manuscrito Vaticano, Reg. lat. 2077, (F) del siglo VII que contiene *excerpta* de la obra.

[3] En lo sucesivo y por razones de comodidad, en esta introducción nos referiremos a la obra simplemente como *Epitoma*.

[4] Existe otro manuscrito que transmite la *Epitoma* y presenta el *praenomen Publius*. Se trata del manuscrito Milano, Ambros. D 8 inf. (siglo XV-XVI), pero es suficientemente moderno como para poder haber tomado el *praenomen Publius* de la tradición manuscrita de la *Mulomedicina*.

Título original de la obra:
Epitoma rei militaris

Diseño de cubierta: Diego Lara

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 22.955-2006
I.S.B.N.: 84-376-2315-8
Printed in Spain
Impreso en Anzos, S. L.
Fuenlabrada (Madrid)

Perfil biográfico del autor

El nombre

Aunque la tradición no presenta datos unívocos al respecto, en la última década y fundamentalmente como consecuencia de su adopción por parte de A. Önnerfors[1] en su edición crítica de la obra, se ha ido imponiendo como denominación de nuestro autor el nombre Publio Flavio Vegecio Renato. Pero a pesar de la fortuna de esta denominación no está de más prestar atención a la cuestión porque hay datos que merecen ser revisados.

En el manuscrito de mayor antigüedad[2] que transmite la *Epitoma rei militaris*[3] y en los manuscritos que contienen la *Mulomedicina,* la otra obra escrita por Vegecio y cuyo título original debió de ser *Digesta artis mulomedicinae*, el autor aparece mentado con el nombre Publio Vegecio Renato[4]. En cambio, los mejores manuscritos de la *Epitoma* presentan al autor

---

[1] A. Önnerfors, *P. Flavii Vegetii Renati Epitoma rei militaris*, Stuttgart-Leipzig, Teubner, 1995.

[2] Se trata del manuscrito Vaticano, Reg. lat. 2077, (E) del siglo VII, que contiene *excerpta* de la obra.

[3] En lo sucesivo y por razones de comodidad, en esta introducción nos referiremos a la obra simplemente como *Epitoma*.

[4] Existe otro manuscrito que transmite la *Epitoma* y presenta el *praenomen Publius*. Se trata del manuscrito Milano, Ambros. D 4 inf. (siglos XV-XVI), pero es suficientemente moderno como para poder haber tomado el *praenomen Publius* de la tradición manuscrita de la *Mulomedicina*.

como Flavio Vegecio Renato y así lo recogió K. Lang[5] en su edición crítica de la obra, reconociendo la autoridad de esta tradición en la transmisión del texto. Los testimonios indirectos tampoco son de gran ayuda para discernir el *praenomen* original de Vegecio ya que Prisciano[6] se refiere a él denominándolo *Vegetius Renatus*[7] y el bizantino Juan Lido[8] prescinde incluso del *nomen* al llamarlo simplemente Ῥενᾶτος.

Esta divergencia en la onomástica fue motivo de que en tiempos pasados se sostuviera que el autor de la *Epitoma* y el autor de la *Mulomedicina* fueron dos personas distintas que tuvieron en común un mismo *nomen* y *cognomen*[9], es decir, dos Vegecio Renato diferentes. No obstante, en la actualidad los estudios dedicados al discernimiento de si ambas obras fueron fruto del mismo autor o de dos autores distintos han configurado un panorama en el que parece fuera de discusión la consideración positiva de ambas obras como fruto de un solo escritor[10]. Y esto independientemente de que su *praenomen* fuera originariamente Publio o Flavio.

Recientemente, A. Önnerfors[11], en su edición crítica de la obra, publicada en la Bibliotheca Teubneriana, ha querido re-

---

[5] K. Lang, *Flavii Vegetii Renati Epitoma rei militaris*, Leipzig, Teubner, 1885[2] (1869; reproducción anastática 1967).

[6] *Inst.* 3, 21 (= *Gramm. Lat.* 2, pág. 97, 19).

[7] No sin divergencias entre los manuscritos en lo concerniente al *nomen: Vegetius, Vegitius, Vegetus, Vigitus* (véase M. D. Reeve, *Vegetius, Epitoma rei militaris*, Oxford, Oxford University Press, 2004, pág. VI).

[8] *De magistrat.* 1, 47.

[9] Así, por ejemplo, el propio Lang, *ibidem*, pág. XI, n. 2.

[10] No obstante, siguen apareciendo trabajos en los que la identificación no es dada por segura, como en C. D. Gordon, "Vegetius and his proposed reforms of the army", J. A. S. Evans (ed.), *Polis and Imperium. Studies in honour of E. T. Salmon*, Toronto, 1974, pág. 56, n. 1. Mucho menos común es encontrar en estudios recientes la negación explícita y tajante de que ambos escritores fueran uno solo tal y como se lee en J. A. Wisman, "Flavius Renatus Vegetius", F. E. Cranz, V. Brown y P. O. Kristeller (eds.), *Catalogus translationum et commentariorum: medieval and renaissance latin translations and commentaries annotated lists and guides*, vol. VI, Washington D.C., The Catholic University of America Press, 1986, pág. 175.

[11] Primero en A. Önnerfors, "Zu Person und Werk des Publius Vegetius Renatus", *Vetenskapssocietetens i Lund årsbok 1991*, Lund, Lund University Press, 1993, págs. 142-173; y después en A. Önnerfors, *P. Flavii Vegetii Renati Epitoma rei militaris*, págs. V y L.

solver definitivamente el dilema del *praenomen* de Vegecio conciliando y fundiendo en una sola ambas tradiciones manuscritas. Así el filólogo sueco, retomando una antigua idea de W. Kroll[12] (en realidad Kroll lo único que había hecho había sido yuxtaponer los *praenomina* atestiguados sin mayor preocupación por explicar su duplicidad), ha propuesto que el nombre completo de Vegecio fuera en realidad Publio Flavio Vegecio Renato y que la P. (como abreviatura de Publio) hubiera caído o se hubiera perdido de alguna forma al inicio del proceso de transmisión y copia de la *Epitoma*. Trata de este modo de ofrecer una explicación satisfactoria a la omisión del *praenomen Publius* en los manuscritos de la *Epitoma*.

La existencia de dos *praenomina* atestiguados, en líneas generales, uno en cada obra, implica un problema sólo aparentemente. Es cierto que un hombre romano sólo tenía un *praenomen*, pero en ciertas circunstancias es posible encontrar excepciones a esta afirmación. Parece fuera de duda que el *praenomen* original hubo de ser Publio, ya que no se conocen precedentes de la sustitución de un *praenomen* cualquiera por el de Publio. En cambio no sólo se tiene constancia de precedentes de cambio de un *praenomen* cualquiera por Flavio sino que incluso, en las condiciones debidas, resultó un fenómeno frecuente. Sin embargo es en la justificación de los condicionantes de este cambio donde existen algunas posturas en desacuerdo.

Parece asumido que Flavio, cuando venía adoptado como *praenomen*, no debía de ser estrictamente un *praenomen* más, sino que en un momento bien preciso de la historia de Roma pasó a ser considerado un *praenomen* honorífico, indicativo de alto estatus social, como ha señalado pertinentemente B. Salway[13]. Este *praenomen* estuvo estrechamente ligado a la nomenclatura imperial y al círculo aristocrático formado por la nue-

---

[12] Expresada en W. S. Teuffel, *Geschichte der römischen Literatur, III*, Leipzig-Berlín, Teubner, 1913[6], pág. 413.

[13] B. Salway, "What's in a name? A survey of roman onomastic practice from c. 700 B.C. to A.D. 700", *JRS* 84, 1994, págs. 124-145, y en particular págs. 137-140.

va elite en torno al emperador a partir del reinado de Constantino. Cuando este emperador elevó a la categoría de Césares a sus hijos Crispo y Constantino, éstos recibieron el nombre de *Flauius Iulius Crispus* y de *Flauius Claudius Constantinus* respectivamente, en el afán del emperador de establecer su gentilicio como indicador de prestigio y de posición social de privilegio. *Flauius* pasó a ser una suerte de *praenomen dignitatis*[14] y como tal lo recibían los sucesores de la dinastía reinante y con el tiempo, por extensión, también los altos cargos del funcionariado y los oficiales del Imperio como un tratamiento de dignidad implícito en su rango[15]. No obstante, no termina de estar del todo claro si la concesión de este *praenomen Flauius* se realizaba a título individual o colectivamente y si se hacía por decisión del emperador o si por el contrario se asumía automáticamente al alcanzar una determinada categoría social o profesional[16]. Conforme a estos datos la presencia en la tradición de los *praenomina Publius* y *Flauius* podría encontrar una explicación más fácilmente. La tradición manuscrita de la *Mulomedicina* habría conservado el *praenomen Publius*, el original (o si se prefiere el de nacimiento) de Vegecio, en tanto que la tradición de la *Epitoma* habría transmitido el *praenomen Flauius* omitiendo *Publius*, una vez que Vegecio había llegado a ocupar un cargo de administración imperial que le garantizaba la concesión de dicho *praenomen* honorífico. De ser esto efectivamente así, tal y como parece, la composición de

---

[14] Recuérdese el pasaje de Paulo Diácono *(Hist. Lang.* 3, 16) en el que refiriéndose a un acontecimiento del año 583 dice que los Lombardos nombraron *"Flauius"* a Authari, su nuevo rey, *"ob dignitatem"*.

[15] La consideración de Ph. Richardot (Ph. Richardot, *Végèce et la culture militaire au Moyen Âge: V^e^-XV^e^ siècles,* Paris, Economica, 1998, pág. 7) de que *Flauius* se convirtió en una fórmula equiparable a un "monsieur" o a un "don" es interesante en lo que hace a su expresión de una categoría de *status* privilegiado. Sin embargo debe tenerse en cuenta que *Flauius* venía a sustituir el *praenomen* original de la persona y a ser utilizado en su lugar, mientras que las formas de cortesía son añadidos al nombre, no elementos sustitutivos, que denotan con su anticipación el tratamiento de dignidad.

[16] J. G. Keenan, "The names Flavius and Aurelius as status designation", *ZPE* 11, 1973, págs. 40-63, al final del artículo apunta levemente la cuestión pero no la toma en consideración.

la *Mulomedicina* habría tenido que ser llevada a cabo en una fecha anterior a la redacción de la *Epitoma*. Además esta hipótesis exige que entre la redacción de una y otra obra Vegecio hubiera ascendido en su carrera en la administración hasta una posición de privilegio motivando consiguientemente el cambio de su *praenomen* original *Publius* por el de *Flauius*, tal y como atestiguan las dos tradiciones manuscritas.

De acuerdo a este planteamiento la conjetura de Önnerfors de que el nombre completo de nuestro autor fuera Publio Flavio Vegecio Renato y que *Publius*, abreviado como *P.*, hubiera desaparecido en un momento temprano del proceso de transmisión manuscrita parece inoportuna. Fundamentalmente porque aun cuando hipotéticamente se pudiera explicar de ese modo la desaparición del *praenomen Publius* en la tradición de la *Epitoma* a Önnerfors se le escapó un detalle de no poca importancia; esta propuesta no ofrece una justificación que explique la desaparición de *Flauius* en la tradición de la *Mulomedicina*. La especulación de Önnerfors entraña que en la tradición de cada una de sus dos obras hubiera desaparecido un *praenomen* distinto, en una *Publius* y en otra *Flauius*.

Consecuentemente, la fórmula de los *quattuor nomina* que se ha impuesto en los últimos años para denominar a Vegecio, esto es, Publio Flavio Vegecio Renato, no resulta ni adecuada ni acertada. Sería más apropiado retomar una denominación de *tria nomina*, en conformidad con los testimonios manuscritos, como Publio Vegecio Renato o como Flavio Vegecio Renato, ambas correctas. En definitiva, se trata de elegir la manera de nombrar a un escritor que tuvo como nombre de nacimiento Publio Vegecio Renato y que gracias a su ascenso en la carrera de la administración imperial pasó a ser llamado Flavio Vegecio Renato, a partir de la concesión del *praenomen* Flavio que confería a su nombre el prestigio del alto cargo que desempañaba al servicio del emperador.

En lo que concierne al *nomen* la forma onomástica *Vegetius* no aporta muchos datos significativos al esbozo biográfico de nuestro autor. Se trata en origen de un gentilicio derivado del

nombre *Vegetus*, que se encuentra atestiguado ya en un epigrama atribuido a Séneca (*ep*. 36 Prato). En un momento sucesivo a la adquisición de la ciudadanía romana por parte de un *Vegetus* su nombre habría generado un gentilicio con el sufijo característico en *-ius*, dando lugar a *Vegetius*. Los datos indican que la forma *Vegetius* junto con las formas con que comparte un tronco común, a saber, *Vegeto*, *Vegetianus*, *Vegetus* y *Vegeta* (femenino) es característicamente occidental y, en particular, está circunscrita predominantemente a la provincia de Hispania y, en menor medida aunque también en cantidad superior al resto de las provincias, a la Galia Narbonense[17]. Sin embargo la inferencia de un origen hispánico o galo para Vegecio exige mayor fundamento y volveremos sobre ello más adelante.

En cuanto al *cognomen Renatus* (que en latín significa literalmente "Renacido"), es pertinente señalar que junto con otros como *Redemptus* ("Redimido"), *Renouatus* ("Renovado") o *Reparatus* ("Reparado"), representa en origen uno de los ejemplos característicos del sistema cristiano de creación onomástica mediante la expresión de conceptos característicos de la renovación espiritual y de la nueva vida que se comienza con la conversión a la religión cristiana por medio del nombre

---

[17] Los siguientes datos proceden del estudio prosopográfico de A. Mócsy *et alii*, *Nomendator provinciarum Europae Latinarum et Galliae Cisalpinae cum indice inverso*, Dissertationes Pannonicae III. 1, Budapest, 1983, *sub uoces: Vegetianus* –Italia (1), Hispania (3), Narbonense (1); *Vegetinus* –Hispania (5); *Vegetius* –Hispania (1), Galia Bélgica (3), Narbonense (1); *Vegeto* –Nórico (1); *Vegetus* –Italia (4), Hispania (41), Galia Bélgica (9), Narbonense (13), Panonia (3), Nórico (3), Aquitania (1), Britania (1), Galia Lugdunense (2). En esta relación no se discrimina entre *cognomina* y *nomina*. Por su parte, J. M. Abascal en su inventario de nombres personales atestiguados por vía epigráfica en Hispania (*Los nombres personales en las inscripciones latinas de Hispania*, Murcia, Universidad de Murcia-Universidad Complutense de Madrid, 1994, s.u.) ofrece unos datos algo distintos pero sin duda más precisos, que sirven al propósito de ofrecer una imagen más clara de la cuestión al comparar sus datos con los que presenta Mócsy al respecto de la presencia de los diferentes *nomina* o *cognomina* en otras provincias: *Vegetius* como *nomen* (1), como *cognomen* (1); *Vegeta* (11), *Vegetianus* (3), *Vegetina/-us* (4), *Vegetus* (42).

propio o *cognomen* del acólito. Sin embargo, si bien la etiología de *Renatus* es evidentemente cristiana, la seguridad de que su presencia transmita en todos los casos una necesaria connotación cristiana no debe ser aceptada sin reparos[18]. En nuestro caso la actitud de Vegecio en su propia obra de cercanía al cristianismo y sus alegatos manifiestos en clave cristiana tales como la proclamación de la naturaleza teocrática del Estado romano y la condición del emperador de encarnación viva y presente de Dios, en sentido cristiano, en el mundo no dejan lugar a la duda acerca de la orientación del elemento religioso[19]. No se advierte sin embargo en la obra una intención proselitista ni evangelizadora, ni tan siquiera una atención al asunto religioso particularmente marcada. Al contrario, se trata de una postura muy comedida que asume el tenor religioso del Estado como algo natural y que no requiere mayor protagonismo del debido. Se puede afirmar recordando las palabras del genial historiador italiano Santo Mazzarino que Vegecio es "formalmente cristiano", porque efectivamente ofrece una imagen correcta de cristiano, pero parece despojado de todo fervor religioso suscitando en el lector las mismas impresiones que producen otros autores de la época que aceptan formalmente el cristianismo adoptado por el Estado como religión oficial, aunque sin participar de su sentido religioso en primera persona. Muy probablemente el caso de Vegecio es similar al de aquellos neocristianos que aceptaron el cristianismo como religión, una vez que fue decretada religión oficial, pero la asumieron sin rigor ni fervor y más en la forma que en el fondo.

---

[18] Al respecto se puede consultar I. Kajanto, *Latin cognomina*, Helsingfors, Societas Scientiarum Fennica, 1965, págs. 135 y 355.

[19] Sobre la cuestión del cristianismo de Vegecio se puede ver V. Marek, "Vegetius: ein christlicher Heide?", en G. Thome y J. Holzhausen (eds.), *Es hat sich viel ereignet, Gutes wie Böses. Lateinische Geschichtsschreibung der Spät- und Nachantike*, Múnich-Leipzig, págs. 26-36.

La posición social

Los *incipit* de los manuscritos de la *Epitoma* coinciden en aplicar a Vegecio en aposición a su nombre completo la consideración de *uir illustris.* El significado de este tratamiento nos resulta bien conocido. A finales del siglo IV el rango social de un ciudadano estaba directamente determinado por el cargo que desempeñaba en la sociedad. De este modo a quienes ocupaban los ministerios más altos de la administración imperial les estaba reservado el rango social más elevado, esto es, el de *uir illustris*[20]. Si se recurre a la valiosa información que proporciona la *Notitia Dignitatum,* documento compilado aproximadamente entre los últimos años del siglo IV y el primer tercio del V[21], y que resulta imprescindible para conocer la estructura de la administración y del ejército romano de esta época, se encuentra una mayor precisión organizativa al respecto del título *uir illustris*. Allí este tratamiento aparece reservado a los seis prefectos de pretorio[22], a los ocho *magistri militum*[23], los dos *praepositi sacri cubiculi*, los dos *magistri officiorum*, los dos *quaestores*, los dos *comites sacrarum largitionum,* los

---

[20] Av. Cameron, *El Bajo Imperio Romano (284-430 d. de C.)*, Madrid, Encuentro, 2001 (1993 el original inglés), pág. 114; A. Chastagnol, "L'evoluzione dell'ordine senatorio nei secoli III e IV della nostra era", en S. Roda (ed.), *La parte migliore del genere umano. Aristocrazie, potere ed ideologia nell'occidente tardoantico*, Turín, Scriptorium, 1996, págs. 19-21; A. Chastagnol, "La carriera senatoriale nel Basso Impero (dopo Diocleziano)", *ibidem*, en particular págs. 45-46.

[21] Parece que el elenco de los cargos administrativos de la parte oriental del imperio refleja la situación de la administración del Imperio de Oriente correspondiente al año 396, mientras que la imagen que ofrece de la administración de la parte occidental puede fecharse hacia mediados o finales de la década del 420. Sobre la *Notitia Dignitatum*, cfr. J. H. Ward, "The *Notitia Dignitatum*", *Latomus* 33, 1974, págs. 397-434.

[22] Los prefectos de Oriente, Iliria y la ciudad de Constantinopla en la parte oriental del Imperio, y los prefectos de Italia, las Galias y la ciudad de Roma, en su parte occidental.

[23] Dos *magistri militum praesentiales,* un *magister militum* para Oriente, otro para Tracia y otro más para Iliria en la parte oriental del Imperio, y dos *magistri militum praesentiales* y un *magister equitum* en las Galias, en su parte occidental.

dos *comites rerum priuatarum*[24] y los cuatro *comites domesticorum*[25]. Los cargos inferiores tales como los gobernadores provinciales y los comandantes al mando de los ejércitos provinciales recibían generalmente el título de *uir spectabilis*, mientras que el título de *uir clarissimus*, de menor rango todavía, quedaba reservado para los miembros de la clase senatorial. En total, si se debe conceder crédito a la *Notitia Dignitatum*, de toda la administración imperial uniendo ambas partes del Imperio únicamente veintiocho personas recibían por motivo de sus cargos el tratamiento de *uir illustris*. Sin dar mayor importancia a la cifra exacta, este dato sirve para entender que la ostentación del título *uir illustris* entraña la identificación de Vegecio como miembro del reducido círculo de hombres de confianza del emperador situados en los más altos cargos de poder. En consecuencia se puede afirmar que Vegecio, cuando escribió la *Epitoma*, por cuanto ocupaba uno de estos cargos de primera línea en la administración imperial, pertenecía a ese selecto grupo privilegiado de la elite dirigente. No se trata por tanto de un personaje desconocido en la sociedad romana sino, todo lo contrario, de una figura prominente en el panorama sociopolítico de la época. Se comprende así mejor su relación y su familiaridad con el emperador, si bien es cierto que siempre matizada por el trato respetuoso y la deferencia que le brinda en todo momento, e incluso encuentra una explicación más sencilla el modo en que podría haber llegado a manos del emperador el primer libro de la *Epitoma* cuando constituía por sí solo una obra completa y acabada y la posterior petición de éste de que se ampliaran los contenidos y se tratara de forma sistemática la *res militaris*. Se entiende mejor, en definitiva, la complicidad que se acierta a distinguir en la *Epitoma* entre el emperador y Vegecio. Al fin y al cabo no sería otra cosa que el fruto del trato habitual entre ambos como consecuencia de la posición aventajada de Vegecio en el siste-

---

[24] De todos los cargos que aparecen en cantidad de dos, uno corresponde a oriente y el otro a Occidente.

[25] Dos para Oriente *(comes domesticorum equitum y comes domesticorum peditum)* y otros tantos para Occidente.

ma administrativo imperial. Una posición que, además, como cabe suponer, no le habría sido concedida a nuestro autor sin un cierto patrocinio del propio emperador, al menos en los últimos pasos de su carrera de ascenso hacia las cumbres de la administración.

La tradición manuscrita también coincide de manera unánime en atribuir a Vegecio la condición de *comes*. Un manuscrito (T[26]) presenta una fórmula más completa en la presentación del autor que el resto, en la que Vegecio es denominado *comes sacrum*. Según el profundo estudio de la tradición manuscrita de la *Epitoma* que recientemente ha llevado a cabo M. D. Reeve[27], esta lectura *comes sacrum* con toda seguridad no es una interpolación tardía, sino el vestigio o una forma desfigurada de algún cargo de la administración imperial atribuido al autor de la obra.

En conformidad con una interpretación de Schöner[28], la mayoría de los estudiosos de Vegecio ha querido ver en esta expresión, ininteligible tal cual está escrita, una forma abreviada o mal copiada de *sacrarum*. Si se acepta esta conjetura de reconstrucción el testimonio de este manuscrito sería extremadamente valioso ya que permitiría conocer con exactitud el cargo específico que desempeñó Vegecio en la alta administración imperial durante la redacción de la *Epitoma* o poco tiempo antes. Se trataría de la función de *comes sacrarum largitionum*, una figura administrativa del alto imperio romano equiparable a un ministro de finanzas. Su función[29] consistía en la supervisión de la recaudación de los impuestos indirectos, tales como los aranceles, de la exacción de impues-

---

[26] Se corresponde con el manuscrito al que Lang dio la sigla Π. Se trata del manuscrito Vaticano, Pal. Lat. 909 (*T*, siglos X/XI).

[27] M. D. Reeve, "The transmission of Vegetius' *Epitoma rei militaris*", *Aevum* 74, 2000, pág. 277.

[28] C. Schöner, "Studien zu Vegetius", *Programm der königlichen bayerischen Studienanstalt zu Erlangen 1887-1888*, Erlangen, 1888, págs. 18 y ss.

[29] Chr. Kelly, "Emperors, government and bureaucracy", en Av. Cameron y P. Garnsey, *The Cambridge Ancient History. Volume XIII. The Late Empire, A.D. 337-425*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, pág. 167.

tos pagados en metal precioso para costear los *donatiua* que se concedían al ejército y de la administración y gestión de las cecas, los yacimientos mineros, las canteras y las fábricas textiles. Como ya se ha dicho anteriormente, el *comes sacrarum largitionum* era uno de los cargos que según el testimonio de la *Notitia Dignitatum* proporcionaba el tratamiento de *uir illustris*. Por ello la coincidencia del cargo con el título de *uir illustris* que se encuentra aplicado a Vegecio en los manuscritos concedió desde el principio muchos visos de verosimilitud a la coherente propuesta de Schöner.

Sin embargo, el consenso de los estudiosos se quebró con la voz discordante de W. Goffart[30], que rechazaba la conjetura de Schöner y proponía en contrapartida un título de "count of the sacred stables" ("conde de los establos sagrados"), presumiblemente teniendo muy en cuenta el profundo conocimiento de la cría de caballos que Vegecio demostró tener en su *Mulomedicina*. Goffart no presentaba la forma original latina del título pero remitía a sus lectores a Amiano Marcelino (26, 4, 2) donde se lee: "ille (sc. Valentinianus) [...] Valentem fratrem stabulo suo cum tribunatus dignitate praefecit", ("[sc. Valentiniano] puso a su hermano Valente al mando de su establo con el rango de tribuno"). La remisión a Amiano no explica de dónde procede la conjetura "count of the sacred stables" porque el historiador ni habla de *comes* ni complementa el sustantivo con *stabuli* de ninguna manera. Es más, una mirada más atenta a la obra de Amiano permite concluir que el cargo de quien se ocupaba del *stabulum* imperial es denominado siempre por Amiano *tribunus stabuli*[31] y además el término *stabulum* no está atestiguado en Amiano precedido por *comes* ni calificado de *sacrum*.

---

[30] W. Goffart, "The date and purpose of Vegetius' *De re militari*", *Traditio* 33, 1977, págs. 89-90.

[31] Véase Amiano Marcelino, 14, 10, 8 *Agilonem tribunum stabuli;* 20, 4, 3 *Sintula* [...] *Caesaris stabuli tunc tribunus;* 28, 2, 10 *Constantianus tribunus stabuli,* 30, 5, 19 *tribunus stabuli Cerialis,* y el propio ejemplo aducido por Goffart 26, 4, 2, donde el autor dice que le fue concedido a Valente el rango de tribuno encargado de la supervisión de los establos imperiales.

Por otro lado, Goffart señalaba que este cargo que propone no aparece recogido en la *Notitia Dignitatum*, pero esto no es del todo así. En la *Notitia* ciertamente no aparece ningún *comes sacri stabuli*, pero sí está recogido el cargo del funcionario que se ocupaba de la supervisión de los establos imperiales. Entre los subalternos del *comes priuatarum* de la parte oriental del Imperio (pero no en la occidental) aparecen unos *praepositi gregum et stabulorum*[32]. Por tanto sí que aparecen los encargados del cuidado de los establos imperiales pero no se encuentran recogidos con el nombre que proponía Goffart. Evidentemente no se niega la existencia del *comes stabuli*, que estuvo subordinado a los dos ministros de finanzas, el *comes sacrarum largitionum* y el *comes rerum priuatarum*, formando el cuerpo de *comites* junto con otras figuras como *comes scholarum*, *comites prouinciarum*, *comes domorum* o *comites rei militaris*[33]. Ahora bien, todos ellos eran cargos de categoría inferior a la requerida por el título *uir illustris* y, por ello, resultan incompatibles con Vegecio.

Recientemente también Milner[34] se ha mostrado partidario de interpretar el sintagma como *comes stabuli* o *comes sacri stabuli* y para ello propone la corrección de *comes sacrum* por *comes stabuli* aduciendo un hipotético error de copia que habría desfigurado *stabuli* en *sacrum*. Pero si se exceptúan las posturas señaladas de Goffart y Milner la opinión que sigue prevaleciendo al respecto de la cuestión es la que hace de Vegecio un *comes sacrarum largitionum*.

En la *Epitoma* la faceta personal de Vegecio apenas se deja entrever en otro sitio que no sea en los prefacios y, aun allí, aparece notablemente difuminada por el elemento tópico y las convenciones literarias que caracterizan estas unidades literarias. En cambio en su otra obra, la *Mulomedicina*, Vegecio proporciona algunas informaciones de carácter personal que

---

[32] *Not. Dignit.*, *Or.* 14, 6.

[33] J. Ellul, *Historia de las Instituciones de la Antigüedad*, Madrid, Aguilar, 1970, pág. 418.

[34] N. P. Milner, *Vegetius: Epitome of Military Science*, Liverpool, Liverpool University Press, 1996, págs. xxxv-xxxvi.

permiten esbozar algo mejor un perfil biográfico del autor. Al inicio de esa obra, en el prefacio del libro primero[35], Vegecio confiesa una intensa afición a la cría de los caballos desde la infancia, y todavía en otro pasaje[36] reitera sus profundos conocimientos en lo relativo a los caballos justificándolos como consecuencia de sus diferentes viajes, realizados en diversas ocasiones y recorriendo largas distancias.

En efecto, en la *Mulomedicina* Vegecio demuestra tener una enorme competencia en la materia que justifica sobradamente la composición de aquella obra. El interés por la cría de los caballos desde edad temprana y la afirmación de que en sus propios establos había criado en ocasiones razas de otras partes del mundo indican inconfundiblemente un ambiente familiar en el que la cría equina ocupaba un lugar de protagonismo más que notable. La cría de razas traídas de otras regiones que Vegecio menciona como parte de su experiencia personal no sólo es un indicio claro de una disposición hacia los caballos que excede de largo el interés de un criador de categoría media e incluso medio-alta sino que revela una capacidad económica nada desdeñable y sólo a la altura de una familia adinerada de posición social muy elevada. En consonancia con esto no debe olvidarse que en esta época la presentación de los *tria nomina* en la onomástica aún era característica de la clase nobiliaria romana[37]. Por ello es muy plausible que Vegecio procediera de una familia de ricos terratenientes provinciales pertenecientes al estrecho círculo de la aristocracia local.

No está tampoco de más recordar a este propósito, una vez más con Milner[38], el carácter referencial de Hispania y la Ga-

---

[35] *Mulom.* 1, *praef.* 6 "cum ab initio aetatis alendorum equorum studio flagrarem" ("pues desde la infancia ardía en interés por la cría de caballos").

[36] *Mulom.* 3, 6, 1 "qui propter tam diuersas et longinquas peregrinationes equorum genera uniuersa cognouimus et in nostris stabulis saepe nutriuimus" ("nosotros que como consecuencia de nuestros viajes tan variados y lejanos conocemos todas las razas de caballos y a menudo los hemos criado incluso en nuestros establos").

[37] Véase Ausonio, *Opusc.* 16, 80 *(Griphus ternarii numeri)*.

[38] Milner *(op. cit.*, pág. XXXIV) cita un pasaje de una carta de Símaco *(ep.* 4, 58-63) donde evidencia su interés por alquilar los servicios de caballos de carreras para que unos miembros de su familia compitan en Roma.

lia como los más importantes centros de cría de caballos de toda la región occidental del Imperio[39]. De nuevo en este punto la hipótesis de un origen hispánico o galo de Vegecio encuentra el terreno abonado. Por este motivo Milner[40] aventura la conjetura de que probablemente nuestro Vegecio procediera de una larga línea familiar de terratenientes locales de la Narbonense o de Hispania que prosperó hasta alcanzar la categoría senatorial. Y con los datos de que disponemos actualmente la hipótesis sugerida por Milner resulta merecedora de mucho crédito.

Adscripción geográfica

Tratándose de un autor de época tardía cuya trayectoria vital se puede situar, como veremos más adelante, entre la segunda mitad del siglo IV y la primera del V es primordial procurar dilucidar si Vegecio fue un autor de origen y educación propia de la parte occidental del Imperio o de la parte oriental.

Juan Lido en su obra *De magistratibus*[41] presenta un catálogo de escritores romanos de tratados militares en forma de canon: "Κέλσος τε καὶ Πάτερνος καὶ Κατιλίνας, οὐχ ὁ συνωμότης ἀλλ᾽ἕτερος, Κάτων <τε> πρὸ αὐτῶν ὁ πρῶτος καὶ Φροντῖνος, μεθ᾽οὓς καὶ Ῥενᾶτος, Ῥωμαῖοι πάντες" ("Celso, Paterno y Catilina, no el conjurado sino otro, Catón, el primero de ellos, Frontino, y entre ellos también Renato; Romanos todos ellos").

Este testimonio de Juan Lido presenta a Vegecio como escritor romano alineado con otros romanos tales como los enciclopedistas Catón y Celso, como el polígrafo de materias

---

[39] Acerca de la importancia de Hispania como centro de cría y exportación de caballos se puede ver J. M.ª Blázquez, "Los célebres caballos hispanos del Bajo Imperio", *Aportaciones al estudio de la España Romana en el Bajo Imperio*, Madrid, Istmo, 1990, págs. 11-46.

[40] N. P. Milner, *Vegetius: Epitome of Military Science*, *op. cit.*, pág. XXXIII.

[41] *De magistr.* 1, 47.

técnicas Sexto Julio Frontino o como el experto en legislación militar Tarrutenio Paterno (el Catilina aquí mencionado resulta un absoluto desconocido). Pero hay otro elemento quizás más importante para determinar su adscripción al occidente latino: su formación cultural. Además de ser un personaje aventajado en el panorama político de su tiempo y de provenir de un ámbito familiar de primer nivel en la escala social, Vegecio demuestra en las dos obras que se han conservado a su nombre una sólida educación romana que se manifiesta fundamentalmente en dos aspectos: el dominio de la lengua en la que escribe sobre la base de la aplicación de los preceptos de la retórica y de los principios que rigen la gramática, y el conocimiento profundo de los clásicos literarios romanos y en particular de Virgilio.

En la determinación del origen occidental u oriental del autor se puede prescindir de la formación retórica del autor, pues no aporta a la cuestión matices de discriminación positiva, si bien sirve para subrayar su cuidada educación y su capacidad para asimilar conceptos y estructuras de la disciplina retórica y producir piezas de gran brillantez, como por ejemplo los prefacios que dan comienzo a cada libro de la *Epitoma*. En cambio la corrección gramatical de Vegecio se refleja en una prosa fluida y bien articulada con una ductilidad que permite al autor pasar del estilo conciso de las pequeñas formulaciones a modo de *sententia* senecana a los extensos periodos de hipotaxis que desarrollan ideas complejas sin provocar la zozobra en su lector. Ciertamente la lengua de Vegecio no está libre de las características que definen el latín de su época, alejado de aquel latín de época tardo republicana y que tradicionalmente se ha concebido como paradigma de la corrección lingüística latina. En cambio, la ausencia de mención explícita entre sus fuentes de autores importantes en el panorama de la literatura militar clásica que escribieron en griego como Asclepiódoto, Polieno, Eliano o Arriano, por mencionar sólo algunos, ha suscitado entre los estudiosos la sospecha de que su conocimiento de la lengua griega no fuera muy solvente. Todas las fuentes, de tipo militar o no, que Vegecio cita son latinas; únicamente constituyen excepciones a esta precisión una alusión al Tideo de la

Ilíada[42] y un posible eco pindárico[43]. Resulta muy poco probable que un escritor educado en la zona oriental del Imperio (y por tanto sustentado en la cultura griega) aunque escribiera en latín, pudiera prescindir de los referentes literarios y culturales con los que se ha educado y sustituirlos de forma tan natural y desenvuelta por los paradigmas romanos. Por otra parte su sólido conocimiento de la tradición literaria romana se manifiesta en la *Mulomedicina* y la *Epitoma* de distintas maneras. Su formación literaria representa sin duda la base de su familiaridad con la historia de Roma y con su propia percepción de la misma. La misma conciencia histórica de Vegecio reposa de manera palpable sobre una cultura transmitida en formato escrito[44]. En la *Epitoma* se repiten a menudo las alusiones a episodios históricos, generalmente de carácter militar y por tanto en consonancia con la concepción clásica de la historia como historia militar, y con *exempla* de la tradición secular romana con una función moralizante e instructiva. El propio autor concibe la obra historiográfica como instrumento de aprendizaje y como fuente de información útil, y así lo expresa en su obra[45]. Pero la cultura literaria de Vegecio no se limita al aprovechamiento pragmático de los contenidos de la literatura historiográfica sino que va mucho más allá. En nuestro autor identificamos a un hombre que participa enteramente de ese sentimiento estético-cultural que fue el virgilianismo en los siglos IV y V. Con Virgilio como fundamento central de la enseñanza en las escuelas de gramática y de retórica en el occidente latino quien recibía una educación de este tipo asumía a la vez a Virgilio y a su obra como modelo principal y como "el autor que reunía en sí mismo todos los ideales de ciencia y de cultura que eran propios de

---

[42] *Il.* 5, 801, en 1, 5, 4.

[43] Píndaro, fr. 110, en 1, 12, 2.

[44] Véase *Epit.* 3, *praef.* 1-2 y nota, donde el sintagma *prisci annales* aparece en clara relación con la primitiva tradición historiográfica romana, y 3, 1, 4 donde Vegecio permite vislumbrar a través de sus palabras que el conocimiento de los acontecimientos históricos de Jerjes, Darío y Mitrídates y de otros grandes monarcas procede de la lectura.

[45] *Epit.* 1, 8, 7; 4, 28, 4.

aquel tiempo"[46]. Se convierte en el centro de referencia y en emblema y blasón literario de la defensa del sistema cultural pagano de corte tradicional. En este contexto experimenta un momento de gran auge la tradición de comentaristas de Virgilio y muchos otros autores colman sus obras de alusiones y citas de Virgilio en busca del prestigio cultural que confería el conocimiento profundo, casi místico, de su obra. Y entre estos autores se debe contar positivamente a Vegecio, que también adopta como modelo de ciencia y cultura, de poesía y retórica, a Virgilio y siembra su obra de citas del poeta mantuano y de referencias a su producción literaria[47]. En estas circunstancias no sólo se debe postular una educación occidental para Vegecio sino que se puede identificar en él a un exponente de los defensores de la cultura tradicional romana con unas coordenadas ideológicas que lo aproximan a los Símaco, a Pretextato, a Avieno, a Macrobio, a Servio, etc.

Una vez reivindicada una localización occidental para Vegecio, no existen argumentos firmes que permitan precisar de manera certera y determinante su lugar de origen. Lo que sí hay son indicios, señales, matices que considerados aisladamente apenas tienen poder de convicción pero que vistos globalmente como teselas de un mosaico producen ciertas impresiones de las que el estudioso de Vegecio no puede abstraerse. Ya se han mencionado dos de estos indicios: el predominio de *Vegetius* y de las formas onomásticas relacionadas con este *nomen* en la provincia de Hispania y en la Galia, y la importancia destacada de Hispania y la Galia a finales del siglo IV como provincias punteras en la cría de caballos, activi-

---

[46] Reproduzco las autorizadas palabras de D. Comparetti, *Virgilio nel Medio Evo, I*, Florencia, La Nuova Italia, 1955² (1937), pág. 76.

[47] En la *Epitoma* se alude explícitamente a Virgilio en 1, 6, 3 *(Georg.* 4, 92-94); 1, 19, 3 *(Georg.* 3, 346-348); 2, 1, 1 *(Aen.* 1, 1); 4, 41, 6. Pero hay muchas otras referencias implícitas al poeta a lo largo de la obra y son muy frecuentes los paralelismos con el Servio danielino. También en la *Mulomedicina* se encuentran citas de Virgilio en 1, *praef.* 8 *(Georg.* 3, 440) y en 1, 56, 36 *(Georg.* 3, 86). En la *Epitoma* no faltan además citas de otros autores clásicos como Salustio (1, 4, 4 y 1, 9, 8), Catón (1, 13, 6; 1, 15, 4) y Varrón Atacino (4, 41, 6).

dad a la que con certeza se ocupaba la familia de Vegecio. Ambos son datos sin valor probatorio por sí mismos, pero indican en términos de probabilidad un mayor índice de verosimilitud de que Vegecio procediera de Hispania o la Galia que de cualquier otra provincia del Imperio.

En apoyo de una procedencia hispana para Vegecio se ha señalado otro elemento presente en la *Epitoma:* la insistencia y el interés del autor hacia la figura de Sertorio[48]. Como se sabe, Quinto Sertorio *(ca.* 126-73 a.C.) se exilió en Hispania huyendo de Roma cuando fue proscrito por Sila y en aquella provincia se erigió en líder local de un estado paralelo adiestrando a los nativos en la técnica militar y equipándolos con armamento adecuado para poder repeler los ataques de los ejércitos enviados desde Roma. De este modo formó un pequeño ejército hispano que logró muchos éxitos militares y consiguió mantener a raya durante algún tiempo las legiones romanas. Todo ello le granjeó a Sertorio un enorme prestigio y un sólido y perenne reconocimiento entre los Hispanos. En este mismo sentido se interpreta el interés de Vegecio hacia la toma de Numancia por Escipión el Africano, mencionada en tres ocasiones distintas[49], una de ellas empleando el término *hispanienses* para aludir a los Numantinos[50], quizás desde la pretensión de hacer extensivo el paradigmático valor de los Numantinos a todos los habitantes de Hispania. Y aún se puede aducir un tercer pasaje en el que la presencia de los Hispanos no parece muy explicable si no es por razones externas al propio discurso expositivo. Se trata de la enumeración[51] de los grandes pueblos que sucumbieron a los ejércitos romanos a pesar de sus virtudes y cualidades naturales. En ella aparecen mencionados los Galos, reconocidos en la Antigüedad por su

---

[48] *Epit.* 1, 7, 4; 1, 9, 9. Milner *(op. cit.*, pág. XXXV) afirma que este excéntrico interés de Vegecio por Sertorio sólo se puede entender si el autor es de origen hispano. Se trataría de una especie de referente personal de Vegecio, que como muchos otros hispanos veían en Sertorio a uno de sus líderes militares históricos más gloriosos.

[49] *Epit.* 1, 15, 5; 3, 10, 19; 3, 10, 21.

[50] *Epit.* 3, 10, 19.

[51] *Epit.* 1, 1, 3-6.

multitudo (su gran número), los Germanos, caracterizados tradicionalmente por su *proceritas* (su altura y, más en general, por su gran tamaño), los Africanos, distinguidos por una combinación de *dolum et diuitiae* (perfidia y riquezas) y los Griegos, célebres por sus *artes et prudentia* (artes y sabiduría). Como se puede comprobar, los cuatro pueblos se ajustan perfectamente a sus estereotipos tradicionales en el mundo romano. De todos ellos existía un paradigma bien definido de caracterización a partir de rasgos físicos, morales o intelectuales que formaba parte del imaginario social romano. Pero en el caso de los Hispanos sucede algo distinto. Por cuanto conocemos de la literatura latina difícilmente se puede afirmar que los Hispanos hubieran alcanzado el grado de referencialidad paradigmática de que gozaban los Galos, los Germanos, los Africanos y los Griegos. Y sin embargo, Vegecio no quiere prescindir de los Hispanos en esta enumeración y los intercala, justo en la posición central de la enumeración que hace de bisagra entre Galos y Germanos y Africanos y Griegos, destacando como característica definitoria su *numerum et uires corporum* (su gran número y su fuerza corporal). Mientras el caso de los otros pueblos alcanzó claramente la categoría de lugar común en la cultura romana, el de los Hispanos por sí mismos no estuvo a la misma altura. Y esto se constata en la facilidad para encontrar paralelismos en otros autores en el caso de los otros pueblos, que se torna dificultad cuando se trata de los Hispanos. Algunos estudiosos como Milner ya han percibido la particularidad de este pasaje y han propuesto la inclusión de los Hispanos como un homenaje al emperador Teodosio, de origen hispano. En cualquier caso parece fuera de duda que la mención de los Hispanos en la enumeración se debe a un interés personal de Vegecio por resaltar de alguna manera a este pueblo y, si se lee en la misma clave que los pasajes mencionados anteriormente, se le puede encontrar como justificación la posible procedencia hispana de Vegecio.

De todos los datos apuntados no se puede extraer como conclusión un origen hispano para Vegecio de forma totalmente convincente. Lo que sí se extrae es una serie de elementos que más por la vía de la persuasión que por la de la convicción sugieren la posibilidad de su procedencia hispana.

La "Epitoma rei militaris"

Localización cronológica

La determinación de la cronología de la *Epitoma* sirve directamente para determinar la cronología del propio Vegecio. No hay criterios externos a su obra y a su propio proceso de transmisión que permitan fijar un marco de tiempo en el que situar la figura de Vegecio. Por tanto todos los criterios para la datación son de carácter interno a la obra. Afortunadamente la *Epitoma* proporciona de manera clara e indiscutible el *terminus post quem* y el *terminus ante quem* de su redacción, aunque el espacio de tiempo que queda delimitado por ambos es de sesenta y siete años.

Si empezamos por el *terminus post quem* deberemos indicar la alusión en el libro primero de la *Epitoma*[52] al "diuus Gratianus", al "divino Graciano". El epíteto *diuus* aplicado a un emperador era tradicionalmente un título póstumo, por lo que el primer libro de la *Epitoma* hubo de ser redactado con posterioridad al 25 de agosto del año 383, fecha en que Graciano fue ejecutado en Lyon por Andragatio, el general de Magno Máximo. Es un dato aceptado de manera generalizada por todos los estudiosos de Vegecio. El hecho de que el libro primero, donde se encuentra esta precisión cronológica, apareciera inicialmente como obra unitaria e independiente y que sólo después Vegecio redactara los restantes tres libros a petición del emperador como él mismo declara en su obra, implica un lapso de tiempo entre la composición del primer libro y la redacción final de la obra en cuatro libros. En consecuencia se puede suponer que la presentación de la *Epitoma* con su configuración actual no debió de producirse inmedia-

---

[52] *Epit.* 1, 20, 3 "Ab urbe enim condita usque ad tempus diui Gratiani et catafractis et galeis muniebatur pedestris exercitus" ("Desde la fundación de Roma hasta tiempos del divino Graciano el ejército de infantería estaba equipado con corazas y con yelmos").

tamente después del 383. No sólo porque Graciano murió a finales de agosto del 383 sino porque verosímilmente la composición de la obra hubo de ocuparle a Vegecio más tiempo que cuatro meses, se puede prescindir del año 383 como fecha límite y proponer sin demasiado riesgo el año 384 o el 385 como *terminus post quem* como polo cronológico inferior para la redacción de la obra.

En lo que atañe al *terminus ante quem* es la transmisión manuscrita de la *Epitoma* la que da clave. En la *subscriptio* que rubrica los manuscritos de la familia ε aparece indicado el nombre del copista (Flavio Eutropio), la anotación de que la copia fue realizada "sine exemplario" (que probablemente debe entenderse como "sin otro ejemplar" aparte del que sirve de modelo, es decir, que se trata de la copia directa de un solo ejemplar sin posibilidad de colación de lecturas), el lugar donde fue copiado el manuscrito (Constantinopla), y la fecha consular en que fue efectuada la copia (durante el séptimo consulado de Valentiniano Augusto y el primero de Abieno *(sic)*, es decir, el año 450). Nada se sabe de este Flavio Eutropio[53] afincado en Constantinopla, pero la indicación de la fecha de copia es fundamental para establecer el tope cronológico de la redacción de la *Epitoma*. El *terminus ante quem* podría retrasarse hacia el año 440 si se acepta con V. Sirago[54] y A. Chastagnol[55] que las palabras de Vegecio, cuando dice[56] "quia iam dudum pacato mari cum barbaris nationibus agitur terrestre certamen" ("dado que, como ya hace tiempo que el mar está pacificado, el combate contra los pueblos bárbaros se desarrolla en tierra firme"), no pueden estar escritas después de

---

[53] Resulta sorprendente la confusión del *Oxford Classical Dictionary*, que identifica a este Eutropio con el autor del *Breuiarium ab urbe condita*, escrito hacia finales del siglo IV. Aunque se desconoce la fecha en que murió este escritor, en el año 450 debía de llevar muerto casi medio siglo.

[54] V. Sirago, *Galla Placidia e la trasformazione politica dell'Occidente*, Louvain, Université de Louvain, 1961, págs. 465 y ss.

[55] A. Chastagnol, "Végèce et l'Histoire Auguste", en A. Alföldy (ed.), *Bonner Historia-Augusta Colloquium*, Bonn, Verlag, 1971, pág. 59. Milner atribuye capacidad militar marítima a Walia, en la Hispania meridional en el año 416, y a los Vándalos, en el año 419.

[56] *Epit.* 4, 31, 1.

esta fecha, pues fue entonces cuando se reprodujo de nuevo la amenaza de la piratería marítima coincidiendo con el progresivo dominio de África por los Vándalos.

De este modo el marco cronológico en que fue redactada la *Epitoma*, y con ello la madurez de Vegecio, queda determinado entre los extremos del año 384-385 y el año 440. Por su parte la *Mulomedicina* presumiblemente fue escrita antes que la *Epitoma*, cuando Vegecio aún no había recibido el gentilicio honorífico de los Flavios, razón por la que aparece en los manuscritos que transmiten esa obra con su nombre de nacimiento, Publio Vegecio Renato.

Estos dos polos cronológicos exigen que el emperador al que está dirigida la *Epitoma* fuera Valentiniano II (375-392), Teodosio I (379-395), Honorio (393-423), Arcadio (383-408), Teodosio II (408-450) o Valentiniano III (425-455). La cuestión de cuál es el emperador al que Vegecio dedicó su *monobiblos* militar y que después solicitó al autor su ampliación a los cuatro libros que configuran la obra en su estado final es indudablemente y de largo la que más discrepancias concita entre los estudiosos[57]. A ello contribuye sobremanera la poca objetividad y contundencia de los datos que pueden servir a la hora de inferir una mayor precisión cronológica para la obra. Cada uno de los emperadores mencionados, con la sola excepción de Arcadio, tiene o ha tenido en algún momento de la tradición de estudios vegecianos la condición de protagonista en la polémica. Repasamos brevemente el asunto apuntando las hipótesis al respecto pero sin detenernos demasiado en el detalle de la cuestión.

Cuando Valentiniano I murió inesperadamente en noviembre del año 375, según la versión transmitida por Amiano Marcelino, Merobaudes decidió investir emperador a Valentiniano II, que apenas tenía cuatro años, para evitar una lu-

---

[57] Un exasperado anotador del texto de Vegecio, ya en el siglo XV, apuntó junto al prefacio del libro IV en su manuscrito (Boston Publ. f. Med. 22): "dic, ineptissime scriptor, quis hic tuus princeps, uel aliquo significa facto particulari opere". La anécdota está recogida por Reeve en la introducción a su edición crítica (pág. VIII).

cha por el vacío de poder entre quienes lo ambicionaban. En la actualidad la identificación del dedicatario de la *Epitoma* con este emperador ha sido abandonada casi por completo pero durante mucho tiempo fue considerada la hipótesis principal porque en los manuscritos de la familia π y en los manuscritos D y V[58] aparecía una fórmula que indicaba que la obra estaba dedicada "ad Valentinianum imperatorem". Tomando como criterio este testimonio presente en los manuscritos y la omisión de toda referencia al saqueo de Roma del año 410 la identificación del emperador dedicatario de la *Epitoma* con Valentiniano II se mantuvo vigente durante los siglos XVI, XVII y XVIII, y la fórmula de dedicatoria fue incluida en las primeras ediciones impresas de la obra. La presentan y defienden G. Stewech, en 1585 en la edición plantina de la *Epitoma*[59], P. Schrijver en su edición del año 1606-1607[60], Webel en 1670[61], N. Schwebel en 1767[62] y Nisard en 1849[63]. Sin embargo, cuando se determinó que esta atribución era una adición de un copista tardío perdió toda credibilidad y fue descartada. Sin embargo, muy recientemente C. Zuckerman[64] ha recuperado la hipótesis prescindiendo del testimonio de los manuscritos y ha tratado de apoyarla sobre argu-

[58] Remito al apartado dedicado a la tradición manuscrita.

[59] G. Stewech, *Flavii Vegetii Ren., [...] de Re militari libri quattuor*, Amberes, *apud Christophorum Plantinum*, 1585.

[60] P. Schrijver, *V. Inl. Fl. Vegetii Renati, [...] aliorumque aliquot veterum de Re militari libri*, Leiden, *ex officina Platiniana Raphelengii*, 1606-1607.

[61] Webel, *Veteres de Re militari scriptores quotquot extant [...] I. Flavii Vegetii Renati Institutorum rei militaris libri quinque*, Lippenheim [Clèves], *ex officina A. ab Hoogenhuysen*, 1670.

[62] N. Schwebel, *Flavii Vegetii Renati [...] de Re militari libri quinque*, Nuremberg, G. N. Raspe, 1767.

[63] M. Nisard, *Ammien Marcellin, Jordanès, Frontin Végèce avec la traduction en français*, París, J. J. Dubochet, Le Chevalier & Cie, 1849.

[64] C. Zuckerman, "Sur la date du traité militaire de Végèce et son destinataire Valentinian II", *Scripta Classica Israelica* 13, 1994, págs. 67-74. Sus argumentos pretenden ser rebatidos por Ph. Richardot, "La datation du *De re militari* de Végèce", *Latomus* 57, 1998, pág. 143. Zuckerman retoma y refuerza su hipótesis cronólogica (pero no la identificación del emperador con Valentiniano II) en "Two reforms of the 370s: Recruiting soldiers and senatores in the divided Empire", *REByz* 56, 1998, págs. 79-139.

mentos de mayor solidez[65]. Sus argumentos fortalecen la adscripción de la obra a la década del 380, pero su propuesta de que el emperador al que fue dedicada la *Epitoma* sea Valentiniano II no ha obtenido una aceptación reseñable entre los estudiosos.

Claudia Giuffrida Manmana en sus trabajos[66] sobre Vegecio ha propuesto a Honorio como emperador dedicatario de la *Epitoma*. Adopta como *terminus post quem* para la identificación del emperador el año 406. Por medio de un edicto el 13 de abril de ese año Honorio, Arcadio y Teodosio II decretaron que también los esclavos pudieran ser reclutados como soldados del ejército romano[67]. Según la filóloga italiana el hecho de que Vegecio no mencione como requisito para ser reclutado en el ejército romano la condición de ser hombre libre debería significar que en su tiempo este aspecto ya no era exigido en la admisión al ejército. Dado que considera que de la lectura de la *Epitoma* se puede extraer la conclusión de que aún no se había producido el saqueo de Roma del año 410 a manos de los ejércitos comandados por Alarico, sitúa esta fecha como tope cronológico para la redacción de la obra. En este marco cronológico delimitado entre el año 406 y el 410, Manmana encuentra en Honorio al emperador que mejor se adapta al perfil que traza Vegecio en su obra, reforzado por su condición de emperador occidental que, visto el ambiente cultural occidental en que se encuadra la *Epitoma*, parece más oportuno como dedicatario de la obra que un emperador de la parte oriental del Imperio.

---

[65] Los argumentos, dos, se basan en la particular interpretación *ad hoc* de sendos pasajes de la *Epitoma:* que el emperador al que hace referencia Vegecio era un emperador joven y sin experiencia guerrera (a partir del pasaje 3, 26, 35-38) y el catálogo de pueblos que en el pasado fueron potencias militares (en 1, 20).

[66] Cl. Giuffrida Manmana, "Per una datazione dell'*Epitoma rei militaris* di Vegezio. Politica e propaganda nell'età di Onorio", *SicGym* 34, 1981, págs. 25-56; *Flavio Vegezio Renato. Compendio delle Istituzioni Militari. Introduzione e traduzione di Claudia Giuffrida Manmana*, Catania, Edizioni del Prisma, 1997.

[67] *Cod. Theod.* 7, 13, 16 "Contra hostiles impetus non solas iubemus personas considerari, sed uires et licet ingenuos amore patriae credamus incitari, seruos etiam huius auctoritate edicti exhortamur".

La tesis que postula como dedicatario a Teodosio II no cuenta con partidarios en la actualidad. En la *Geschichte der römischen Literatur* de W. Teuffel[68], frente a la postura de O. Seeck, que pretendía identificar al emperador con Valentianiano III, se formula la posibilidad de que un escritor que viviera en la parte occidental del Imperio en esa época (segundo cuarto del siglo v) le hubiera dedicado la obra a Teodosio II, que era, al fin y al cabo, quien ostentaba la autoridad máxima en Occidente.

La postura que opta por datar la obra de Vegecio en el reinado de Valentiniano III, identificando a este emperador con aquel a quien está dedicada la *Epitoma*, tradicionalmente siempre ha contado con adeptos. Ya a principios del siglo XIX Edward Gibbon en su *History of the Decline and Fall of the Roman Empire*[69] consideraba que Vegecio era un escritor de época de Valentiniano III y en el año 1865 H. Richter manifestó compartir esta propuesta cronológica[70]. En el año 1869 K. Lang publicó su edición crítica de la *Epitoma* y en la introducción defendió la identificación del emperador al que Vegecio dedicó su obra con Teodosio I. Sin embargo, la aparición de un artículo de O. Seeck[71] acerca de la cronología de la *Epitoma* en el que se propugnaba una datación tardía llevó a Lang a corregir en la revisión de su edición, publicada en el año 1885, su propuesta cronológica adoptando como buena la apuntada persuasivamente por Seeck. En ese artículo Seeck se apoyaba en tres pasajes de la *Epitoma* para rechazar la dedicatoria a Teodosio. En el primero[72] Vegecio elogia al emperador por sus propias aptitudes para el lanzamiento de flechas, la monta a caballo, la carrera y la esgrima y en él Seeck encuentra un elogio incompatible con Teodosio, que debía de estar en torno a los cuarenta años. En el se-

---

[68] W. S. Teuffel, *op. cit.*, pág. 314.

[69] E. Gibbon, *History of the Decline and Fall of the Roman Empire, V*, Edimburgo, 1811, pág. 190.

[70] H. Richter, *Das weströmische Reich, besonders unter den Kaisern Gratian, Valentinian II. und Maximus (375-388)*, Berlín, 1865, pág. 65.

[71] O. Seeck, "Die Zeit des Vegetius", *Hermes* 11, 1876, págs. 61-83.

[72] *Epit.* 3, 26, 35-38.

gundo[73] Vegecio afirma que el emperador al que está dedicada la obra ha hecho construir "innumerabiles urbes", dato que Seeck interpreta de manera algo sorprendente como "el establecimiento de un completo sistema de fortificación o la recuperación de uno antiguo que hubiera caído en manos del enemigo", para hacerlo compatible con su hipótesis de que el emperador al que estaba dedicada la *Epitoma* era Valentiniano III, que ciertamente no había destacado por su actividad como fundador de ciudades. En el tercero[74] el autor testimonia la presencia de una flota patrullando en aguas del Danubio que según Seeck implica un marco histórico inaplicable a la época de Teodosio.

La formulación de la hipótesis de datación en época de Valentiniano III se mantuvo durante casi un siglo inalterada, asentada en los términos y los argumentos ofrecidos por Seeck, y poco a poco fue perdiendo presencia en el panorama de los estudios relativos a Vegecio. Pero a partir de la década de los años sesenta del siglo XX, primero L. Várady[75], luego Gordon[76] y W. Goffart[77], y poco después E. Birley[78] retomaron la hipótesis de la cronología tardía y trataron de fortalecerla con nuevos argumentos. En realidad Várady solamente retoma la hipótesis que hace de la *Epitoma* una obra de época de Valentiniano III, sin ofrecer ningún argumento adicional. Es probable, aunque no lo dice de forma explícita, que simplemente acepte la cronología propuesta por Seeck. Pero lo más importante es que el trabajo de Várady serviría años más tarde para que E. Birley propugnara la datación tardía apoyándose en las menciones del estudioso húngaro de algunas *nouellae* de Valentiniano III. Birley desafía todas las lecturas de

---

[73] *Epit.* 4, *praef.* 3.

[74] *Epit.* 4, 46, 9.

[75] L. Várady, "New evidences on some problems of the late roman military organization", *ActAntHung* 9, 1961, pág. 343.

[76] C. D. Gordon, "Vegetius and his proposed reforms of the army", *Polis and Imperium. Studies in honour of E. T. Salmon*, Toronto, 1974, págs. 35-58.

[77] W. Goffart, art. cit.

[78] E. Birley, "The Dating of Vegetius and the Historia Augusta", *Bonner Historia-Augusta Colloquium, 1982-1983*, Bonn, 1985, págs. 57-67.

la *Epitoma* y considera que la obra fue redactada después del año 442, tras la paz con los Vándalos (quienes no aparecen ni tan siquiera nombrados en la *Epitoma).* Según Gordon las referencias a la amenaza de los Hunos[79] y las críticas a las tropas de mercenarios bárbaros indican una cronología tardía. Por su parte Goffart interpreta de manera estricta el paralelismo que Vegecio establece entre su tiempo y las Guerras Púnicas[80], y considera que en la mente del escritor Alarico resultaba ser un nuevo Aníbal. Además, en oposición a la casi totalidad de los estudiosos, ve en "post tot clades, quae usque ad tantarum urbium excidia peruenerunt"[81] una alusión al saqueo de Roma del año 410.

A pesar de los intentos de los estudiosos mencionados anteriormente por reinstaurar entre los filólogos e historiadores la datación tardía, la propuesta cronológica que se ha impuesto generalizadamente para la obra de Vegecio es la que la sitúa en el reinado de Teodosio I. A ella se adhieren y contribuyen entre otros C. Schöner[82], M. Schanz[83], S. Mazzarino[84], V. Sirago[85], A. R. Neumann[86], F. Paschoud[87], A. Chastagnol[88], los autores de la obra prosopográfica del bajo imperio romano de referencia actualmente para los estudios de historia romana[89], T. D. Barnes[90], G. Sabbah[91], A. Marco-

---

[79] *Epit.* 1, 20, 2; 3, 26, 36.
[80] *Epit.* 1, 28, 7;
[81] *Epit.* 1, 20, 4.
[82] C. Schöner, "*Studien zu Vegetius*".
[83] M. Schanz, *Geschichte der römischen Litteratur, IV Teil*, Múnich, 1914.
[84] S. Mazzarino, *Trattato di Storia Romana, II*, Roma, 1956, págs. 542-543.
[85] V. Sirago, *op. cit.*, págs. 465 y ss.
[86] Pauly-Wissowa, *Real-Encyclopädie der classischen Altertumswissenschaft, Suppl. X*, 1965, *s. u.* "Vegetius", coll. 992-1020.
[87] F. Paschoud, *Roma Aeterna. Études sur le patriotisme romain dans l'Occident latin à l'époque des grandes invasions*, Roma, 1967, págs. 110-118.
[88] A. Chastagnol, "Végèce et l'Histoire Auguste".
[89] A. H. M. Jones, J. R. Martindale y J. Morris, *The Prosopography of the Later Roman Empire, I A.D. 260-395*, Cambridge, Cambridge University Press, 1975² (1971), *s. u.* "Renatus".
[90] T. D. Barnes, "The Date of Vegetius", *Phoenix* 33, 1979, págs. 254-257.
[91] G. Sabbah, "Pour la datation théodosienne du *De re militari* de Végèce", *Memoires du Centre Jean Palerne* 2, 1980, págs. 131-155.

ne[92], N. P. Milner[93], D. Baatz y R. Bockius[94], Ph. Richardot[95], M. Reeve[96] y M. Formisano[97]. Son muchos los argumentos aducidos por algunos de estos estudiosos en defensa de la identificación del emperador al que está dedicada la *Epitoma* con Teodosio, por lo que sólo aludiremos a los más destacables. No obstante, comenzaremos quitando peso a uno de los principales puntos de apoyo de esta hipótesis, a saber, la dedicatoria explícita "ad Theodosium imperatorem" que comparten T y δ. M. Reeve en el artículo en que desgrana toda la transmisión manuscrita y en la introducción a su edición crítica de la *Epitoma*[98] dedica un apartado a la identificación del dedicatario de la obra a partir de los testimonios de los manuscritos, en el que concluye que esa dedicatoria "ad Theodosium imp." bien podría ser una interpolación, dado el irregular patrón de su distribución en la tradición manuscrita. A pesar de ello sigue habiendo algunos argumentos de peso para preferir una datación teodosiana. Uno de los más antiguos (fue formulado por Schöner en el siglo XIX) y más firmes es el que concierne a la denominación de *diuus* aplicado a Graciano. La aplicación de epíteto *diuus* a un emperador se producía durante el reinado del emperador siguiente para referirse al difunto. Este epiteto se perpetuaba con la divinización del emperador fallecido y cristalizaba en su denominación, pero si el emperador no era divinizado, y este fue el caso de Graciano, entonces el epíteto dejaba de ser utilizado en cuanto el siguiente emperador pasaba a ser *diuus*. Conforme a esto *diuus Gratianus* no debe ser entendido como "el divi-

---

[92] A. Marcone, "Il *De re militari* di Vegezio", *Studi e ricerche dell'Istituto di Storia, Università di Firenze* 1, 1981, págs. 121-138.

[93] N. P. Milner, *op. cit.*, págs. XL-XLI.

[94] D. Baatz y R. Bockius, *Vegetius und die römische Flotte*, Mainz, 1997.

[95] Ph. Richardot, "La datation du *De re militari* de Végèce".

[96] M. D. Reeve, "The transmission of Vegetius' *Epitoma rei militaris*", art. cit., págs. 346-350; *Vegetius, Epitoma rei militaris*, págs. VIII-X.

[97] M. Formisano, "Strategie di manuale: L'arte della guerra, Vegezio e Machiavelli", *QS* 55, 2002, pág. 99; *P. Flavio Vegezio Renato. L'arte della guerra romana*, Milán, BUR, 2003, pág. 10.

[98] M. D. Reeve, "The transmission of Vegetius' *Epitoma rei militaris*", art. cit., págs. 346-350.

nizado Graciano", ya que realmente nunca llegó a ser objeto de divinización, sino como "el difunto Graciano" y por tanto sólo aplicable durante el reinado del emperador siguiente, esto es, de Teodosio[99].

Richardot[100] ha propuesto recientemente otro importante argumento a favor de esta cronología. Se trata de un resumen de los contenidos de la *Epitoma* que Claudiano pone en boca de Teodosio en el poema panegírico *De quarto consulatu Honorii* (vv. 320-336), pronunciado en el año 398. La mención de los gladiadores y de la arena del circo en términos positivos tal y como la introduce Vegecio[101] no resulta compatible con una cronología tardía puesto que a partir del año 410 esta actividad dejo de ser habitual en todas las provincias del Imperio, Roma incluida. Ya en el año 399 Honorio clausuró temporalmente las escuelas de gladiadores por su carácter contrario a la moralidad propugnada desde el aula imperial. Ravenna y el Miseno son mencionados como las dos sedes de la flota militar romana[102], y sin embargo en la *Notitia Dignitatum* se mencionan además de estas dos sedes la de Aquileya y la de Como. El argumento de la fundación de numerosas ciudades que Vegecio atribuye al emperador al que dedica la *Epitoma* es también uno de los más frecuentes en la defensa de la identificación con Teodosio, porque efectivamente de todos los emperadores posibles Teodosio es el único que se adapta a este perfil (*pace* Seeck).

---

[99] *Ibidem*, págs. 349-350. La existencia en el *Codex Theodosianus* de dos testimonios que introducen alusiones a Graciano con el epíteto *diuus*, uno del año 415 y otro del 419, debe ser acogida con cautela y entendida en el particular marco de creación y compilación de esta obra.

[100] Ph. Richardot, "La datation du *De re militari* de Végèce". Su llamada de atención sobre la intertextualidad existente entre Claudiano y Vegecio es muy meritoria, pero las relaciones específicas, la lógica del resumen y la disposición de los contenidos aún debe ser definida de manera explícita, pues Richardot no profundiza en el asunto. Muy probablemente la recapitulación de los contenidos de la *Epitoma* que hace Claudiano está basada en el manejo de los libros tercero y cuarto de la obra de Vegecio.

[101] *Epit.* 1, 11, 3-4.

[102] *Epit.* 4, 31, 4.

Igual de importantes que estos argumentos resultan otros que acreditan una notable integración de Vegecio y de sus planteamientos en las líneas de pensamiento político, militar e incluso ideológico del periodo en que Teodosio ocupó el trono del Imperio. Estos argumentos ofrecen unas valiosas coordenadas para situar al autor en un marco cronológico bien determinado. Vegecio en el primer libro de la *Epitoma*[103] menciona "Gothi et Alani Hunnique" en una formulación que agrupa a los enemigos del imperio en un momento muy concreto del devenir histórico de Roma. Es muy significativo que Vegecio mencione a los Godos solamente en dos pasajes del libro primero de la *Epitoma*[104]. En el resto de la obra, que como se verá más adelante fue compuesta con posterioridad a la redacción del libro primero, los Godos ya no volverán a aparecer. Este dato parece implicar un cambio de actitud hacia los Godos y una modificación en la consideración de "enemigos del Imperio". Un cambio de esta naturaleza es sólo comprensible en el marco de la política conciliadora con los Godos emprendida por Teodosio. Independientemente de este detalle que sirve para subrayar los cambios de postura experimentados en el lapso de tiempo que medió entre la redacción del primer libro y el resto de la obra, la presentación conjunta de los Godos, los Alanos y los Hunos, estos dos últimos formando una sola nación[105], como los enemigos del Imperio remite inequívocamente a un momento específico de la historia de Roma; la batalla de Adrianópolis y los episodios bélicos sucesivos enmarcados en la llamada Guerra Gótica hasta la firma del armisticio del año 382.

Hacia el año 376 una confederación de Godos con Alanos y Hunos irrumpieron en territorio del Imperio, obligados por las invasiones hunas del Bajo Danubio[106]. Tras el fracaso en el intento de una convivencia pacífica a principios del año 377 se desencadenó una revuelta de estas tropas bárbaras que de-

---

[103] *Epit.* 1, 20, 2.

[104] *Epit.* 1, 20, 2; 1, 20, 4.

[105] *Epit.* 3, 26, 36 "Hunnorum Alanorumque natio".

[106] N. Lenski, "*Initium mali Romano Imperio:* Contemporary reactions to the Battle of Adrianople", *TAPhA* 127, 1997, pág. 129.

sembocó en el enfrentamiento militar en Adrianópolis, cuyo desenlace supuso una contundente derrota de los ejércitos romanos y la muerte del propio emperador Valente en el combate. A este bien conocido episodio histórico se refiere Amiano Marcelino coaligando los tres pueblos en un solo cuerpo militar enemigo[107]. De igual modo, en el anónimo *Epitome de Caesaribus*[108] se afirma que la amenaza conjunta de Godos, Taifales, Alanos y Hunos en Tracia y Dacia fue precisamente el motivo de que Graciano reclamara la presencia de Teodosio, que por entonces se encontraba en Hispania. Y aún es más, Pacato, en su panegírico de Teodosio[109] pronunciado en el año 389, nombra igualmente a estos tres pueblos de manera conjunta. Pero la mención conjunta de estos tres pueblos bárbaros no se limita a las tres obras mencionadas, sino que aparecen también en documentos de carácter oficial. En los *Consularia Constantinopolitana*[110] (o la *Descriptio consulum*, como prefiere denominarla Burgess[111]), entre los acontecimientos recogidos en el apartado dedicado al año 379, está registrado el anuncio oficial de la victoria contra Godos, Alanos y Hunos el 17 de noviembre ("uictoriae nuntiatae sunt aduersus Gothos, Alanos atque Hunos die XV k. Dec."). No se trata pues de una percepción compartida acerca de la amenaza bárbara sino que incluso desde instancias oficiales el enemigo está definido como la coalición de Godos, Alanos y Hunos.

La coyuntura militar que se reconstruye a partir del libro primero de Vegecio se corresponde perfectamente, no sólo en el contenido sino también en la forma, con el que presentan Amiano Marcelino, el *Epitome de caesaribus*, Pacato y los *Consularia Constantinopolitana*. Y este panorama bélico se puede circunscribir sin riesgo de error al periodo de tiempo que se extendió aproximadamente desde el año 378 hasta el 382. No

---

[107] 31, 16, 3 "Gothi Hunis Halanisque permixti".
[108] 47, 3.
[109] Pacat., 12 [2], 32, 4.
[110] R. W. Burgess, *The Chronicle of Hydatius and the Consularia Constantinopolitana. Two contemporary accounts of the final years of the Roman Empire*, Oxford, Clarendon Press, 1993, pág. 241, s. a. 379.
[111] *Ibidem*, pág. 175.

quiere esto decir que Vegecio compusiera su primer libro en este intervalo temporal. Tampoco Amiano lo hizo. Pero este panorama bélico implica que probablemente fue compuesto poco tiempo después de la muerte de Graciano y que, en cualquier caso, la coyuntura en que Vegecio escribe su primer libro depende directamente de esos acontecimientos, que por añadidura no aparecen como hechos de una pasado ya superado. Todo lo contrario.

Que Vegecio tenía muy presente durante la redacción de su obra la derrota de Adrianópolis es algo que queda patente si se lee con atención la *Epitoma*. No es casualidad que a lo largo del libro tercero se dedique a aconsejar cómo evitar ciertos errores tácticos y estratégicos: justamente los mismos que se cometieron en la derrota de Adrianópolis en el año 378. N. Lenski[112] ofrece una lista de los pasajes en los que Vegecio se refiere al modo de evitar los errores cometidos en dicha batalla. Así, por ejemplo, el buen general debe conocer con exactitud la capacidad del enemigo[113], no se deben llevar a combate reclutas sin adiestrar[114], se debe evitar la confrontación abierta[115], se debe evitar trabar combate cuando los soldados llegan cansados de marchar y si la situación no es propicia[116]. Vegecio se muestra muy crítico con los generales romanos que han sufrido recientemente serios reveses y, no puede ser de otro modo, con Valente por su *imperitia*, forma para atenuar la acusación y no llamarlo de otro modo, como dice el propio Vegecio en su obra.

La catástrofe que supuso para el Imperio la debacle de Adrianópolis no dejó impertérritos a los contemporáneos. Con el paso de pocos años se forjó la idea de que la derrota sufrida había tenido dimensiones históricas. Enseguida se en-

[112] N. Lenski, *op. cit.*, pág. 148.

[113] *Epit.* 3, 9; 3, 26. Uno de los mayores errores que se imputaron a Valente fue infravalorar a su enemigo.

[114] *Epit.* 3, 10. Valente llevó a cabo un alistamiento de reclutas para su ejército justo antes del combate de Adrianopólis.

[115] *Epit.* 3, 3; 3, 9. El ejército romano se lanzó en un ataque abierto contra las tropas godas, alanas y hunas, rechazando el combate de desgaste.

[116] *Epit.* 3, 11. Ambos errores se le achacan también a Valente.

tabló un paralelismo entre el *lacrimabile bellum* de Adrianópolis y la derrota de Cannas, pagada durante la Segunda Guerra Púnica, en el año 216 a.C. Así Amiano (31, 13, 19) asegura: "nec ulla annalibus praeter Cannensem pugnam ita ad internecionem res legitur gesta" ("en los anales no se encuentra una carnicería tal, con la excepción de la batalla de Cannas"), y Temistio en un discurso pronunciado en el año 384[117] afirmaba que los Godos "habían resultado peores para los Romanos que Aníbal". Pacato, en el ya mencionado panegírico a Teodosio del año 389, también recuerda a aquella madre que murió de alegría al ver que su hijo regresaba sano tras el desastre de Cannas[118], estableciendo un paralelismo de la coyuntura histórica de Teodosio con la de los tiempos de la Segunda Guerra Púnica, y retiene la comparación del enemigo del emperador con Aníbal[119], aunque en este caso los recientes acontecimientos propician la sustitución del enemigo bárbaro de Adrianópolis por el insurgente Máximo. La percepción de los puntos en común entre Adrianópolis y Cannas debió de ser bastante generalizada, al menos en círculos de intelectuales con la formación suficiente para entablar comparaciones con perspectiva histórica. Desde luego a Vegecio no sólo no le pasó desapercibido el paralelismo sino que atribuyó a las mismas causas ambas derrotas militares[120]. Si entonces la única solución para recuperar la hegemonía había sido la reinstauración de la antigua disciplina militar, tras Adrianópolis el ejército debía ser nuevamente sometido a un proceso de recuperación de la disciplina militar, perdida en el pasado más reciente, y esta es la propuesta que Vegecio vierte en su tratado.

---

[117] Tem., *Or.* 34, 22.

[118] Pac., 12, [2], 19, 2.

[119] Pac., 12, [2], 32, 1.

[120] *Epit.* 1, 28, 8-9. Obsérvese además que Vegecio recurre al paralelismo entre ambas situaciones bélicas al final del libro primero, en la *peroratio* conclusiva. Vegecio, que conocía muy bien las armas de la retórica, ha reservado como argumento final, el que cierra el libro y por tanto el que queda impreso con más fuerza en el lector, la estrecha comparación de las derrotas de la Segunda Guerra Púnica con la situación contemporánea de su época.

Pero aún hay otra cuestión, a menudo dejada de lado a pesar de ser central en cualquier consideración de la obra de Vegecio. ¿Por qué componer una obra sobre el reclutamiento de soldados, tal y como hizo Vegecio originariamente con su *monobiblos*? ¿Hay algo que justifique la redacción de una obra de esta naturaleza? Indudablemente sí. Teodosio fue coronado emperador el 19 de enero del año 379 en Sirmium (Mitrovica) y una de las primeras y más acuciantes cuestiones que debía resolver era el precario estado de las legiones romanas, que habían quedado diezmadas tras la derrota de Adrianópolis. La retórica contemporánea[121] presentó a Teodosio como el elegido para sacar a flote la crítica situación después del desastre sufrido contra la entente de Godos, Alanos y Hunos y probablemente sus dotes militares hacían efectivamente de él la persona idónea para restaurar la capacidad militar romana. No en vano su padre Flavio Teodosio había sido *magister equitum* de la parte occidental del Imperio durante el reinado de Valentiniano, y el propio Teodosio, siguiendo la estela de su padre, a los veintisiete años ya era *dux* en Mesia al mando de un ejército. Pues bien, una de las primeras y más importantes medidas acometidas por Teodosio para la reinstauración de un ejército capaz consistió en el fomento del reclutamiento de nuevos soldados. Durante los tres primeros años del reinado de Teodosio está documentada una concentración significativa de leyes destinadas a regular aspectos relativos al reclutamiento en todo el *Codex Theodosianus*[122]. Es difícil pensar en un momento más oportuno para redactar una obra en la que recomendar las pautas en el proceso de reclutamiento de nuevos soldados. Lo que resulta innegable en vista de los datos aducidos es que durante los primeros años del reinado de Teodosio el reclutamiento fue un asunto candente y motivo de preocupación para el emperador y su círculo de gobierno. Parece la ocasión óptima para hacer sugerencias que contribu-

---

[121] Tem., *Or.* 16, 207b; Pacato, *Pan. Lat.* 12 [2], 11, 4-12, 1.

[122] *Cod. Theod.* 7, 13, 8 (29 de enero, 380); 7, 13, 9 (26 de abril, 380); 7, 13, 10 (5 de septiembre, 381); 7, 13, 11 (15 de mayo, 382); 7, 22, 9 (14 de mayo, 380); 7, 22, 10 (8 de julio, 380); v. también *Cod. Just.* 12, 43, 2 (382).

yan a la mejora del ejército romano y para apoyar las novedades de la legislación teodosiana insistiendo en la necesidad de construir un nuevo ejército romano que defienda los intereses del Imperio a partir de unos nuevos fundamentos en el reclutamiento de soldados. La impresión que se extrae es casi la de que Vegecio dio cobertura ideológica con su obra a las medidas puestas en marcha por Teodosio.

Esta cuestión nos conduce a otra íntimamente relacionada con otro aspecto de gran interés como es la de la posible funcionalidad de la *Epitoma* de Vegecio en cuanto vehículo propagandístico de la política teodosiana. El estado actual de los estudios sobre la presente obra militar no permite extraer una idea acerca de este particular, por cuanto no ha ocupado la atención de los investigadores. Sin embargo y como indicación general, parece que en la *Epitoma* se encuentran ciertos componentes que parecen justificar la hipótesis de un planteamiento en la obra de Vegecio que fomenta en algunos aspectos destacados el programa político de Teodosio, sobre todo en lo concerniente a la política de restauración de los valores y la proyección pública del ejército romano[123]. No se puede olvidar que al fin y al cabo la misma gestación de la *Epitoma* se debe en definitiva al compromiso que asumió Vegecio por la encomienda directa y personal del emperador de que llevara a cabo una empresa más ambiciosa y de mayor magnitud cual era la de recoger en un compendio la tradición de la preceptiva militar romana. Vegecio en un primer momento compuso por propia iniciativa un opúsculo sobre el reclutamiento y el adiestramiento militar y por causa del encargo que le hace el emperador prosigue su labor de compendio hasta terminar de dar forma al resto de la obra.

No es fácil determinar si esta postura adoptada por Vegecio estuvo fomentada por el propio aparato político e ideológico

[123] En lo tocante a la promoción de ciertos valores morales y la prohibición de formar parte del ejército a personas procedentes de determinadas profesiones, que comparten Vegecio en su obra y Teodosio, según el testimonio de los decretos conservados en el *Codex Theodosianus*, remito a D. Paniagua, "La *Epitoma rei militaris* de Vegecio y la legislación relativa al reclutamiento en época de Teodosio I: apunte cronológico", *Euphrosyne* 33, 2005, págs. 421-428.

de Teodosio de manera consciente o si, lo que parece más probable, respondía a la simpatía política de Vegecio por las tendencias representadas por Teodosio. En cualquier caso Vegecio, cuando confeccionó esta obra, formaba parte de la cúpula de gobierno encabezada por Teodosio y la *Epitoma* no sólo le fue entregada al propio emperador sino que incluso es su dedicatario y su lector primero.

Una muestra de esta propaganda de los valores militares que encarnaba la política de Teodosio en la *Epitoma* es la presentación sistemática del emperador en las fórmulas de apelación directa como *imperator inuicte*. A su llegada al poder Teodosio fue consciente de la necesidad de recuperar la moral de los soldados y la confianza del pueblo en su ejército, resquebrajadas en la reciente derrota de Adrianópolis, donde había caído la mayor parte del ejército romano de la parte oriental del Imperio. Para ello no dudó en emprender una intensa campaña de propaganda militar en la que trataba de ofrecer una imagen en la que el ejército romano volviera a recuperar su lugar como el baluarte ideológico de las esperanzas de los ciudadanos para restituir así al imperio romano el patrimonio de su gloria militar. M. McCormick[124] ha observado que entre el año 379, fecha de coronación de Teodosio, y el 389 hay constancia de la celebración de al menos seis ceremonias de victoria frente a las doce conocidas de los setenta y dos años anteriores. Ciertamente este incremento no puede atribuirse a una proliferación de la actividad bélica ni a un repentino sucederse de triunfos y victorias militares, sino que más bien se debe pensar en una política dirigida a la promoción y el fomento de la excelencia militar romana en un intento de recuperar la imagen perdida. Como dice Lenski[125] "más bien los emperadores sintieron la necesidad de glorificar públicamente sus logros militares con el fin de contrarrestar los perniciosos efectos de la derrota de Adrianópolis". Tanto si estaba or-

[124] M. McCormick, *Eternal Victory: Triumphal Rulership in Late Antiquity, Byzantium and the Early Medieval West*, Cambridge, 1986, págs. 41-46.

[125] N. Lenski, "*Initium mali Romano imperio:* contemporary reactions to the battle of Adrianople", pág. 140.

questado por el propio emperador como si fue iniciativa exclusiva de Vegecio, en este momento un alto cargo de la administración imperial y miembro del estrecho círculo del poder, el objetivo al que miraba la identificación de Teodosio con la figura del *inuictus imperator* era sin duda el de promover una imagen pública del emperador muy reforzada en su faceta militar. Vegecio trata de este modo de fomentar una representación de Teodosio como líder militar de éxito en sintonía con la propaganda oficial que emanaba de la propia sede del poder con la intención de colmar la necesidad y el deseo del pueblo romano de sentir que, a pesar de la derrota de Adrianópolis, la protección estaba garantizada gracias al nuevo emperador en el poder, Teodosio[126]. Es muy poco probable que Vegecio siguiera instrucciones dictadas por alguien responsabilizado de orquestar las líneas de una propaganda oficial. Es más plausible que en su propio proceso compositivo Vegecio percibiera la conveniencia de introducir en su obra elementos que contribuyeran a la formalización de la imagen pública de Teodosio como triunfador militar, como *inuictus imperator*[127].

De igual manera puede entenderse el catálogo de pueblos que al final del libro tercero menciona Vegecio en un elenco de habilidades militares atribuidas al propio Teodosio y que,

---

[126] Sobre la naturaleza de la propaganda en esta época quiero recordar alguna consideración pertinente de A. Cameron expresada en "Claudian revisited", en F. E. Consolino, *Letteratura e propaganda nell'Occidente latino da Augusto ai regni romanobarbarici, Atti del convegno internazionale, Arcavacata di Rende, 25-26 maggio 1998*, Roma, L'Erma di Bretschneider, 2000, págs. 127-144. Naturalmente, la inexistencia en la antigüedad de algo remotamente parecido a los medios de comunicación hace imposible pensar en el uso de una propaganda por saturación similar a la actual. Sin embargo es lícito emplear el término propaganda como sinónimo del conjunto de medidas que ponía en marcha un gobernante junto con sus colaboradores en el poder para influir y mediatizar las opiniones de los ciudadanos o de cualquier sector de la población. En este sentido la propaganda vertida por medio de una obra literaria, en tanto que el producto literario estaba dirigido y se circunscribía en ámbito de alcance a la *élite* cultural romana, iba dirigida igualmente a ese importante e influyente grupo de gente.

[127] Al respecto y en mayor profundidad me permito remitir a D. Paniagua, "La *Epitoma rei militaris* de Vegecio y el *imperator inuictus*", *Voces* 14, 2003, págs. 165-183.

según el autor, estos pueblos envidian. Los Persas, los Hunos y los Alanos, los Sarracenos y los Indios son los pueblos que Vegecio enumera. De los Persas recuerda Pacato[128]: "un tiempo rival de nuestro Estado y famosa por las muertes de muchos generales romanos, pide perdón con su obediencia por todas las atrocidades cometidas contra nuestros generales. Y su propio rey, que antes desdeñaba confesarse un hombre ahora confiesa su miedo y te adora en los mismos templos en que es adorado él mismo". De los Hunos y los Alanos dice el panegirista[129] que se sometieron a la autoridad de Teodosio, de los Sarracenos que fueron castigados por deshonrar un tratado[130], episodio del que por otro lado nada se sabe, y de los Indios que el Océano no garantiza su protección, con otra alusión que se nos escapa pero que expresa inequívocamente el alcance de la amenaza militar del ejército romano. La convergencia de los pueblos citados por Vegecio con los que aparecen nombrados por Pacato indica un estatuto de superioridad del imperio romano sobre ellos, por mérito de Teodosio, a partir de acontecimientos concretos que en algunos casos no conocemos pero que para el lector contemporáneo debían de resultar plenamente reconocibles. Se trata otra vez de un elogio de los logros militares de Teodosio sobre pueblos extranjeros.

Sin embargo, no debe olvidarse un punto en el que Vegecio y Teodosio discrepan notablemente, a saber, el reclutamiento de mercenarios extranjeros y la presencia de bárbaros en el ejército romano. En realidad, uno de los temas centrales de la cuestión militar romana a finales del siglo IV había sido la conveniencia de recurrir a tropas mercenarias. Tradicionalmente el ejército romano siempre se había apoyado en efectivos extranjeros como tropas auxiliares, pero la tendencia se acentuó sobre todo a partir del reinado de Valente que había acogido de buen grado la incorporación al ejército de mercenarios Godos, hasta llegar a su máxima exponencia con el tra-

---

[128] Pacat., 12 [2], 22, 4-5.
[129] Pacat., 12 [2], 32, 4.
[130] Pacat., 12 [2], 22, 3.

tado entre Teodosio y los Godos firmado el año 382. La crítica que velan las palabras de Vegecio es el peligro que entrañaba, por un lado la cada vez mayor autonomía de los contingentes bárbaros en el ejército romano y por otro el ascenso hasta las más altas cotas de la jerarquía militar de hombres de procedencia bárbara. Es lógico suponer que esta situación desencadenó el surgimiento de dos posturas enfrentadas, una que recomendaba si no prescindir sí por lo menos limitar mucho la presencia del elemento bárbaro en el ejército romano, y la otra que veía ventajosa su incorporación a filas romanas. De la primera postura se hace portavoz Vegecio en su *Epitoma*, donde propone una recuperación de las antiguas costumbres militares romanas, que tan buenos resultados dieron en el pasado, y en particular del reclutamiento exclusivo de nativos del Imperio, fundamentalmente por dos razones: desde el punto de vista militar los soldados nacidos en el Imperio eran más fiables y no traicionarían sus propios intereses, y desde el punto de vista económico era más conveniente el reclutamiento de soldados romanos que la contratación de mercenarios. Pero Vegecio no consiguió persuadir a Teodosio de su postura y el emperador decidió seguir contando con tropas mercenarias para reforzar su ejército. En el año 398 Sinesio retomará nuevamente en el discurso *De regno*[131] las recomendaciones de Vegecio sobre el inconveniente de emplear tropas mercenarias, y más en particular del recurso de Teodosio a los mercenarios godos.

En consecuencia Vegecio en la *Epitoma* adopta una posición que participa y contribuye a la propaganda política teodosiana en los aspectos relativos a la proyección militar del emperador y de su Imperio y a la recuperación del prestigio militar perdido tras Adrianópolis, pero sin someterse servilmente a ella. Vegecio propone las medidas que considera oportunas para recuperar el poder militar necesario para el Imperio, medidas que pasan por una recuperación de la disciplina militar clásica aprovechando de ella su prestancia militar y moral para contrarrestar la decadencia de estos dos valores en

---

[131] Sines., *De regn.* 19-21.

el ejército de su tiempo. Y entre ellas, como ya se ha repetido varias veces, también proclama la reinstauración de un ejército mayoritariamente romano, contra la tendencia experimentada durante los últimos reinados y en el propio transcurso del de Teodosio mismo.

Título y forma literaria

Aunque algunos estudiosos siguen refiriéndose al tratado de Vegecio como *De re militari*, el título de la obra transmitido en los manuscritos es *Epitoma rei militaris*. Tampoco el título alternativo *Epitoma institutorum rei militaris* que presenta una pequeña cantidad de manuscritos y que asumieron como bueno algunos editores antiguos de la obra parece estar justificado si debemos atenernos a los testimonios de la tradición manuscrita.

Epitoma, más frecuentemente testimoniado en latín como *epitome*, corresponde al sustantivo griego ἐπιτομή, que a su vez deriva del verbo ἐπιτέμνω ("recorto", de donde en sentido figurado "abrevio"). El ἐπιτομή o *epitome/epitoma* designa normalmente el resumen de una obra ya elaborada[132], frente al *breuiarium* que se aplicaba a la formalización de un compendio a partir del material extraído subjetivamente de distintas obras. De acuerdo a esta definición genérica la obra de Vegecio no es realmente un *epitome* sino un *breuiarium*, ya que el autor no se dedica a resumir una única fuente sino que compila las informaciones que estima pertinentes extrayéndolas de distintas fuentes, como él mismo declara. No es un caso único este de Vegecio de titular una obra como *Epitome* respondiendo en realidad a la tipología del género del breviario. Tampoco el llamado *Epitome de Tito Liuio* de Floro, de los últimos años de la primera mitad del siglo II, ni el *Epitome VIpiani*, probablemente del siglo IV, se atienen a la convención

---

[132] Sobre la tradicion romana del epitome es aconsejable consultar R. Lizzi, "La memoria selettiva", en G. Cavallo, P. Fedeli y A. Giardina (eds.), *Lo spazio letterario di Roma antica*, vol. 3, Roma, Salerno, 1990, págs. 646-676.

del *epitome* y sus autores beben de distintas fuentes para su confección. Pero el elemento fundamental que diferencia la *Epitoma* vegeciana de otros epítomes es el carácter personal de su composición. Lejos de someterse a sus fuentes y de realizar una exposición basada en la concatenación de pasajes de obras ajenas a modo de *collage*, la perspectiva de Vegecio en su obra es marcadamente personal. En este sentido y a diferencia de otros abreviadores, compiladores y epitomadores Vegecio no es un simple hilvanador y zurcidor de retales de textos tomados de otras obras sino que merece por derecho propio el reconocimiento de su condición de autor creador. Y no sólo porque adopte una posición activa en la reelaboración de los contenidos pasándolos por el tamiz de su competencia retórica y de sus conocimientos de la técnica militar sino porque interviene directamente sobre los contenidos completándolos y sometiéndolos a enjuiciamiento desde su propia posición de autor.

El mismo Vegecio reflexiona y presenta ante su lector su método y su actitud como autor en la composición de esta obra. Comienza el primer libro con la declaración programática de la finalidad de la obra: "quae apud diuersos historicos uel armorum disciplinam docentes dispersa et inuoluta celantur, pro utilitate Romana proferantur in medium"[133] ("exponer abiertamente por el bien de Roma cuanto se oculta disperso y embrollado en las obras de distintos historiadores y preceptores de la disciplina militar"). Así pues, la intención de Vegecio es fundamentalmente doble; por un lado localizar y reunir en una sola obra las informaciones pertinentes al tema de la obra que se encuentran dispersas *(dispersa)* en las obras de los historiadores y demás escritores, y por otro lado, una vez reunidas estas, tratar acerca de ellas de manera sistemática en su exposición para explicarlas abiertamente con la intención de que resulten comprensibles y dejen de ser cuestiones confusas y embrolladas *(inuoluta)*. Y jalona esta declaración con la proclamación de la *utilitas Romana* de su obra, tópico característico de la literatura técnico-científica clásica que re-

[133] *Epit.* 1, *praef.* 4.

toma protagonismo en gran medida en época tardoantigua. Al fin y al cabo la declaración de la funcionalidad social de la obra técnico-científica constituye una garantía de su recepción favorable entre el público al que va dirigida y al que puede entrañar repercusiones beneficiosas.

En el capítulo octavo retoma de nuevo la declaración metodológica de su objetivo en la *Epitoma:* "euolutis auctoribus ea me in hoc opusculo fidelissime dicere, quae Cato ille Censorius de disciplina militari scripsit, quae Cornelius Celsus, quae Frontinus perstringenda duxerunt, quae Paternus, diligentissimus iuris militaris assertor, in libros redegit, quae Augusti et Traiani Adrianique constitutionibus cauta sunt. Nihil enim mihi auctoritatis assumo sed horum, quos supra rettuli, quae dispersa sunt, uelut in ordinem epitomata conscribo" ("exponer con toda fidelidad en este opúsculo, tras leer a los autores, lo que escribió Catón el Censor sobre la disciplina militar, lo que Cornelio Celso y Frontino consideraron que debían recopilar en sus obras, lo que Paterno, esmeradísimo adalid del derecho militar, reunió en sus libros, y las disposiciones adoptadas en las constituciones de Augusto, de Trajano y de Adriano. Por tanto no me adjudico a mí mismo ninguna autoridad, sino que resumo epitomado de manera ordenada lo que aparece disperso en las obras de quienes he citado más arriba"). En este pasaje Vegecio expone explícitamente sus fuentes primordiales, Catón, Celso, Frontino, Paterno y las constituciones imperiales de Augusto, Trajano y Adriano. En la última frase declara de nuevo su interés por recoger ordenadamente lo disperso *(quae dispersa sunt)*, reflejando su afán por sistematizar y ordenar los contenidos de otros autores para luego presentarlos compendiados en forma de *epitome*. Estas palabras muestran que Vegecio tenía una concepción del *epitomare* y, por ende, del *epitome* cercana a lo que entendemos por compendio. Y aquí el *argumentum auctoritatis* juega en doble sentido; por una parte la declaración de las fuentes, autores reconocidos de la literatura y la cultura latina, confiere prestigio a la obra, pero por otro lado lleva al autor a renunciar ante el lector, aunque sea sólo como manifestación de modestia, a toda *auctoritas* a partir de su propia persona. Se trata de un recurso también característico de la literatura técni-

co-científica, que mediante el alejamiento explícito del autor de su propia obra contribuye a ofrecer una imagen de objetividad y valor de la obra por sí misma en cuanto representa un reflejo aséptico de datos e informaciones tomados de fuentes constatadas y aceptadas por todos sin que interfiera en su exposición la voluntad (o el capricho) del autor para modificarlos. Es sin duda un procedimiento efectivo en la intención ofrecer al lector la sensación de que se encuentra ante un texto absolutamente objetivo, pues tal es el estatuto que se pretende conferir a la naturaleza de la disciplina técnico-científica. El libro primero (1, 28, 1) retomará una vez más la idea ya apuntada cuando Vegecio dice: "haec [...] de uniuersis auctoribus, qui rei militaris disciplinam litteris mandauerunt, in hunc libellum enucleata congessi" ("he sintetizado en este pequeño libro estos contenidos extrayéndolos de todos los autores que trataron por escrito la disciplina de la técnica militar"). Confluyen de nuevo los dos conceptos claves para la comprensión de la actividad compendiadora de Vegecio; el de extraer los contenidos pertinentes de las fuentes *(enucleata)* y el de reunirlos y unificarlos en una sola obra *(in hunc libellum congessi)*. Y todavía una vez más en el prólogo del libro tercero: "quae per diuersos auctores librosque dispersa, imperator inuicte, mediocritatem meam adbreuiare iussisti, ne uel fastidium nasceretur ex plurimis uel plenitudo fidei deesset in paruis" ("y estos preceptos, dispersos en diferentes autores y obras, invencible Emperador, son los que ordenaste a mi modesta persona compendiar de manera que no resultara tedioso por ser prolijo ni adoleciera de falta de fiabilidad por contener detalles irrelevantes"). Aquí aparece la petición del emperador al escritor de que prosiga la tarea iniciada con el primer libro y recopile de los autores y los libros los preceptos de la actividad militar y los reelabore para que el resultado sea un compendio que los recoja sumariamente. Pero la obra resultante no debe ser demasiado prolija porque le provocaría aburrimiento al lector ni detenerse en detalles sin importancia porque entonces no serviría su propósito y el lector no la adoptaría como fuente de información e instrucción. El justo medio que normaliza la correcta concepción de la obra no se establece por la contraposición de los dos polos opuestos,

uno por exceso y otro por defecto, sino que únicamente se determina la inconveniencia del exceso. La *breuitas* es la *uirtus* del compendio y por ello todo exceso debe ser eliminado en aras de la sublimación del contenido imprescindible.

Finalmente, en el prólogo del libro cuarto Vegecio reivindica de nuevo su planteamiento conceptual de la labor emprendida: "ex diuersis auctoribus in ordinem digeram" ("voy a exponer ordenadamente [*sc.* los sistemas de asedio descritos] por los distintos autores") insistiendo en la diversidad de las fuentes, que implica la dispersión de las noticias, y en la labor de recopilación de los contenidos de manera sintética (*digeram*[134]) y ordenada (*in ordinem*).

Por tanto Vegecio mantiene presente a lo largo de toda la obra, y así lo manifiesta en los puntos en los que puede incorporar precisiones y observaciones de tipo metodológico y programático, una clara concepción de la labor de compendio que ha emprendido. En primer lugar acude a las fuentes literarias que conforman la tradición literaria latina *de re militari*, luego espiga y recopila los aspectos más interesantes que considera que deben ser recogidos de las fuentes despojándolos de todo cuanto resulte superfluo o innecesario en el discurso expositivo, y por último los dispone ordenadamente y con brevedad para que el lector tenga un acceso directo e inmediato a las cuestiones que le interesan.

Estructura de la Epitoma rei militaris

La obra tal y como se ha conservado se abre con un párrafo inicial, una unidad de texto ajena a la estructura propia de la *Epitoma* en forma de exordio, donde se anticipan los contenidos de cada libro. Su autoría fue en el pasado controver-

---

[134] En el epílogo del libro tercero utiliza el adjetivo participial *digesta* para exponer el modo en que han sido recogidos los contenidos expuestos. Un tipo de recopilación que no ofrece como resultado otra cosa que lo que constituye para la literatura jurisprudencial el *Digesto*, es decir, una *summa* que reúne los hitos doctrinales de toda la literatura del derecho romano.

tida y se creyó que no se debía al propio Vegecio sino que había sido añadido posteriormente por alguna mano ajena. Sin embargo, en la actualidad hay consenso entre los estudiosos en considerar que fue escrito por el autor, casi con seguridad añadido después de la conclusión de los cuatros libros y de su fusión en una sola obra orgánica.

Ya hemos insistido en que originalmente Vegecio compuso sólo el libro primero y se lo envió al emperador. Era un *liber singularis* dedicado en exclusiva a la exposición de las condiciones y los procedimientos adecuados para llevar a cabo el reclutamiento de nuevos soldados para el ejército y para su oportuno adiestramiento. Esta obra, un *libellus de dilectu atque exercitatione tironum* como el propio Vegecio se refiere a ella en el prefacio y en el último capítulo del libro primero[135], le fue dedicada y enviada al emperador (Teodosio, si se acepta con la mayoría de los estudiosos la datación en época teodosiana), quien satisfecho con la ofrenda pidió al escritor que realizara una empresa de miras más ambiciosas recopilando toda la tradición antigua de la técnica militar romana. Así pues, al *liber singularis* añadió posteriormente un segundo libro encomendado a la descripción de la *ueteris militiae consuetudo* con la intención de que sirviera de paradigma para el ejército de infantería, un tercer libro en el que expone las técnicas de combate y los tipos de maniobra que debe conocer el general que se dispone a entablar la batalla con su ejército, y un cuarto libro, el último, consagrado a la consideración de los asedios y las máquinas obsidionales, y a los preceptos relativos a la guerra naval. Parece superada la confusión que provocó en los primeros editores la división de la obra en cinco libros, separando la preceptiva militar marítima en un quinto libro independiente del cuarto. Esta escisión en el texto está presente en uno de los manuscritos importantes de la tradición (París, Bibl. Nat. Lat. 7231, D), y los editores de época humanista y post-humanista a partir de Peter Schrijver (Scriverius) pensa-

---

[135] 1, *praef.* 5; 1, 28, 1. En 2, *praef.* 8 Reeve ha editado *de dilectu atque exercitio tironum*, aunque quizás sea preferible conservar la lectura de ε *de dilectu atque exercitatione tironum.*

ron que el breve epílogo que cierra la parte dedicada a las técnicas y máquinas de asedio y la sucesiva presentación y justificación de los contenidos de la preceptiva bélica naval que prosiguen a continuación debían entenderse como final de un libro y comienzo de otro. En realidad se trata simplemente de un procedimiento de bisagra en el discurso expositivo que articula la transición de un bloque de contenidos a otro[136]. Quizás porque estimaba que la poliorcética y la preceptiva de la guerra en mar no le proporcionaban material suficiente para confeccionar sendos libros independientes, o más probablemente por el propio agotamiento después del amplio y denso libro tercero, como menciona de pasada en el prefacio del libro IV ("nec laboris pigebit"), Vegecio decidió forjar un solo libro combinando los contenidos de ambos temas y poner así punto final a su *Epitoma*.

Además cada libro aparece precedido por un índice en el que se encuentran recogidos los títulos de cada capítulo. Esta *Capitulatio* o *Rubricae* está conservada sistemáticamente en toda la tradición manuscrita, con la excepción de un solo manuscrito *(e)*, y, aunque en otros tiempos se consideraba un añadido de los copistas, actualmente son muchos los que aceptan que es obra del propio Vegecio.

Libro I

El libro primero en palabras de su propio autor[137] "electionem edocet iuniorum, ex quibus locis uel quales milites probandi sint aut quibus armorum exercitiis imbuendi", es decir, "instruye en la elección de los reclutas, de qué lugares, qué tipo de soldados deben ser reclutados y en qué ejercicios con armas deben entrenarse". Se abre con un elaborado prefacio

---

[136] No es algo extraño en la literatura técnico-científica latina. Por esta misma razón se explica la división en distintos libros del *De aquaeductu Vrbis Romae* de Frontino que presentan algunos manuscritos.

[137] En el mencionado bloque de texto inicial previo al exordio del primer libro de la *Epitoma*.

en el que Vegecio enlaza su obra con la tradición de la literatura técnico-científica y se la dedica al soberano del Imperio. Las coordenadas fundamentales de su discurso se localizan en la idealización del pasado (Vegecio es un buen ejemplo de la figura del *laudator temporis acti)* y la necesidad de reformas para dar solución a los problemas, de orden militar, que en su tiempo aquejan al Imperio[138]. Es característica la tendencia a enaltecer los tiempos pasados cuando los presentes no son satisfactorios en algún aspecto de la vida cotidiana o, como en este caso, cuando los acontecimientos contemporáneos son desfavorables. Así Vegecio adopta una postura de rechazo hacia la presente coyuntura militar del Imperio y propone una vuelta a los paradigmas que en el pasado garantizaron plenamente los éxitos militares contra todos los enemigos que alguna vez se enfrentaron a la hegemonía romana.

A continuación, Vegecio pasa a la consideración de los requisitos y las preferencias a la hora de elegir a los reclutas (1-7). Luego, una vez reclutados los nuevos soldados, introduce las distintas aptitudes en las que deben adiestrarse los reclutas así como los ejercicios con que deben consolidar su aprendizaje del manejo de las armas y de la técnica militar (8-20). En este punto de la exposición el autor intercala la preceptiva relativa a la correcta disposición y fortificación del campamento (21-25), y una vez concluida reanuda la consideración de los ejercicios de adiestramiento de los reclutas (26-27). El libro lleva como colofón un capítulo final que hace las veces de epílogo. En este capítulo (28) Vegecio ensalza el valor y la disciplina militar del pueblo romano y su supremacía sobre las demás potencias militares del pasado, y reclama la necesidad de recuperar los antiguos valores del ejército para que el Imperio pueda reponerse de los últimos reveses recibidos de ese enemigo que asemeja las antiguas tropas de soldados púnicos comandadas por Aníbal.

---

[138] Sobre los prefacios de la *Epitoma*, los procedimientos retóricos de su articulación y el carácter de sus contenidos se pueden consultar en C. Santini, "Le *praefationes* di Vegezio", C. Santini y N. Scivoletto (eds.), *Prefazioni, prologhi, proemi di opere tecnico-scientifiche latine*, vol. II, Roma, Herder, 1992, págs. 1003-1018.

Libro II

El libro segundo libro "ueteris militiae continet morem, ad quem pedestris institui possit exercitus", esto es, "contiene las costumbres de la antigua milicia para que se pueda formar al ejército de infantería con arreglo a ellas". Se abre con un prólogo en el que Vegecio manifiesta el agrado del emperador por su opúsculo, ahora reconvertido en el libro primero de la *Epitoma*, que motivó el encargo de componer una obra que recopilara los conocimientos en materia militar de la tradición romana. El hilo del discurso continúa la línea trazada en el primer proemio insistiendo en los "instituta maiorum partis armatae" y en la contraposición del pasado a los acontecimientos recientes desde la conciencia de la utilidad de la historia como *magistra uitae*. La exposición comienza con la determinación de algunos conceptos básicos de la disciplina militar (1-3) y con la descripción de la estructura, la formación y los cargos militares más destacados de la antigua legión romana (4-14). A continuación Vegecio explica la disposición de batalla de la legión (15-18) y expone la naturaleza de algunos de sus cargos de administración interna y el procedimiento de promoción (19-21). Después refiere las diferencias entre los distintos instrumentos sonoros de la legión y retoma de nuevo la importancia del adiestramiento de los soldados (22-24). El libro se cierra con una enumeración de los utensilios y máquinas de combate de que debe estar siempre provista la legión (25).

Libro III

El libro tercero de la *Epitoma* "omnia artium genera, quae terrestri proelio necessaria uidentur, exponit", "refiere todos los tipos de técnicas que se consideran necesarias para el combate terrestre". Después del preceptivo prólogo que abre el libro, en el que se delinea *ab origine* un breve panorama retrospectivo de la disciplina militar, se manifiesta la necesidad de esta *ars* para el éxito en la campaña militar y se propone una

política de prevención basada en la superioridad militar ("nadie osa provocar ni ofender a quien sabe que es superior en combate"). Vegecio refiere las dimensiones del ejército, algunas precauciones de naturaleza logística que deben ser tenidas en cuenta para garantizar el correcto desarrollo de las operaciones militares, los procedimientos para vadear ríos y asentar el campamento (1-8). Después explica todas las consideraciones previas a la contienda que debe ponderar el general (9-13) y expone la formación de combate que debe adoptar el ejército y las tácticas de confrontación (14-25). El libro está rematado con un capítulo final (28) en el que se resumen en treinta y dos máximas las recomendaciones fundamentales vertidas por el autor.

Libro IV

El libro cuarto "uniuersas machinas, quibus uel oppugnantur ciuitates uel defenduntur, enumerat; naualis quoque belli praecepta subnectit", o dicho en castellano, "enumera todas las maquinas de guerra con las que se asedian o se defienden las ciudades; añade asimismo los preceptos relativos a la guerra naval". Puesto que este libro está encomendado al asedio de ciudades Vegecio articula su prefacio en torno a la idea de la ciudad como fundamento de la civilización y de la ya mencionada metodología adoptada para la composición de la obra. Reanuda la exposición de la preceptiva militar con un apartado dedicado a las labores de fortificación de una ciudad o plaza fuerte (1-6) y luego refiere las precauciones que deben adoptarse antes y durante un asedio para poder afrontarlo con garantías (7-11). A continuación pasa a describir la llegada del asediador a los muros de la ciudad y explica las diversas máquinas de guerra con las que se realiza el asedio así como los sistemas más oportunos para neutralizarlas (12-21). Una vez descritas las máquinas de asedio y su funcionamiento Vegecio expone cuáles son la artillería y los demás procedimientos de que se sirven los asediados para repeler los ataques (22-26). La última parte del tratamiento de la técnica del asedio contiene recomendaciones relativas a las asechanzas de

asediadores a asediados y viceversa, una nueva consideración de la artillería defensiva y los métodos para obtener las medidas de las murallas con el fin de poder construir máquinas de asedio efectivas (27-30). Tras un brevísimo apartado semiproemial que sirve al propósito de introducir la transición de un bloque de contenidos a otro, en el que se justifica la concisión de esta sección aduciendo que desde hace tiempo el mar se encuentra pacificado, Vegecio emprende la exposición de los principios básicos de la guerra naval y comienza por exponer los fundamentos de la flota romana (31-32), los barcos de guerra y su proceso de construcción (33-37) y los elementos más importantes del arte de la navegación (38-43). El libro y la obra concluyen con los preceptos que regulan el modo correcto de combatir en la guerra naval y la enumeración de las armas que se emplean en este tipo de enfrentamiento militar (44-46).

A diferencia de como había acabado el libro primero cuando constituía por sí solo una obra independiente, la *Epitoma* en su configuración final no concluye con un apartado que haga las veces de epílogo y que contenga una apelación directa al emperador. El libro cuarto se cierra de manera abrupta con las últimas consideraciones de la guerra naval, sin ningún tipo de fórmula conclusiva ni de salutación final. Ello y el desequilibrio en la extensión, por lo general bastante menor, de los capítulos de este último libro respecto a los libros anteriores, sugiere una cierta disminución quizás del fervor, del interés o de la propia capacidad y competencia de Vegecio en la redacción de esta sección final de la *Epitoma*. Si se hace una lectura comparada de este libro cuarto y del libro primero el lector parece asistir a los dos polos de un proceso compositivo, no ya porque representen principio y final de la obra sino, sobre todo, porque el libro primero presenta un cuidado y un esmero en la articulación y exposición de los contenidos que contrasta vivamente con una cierta precipitación, un perceptible desequilibrio en la presentación de los contenidos e incluso, en ocasiones, la falta del *labor limae* que caracteriza algunos pasajes de este último libro.

Fuentes documentales de la Epitoma rei militaris

Vegecio manifiesta varias veces a lo largo de su obra la naturaleza de la *Epitoma* como composición surgida a partir de la recopilación de informaciones de fuentes literarias de la tradición. En el prefacio del primer libro identifica la procedencia de los datos que *pro utilitate Romana* ha recopilado en su composición; "apud diuersos historicos uel armorum disciplinam docentes" ("en las obras de distintos historiadores y preceptores de la disciplina militar"). Por tanto, a decir del propio autor, el fundamento documental de la *Epitoma* tiene una doble procedencia; por un lado las obras historiográficas, en las que, como es sabido, el componente militar es habitualmente el *leitmotiv*, y por otro las obras de expertos que enseñan específicamente los principios de la disciplina militar. Respecto de los primeros, los historiadores y sus obras historiográficas, Vegecio insiste en su singular importancia como fuente informativa y documental. No en vano donde mejor y más detalladamente se podía revivir, con el fin de poder extraer los principios militares necesarios para su aplicación a la ordenación militar contemporánea, ese pasado glorioso de Roma, cimentado sobre las victorias militares de un ejército para Vegecio ejemplar, era sin duda en la tradición historiográfica romana. Esta idea es la que subyace en su planteamiento general del uso como fuente documental de la tradición historiográfica y así lo expresa en el capítulo octavo del primer libro: "de historiis ergo uel libris nobis antiqua consuetudo repetenda est" ("de las obras historiográficas y los libros debemos recuperar la antigua usanza militar"). Y esta *antiqua consuetudo* se entiende asimismo en una doble vertiente, por una parte como el conjunto de normas y principios rectores de la disciplina militar antigua y por otra, a nivel más general, como las costumbres antiguas en lo relacionado con la guerra. Del primer tipo, es decir, del aprovechamiento de la obra historiográfica como fuente de información acerca de la antigua técnica militar romana, constituye un buen ejem-

plo el pasaje del libro cuarto en el que Vegecio dice[139]: "saepe, cum obsidio describitur, inuenitur in historiis loricula urbem esse circumdatam" ("muchas veces cuando se describe un asedio en la obras de los historiadores se encuentra que una ciudad estaba rodeada con esta lorígula"). En este caso la fuente histórica es aducida para documentar el empleo de esta *loricula* en la fortificación de ciudades. Y si invertimos la trayectoria del procedimiento de Vegecio y tratamos de encontrar documentada la *loricula* en la literatura latina conservada, podremos comprobar que efectivamente la única obra que ha preservado el testimonio de este sistema de protección es el *Liber VIII Caesaris Commentariorum belli Gallici* de Aulo Hircio (9, 3), posible fuente para Vegecio al menos en el pasaje aludido. Del segundo tipo, el uso de la obra histórica como base documental de la que extraer ejemplos de la *antiqua consuetudo* militar pero en una aplicación más general, serían todas las incorporaciones al tejido discursivo de episodios históricos ejemplarizantes en el plano ético. El recurso al *exemplum* en la *Epitoma* es muy frecuente y ya Frontino lo había adoptado como fundamento integrador de sus *Strategemata*. En este sentido la obra historiográfica proporciona a Vegecio documentación muy valiosa acerca de los grandes personajes de la historia romana que será reutilizada en la *Epitoma* para conferir mayor *auctoritas* a sus exposiciones y mayor protagonismo al plano ético del ejército. No debe olvidarse que en el programa de reforma que Vegecio presenta en esta obra casi de la misma importancia que la recuperación de la antigua disciplina y la ordenación militar es la reinstauración de los antiguos códigos de moralidad *(mos maiorum)* que regulaban la vida castrense. A este propósito sirve la mención de Gneo Pompeyo (1, 9, 8), que se involucraba plenamente en los entrenamientos militares, de Gayo Mario (3, 10, 23), que reinstauró la disciplina militar en unos ejércitos derrotados haciéndoles salir victoriosos de sucesivos enfrentamientos, de Quinto Cecilio Metelo (3, 10, 22), que corrigió los de-

139 *Epit.* 4, 28, 4.

fectos de un ejército vencido en tierras africanas, de Publio Cornelio Escipión (1, 15, 5; 3, 10, 19; 3, 21, 3) y de Sertorio (1, 7, 9; 1, 9, 9), mencionados varias veces y por distintos motivos.

De este modo Vegecio demuestra la validez de su criterio de combinar como fuentes documentales las obras específicas de preceptiva militar *(armorum disciplinam docentes)* con las obras historiográficas, por cuanto de éstas puede sacar un doble beneficio en la redacción de su obra.

Por otro lado, en lo que concierne a las obras de preceptiva militar también es el propio autor el que declara explícitamente cuáles son sus fuentes. En el primer libro ofrece lo que podríamos equiparar (de una manera bastante *sui generis)* a las modernas bibliografías. Allí Vegecio dice: "haec necessitas *(sc.* disciplinam militarem populi romani inquirere) compulit euolutis auctoribus ea me in hoc opusculo fidelissime dicere, quae Cato ille Censorinus de disciplina militari scripsit, quae Cornelius Celsus, quae Frontinus perstringenda duxerunt, quae Paternus, diligentissimus iuris militaris assertor, in libros redegit, quae Augusti et Traiani Adrianique constitutionibus cauta sunt", "esta circunstancia *(sc.* profundizar en la disciplina militar del pueblo romano) me empujó a exponer con toda fidelidad en este opúsculo, tras leer a los autores, lo que escribió Catón el Censor sobre la disciplina militar, lo que Cornelio Celso y Frontino consideraron que debían recopilar en sus obras, lo que Paterno, esmeradísimo adalid del derecho militar, reunió en sus libros, y las disposiciones adoptadas en las constituciones de Augusto de Trajano y de Adriano". En esta lista de fuentes Vegecio unifica los dos tipos de literatura militar que existieron contemporáneamente en la tradición romana, a saber, la literatura consagrada a la exposición de la técnica militar y la literatura encomendada a la consideración y regulación del *ius militare.* Son los dos puntos de vista desde los que en el mundo romano se prestaba a ser observada la *res militaris.* Al primer tipo pertenece la producción de Catón, de Celso y de Frontino, mientras que a la segunda corresponden la obra de Tarrutenio Paterno y las constituciones de los emperadores Augusto, Trajano y Adriano. La naturaleza de estas obras será analizada convenientemente más adelante. Dank-

frid Schenk[140] estudió en detalle la posible influencia de estas fuentes declaradas en la redacción de la *Epitoma*. Su propuesta era que el libro primero estaba construido con material tomado de Cornelio Celso, el segundo con material de Paterno, y el tercero y el cuarto con material extraído de la obra de Frontino. Para Schenk la mención de Catón y las constituciones imperiales de Augusto, Trajano y Adriano era debida a la presencia de cierto material catoniano, probablemente de manera explícita y bien identificada, en la obra de Frontino, y de las constituciones en la obra de Paterno. Por tanto serían fuentes indirectas o en segundo grado y en ningún caso manejadas directamente por Vegecio. Milner[141] considera que probablemente todas estas fuentes mencionadas por el autor procedían de algún otro epítome militar anterior que recopilaba documentación de estas obras. No cabe duda de que la alusión explícita a estas fuentes está en función más de la autoridad que confieren a la obra que de la propia dependencia directa de sus contenidos, pero esta era una praxis extendida en la literatura clásica y en particular en época tardoantigua. Era frecuente que la fuente más inmediata y normalmente más importante quedara omitida y se mencionaran aquellas otras que reposaban en la base misma de la tradición. Sin embargo, la cuestión fundamental es que todas las obras que Vegecio enumera como fuentes de su *Epitoma* se han perdido por lo que a menudo el estudio de las fuentes en su obra se pierde en especulaciones y conjeturas de poca solidez.

A estas fuentes debe añadirse el empleo, que también se antoja indirecto, de material varroniano en el libro cuarto de la *Epitoma*, dependencia documental que el propio autor manifiesta (4, 41, 6). La utilización de la obra virgiliana, y en particular de las *Geórgicas*, se encuentra en una encrucijada en la que desembocan varios factores; la lectura de Virgilio en las escuelas y su conocimiento como indicador cultural, la autoridad de su palabra, y su utilidad en algunas de las cuestiones

---

[140] D. Schenk, *Flavius Vegetius Renatus, Die Quellen der Epitoma Rei Militaris*, (Klio, Beiheft XXII), Leipzig, Dieterich, 1930.

[141] N. P. Milner, *op. cit.*, págs. xvii-xxv.

tratadas se combinan para hacer del poeta otra fuente de la *Epitoma*, aunque de categoría y estatuto singulares.

En cuanto a la utilización de fuentes no confesadas por Vegecio se pueden hacer algunos apuntes. Lenoir[142], buen conocedor del tratado *De munitionibus castrorum* del pseudo-Higino (también conocido como *De metatione castrorum)*, del siglo II-III d.C., indica que Vegecio debió de conocer esta obra y la utilizó para su composición, particularmente para los apartados en los que despliega la preceptiva relativa a la colocación del campamento militar. También se aprecian marcados paralelismos con dos obras escritas en lengua griega: el *Στρατεγικός* de Onasandro, compuesto hacia mediados del siglo I d.C., y el *Bellum Iudaicum* de Flavio Josefo. Vegecio debió de conocer estas obras a través de traducciones latinas o de compilaciones que contuvieran material extraído de ellas.

La Epitoma rei militaris *y la literatura militar grecorromana*

Cuando Vegecio compone su *Epitoma* lo hace enmarcándola en una tradición literaria de carácter técnico que cuenta con más de ocho siglos a sus espaldas. Esta tradición de escritos polemológicos de naturaleza variada se configura y determina en un proceso de continuo cambio de las convenciones y concepciones que rigen su disciplina desde las primeras manifestaciones literarias hasta su desaparición. Por ello, para comprender la *Epitoma* en su verdadera dimensión dentro del devenir de la tradición literaria y cultural en la que se encuentra integrada y no como una obra aislada y extirpada del contexto en que surgió es preciso conocer siquiera someramente el acervo de la literatura *de re militari* de época griega y romana que constituye la tradición. Esto servirá para entender mejor la obra y su significado en una línea de continuidad y no como un producto literario desligado de toda interrela-

---

[142] M. Lenoir, "La littérature *de re militari*", en Cl. Nicolet (ed.), *Les littératures techniques dans l'Antiquité romaine, Entretiens de la Fondation Hardt, Genève, Vandoeuvres, 1995*, Ginebra, Fondation Hardt, vol. XLII, 1996, pág. 83.

ción literaria y descontextualizado, tal y como ha llegado a nosotros.

En la consideración de Giuffrè[143] el problema militar se prestaba en la antigüedad a ser observado desde dos puntos de vista, dejando al margen, claro está, el punto de vista político. Estos dos puntos de vista se diferencian entre sí por la parte de la *res* sobre la que focalizan sus intereses. Así, mientras que el primero de ellos fija su interés en el *ars militaris*, el segundo fija su interés en el *ius militare*. El *ars militaris*, es decir, la técnica militar, consta de todos aquellos elementos que son precisos para que la acción militar tenga éxito y alcance un cumplimiento satisfactorio y, por tanto, aglutina el estudio y la instrucción de la estrategia y la táctica, la pericia en el manejo de las armas, el reclutamiento de los soldados, la ingeniería militar, el entrenamiento físico y psíquico de los soldados, la higiene y la construcción de los campamentos militares más eficientes y mejor pertrechados que sean posibles[144].

Por su parte, el *ius militare* consiste en primera instancia en la correcta ejecución de las órdenes impartidas para cumplir la acción militar, pero también supone la asunción por parte de todos los integrantes del ejército de un código de comportamiento en la esfera militar que regula las relaciones entre los distintos miembros y jerarquías militares, las infracciones y patrones de conducta no permitidos en esa esfera y los méritos y premios que recompensan la actitud correcta en el ejercicio del deber militar.

El grupo de obras que comparte como objeto de atención el ejército y el mundo militar, a la que se denomina genéricamente literatura *de re militari*, esto es, literatura de contenido militar, también muestra esa tendencia pareja. Ahora bien, esta afirmación es sólo aplicable a la literatura latina pues mientras que esta perspectiva estuvo omnipresente en la cultura roma-

---

[143] V. Giuffrè, *La letteratura "de re militari". Appunti per una storia degli ordinamenti militari*, Nápoles, Jovene, 1974.

[144] M. Lenoir, "La littérature *de re militari*", en Cl. Nicolet (ed.), *Les littératures techniques dans l'Antiquité romaine*, *op. cit.*, págs. 77-78.

na, en la literatura griega no se encuentran obras dedicadas al plano jurídico que reglamenta los actos que se producen en ámbito militar. Sin duda, la intensa preocupación del pueblo romano por todo lo relacionado con la dimensión jurídica fue un campo abonado para el desarrollo de esta perspectiva disciplinar. Pero a su vez los mismos factores que permitieron la fructificación de una literatura dedicada al *ius militare* provocaron su incorporación material y, en ocasiones, conceptual a la literatura jurídica aislándola progresivamente de la literatura preceptiva militar. La sistematización por escrito de la *disciplina* militar, tal y como acaba de ser definida, cayó en el ámbito de la jurisprudencia, en la parte específica del *ius militare*; un *ius* que concierne a la esfera militar y al *miles romanus* de manera paralela a como el *ius ciuile* concierne a la esfera civil y al *ciuis romanus*. Esta sistematización por escrito fue realizada, como no puede ser de otro modo, por los juristas: Lucio Cincio, recordado y citado por Aulo Gelio; Veranio; el célebre Masurio Sabino que dio su nombre a la "escuela sabiniana"; Venuleyo Saturnino; Tarrunteno (o Tarrutenio) Paterno, adalid del derecho militar; Calístrato; los cuatro grandes de la jurisprudencia romana Julio Paulo, Emilio Papiniano, Ulpiano y Herenio Modestino; Arrio Menandro, el gran sistematizador de la materia jurídica militar; y Emilio Macro, por citar solamente a algunos de los más destacados.

Dejando ya de lado la literatura militar de corte jurídico como parte integrante del vasto campo de acción de la jurisprudencia romana, la comparación de las literaturas técnicas *de re militari* griega y romana muestra inmediatamente otro evidente desequilibrio.

Según Fleury[145] se puede observar con claridad que, mientras que las obras *de re militari* de la literatura griega están repartidas entre estrategia y táctica, por un lado, y mecánica militar y procedimientos de ingeniería para la construcción de máquinas de combate, por otro, en la literatura latina únicamente se cultiva la parte que concierne a la estrategia y la tác-

---

[145] *Ibidem*, pág. 111 (en la trancripción del debate que sigue a la conferencia de Lenoir).

tica. Es decir, no existe en la literatura latina *de re militari* un *corpus* de obras dedicadas específicamente a la mecánica militar. Las únicas obras romanas que se pueden asimilar en alguna medida a este tipo de literatura son el libro X del *De Architectura* de Vitrubio, en la sección dedicada a la ingeniería militar, donde el autor expone la construcción y el uso del escorpión, la ballesta, la regulación y el funcionamiento de las máquinas de ataque, el funcionamiento de las máquinas de asedio y el arte de la defensa, y el tratado *De rebus bellicis* en los capítulos dedicados a la descripción de las máquinas de guerra que el autor propone para modernizar y potenciar el ejército romano. Habría que añadir a esto los capítulos del libro cuarto de la *Epitoma* de Vegecio dedicados a la descripción de la construcción y uso de artefactos militares.

Por tanto, un panorama de la historia de la literatura *de re militari* en la literatura clásica, debería necesariamente tener en cuenta la parte de la literatura mecánica que se dedica a la ingeniería militar, aun cuando efectivamente no fue cultivada de manera sistemática en el mundo romano, al menos en la medida en que nos es posible determinar.

En la tradición clásica perviven los nombres de algunos ingenieros que destacaron en época antigua por sus invenciones de máquinas de guerra y artilugios de utilidad práctica en la campaña militar. Así, Pefrasmeno de Tiro es recordado como inventor hacia el año 500 a.C. del ariete suspendido, Geras, de época muy próxima, como inventor del ariete tortuga, Diades, Carias y Posidonio, ingenieros a las órdenes de Alejandro Magno, Epímaco de Atenas y Hegetor de Bizancio, ingenieros de Demetrio Poliorcetes, y otros como Calias o Diognetes, constructores de maquinaria de defensa hacia finales del IV a.C.

En el panorama de la producción literaria griega, la primera mención histórica de cierta fiabilidad de un autor que compusiera una obra *de re militari* se remonta al presocrático Demócrito de Abdera. En el catálogo de las obras de Demócrito (A 33 = B 28b D.-K.) aparece mencionada una obra con el título de *Τακτικόν*, que la versión de Diógenes incluye entre los escritos técnicos del abderita. El papel de las matemáticas en esta obra es subrayado en diversas ocasiones por Eliano y

Asclepiódoto, quienes parecen confirmar la veracidad de la noticia del catálogo. Cabe pensar que de un modo u otro el traumático acontecimiento contemporáneo de la gran Guerra del Peloponeso tuvo que repercutir en el interés de los intelectuales, y entre ellos de Demócrito, por las cuestiones relativas a la guerra y al ejército.

Otro autor que proporciona informaciones de interés para el estudio del *ars militaris* griega, aunque a menudo no suele ser tenido en consideración, es Jenofonte, en diversos pasajes de la *Κύρου παιδεία (Ciropedia)*, los *Ἀπομνημονεύματα (Memorables)* y sobre todo en el *Ἱππαρχικός (Hipárquico)*.

Eneas el Táctico compuso una obra de contenido militar que se ha transmitido con el título de *Πολιορκητικά (Poliorcética)*, es decir, acerca del arte de atacar y defender las plazas fuertes. Sin embargo, es probable que éste sea el título bizantino de la obra y que su título original fuera *Στρατηγικά (Sobre el mando del ejército)*. Compuesta entre el año 355 y el 346 a.C[146], es el primer tratado de *ars militaris* conservado de la literatura antigua y uno de los primeros en ser escrito. Posteriormente habría de ser objeto de compendios y resúmenes como el realizado por el tesalio Cineas. Además, aunque no se han conservado, hay testimonios por vía indirecta que evidencian que Eneas compuso otros tratados de temática semejante: *Παρασκευαστικὴ βίβλος (Tratado sobre los preparativos de la guerra)*, *Ποριστικὴ βίβλος (Tratado sobre el aprovisionamiento)* en el que se ocupaba de la financiación y la gestión económica de los aspectos relativos a la guerra, *Στρατοπεδευτικὴ βίβλος (Tratado sobre el campamento militar)*, *<Ἐπιβουλῶν> βίβλος (Tratado de los engaños)*, de título dudoso, que sería un tratado sobre las añagazas y los engaños en la guerra, y *Ἀκούσματα (Instrucciones)*, quizás un tratado sobre instrucciones orales a las tropas o modelos de exhortación y arenga militar. Aparte de estos tratados, aceptados por la mayor par-

---

[146] T H. Williams, "The authorship of the greek military manual attributed to Aeneas Tacticus", *AJPh* XXV, 1904, pág. 390; L. Loreto, "Il generale e la biblioteca. La trattatistica militare greca da Democrito di Abdera ad Alessio I Comneno", en G. Cambiano, L. Canfora y D. Lanza (eds.), *Lo spazio letterario della Grecia antica*, vol. II, Roma, Salerno, 1995, pág. 577.

te de los especialistas, se le atribuyen también un *Περὶ ναυτικῆς τάξεως*, sobre táctica naval, un *Τακτικὴ βίβλος* y un *Πολιορκετικὴ βίβλος*, cuya autoría es dudosa.

También el filósofo peripatético Demetrio Faléreo, discípulo de Teofrasto, escribió unos *Στρατηγικά* que no aparecen mencionados por Eliano en su obra y de los que no se tiene mayor noticia que su mención por Diógenes Laercio.

Lo que representó Eneas el Táctico para la literatura de estrategia lo fue Ctesibio de Alejandría, que vivió en época de Ptolomeo II Filadelfo y alcanzó su *floruit* hacia el 270 a.C., para la literatura de ingeniería militar y para la ingeniería civil. Fundador de la mecánica aplicada a intereses de tipo militar, intentó fabricar grandes proyectiles impulsados por aire comprimido y un aparato mecánico que permitía superar muros sin necesidad de escalar. Su producción escrita desafortunadamente no se ha conservado pero hay continuas alusiones a su ingenio en las obras de mecánica de los autores en la tradición militar posterior.

Eliano menciona obras *de re militari* de un tal Clearco y de cierto Pausanias (quizás el general epirota del año 198 a.C.) de los que nada se sabe, y a un Evángelo, que aparece citado por Plutarco en la vida de Filopemén *(Philop.* 4, 8) como autor de unos libros de táctica que el personaje biografiado leía con gran interés. Estos autores mal conocidos, junto con el también poco conocido Agesístrato, se deben ubicar cronológicamente hacia la segunda mitad del siglo III a.C.

Entre mediados del siglo III y principios del II a.C., desarrolló su actividad Filón de Bizancio, autor de una *Μηχανικὴ σύνταξις (Tratado de mecánica)* en nueve libros, de los que sólo se han conservado el libro cuarto, titulado *Βελοποιικά*, sobre la construcción de proyectiles, y algunos fragmentos de los libros séptimo y octavo, dedicados respectivamente a los preparativos de guerra y al asedio de una ciudad.

En torno a la década del 240-230 a.C.[147], Bitón redactó una pequeña obra que se ha conservado bajo el título *Κατασ-*

---

[147] V. Ph. Fleury, *La mécanique de Vitruve*, Caen, Presses Universitaires de Caen, 1993, pág. 17.

κευαὶ πολεμικῶν ὀργάνων καὶ καταπαλτικῶν *(Construcciones de instrumentos de guerra y catapultas)*, que confeccionó por encargo del rey Átalo I de Pérgamo (o quizás de Átalo II). Se trata de un documento fundamental para poder conocer la artillería antigua anterior al empleo de los mecanismos de torsión.

En la segunda mitad del siglo II a.C. deben situarse dos autores también mencionados por Eliano pero de los que poco más podría decirse que sus nombres, Eupólemo e Ificrates. Un papiro del siglo II a.C.[148] contiene un elenco de nombres de mecánicos famosos por sus actividades en el ámbito de la ingeniería militar: Epícrates de Heraclea, que construyó máquinas bélicas en Rodas; Polieido, que creó máquinas de asedio en Bizancio; el ya mencionado Diades, que dirigió el asedio de la ciudad de Tiro, entre otras, en época de Alejandro; Estípax, que construyó en Olimpia unos establos ocultos bajo tierra; Abdaraxo, ingeniero de Alejandría; y Dorión, creador de una máquina de combate que imponía respeto ya sólo con su nombre "λυσιπόλεμος" ("resuelveguerras").

Entre las obras menores de Polibio (*c.* 205-124 a.C.) se menciona un tratado de *Táctica* y el célebre filósofo estoico Posidonio de Apamea (*c.* 135-*c.* 50 a.C.) escribió una obra sobre el mismo argumento titulada Τέχνη τακτική *(Arte táctica)*.

Asimismo se ha conservado íntegro un tratado de técnica militar titulado Τέχνη τακτική *(Arte táctica)* transmitido como obra de cierto Asclepiódoto del que sin embargo no se ofrece ninguna otra precisión[149]. Como se acaba de indicar Posidonio compuso una Τέχνη τακτική y Séneca recuerda a un discípulo de Posidonio de nombre Asclepiódoto. La identificación entre ambos se impuso de manera inmediata entre los estudiosos. Pero esta identificación encuentra un grave obstáculo en el hecho de que ni Eliano ni Arriano lo mencionan en sus catálogos de escritores *de re militari*. Por esta ra-

[148] V. M. Conti, "Scientifici (scrittori)", F. Della Corte (ed.), *Dizionario degli scrittori greci e latini*, vol. III, Milán, Marzorati, 1990, pág. 1.952.

[149] L. Poznanski, *Asclépiodote, Traité de tactique*, París, Les Belles Lettres, 1992, págs. IX-XV.

zón L. Loreto[150] ha planteado recientemente una propuesta de datación para este Asclepiódoto posterior a Eliano y Arriano. La obra consta de doce capítulos que tratan algunos fundamentos militares básicos tales como las diferentes falanges del ejército, las partes de la falange hoplítica, la disposición de los soldados en la falange, intervalos entre los soldados, forma y dimensiones apropiadas de las armas, la infantería y los "peltastes", la caballería, los carros, los elefantes, la terminología de las maniobras, las marchas y las órdenes de desplazamiento.

Hacia el siglo I a.C., pero sin certezas en cuanto a su cronología precisa puesto que hay estudiosos que insisten en ubicarlo a finales del siglo III a.C. y otros que lo enmarcan en pleno siglo I d.C., Ateneo el Mecánico compuso un opúsculo dedicado a un romano llamado Marcelo, que se ha conservado con el título de *Περὶ μηχανημάτων (Sobre máquinas de guerra)*, en el que trata acerca de su construcción y uso, y que comparte muchas concomitancias con el libro X de Vitrubio.

En época del emperador Claudio, Onasandro, filosofo platónico griego que realizó un comentario de la *República* de Platón, compuso un tratado *de re militari* titulado Στρατηγικός *(Sobre el mando de un ejército)* que dedicó a Quinto Veranio, cónsul del año 49 y gobernador de Britania en el 58. La obra consta de 42 capítulos sobre distintos aspectos de los deberes de un general, su elección, las características del buen general, sus consejeros, la formación militar, la construcción del campamento, el paso por desfiladeros, la instrucción militar en tiempos de paz, las expediciones, los espías, los puestos de guardia, etc. Este Στρατηγικός se ha conservado íntegro y forma parte del canon de escritos tácticos griegos. De hecho Onasandro gozó de muy buen nombre como teórico de la técnica militar durante el Renacimiento y en épocas posteriores.

La cronología de Herón de Alejandría se suele situar hacia el 60 d.C. Herón, considerado el exponente del apogeo de la

---

150 L. Loreto, "Il generale e la biblioteca. La trattatistica militare greca da Democrito di Abdera ad Alessio I Comneno", pág. 575.

técnica helenística, se ocupó sobre todo de geometría y mecánica, aunque sus intereses abarcaban una gama de disciplinas mucho más amplia y compuso bastantes obras sobre otras materias. En lo que atañe a la ingeniería militar, compuso una obra de mecánica titulada *Βελοποιικά* sobre máquinas de proyectiles a propulsión tales como catapultas, ballestas y otras armas de disparo, y otra con el título *Χειροβαλλίστρας κατασκευὴ καὶ συμμετρία (Construcción y proporción de la ballesta de mano)*, un auténtico manual con las instrucciones necesarias para construir una maquina de guerra en el que enumera y describe todos sus elementos y sus dimensiones.

Por su parte, en el panorama literario romano los tratados *de re militari* encontraron su sitio inicialmente en los amplios tratados enciclopédicos que se concebían como manuales de educación y cultura general. Marco Porcio Catón compuso hacia el año 180 a.C. una obra enciclopédica titulada *Libri ad filium* con la que pretendía proporcionar a su hijo un manual que le garantizara recibir la instrucción oportuna en los distintos campos del saber en los que debía formarse el *optimus ciuis romanus*. Y en ella, además de la medicina, la retórica, la agricultura y la jurisprudencia hubo una parte encomendada a la enseñanza del *ars militaris*.

También en una obra enmarcada en el género del tratado técnico de talante didáctico y de orientación enciclopédica como el *De Architectura* de Vitrubio, tiene cabida en el libro X una sección dedicada a la ingeniería militar. En ella Vitrubio explica la construcción y uso de la ballesta, la correcta regulación de las diversas máquinas de ataque, la construcción de máquinas de asedio y el arte de defensa. Es muy notable en esta parte de la gran obra vitrubiana la intensa influencia de escritores griegos.

No está tampoco de más recordar los *Commentarii* de Julio César de la Guerra de las Galias y la Guerra Civil que, si bien no son tratados de técnica militar, contienen en altas dosis elementos e informaciones de gran valor acerca del ejército, las maniobras y las técnicas militares de combate. Si es cierto que en las obras de los historiadores desde Heródoto, Tucídides y Polibio hasta los historiadores tardíos el proceso bélico ocupa

un lugar central de la exposición, y por ello aparece ampliamente tratado en estas obras, también es cierto que en algunos autores como César o como Amiano Marcelino la dimensión de las informaciones concernientes al *ars militaris* adquiere tal entidad que supone un acercamiento fundamental a esta disciplina y en ciertos pasajes pueden llegar a ser considerados textos técnicos por su naturaleza[151].

Frente al inicial interés en el mundo romano por la *res militaris* desde la óptica jurídica, que aparece ya en la obra de Varrón (parcialmente), en Lucio Cincio y en el augusteo Veranio, entre otros, parece que el interés por la regulación jurídica del ejército experimenta un cierto descenso en el periodo comprendido entre la mitad del siglo I d.C. y la del siglo II d.C.[152]. En cambio, es precisamente en este momento cuando comienza a aparecer en la literatura romana una literatura técnica ocupada específicamente de la *res militaris*.

Primero en las *Artes*, la obra enciclopédica de Celso de la que sólo se ha conservado la parte encomendada a la medicina, hubo un bloque dedicado al *ars militaris*, junto a los demás apartados reservados respectivamente a la agricultura, a la medicina, a la retórica, a la filosofía y quizás a la jurisprudencia. Se presume que en las *Artes* la exposición de los contenidos polemológicos estaba circunscrita al *ars militaris* y no al tratamiento de la doctrina jurídica militar.

Aproximadamente en torno al principado de Claudio, Plinio el Viejo compuso su tratado *De iaculatione equestri*, que según su sobrino Plinio el Joven *(Ep.* 3, 5, 3) "cum praefectus alae militaret, pari ingenio curaque composuit" y que debía de ser una obra de técnica militar de carácter práctico sobre el modo de manejar y lanzar la jabalina o el arma arrojadiza por los soldados montados a caballo. Si la noticia de Plinio el Joven es cierta la obra hubo de ser compuesta entre el año 47 y el 58.

---

[151] Ph. Fleury, "Les textes techniques de l'Antiquité", *Euphrosyne* 18, 1990, pág. 361; "Traités de mécanique et textes sur les machines", en Cl. Nicolet (ed.), *Les littératures techniques de l'Antiquité romaine*, págs. 52-53.

[152] V. Giuffrè, *La letteratura "de re militari"*, pág. 46.

Sexto Julio Frontino escribió entre los años 84 y 96 una obra de título *Strategemata* en tres o cuatro libros (la autoría del cuarto es discutida) que viene a ser un manual de uso sobre la técnica de dirección de un ejército desde una perspectiva en la que el *exemplum* histórico ocupa una posición de privilegio. Parece que no fue la única obra técnica *de re militari* que escribió este autor, pues en el prefacio a los *Strategemata* Frontino da a entender que ya había compuesto previamente otra obra *de re militari*, de cronología, extensión y título desconocidos. Por lo tanto, y en la medida de nuestro conocimiento de la literatura latina, Frontino debió de ser el primer autor romano que dedicó una obra autónoma a la técnica militar de manera independiente y fuera de una obra mayor de carácter enciclopédico, y el único autor romano de época imperial temprana cuya obra *de re militari* se ha conservado.

Otra obra fundamental en la historia de la literatura clásica *de re militari* es la obra de Eliano que lleva por título *Τακτικὴ θεωρία (Táctica)*, publicada entre el año 106-107 y el 113 d.C. y probablemente dirigida al emperador Trajano. Eliano es el gran teórico del arte militar del mundo antiguo, aunque su mayor carencia debió de radicar en su falta de experiencia militar de campo. Atesora un perfecto conocimiento de toda la tradición literaria *de re militari* anterior y concibe la globalidad del ejército desde un plano de total abstracción, sin referencias al terreno ni a ningún enemigo. Sobre el plano de la teoría pura Eliano construye *in abstracto* todo un ejército de acuerdo a unos parámetros ideales. Eliano da un paso más en la historia de la preceptiva teórica militar; pasa de la composición de un manual de instrucciones sobre el ejército a la composición de un auténtico libro de referencia para quien desee formar un ejército competente y sustituye el análisis de situaciones específicas de momentos bélicos concretos por una exposición genérica de carácter teórico aplicable a todas las situaciones posibles. En su obra Eliano describe la falange, sus partes, los efectivos de la infantería, la disposición de las tropas ligeras y la caballería y los intervalos entre las líneas, el uso de carros y elefantes, las maniobras y las formaciones de combate, etc. Además, la *Τακτικὴ θεωρία* de Eliano constituyó una de las fuentes básicas para Arriano en la composición de su *Τέχνη τακ-*

τική y formó parte de la edición de Schrijver del canon de escritores militares clásicos en el que se encontraban también los textos de Vegecio, del llamado Modesto y del pseudo-Higino.

Apolodoro de Damasco, el insigne arquitecto al que se atribuye la construcción del Foro, las Termas de Trajano y del gran puente sobre el Danubio, compuso su obra *Πολιορκητικά (Poliorcética)* acerca del asedio militar de las ciudades, y de las máquinas y las técnicas de ataque que se emplean durante el mismo, por encargo de Trajano o de Adriano. La obra se ha conservado únicamente por medio de una versión resumida.

Arriano de Nicomedia, célebre historiador cuya actividad se desarrolló durante el siglo II d.C., escribe en el año 136 una obra entera dedicada por completo al *ars tactica*, que lleva por título *Τέχνη τακτική (Arte táctica)* y que está constituida por un total de 44 capítulos. Al inicio de la obra Arriano hace una veloz retrospectiva de los escritos técnicos griegos de táctica y recuerda que Pirro el Epirota, Alejandro, Clearco, Evángelo, Polibio, Eupólemo, Ificrates y Posidonio han escrito obras de τακτικὰ. Resulta de gran interés la descripción, al final de la obra, de las técnicas de combate de algunos pueblos de naturaleza particularmente belicosa tales como los Partos, los Sármatas, los Celtas, o los Escitas, entre otros. Además de esta obra, Arriano también compuso otra obra titulada *Ἔκταξις κατ᾽Ἀλανῶν (Disposición de las tropas contra los Alanos)*, también conocida por su título latino *Aciei contra Alanos*, en la que el autor expone las distintas disposiciones militares y estrategias que empleó durante la defensa contra los ataques de los Alanos, en el cumplimiento de su cargo de gobernador de Capadocia en el año 132. Se trata de un opúsculo de apenas nueve páginas (de edición de Teubner) que se conserva parcialmente, con una laguna en el texto y la parte final perdida. Igualmente se le atribuye a Arriano una obra sobre la ejercitación de la infantería que, de igual modo que la *Τέχνη τακτική*, habría servido de manual para la formación disciplinar de los oficiales del ejército[153].

---

[153] P. Stadter, *Arrian of Nicomedia*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1980, págs. 164-165.

Tambien en época adrianea se localiza probablemente el polígrafo Hermógenes de Esmirna[154], que en su amplia producción literaria fue autor de dos libros de *Strategemata*.

En el año 162, con ocasión de la guerra contra los Partos y los Persas, el macedonio Polieno les dedicó a los emperadores Marco Aurelio y Lucio Vero su obra, titulada *Στρατηγικά* (aunque transmitida posteriormente con el título *Στρατηγήματα)* y formada por ocho libros de aproximadamente la misma extensión, con la excepción del último de ellos que tiene mayor amplitud. En ella Polieno refiere una extensa serie de estratagemas, siguiendo un cierto orden cronológico y geográfico. Así, a grandes rasgos y de manera sucinta, en los libros I-III se ocupa de los Griegos, en el IV de los Macedonios, en el V de Sículos y Cartagineses, en el VI de pueblos y personajes varios, en el VII de los pueblos bárbaros, con particular protagonismo de los Persas, y hechos memorables de algunas mujeres bárbaras y, por último, en el VIII se ocupa de los Romanos y de mujeres guerreras de distintos pueblos.

En un momento indeterminado entre el siglo II y el IV se sitúa Catilina, escritor del que nada se sabe, mencionado por Juan Lido[155] en su elenco de autores latinos de obras polemológicas junto a Celso y Paterno.

De igual manera entre el siglo II y mediados del III fue compuesto el tratado *De munitionibus castrorum*, o como prefieren otros *De metatione castrorum*, del pseudo-Higino, que, a medio camino entre la técnica agrimensoria y la literatura *de re militari* (por tanto, de un género híbrido al que bien cabría denominar agrimensura militar), describe con detalle el diseño al que debe aproximarse el campamento militar, proporciona indicaciones acerca de los distintos elementos que lo constituyen y protegen, y realiza una serie de advertencias sobre las *iniquitates locorum* y el ataque enemigo.

Hacia el año 230 d.C. el filósofo cristiano Sexto Julio Africano compuso su obra miscelánea *Κέστοι* en 24 libros en la

---

[154] Testimoniado únicamente por vía epigráfica. Cfr. *Fr. Gr. Hist.* 579; *CIG* 331 (Kaibel, *Epigr. Gr.* 305).

[155] *De magistr.* 1, 47.

que abordaba materias muy variadas, entre las que también se encontraba la *res militaris*. A esta disciplina estaba dedicado su libro VII. Pero la obra no se ha conservado y no hay forma de saber en qué dirección articulaba su exposición de los contenidos militares.

Amiano Marcelino se encuentra en la misma situación que se apuntó con anterioridad al respecto de Julio César. No se trata de un escritor de ingeniería militar sino de un historiógrafo y sin embargo las informaciones y noticias sobre la ingeniería militar son tan abundantes y tan bien documentadas que su obra resulta muy poco prescindible en una evaluación global del *ars militaris* en la literatura latina. En particular el capítulo cuarto del libro 23 está encomendado en su totalidad a la descripción de las máquinas de asedio y todo el libro 24 está plagado de referencias a las máquinas de guerra[156].

La obra *De rebus bellicis* compuesta por un autor anónimo hacia el siglo IV —casi todos los estudiosos coinciden en establecer como *terminus post quem* la muerte de Constantino (337) y como *terminus ante quem* la batalla de Adrianópolis (378)— también es una fuente fundamental para el conocimiento de la historia militar romana y las técnicas militares de la época. La obra sobrepasa de largo los límites de la técnica militar y en ella adquieren gran relevancia aspectos de competencia política e incluso económica. Por ello, no se habla del *De rebus bellicis* como de una obra específica *de re militari*, aunque esencialmente sea una obra de técnica militar. Con todo, no es menos cierto que la parte dedicada a la conveniencia de la mecanización del ejército con nuevas máquinas de guerra y a su construcción, a partir del capítulo sexto, destaca de tal manera en el conjunto de la obra que es plausible la hipótesis de que haya sido la importancia concedida a esta parte la que forjó en la tradición manuscrita el título con que se conoce la obra[157] ya que el original se ha perdido junto al nombre de su autor.

---

156 Ph. Fleury, "Les textes techniques de l'Antiquité", pág. 372.

157 A. Giardina, *Anonimo. Le cose della guerra*, Milán, Mondadori, 1989, pág. XVIII; C. Santini, "La *praefatio* del *De rebus bellicis*", en C. Santini y N. Scivoletto (eds.), *Prefazioni, prologhi, proemi di opere tecnico-scientifiche latine*, vol. II, *op. cit.*, 1992, pág. 993.

No se trata de una obra de carácter militar pero tiene igualmente gran interés para el estudioso del léxico militar el libro XIX del tratado *De compendiosa doctrina* de Nonio Marcelo, subtitulado *De genere armorum*, que presenta 31 lemas de vocabulario técnico de la esfera de lo marcial.

Merece la pena también mencionar el *Libellus de uocabulis rei militaris* atribuido a Modesto cuyo prefacio contiene la dedicatoria al emperador Tácito Augusto (275-276). Esta obra fue incluida en el año 1479 por Giovanni Sulpizio da Veroli en su edición de los *Veteres de re militari scriptores,* que contenía además de la obra de Vegecio, los *Strategemata* de Frontino, el *Libellus* de Modesto y el *De instituendis aciebus* de Eliano. Desde el siglo XIX fue considerada obra de un falsario, quizás del propio Pomponio Leto o alguno de sus discípulos, quizás del propio Giovanni Sulpizio da Veroli. Sin embargo, a ellos parece que se puede achacar únicamente la atribución de la obra a este tal Modesto, pues la obra existe desde, al menos, el siglo IX. En realidad no sería otra cosa que una colección de *excerpta* de la *Epitoma* vegeciana, como tantas otras que se produjeron durante toda la Edad Media.

Y es justo en este punto de la progresión diacrónica de la tradición literaria militar clásica donde se encontraría la *Epitoma rei militaris* de Vegecio, la última obra de técnica militar escrita en lengua latina antes de la caída del Imperio Romano. Su posición histórica hace de ella un testimonio de excepción de toda la literatura polemológica anterior y representa uno de los elementos más valiosos para el estudio de la tradición literaria militar clásica y el más importante para la época tardoantigua. Su condición de superviviente de un subgénero técnico poco respetado por los avatares de la tradición ya hacen de la *Epitoma* una obra de enorme interés. Pero además su propia naturaleza de obra compendiaria que se ha nutrido de los contenidos más importantes de toda la tradición latina anterior hace de ella un auténtico *thesaurus,* imprescindible para el conocimiento de la preceptiva militar latina de corte literario. No en vano contiene el tratamiento más sistemático de la preceptiva militar romana de toda la antigüedad que ha logrado sobrevivir a los siglos y una de las obras de la literatura técnico-científica clásica más difundidas durante toda la Edad Media en Europa.

Tradición y fortuna de la Epitoma

Los primeros testimonios que recogen ecos de los contenidos de la *Epitoma* vegeciana son de época casi contemporánea a su redacción. En el discurso poético de Claudiano *De quarto consulatu Honorii* (vv. 320-336[158]), pronunciado en el año 398, el poeta pone en boca de Teodosio lo que parece ser un resumen de la *Epitoma* dirigido a Honorio. Una vez analizados los paralelismos entre el pasaje claudianeo y la *Epitoma*, se puede plantear razonablemente la hipótesis de que Claudiano manejó a la hora de inspirarse para esta intervención dramática de Teodosio los libros tercero y cuarto de la *Epitoma*[159]. El

---

[158] Ph. Richardot en su artículo citado "La datation du *De re militari* de Végèce", donde llama la atención por primera vez sobre la intertextualidad entre el pasaje de Claudiano y el tratado militar vegeciano, propone el paralelismo con la *Epitoma* desde el verso 320 hasta el 351. No parece tan atinada la propuesta de *loci similes* que Richardot ofrece en dicho artículo. La dependencia de la obra de Vegecio es más o menos perceptible con claridad hasta el verso 336, pero a partir de este punto se diluye. Los versos 337 a 351 continúan exponiendo cuestiones relacionadas con la educación castrense y la disciplina militar pero los contenidos expresados no son reconducibles a la *Epitoma*, por lo que es preferible pensar en el manejo de otra fuente distinta para la segunda parte del discurso de Teodosio a Honorio. Esta combinación de fuentes resulta, por otro lado, coherente con las características de la sofisticada técnica compositiva de Claudiano, que sabe moldear y reformular los contenidos de sus fuentes hasta el punto de hacer la tarea de identificación de las mismas harto complicada. Algo más atrevido aunque posible, es ver paralelismos, siempre en esta misma obra, de los versos 539-541, donde Claudiano refiere unos ejercicios a caballo que simulan una maniobra militar, con *Epitoma* 1, 27, y de los versos 423-427, dedicados a la consideración de los *prognostica* para averiguar el clima venidero a partir de los astros, con *Epitoma* 4, 41 dedicado al mismo asunto.

[159] Sin entrar en excesivo detalle, como argumento para apoyar esta hipótesis sirvan los siguientes datos: el pasaje de Claudiano se abre con una insólita imagen sonora *(si bella canant)* que es símbolo del comienzo de la guerra, tal y como abre Vegecio su tercer libro *(hic tertius classicum sonat)*; la segunda mitad del verso inicial y el siguiente (vv. 320-321) retoman la idea de precedencia de la instrucción de los soldados, también manifestada por Vegecio al inicio del libro tercero cuando recuerda que en los libros anteriores ha tratado sobre la instrucción de los soldados y la preparación militar de la legión; los versos 322-324 se refieren a preceptos de Vegecio expresados en 3, 2; 3, 4; 3, 8 (quizás también 4, 26); los versos 325-328 retoman contenidos de Vegecio 3, 17;

principal cambio que Claudiano opera sobre los contenidos referidos por Vegecio es la asunción del papel de asediador, una actitud activa y de superioridad, frente a la perspectiva del asediado que Vegecio parecía asumir como propia en la *Epitoma*. Ciertamente el contexto de la poesía laudatoria permite a Claudiano recurrir a una licencia que a Vegecio no le concedía la consideración de los acontecimientos militares que acaecían en las fronteras y algunas zonas interiores del Imperio. Los bárbaros son una potencia militar atacante que asedia asentamientos romanos y que además, en cuanto tribus nómadas en continuo desplazamiento, no son susceptibles de asedio más allá del simple ataque a la *carrago* donde transcurren la noche protegidos por los carros.

Schöner[160] detectó resonancias de la *Epitoma* en un edicto imperial del año 400 sancionado en Milán y en otro edicto del año 458 sancionado en Constantinopla. Sin embargo estos ecos no son tan claros como para librarse del escepticismo de gran parte de los estudiosos.

La subscripción anteriormente mencionada que se ha preservado en los manuscritos procedentes del hiparquetipo ε informan de que un ejemplar de la obra se encontraba en Constantinopla en el año 450, fecha en que Flavio Eutropio, personaje por lo demás desconocido, llevó a cabo la *emendatio* de la obra. También en Constantinopla pero algún tiempo más tarde, presumiblemente hacia principios del siglo VI, Prisciano de Cesarea introduce en sus *Institutiones grammaticae*, obra en dieciocho libros de gran celebridad en todo el medievo, una cita del libro primero de la *Epitoma* (1, 20, 23) a colación del uso de Vegecio del adjetivo en grado comparativo *proximior*[161]. A mediados del siglo VI Juan Lido, en su tratado *De magistratibus*, escrito igualmente en Constantinopla, menciona a Vegecio (aunque lo llama por el *cognomen* Renato) en el canon de escritores latinos de obras *de re militari*, junto a Ca-

---

3, 20; 3, 9; 3, 22; 3, 6; 3, 10; los versos 328-332 tienen paralelismos en *Epitoma* 4, 8; 4, 14; 4, 20; los versos 332-336 expresan ideas manifestadas por Vegecio en los capítulos 26 a 28 del libro cuarto.

[160] C. Schöner, «Studien zu Vegetius», págs. 41-43.

[161] *Gramm. Lat.* 2, 97, 19-22 (= *Inst. Gramm.* 3, 21).

tón, Celso, Frontino, Paterno y cierto Catilina. A finales del siglo VI o inicios del VII vuelve a encontrarse un pasaje de Vegecio, en concreto el inicio del capítulo 3, 26 (las *regulae bellorum generales)*, traducido al griego por Mauricio en su *Στρατηγικόν*[162]. A su vez el *Στρατηγικόν* de Mauricio es utilizado como fuente por León VI (886-912) para la composición de sus *Τακτικὰ* y de allí toma las máximas militares que Mauricio tradujo de la *Epitoma* vegeciana. Estos datos indican una presencia manifiesta de la *Epitoma* en la parte oriental del Imperio desde época más o menos temprana y, lo que es más importante aún, un cierto protagonismo como obra literaria muy apreciada a pesar de la dificultad que implicaba para gente de cultura y educación griega el hecho de que estuviera escrita en lengua latina.

Frente a esto, en el panorama que se reconstruye para la parte occidental del antiguo Imperio no se encuentran testimonios indirectos de la obra antes del siglo VII[163]. A pesar de ciertas coincidencias en algunas definiciones generales la opinión más asentada entre los estudiosos[164] es que Isidoro de Sevilla no utilizó la *Epitoma* de Vegecio cuando redactó las partes de las *Etymologiae* que tratan *De regnis militiaeque uocabulis* (9, 3) y *De bellis* (18, 1-14), ni en *De natura rerum*, que contiene en algunos de sus manuscritos una interpolación tomada de Vegecio (1, 2, 3-4). De confirmarse que esto es efectivamente así, el primer autor occidental en el que se encuentran pasajes tomados de la *Epitoma* sería Beda[165], aunque

---

[162] 8, 2, 81 (Dennis-Gamillscheg).

[163] Permanece en el ámbito de la duda la propuesta defendida por F. Troncarelli (en *Tradizioni perdute: la Consolatio Philosophiae nell'alto medioevo*, Padua, 1981) según la cual Cassiodoro habría remedado una frase de la *Epitoma* (al respecto, véase también M. Gibson, "'Tradizioni perdute' of the 'De consolatione philosophiae': Comments on a recent book", *REAug* 30, 1984, págs. 274-278). En cualquier caso, no se debe olvidar que el manuscrito más antiguo (siglo VII) que conserva *excerpta* de esta obra de Vegecio ha sido adscrito recientemente al monasterio de Vivarium (véase más adelante la sección dedicada a la transmisión manuscrita).

[164] Cf. M. D. Reeve, "The transmission of Vegetius' *Epitoma rei militaris*", pág. 249 y n. 17. No obstante, probablemente sería necesario un trabajo específico sobre ello para poder extraer conclusiones más firmes.

[165] C. W. Jones, "Bede and Vegetius", *CR* 46, 1932, págs. 248-249.

en ningún caso menciona explícitamente a Vegecio. Se han identificado tres citas *(Hist. Eccl.* 1, 5 que se basa en *Epit.* 1, 24; *Retract. in Act. Apost.* 27, 13-16 que toma información de *Epit.* 2, 25 y *De rat. temp.* 28 que repite las palabras de Vegecio en *Epit.* 4, 35-36) y quizás una cuarta (que en cualquier caso resulta menos patente que las demás) en *De rat. temp.* 29.

Otra alusión a Vegecio se encuentra en el *Ars Bernensis*, tratado gramatical de enorme importancia, que fue redactado en algún momento del siglo VIII en el monasterio de Bobbio[166]. Este tratado contiene una cita de Vegecio pero no está tomada directamente de la *Epitoma* sino que procede de la tradición gramatical, y en particular de las *Institutiones* de Prisciano, fuente que espiga masivamente y de la que recoge los dos mismos ejemplos de *proximior* elegidos por Prisciano, (uno de ellos es precisamente el de Vegecio).

En época carolingia fue cuando Vegecio recobró en occidente un protagonismo de primer orden y su obra pasó a un plano de interés que nunca antes había conocido. A principios del siglo IX, en el año 802, Alcuino de York introduce en la epístola a Carlomagno *(Ep.* 257), que hace las veces de dedicatoria de su obra *De fide Sanctae Trinitatis*, un pasaje tomado del prefacio dedicatorio del primer libro de la *Epitoma* de Vegecio[167].

A mediados del siglo IX convergen tres testimonios de la obra de Vegecio en el occidente europeo. Por un lado Freculfo, nombrado obispo de Lisieux en el año 825, le ofreció entre el año 843 y el 853 a Carlos el Calvo, rey de los Francos, una edición del *liber Flavi Vegeti de re militari* corregido de su propia mano. En la carta[168] en que Freculfo ofrece su edición de la obra

---

[166] L. Holtz, "L'*Ars Bernensis*, essai de localisation et de datation", en J.-M. Picard, *Aquitaine and Ireland in the Middle Ages*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, págs. 111-126 y en particular págs. 124-126.

[167] *Epit.* 1, *praef.* 1. El texto de Alcuino dice "neque enim quemquam magis decet uel meliora nosse, uel plura, quam imperatorem, cuius doctrina omnibus prodesse debet subiectis", que tiene dos pequeñas modificaciones respecto del texto original de Vegecio; Alcuino cambia el *principem* de la *Epitoma* por *imperatorem* y *potest prodesse* por *prodesse debet*.

[168] E. Dümmler, *M.G.H., epist. V*, Múnich, 1978 (1899), págs. 618-619.

de Vegecio el obispo afirma "statui uobis offerre libellos Flauii Vegeti Renati de re militari, quos corrigere curaui sine exemplario quoniam unum quod reppereram tantum uicio scriptorum ita erat dep[rauatum ut literatu]ra nequaquam manere aut intellectus inde utiliter colligi possit". Esta epístola dedicatoria se ha conservado al inicio del manuscrito París, Bibl. Nat. 7383, s. X *(Q)*, y a continuación presenta el texto de la *Epitoma*. El manuscrito Laon, Mun. 428 *(L)*, de igual forma que el anterior, deriva del manuscrito corregido por Freculfo de Lisieux.

También Rabano Mauro, abad de Fulda y arzobispo de Maguncia, que fue discípulo de Alcuino en la escuela de Tours, preparó un epítome de la obra militar de Vegecio que dedicó al rey Lotario II. En una carta[169] enviada a este soberano, entre octubre del año 855 —fecha de ascenso al trono de Lotario II— y el 4 de febrero de 856 —fecha de la muerte de Rabano— el erudito anunciaba a su destinatario que había adjuntado una copia de su tratado *De anima*, compuesto de *excerpta* de Casiodoro y Próspero, así como unos *excerpta* de Vegecio. Dice Rabano: "annexui quaedam capitula de disciplina Romanae militiae: qualiter antiqui tyrones institui solebant. Quod ideo feci quia necessarium fore id aestimaui propter frequentissimas barbarorum incursiones. Quae scilicet ex cuiusdam Flauii Vegetii Renati libello [...] excerpsi atque compegi breuiusque annotare studui". Y todavía al inicio de los *excerpta* insiste: "addidi etiam quaedam capitula excerpta de cuiusdam Flaui Vegeti Renati opusculo de procinctu militiae Romanae, qualiter apud eos tyrones exercebantur, ut euidenter patescat non multitudine multorum populorum sed ingenio et exercitio fortium et electorum uirorum Dei auxilio uictoriam ministrari". Esta compilación de la *Epitoma* de Vegecio, a la que Rabano se refiere como *De procinctu militiae Romanae*, tomaba contenidos predominantemente del libro primero y, en menor medida, del segundo y tenía como objetivo resultar de provecho a los comandantes medievales. Fue así como Rabano Mauro dio a conocer y popularizó en Alemania la *Epitoma* de Vegecio.

---

[169] E. Dümmler, *M.G.H., epist. V*, cit., págs. 514-515.

También se tiene noticia de que a mediados del siglo IX Hartgardo, obispo de Lieja, le envió a Eberhardo (Évrard), margrave de Friul y yerno de Ludovico Pío, un ejemplar manuscrito de la *Epitoma*. La dedicatoria que acompaña a esta entrega fue compuesta en forma de poema por Sedulio Escoto, a quien Hartgardo debió de conocer en Lieja y con el que parece que entabló relación. En este breve poema, que lleva por título *Hartgarius Episcopus ad Eberhardum*[170], no se declara abiertamente que la obra entregada fuera la de Vegecio pero el resumen de contenidos que Sedulio recoge en su poema fue indicio suficiente para que Traube y Dümmler aceptaran sin reparos que se trataba de la *Epitoma*. Sedulio Escoto era un buen conocedor de la *Epitoma* y probablemente manejó una copia del mismo ejemplar que Hardgardo hizo llegar a Eberhardo. El libro XX del *Collectaneum miscellaneum*[171] de Sedulio Escoto lleva por título *Ex libris Flauii de arte bellica* y en él aparecen recogidas veintiséis sentencias supuestamente tomadas de la obra militar de Vegecio, de las que efectivamente sólo una procede de otra obra distinta[172]. Además el hecho de que las sentencias procedan de los cuatro libros de la obra indica que muy probablemente Sedulio tuvo en sus manos una copia íntegra de la *Epitoma* o que, cuanto menos, dispuso de una versión abreviada muy completa.

Ya en pleno siglo X Liudprando, obispo de Cremona, nacido en el seno de una ilustre familia lombarda, compuso una obra en seis libros titulada *Antapodosis*[173], en la que relataba alternando poesía y prosa los acontecimientos históricos de Europa desde el año 888 hasta sus días, hacia el año 960. En el cuarto libro de su *Antapodosis*[174] Liudprando introduce una

---

[170] L. Traube, *M.G.H., Poetarum latinorum medii aevi, III*, Berlin, Weidmann, 1964 (1896), pág. 212.

[171] D. Simpson, *Sedulii Scotti Collectaneum miscellaneum*, Turnhout, Brepols (CCCM 67), 1988.

[172] Simpson no identifica la sentencia 23 como vegeciana (en ese punto presenta un elocuente espacio en blanco en su aparato de fuentes) pero se corresponde perfectamente con el capítulo segundo del libro IV de la *Epitoma*.

[173] P. Chiesa, *Liudprandi Cremonensis opera omnia*, Turnhout, Brepols, (CCCM 156), 1998.

[174] *Antapod.* 4, 20, 430.

cita de Vegecio *(Epit.* 3, 22, 10) "ut Vegetius Renatus in libro rei militaris ait quod necessario amplior securitas grauius solet habere discrimen". Chiesa, el editor de la obra de Liudprando, identifica otra alusión[175] a la *Epitoma* que, sin embargo, no resulta demasiado evidente.

En el siglo XI Sigeberto de Gembloux, nacido hacia el año 1030 y recordado fundamentalmente por su *Chronicon,* compuso un poema en "verso heroico" titulado *De passione sanctorum Thebeorum,* una pasión de la legión tebana, donde muestra un profundo interés por los aspectos relativos al sistema militar romano. Por ello en esta pieza hagiográfica Sigeberto recurre bastantes veces a Vegecio como fuente documental.

En el siglo XII John de Salisbury, nacido hacia 1115-1120 y formado intelectualmente en Chartres y París, desempeñó la función de secretario de Teobaldo, el arzobispo de Canterbury, fue amigo personal de Thomas Beckett, y más tarde llegó a alcanzar la condición eclesiástica de obispo de Chartres. En su tratado político *Policraticus*, compuesto hacia el año 1159, uno de los libros más populares e influyentes de todo el medievo europeo, John de Salisbury se sirvió de la *Epitoma* de Vegecio, autor que presenta como autoridad en cuestiones militares, y de la obra militar de Frontino como fuentes documentales para la redacción del sexto libro. El capítulo segundo del sexto libro del *Policraticus* está construido sobre los preceptos vegecianos para la selección de reclutas *(Epit.* 1, 1-3), el capítulo cuarto sobre las consideraciones de la ejercitación militar *(Epit.* 1, 9-10) y en los capítulos diecisiete a veintiuno, que tratan del asedio militar, también se nutre abundantemente de los contenidos de la *Epitoma*[176].

También Pedro Diácono de Montecassino, cuyo *floruit* se sitúa hacia el año 1150, conoció de primera mano la obra militar de Vegecio. Algunos manuscritos de la abadía de Montecassino sirven de testimonio de la intensa labor de compilación que Pedro Diácono llevó a cabo en su juventud y que

---

[175] En *Antapod.* 4, 24, 492-493.

[176] R. G. B. Mongeau, "The *Epitoma rei militaris* of Flavius Vegetius Renatus", *Mittellat. Jahrb.* 25, 1985, pág. 316.

dio como fruto entre otras cosas la elaboración de versiones resumidas de las obras de autores técnicos tales como Solino, Vitrubio, Frontino, Varrón y el propio Vegecio. Contemporáneamente Radulfo de Diceto para la composición de sus *Abbreviationes Chronicorum* saca partido de un amplio abanico de fuentes clásicas y medievales entre las que también se encuentra Vegecio. Hacia finales del XII Alain de Lille *(Alanus ab insulis)*, religioso cisterciense, "Virgilio maior et Homero certior" según el juicio de Juan de Garlandia, que quizás fue discípulo suyo, redactó una obra lexicográfica de naturaleza alegórico-hermenéutica titulada *Distinctiones dictionum theologicalium* en la que Vegecio aparece citado como fuente. También Pierre de Blois *(Petrus Blesensis)*, discípulo de John de Salisbury, da muestra de haber conocido la obra y el prestigio de Vegecio como autoridad en cuestiones de técnica militar en su epístola 94. Y en el mismo sentido, se lee en el capítulo 58 de los *Gesta episcoporum Antissiodorensium* que Hugo de Noeriis, nombrado obispo de esta sede, Auxerre, en el año 1183, había demostrado un gran interés por la técnica militar y por ello "Vegetium Renatum frequenter relegerat".

A mediados del siglo XIII Vincent de Beauvais compuso el más vasto y más influyente tratado enciclopédico de la Edad Media, el *Speculum doctrinale*, para el que utilizó ampliamente la *Epitoma* vegeciana. En los capítulos 30 a 44 del segundo libro del *Speculum* Vincent presenta una síntesis de los contenidos del libro primero de la *Epitoma*, en los capítulos 45 a 51 resume el libro segundo, en los capítulos 52 a 67 resume el tercero, y en los capítulos 68-89 recoge los contenidos del libro cuarto[177]. Asimismo Egidio Colonna *(Aegidius Romanus)* se sirvió de manera particularmente intensa de la *Epitoma* de Vegecio, fuente principal del libro tercero de su tratado político *De regimine principum*, compuesto hacia el año 1277 por encargo del rey francés Felipe III para su hijo, el futuro rey de Francia Felipe IV el Hermoso, de quien había sido nombrado preceptor oficial. Para la composición de este manual de instrucción práctica Egidio aprovechó los contenidos de los li-

[177] *Ibidem*.

bros primero, tercero y cuarto de la *Epitoma* prescindiendo del libro segundo, de temática eminentemente teórico-descriptiva, y de la parte dedicada a la guerra naval en la segunda mitad del libro cuarto[178]. De la fama alcanzada por Vegecio en esta época entre los eruditos puede resultar muestra suficiente la aparición de una cita de su obra (1, 1, 7) "nemo facere metuit quod se bene didicisse confidit" en la *Summa Theologica* de Santo Tomás de Aquino[179]. También en España hay vestigios de la presencia y la autoridad de Vegecio a finales del siglo XIII: así lo demuestra la antología de *excerpta* de la *Epitoma* que constituye casi todo el apartado dedicado a la consideración de la organización y la táctica militar en el tratado *De preconiis Hispanie* de fray Gil de Zamora, escrito hacia el año 1282.

El creciente interés por la obra militar de Vegecio no sólo entre estudiosos que dominaban la lengua latina, sino también entre soberanos, aristócratas, hombres de armas y otros personajes influyentes sin los conocimientos y la formación necesarios para leer la *Epitoma* en latín dio lugar a la aparición de traducciones de la obra a las diferentes lenguas vulgares[180]. Este paso, el de la traducción, implica la salida de la *Epitoma* de los muros de los conventos y monasterios para llegar en un intenso proceso de divulgación a todos aquellos laicos que sentían interés de tipo técnico o simplemente literario por este Digesto de la preceptiva militar romana. Del periodo comprendido entre finales del siglo XIII y finales del XV se conocen setenta y siete traducciones, la mayoría de ellas trasladadas a la lengua francesa. La primera traducción conocida de la *Epitoma* es fechable en el tercer cuarto del siglo XIII (quizás entre 1265 y 1272[181]) y fue vertida a la lengua anglonormanda

---

[178] *Ibidem*, págs. 316-317.

[179] M. Formisano, *P. Flavio Vegezio Renato. L'arte della guerra romana*, pág. 36.

[180] Fundamental para estos aspectos es la obra de Ph. Richardot, *Végèce et la culture militaire au Moyen Âge. Vᵉ-Xᵉ siècles*, Paris, Economica, 1998, cuyos datos al respecto seguimos.

[181] M. D. Reeve, "The transmission of Vegetius' *Epitoma rei militaris*", págs. 337; Ch. Shrader, "A handlist of extant manuscripts containing the *De re militari* of Flavius Vegetius Renatus", *Scriptorium* 33, 1979, pág. 305.

por cierto "maître Richard[182]" para que le fuera entregada como obsequio al monarca Edward I. En 1284 Jean de Meun, también autor del *Roman de la Rose*, tradujo la obra militar de Vegecio al francés por encargo de Jean de Brienne, conde de Eu, bajo el título de *L'art de la Chevalerie*, y en 1286 el florentino Bono Giamboni, traductor del *Livre du tresor* de Brunetto Latini, tradujo la obra vegeciana al dialecto toscano[183]. Sobre el año 1290 y a partir de *L'art de la Chevalerie* de Jean de Meun surge otra versión versificada por Jean Priorat de Besançon en 11370 versos octosílabos titulada *Li abrejance de l'ordre de la chevalerie, mise en vers de la traduction de Végèce*. Existen otras traducciones posteriores que merecen ser aquí recordadas brevemente. De ámbito francés fueron la traducción de Jean de Vignay realizada en el año 1320, quizás por encargo de Jeanne de Bourgogne, esposa de Felipe VI, que llevaba por título *Li livres de Flave Vegece de la chose de Chevalerie* y que está realizada utilizando como fuente primaria la traducción de Jean de Meun; la traducción en sextetos parcial y a menudo libre de algunos pasajes de la *Epitoma* realizada por Philippe de Vitry, poeta que mereció los elogios de su contemporáneo Petrarca, con el título *Chapel des trois fleurs de lis;* la traducción de Jean de Rovroy que aparece en algunos códices a continuación de su traducción de los *Strategemata* de Frontino, titulada *Aucuns notables extraitz du livre de Végèce*, y que abrevia reduciendo a su mínima expresión la información esencial de los tres primeros libros de la *Epitoma* con particular atención a las *Regulae bellorum generales;* y otras dos traducciones anónimas al francés confeccionadas hacia el año 1380.

En la península ibérica se prepararon también varias traducciones de la *Epitoma*. A finales del siglo XIV, fray Alfonso de San Cristóbal, según parece *magister in theologia* en la ciudad de Salamanca, tradujo la obra al castellano dándole por título *Libro de Vegeçio de las Batallas*, a petición de Enrique III

---

[182] L. Thorpe, "Master Richard. A thirteenth century translator of the *De re militari* of Vegetius", *Scriptorium* 6, 1952, 39-50.

[183] C. Segre, "Jean de Meun e Bono Giamboni traduttori di Vegezio", *Atti dell'Accademia delle Scienze di Torino* 87, 1952-1953, págs. 119-153.

de Castilla y León[184], y la dotó de un interesante capítulo introductorio en el que ofrecía una justificación desde el punto de vista filosófico y moral a la aseveración de Vegecio de la primacía de la técnica militar sobre las demás artes. Sin embargo parece que esta traducción no llegó nunca a pasar por la imprenta. El *Libro de la guerra*, traducción del tercer libro de la *Epitoma*, atribuido a Enrique de Villena, en realidad no es obra debida a la pluma de este autor, ya que a excepción del prólogo está copiado enteramente de la traducción llevada a cabo por Alfonso de San Cristóbal[185]. Asimismo en varios manuscritos, al final de la traducción de las obras de Séneca realizada por Alfonso de Cartagena, obispo de Burgos y Cartagena muerto en el año 1456, se encuentra aneja una versión abreviada de la *Epitoma* conocida como *Dichos de Séneca en el acto de cavallería*, que posiblemente fueron también traducidos por el propio Alfonso de Cartagena. Se trata de una colección atribuida espuriamente a Séneca compuesta por ciento sesenta y tres *sententiae* extraídas de la *Epitoma* que reproducen siguiendo el orden lineal de la obra de Vegecio sus contenidos fundamentales en forma de *sententia*[186]. Existe asimismo una traducción al catalán titulada *Del mester d'armes e de la art de cavalleria*, y en cuyo *incipit* se lee como información adicional "lo qual en Jacme Castellà tornà de ffrancès en catallà". Parece posible identificar a este Jacme (Jaume) Castellà con un personaje homónimo que entre 1380 y 1392 ejerció la actividad de camarlengo de la reina Violante de Bar, esposa de Juan I, a la sazón rey de la corona de Aragón. La traducción francesa que el autor afirma en el prólogo haber tomado

[184] Está la convincente hipótesis de P. Russell en su artículo "The Medieval Castilian Translation of Vegetius, *Epitoma de rei militaris:* An Introduction", en A. L. Mackenzie (ed.), *Spain and its Literature. Essays in Memory of E. Allison Peers*, Liverpool, Liverpool University Press-MHRA, 1997, págs. 49-63.

[185] T. González Rolán y P. Saquero, "El *Epitoma rei militaris* de Flavio Vegecio traducido al castellano en el siglo XV. Edición de los *Dichos en el acto de caballería* de Alfonso de Cartagena", *Miscelánea Medieval Murciana* 14, 1987-1988, págs. 112-114.

[186] Respectivamente las *sententiae* 1 a 55 remozan el libro primero, las *sententiae* 56 a 102 el libro segundo y las *sententiae* 103 a 163 los capítulos 1 a 9, inclusive, del libro tercero. La colección concluye en ese punto.

como fuente para traducir la obra al catalán no se corresponde con ninguna de las conocidas pero gracias al hecho de que Castellà tradujo también el prólogo de la versión francesa se sabe que ésta estuvo dedicada a Carlos, duque de Calabria (1298-1328) y primogénito del rey Roberto de Nápoles (1277-1343). Por su parte, la única traducción al portugués de esta época es la que se supone que compuso Don Pedro, duque de Coimbra, a mediados del XV, probablemente en la década de 1430. Existen tres fuentes independientes que permiten conjeturar que realmente llegó a realizarse esta traducción: por un lado la *Crónica de D. Afonso V* de Rui de Pina, por otro lado los *Panegíricos* de João de Barros (escritos entre 1533 y 1547), y por otro el bibliógrafo portugués del siglo XVIII D. Barbosa Machado en su *Bibliotheca Lusitana*[187]. A pesar de no haberse conservado ningún ejemplar de esta traducción, lo que ha desencadenado las dudas en torno a su existencia real, no parece haber motivos para desconfiar de los tres testimonios mencionados. En cualquier caso, Don Pedro debió de estar muy familiarizado con la obra de Vegecio ya que también tradujo el *De regimine principum* de Egidio Colonna.

En Italia se conoce, además de la mencionada traducción de Giamboni, la realizada por Venanzio da Bruschino en el año 1417. Con la llegada de la imprenta en Italia aparecieron nuevas traducciones como la de factura anónima publicada por Bernardino de Vitale en 1524, la de Tizzone Gaetano da Posi publicada por Gregorio di Gregorii en el año 1525[188], por Pietro de Ravini en el año 1538 y por Comin de Tridino de Ferrari en 1540, y la traducción de Francesco Ferrosi publicada por G. Giolito de Ferrari en el año 1551. Todas ellas guardan como característica común el hecho de haber sido impresas en la ciudad de Venecia.

---

[187] Para las referencias concretas y un tratamiento del asunto de la traducción de D. Pedro en profundidad, véase P. Russell, "Terá havido uma tradução medieval portuguesa do *Epitome rei militaris* de Vegécio", *Euphrosyne* 29, 1998, págs. 247-256.

[188] Según J. A. Wisman, "Flavius Renatus Vegetius", pág. 178, de 1525; según indica M. Formisano, *P. Flavio Vegezio Renato. L'arte della guerra romana*, pág. 40, del año 1514.

En las Islas Británicas fue llevada a cabo la traducción al inglés de John de Trevisa, vicario de Berkeley, (aunque la atribución de su autoría es dudosa por inconsistencias cronológicas) confeccionada en el año 1408 por encargo de Thomas Lord Berkeley, comandante de las tropas inglesas para derrotar a los rebeldes galeses encabezados por Owen Glendower, y que llevaba por título *The Book of Vegecije of Dedes of Knygthode*. Esta traducción iba a tener una gran influencia en las décadas siguientes. No en vano de ella se sirvió Thomas Malory para inspirarse en su visión de la caballería y del *optimus dux* como ideal de caballero en *The Tale of King Arthur* y en el año 1458 Robert Parker la iba a reelaborar en forma versificada bajo el título *Knygthode and Bataile*. También William Caxton, el primer impresor inglés, realizó una traducción de la obra de Jean de Meun en enero de 1489 por encargo de Henry VII, que apareció impresa bajo el título *The Book of Fayttes of armes of Chyvalrie*. Apareció también una traducción al escocés, elaborada por Adam Loutfut en el año 1494, que se conserva en el Queen's College de Oxford. Se trata de una traducción bastante libre de *excerpta* de los libros primero, segundo y tercero de la *Epitoma*, probablemente realizada incluso a partir de una traducción francesa de dichos *excerpta* y sin tomar en cuenta el texto original latino.

En Alemania Ludwig Hohenwang von Tal Elchingen, más conocido por ser el responsable de la *editio princeps* de las *Metamorphoses* de Apuleyo, tradujo a su lengua la *Epitoma* como *Von der Ritterschaft*. Esta traducción fue impresa hacia el año 1475 en Ulm o Augsburg y estaba complementada con un breve glosario de términos militares; existe asimismo una traducción anónima al yiddish (judeo-alemán) conservada en un manuscrito de Munich, que no ha sido editada. Por último existe también una traducción parcial de la *Epitoma* a la lengua sueca realizada por el humanista Peder Månsson a principios del siglo XVI[189].

El interés por la *Epitoma rei militaris* que revela la asombrosa proliferación de traducciones a las principales lenguas euro-

[189] M. Formisano, *P. Flavio Vegezio Renato. L'arte della guerra romana*, pág. 35.

peas se ve confirmada y acentuada por la gran cantidad de copias manuscritas de la obra que circulan por toda Europa. Todas las cortes europeas, los grandes duques y marqueses, todos los potentados deseaban poder contar con un ejemplar de la *Epitoma* de Vegecio y cuando no eran capaces de leerla en latín encargaban su correspondiente traducción a la lengua vulgar con el fin de poder comprender sus contenidos. Ya se ha visto cómo la mayoría de las traducciones que se han conservado eran el fruto de la encomienda directa de monarcas y aristócratas a los profesores y eruditos de la corte.

En España Alfonso X de Castilla tuvo sobrados conocimientos de la obra de Vegecio e hizo uso de ellos cuando redactó la *Segunda Partida*, que contiene una especie de tratado de arte de la guerra[190]. Otro hombre de la corte, el infante Don Juan Manuel, ofrece un testimonio válido para demostrar la autoridad reconocida a Vegecio en el siglo XIV entre los hombres de cultura en Castilla en su obra, *El Libro del caballero y del escudero* (1326). Allí, en el capítulo 19, pone en boca del Caballero Anciano unas palabras que dirige al Escudero "si vos quisiéredes saber todo que me preguntastes de la cavallería conplidamente, leed un libro que fizo un sabio que dizen Vejeçio et y lo fallaredes todo".

En el siglo XV, Alfonso V de Aragón trató de procurarse un manuscrito que contuviera la *Epitoma*[191]. Algo más tarde Isabel la Católica fue poseedora de la traducción del tratado militar hecha por fray Alfonso de San Cristóbal y también el Conde-Duque de Olivares mostró debilidad por esta obra, que se encontraba entre los ejemplares de su biblioteca. Y esto mismo sucedió por toda Europa desde época medieval. En Italia el rey Roberto de Nápoles (1309-1343) conoció la obra de Vegecio y es poco probable que no dispusiera en propiedad de una copia de la *Epitoma*. También los Visconti, los Médici y los Malatesta tuvieron a su disposición ejemplares ma-

---

[190] Alfonso X habla de la autoridad de "un sabio que habie nombre Vegecio que fabló de la orden de caballería" (véase P. Russell, "The Medieval Castilian Translation of Vegetius, *Epitoma de rei militaris:* An Introduction" , págs. 54-55).

[191] M. Springer, "Vegetius im Mittelalter", *Philologus* 123, 1979, págs. 86.

nuscritos de la *Epitoma* para su propia lectura y parece que el Cardenal Besarión poseyó en propiedad otra copia del tratado militar de Vegecio. Incluso el rey Casimir V de Polonia (1447-1492), deseoso de tener acceso al preciado compendio, pidió a un humanista italiano que le consiguiera un ejemplar de la *Epitoma*.

Tampoco los humanistas mostraron un interés menor hacia la *Epitoma* del que había hecho de esta obra un auténtico fenómeno literario durante toda la Edad Media. Guglielmo da Pastrengo conocía bien el tratado militar de Vegecio, como también lo conoció Petrarca, que mantuvo con Pastrengo comunicación epistolar. Sin embargo, aunque el poeta aretino cita a menudo al escritor latino en las cartas a sus amigos, parece que quizás nunca llegara a conseguir encontrar una copia completa de la *Epitoma*, por lo que su conocimiento de la obra estuvo limitado a lo que procedía de florilegios y *excerpta*. En el círculo de intelectuales de la ciudad de Padova el juez Geremia da Montagnone, autor de un *Compendium moralium notabilium*, consultó para llevar a cabo la redacción de esta obra la *Epitoma* de Vegecio entre muchos otros autores griegos y latinos. En el año 1329 fue concluida la redacción del florilegio anónimo conservado en el manuscrito 168 de la Biblioteca Capitolare de Verona, que lleva por título *Flores*. En este florilegio se recogen pasajes de un gran número de obras y autores clásicos entre los que se encuentra incluido Vegecio. Igualmente Giovanni Cavallini de' Cerroni (Iohannes Caballinus) en su *Polistoria de uirtutibus et dotibus Romanorum*[192] utilizó con frecuencia la *Epitoma* de Vegecio, a quien menciona reiteradamente y de cuyo tratado militar tomó largos pasajes en forma de cita directa.

Entre el año 1339 y 1342 debió de preparar Dionigi di Borgo Santo Sepolcro, en Arezzo, su comentario de la obra de Valerio Máximo que dedicó al cardenal Giovanni Colonna. En la dedicatoria de esta obra el propio Dionigi enumera a aquellos autores "quos necessario oportuit intueri" y en me-

---

[192] M. Laureys, *Ioannes Caballinus de Cerronibus Polistoria de uirtutibus et dotibus Romanorum*, Stuttgart-Leipzig, Teubner, 1995.

dio de un extenso elenco de fuentes clásicas se encuentra incluido nuestro Vegecio[193]. En la segunda mitad del siglo XIV desarrolló su actividad Benvenuto Rambaldi, doctísimo comentarista de la *Divina Comedia* de Dante. Rambaldi compuso sin haber alcanzado todavía la treintena su *Romuleon*, compendio de historia romana desde Rómulo a tiempos de Diocleciano que dedicó al gobernador Gómez Albornoz, en el que Vegecio aparece citado ocasionalmente. Vegecio se encuentra también mencionado en la *Lucula noctis* de Giovanni Dominici, lector de la Biblia en el Estudio de su Florencia natal. En Alemania a caballo entre el siglo XIV y el XV vivió el bibliófilo Amplonio Ratinck de Rheinberg o Amplonio de Berka, como prefería que le llamaran. En el año 1412 cuando fue fundado un colegio universitario en Erfurt, sede universitaria de la que había sido Rector en el año 1394, entregó como donación su biblioteca personal. El catálogo contemporáneo de esta biblioteca, confeccionado por el propio Amplonio, enumera seiscientos treinta y seis códices y en uno de ellos se encontraba un ejemplar del tratado militar vegeciano. La obra de Vegecio era indudablemente bien conocida en esta época en los círculos humanistas, pero aún así en el viaje que emprendieron en enero de 1417 Bartolomeo da Montepulciano e Poggio Bracciolini a Sankt-Gallen en busca de códices que contuvieran obras clásicas nuevas y desconocidas celebraron por igual el hallazgo de ejemplares de la *Epitoma* de Vegecio y del *De significatione uerborum* de Pompeyo Festo, desconocido hasta entonces[194]. Y este interés histórico y literario de los humanistas hacia la obra de Vegecio acabará cristalizando más tarde en la asunción de Vegecio como fuente de referencia en obras de contenido político y militar. Vegecio con su *Epitoma* es una de las fuentes básicas de los tratados militares, de naturaleza técnica o literaria, de todo el periodo renacentista y

---

[193] R. Sabbadini, *Le scoperte dei codici latini e greci ne' secoli XIV e XV*, vol. II, 1967 (1914), Florencia, Sansoni, pág. 39.

[194] Según Sabbadini (*Le scoperte dei codici latini e greci ne' secoli XIV e XV*, vol. I, pág. 80, n. 35), la razón de la celebración del hallazgo de la *Epitoma* debió de ser más bien la ignorancia de Bartolomeo y Poggio, que no supieron distinguir los autores ya conocidos de los desconocidos.

post-renacentista. La expresión de esta autoridad se reconoce en el diálogo *Dell'arte della guerra* de Maquiavelo[195], compuesto entre el año 1519 y 1520 no como tratado de técnica militar sino como pieza literaria. En este diálogo no aparece mencionado Vegecio ni una sola vez, pero su lectura desvela que este silencio fracasa en su propósito de ocultar la fuente básica de su redacción. Maquiavelo no sólo toma contenidos y emula planteamientos ideológicos de la *Epitoma* sino que llega a traducir pasajes de la obra sin manifestarlo explícitamente. Y así mismo se reitera la obligada presencia de Vegecio, mayor o menor en cada caso, en las obras que aparecieron en el ámbito del llamado humanismo militar.

No hay certeza acerca del lugar en el que apareció la *editio princeps* de la *Epitoma*. Curt Bühler, que ha estudiado las primeras ediciones impresas de Vegecio[196], considera que la primera edición que pasó por la imprenta fue la obra publicada por N. Ketelaer y G. De Leempt en Utrecht hacia año 1473-1474. Se ignora la identidad de quién realizó esta edición. En 1475 aparecieron otras dos ediciones más de la *Epitoma:* una en París impresa por Louis Symonel *et socii* y otra posterior pero del mismo año, siempre según Bühler, impresa por Nicolas Gotz en Colonia. Tampoco de éstas se conoce a los editores, por lo que el primer editor conocido de la *Epitoma* es Giovanni Sulpizio da Veroli, cuya edición de los *Veteres de re militari scriptores*, que contenía además de la obra de Vegecio, los *Strategemata* de Frontino, el *Libellus* de Modesto y el *De instituendis aciebus* de Eliano, fue impresa en el año 1479 en Roma por E. Silber. Esta fórmula editorial gozó de gran éxito desde el

---

[195] M. Formisano, *P. Flavio Vegezio Renato. L'arte della guerra romana*, págs. 40-42; "Strategie da manuale: L'arte della guerra, Vegezio e Machiavelli", *QS* 55, 2002, págs. 99-127.

[196] C. Bühler, "The earliest appearances in print of Vegetius", *Gutenberg Jahrb.* 6, 1956, págs. 91-103. Manejo sus consideraciones tal y como están recogidas en J. A. Wisman, "Flavius Renatus Vegetius", F. E. Cranz, V. Brown y P. O. Kristeller (eds.), *Catalogus translationum et commentariorum: medieval and renaissance latin translations and commentaries annotated lists and guides*, vol. VI, Washington D.C., The Catholic University of America Press, 1986, pág. 177. Al respecto véase también M. D. Reeve, *Vegetius, Epitoma rei militaris*, págs. L-LI.

principio y se hizo necesario que Silber reimprimiera el volumen en 1494 y que P. de Benedictiis hiciera lo mismo en Bolonia en los años 1496 y 1505. Además el formato de corpus de autores militares clásicos se perpetuó en ediciones conjuntas de estas cuatro obras durante todo el siglo XVI y XVII. Se conoce además otra edición incunable realizada por S. y R. de Orlandis y publicada en Pescia en el año 1488 por S. Rodt de Bitsche.

Se tiene noticia de otras seis ediciones de la *Epitoma* publicadas en el transcurso del siglo siguiente que supusieron la divulgación en formato impreso de la obra en otros países europeos. La primera de ellas fue elaborada por Guy Breslay y apareció primero en el año 1515 publicada en París por J. Petit (J. Parvus) y más tarde, en 1523, en Lyon publicada quizás por G. Huyon. La edición de Gotfried Hittorp fue publicada en Colonia en 1524 por J. Soter. En 1532 Ch. Wechel publicó en París la edición de la *Epitoma* que había llevado a cabo el renombrado helenista francés Guillaume Budé. También en París fue publicada en 1533 la edición de Josse Bade, profesor de griego y latín en Lyon y dueño de la imprenta en que fue impresa. En 1580 apareció publicada en Colonia la edición con comentario de F. de Maulde, basada en la edición de Guillaume Budé. La última de las ediciones del siglo XVI fue la que preparó Gottschalk Stewech, profesor de la Universidad de Pont-à-Mousson, y que apareció publicada por C. Plantin en Amberes en el año 1585 con quien compartió los costes de la impresión. Stewech acompañó su edición de un comentario que había preparado él mismo. Esta edición iba a ser reimpresa en Leiden siete años más tarde, en 1592, en la *officina Plantiniana Raphelengi*.

En 1607 fue publicada en Leiden en los tipos de la misma imprenta una amplia edición con distintas obras clásicas. Junto a obras como los *opera omnia* de Frontino, el *De instruendis aciebus* de Eliano, el tratado de Modesto o el *De munitionibus castrorum* del pseudo-Higino, se encontraba también el tratado militar de Vegecio. Esta edición había sido elaborada por Pieter Schrijver y contenía además el comentario de François de Maulde, publicado originariamente en Colonia en 1580, y el de Stewech. Dicho sea de paso pero no fuera de propósito

que este volumen integrado por distintas obras clásicas le valió a Schrijver el reconocimiento general de los estudiosos como clasicista de gran prestigio. La fortuna de su edición hizo que volviera a ser publicada en 1633 en Leiden por J. Maire con la adición de otros textos y las *animadversiones in Vegetium De re militari* redactadas por el propio Schrijver a modo de breve comentario, y de nuevo en el año 1644. La edición de Schrijver aún sería reimpresa otra vez más en el año 1670 en Wesel por A. van Hoogenhuysen en un volumen que presentaba las obras militares de Frontino, Eliano, Modesto, Polibio y el tratado de poliorcética de Eneas Táctico. Como acotaciones al texto de Vegecio aparecían además los comentarios de Stewech y Schrijver.

La edición de la *Epitoma* que publicó F. A. Didot en París en el año 1762 había sido realizada por Joseph Valart. En 1767 apareció la edición de Nicholas Schwebel publicada en Nüremberg por G. N. Raspe. Esta edición estaba acompañada por la traducción al francés de Claude-Guillaume Bourdon de Sigrais, del año 1743.

En el siglo XIX la edición de Schwebel fue reimpresa en Strasbourg, en el año 1806, por la Societas Bipontina con algunos pasajes tomados de los comentarios y los prefacios de F. de Maulde, Stewech y Schrijver.

Sin embargo, este exhaustivo catálogo de ediciones de la *Epitoma* de Vegecio resulta interesante para obtener un conocimiento más preciso de la difusión y la recepción de la obra vegeciana en los círculos de estudiosos europeos, pero no en lo concerniente a la *constitutio texti* de la obra, pues todas las ediciones posteriores al siglo XV derivan de la edición de Giovanni Sulpizio da Veroli[197].

Por este motivo cuando Karl Lang publicó en la colección teubneriana de textos clásicos su edición de la *Epitoma* de Vegecio ofreció por primera vez un texto crítico de la obra como nunca antes se había visto. La edición de Lang supuso un hito sin igual en la historia de la tradición de la *Epitoma*. Pero Lang había contado con la inestimable contribución de W. N. de

---

[197] M. D. Reeve, *Vegetius, Epitoma rei militaris*, pág. LI.

Rieu, quien en un gesto de generosidad le entregó todo el material relativo a cuestiones de la tradición que había recogido en los años anteriores[198]. De este modo Lang pudo editar su edición crítica de la *Epitoma* en 1869, cuando aún no se habían cumplido veinte años desde la fundación de la *Bibliotheca scriptorum graecorum et romanorum Teubneriana*. Con Lang la obra de Vegecio llegaba a la filología clásica moderna a través de una edición crítica adecuada a las convenciones y los principios ecdóticos de la época. Esta edición ha constituido la obra de referencia ineludible e imprescindible para cualquier estudioso de Vegecio desde su aparición hasta fecha muy reciente, el año 1995, cuando fue publicada la edición crítica de A. Önnerfors. De la importancia de la edición realizada en su momento por Lang se derivaron la reedición revisada del año 1885, mucho más completa, y su ulterior reproducción anastática en el año 1967.

Durante los siglos XVIII y XIX siguieron apareciendo también traducciones de la *Epitoma* a distintas lenguas modernas. De gran éxito en su tiempo y aún hoy día en circulación por Internet es la traducción del lugarteniente J. Clarke, aparecida en 1767 en Londres con el título de *A military classic. The military institutions of the Romans. Flavius Vegetius Renatus*. En Alemania fueron publicadas la de R. Meinecke, primero, *Anleitung zur Kriegswissenschaft in fünf Büchern* aparecida en Halle en el año 1800, y la de F. Lipowsky, publicada en Sulzbach en 1827 bajo el título *Fünf über Kriegswissenschaft der Römer*. En Italia el oficial del ejército Temistocle Mariotti preparó una traducción a la lengua italiana impresa en Treviso en 1878 con el título *Flavio Vegezio Renato. Compendio di arte militare*, y reimpresa en Livorno en 1936 con notas de L. A. Maggiorotti. De las traducciones francesas se puede recordar la traducción de Cl. G. Bourdon de Sigrais, aparecida en París en 1759, la publicación del texto latino de la *Epitoma* con traducción al francés de Turpin de Crissbe en París en el año 1783, la de Victor Develay publicada por J. Corréard en París en 1859 y la traducción aparecida en la *Collection des auteurs latins avec la traduction*

[198] *Ibidem*, pág. XIV.

en français de M. Nisard (páginas 659-811), aparecida en París en 1849. También en España fue publicada en este periodo una traducción de la *Epitoma* vegeciana en nuestra lengua. Se trata de la traducción de Jaime de Viana, dedicada a los cadetes del regimiento de infantería de reales guardias españoles y publicada en Madrid por J. Ibarra en el año 1764 con el título de *Flavio Vegecio Renato. Instituciones militares.*

En el último siglo y en particular en los últimos años han surgido grandes contribuciones al estudio y al conocimiento de la *Epitoma* en forma de ediciones críticas y traducciones. Empezando por las primeras se debe destacar la edición crítica de Alf Önnerfors[199], publicada por Teubner en el año 1995 en Stuttgart y Leipzig. A pesar de no haber satisfecho las expectativas de algunos ilustres filólogos[200] dedicados al estudio de la obra se ha erigido indudablemente en la edición crítica de referencia para el manejo y la lectura del texto de Vegecio, sustituyendo así la añeja pero meritoria edición de Lang. En el año 1990 L. F. Stelten[201] había publicado una discreta edición crítica de la *Epitoma* con traducción inglesa que, sin embargo, no ha tenido demasiada repercusión en los círculos filológicos. También escasa ha sido la proyección de la edición crítica con traducción castellana realizada por María Teresa Callejas Bordones (libros 1 y 2) y Felisa del Barrio Vega (libros 3 y 4), realizada como dos tesis doctorales distintas en la Universidad Complutense de Madrid, y esto a pesar de los progresos que ofrecían en el estudio de la tradición manuscrita y el establecimiento del texto. Sin embargo, una sobrevaloración de ciertos manuscritos les llevaron a algunas conclusiones poco aceptadas tales como la recuperación de la división de la obra en cinco libros.

En fechas recientes la historia de la tradición de la *Epitoma* ha llegado a su última estación conocida, representada por la

---

[199] A. Önnerfors, *P. Flavii Vegetii Renati Epitoma rei militaris*, Stuttgart-Leipzig, Teubner, 1995.

[200] M. D. Reeve, "Editorial opportunities and obligations", *RFIC* 123, 1995, págs. 479-499; "Notes on Vegetius", *PCPS* 44, 1998, págs. 182-218.

[201] L. F. Stelten, *Flavius Vegetius Renatus. Epitoma rei militaris*, Nueva York-Frankfurt am Main-París, P. Lang, 1990.

edición crítica que ha preparado M. Reeve y que ha aparecido publicada en la colección de los Oxford Classical Texts. Esta edición es el fruto de un profundo estudio de toda la tradición manuscrita de la obra que ha cristalizado en una serie de trabajos críticos y en la propia edición crítica. Sin duda ha venido a paliar los errores cometidos por Önnerfors y a sustituir su edición con otra nueva que se nos antojaba necesaria.

En lo relativo a las traducciones se han realizado obras de gran calidad en los últimos años. La traducción de N. P. Milner[202] del año 1993 no sólo ofrece una versión excelente en lengua inglesa de la *Epitoma* sino que además viene acompañada de una documentada introducción y de notas a la traducción que hacen las veces de pequeño pero imprescindible comentario. En parangón con ella las traducciones de Stelten[203] y de Silhanek[204], la de este último solamente de los libros primero y segundo, resultan notablemente inferiores. En el panorama de la filología italiana la traducción más digna de consideración es la realizada recientemente por Marco Formisano[205], seguramente la mejor disponible en lengua italiana y con una sólida introducción. Existen también otras traducciones, todas ellas recientes, como la de C. Giuffrida-Manmana[206], preludiada por una serie de estudios acerca de la tradición manuscrita de la obra y de su contexto histórico, y la de Maria Pellegrini y Luca Canali[207], correcta en general aunque con lagunas y errores tan sorprendentes como la confusión cuando indican la edición que han adoptado para su tra-

---

[202] N. P. Milner, *Vegetius: Epitome of military science*, Liverpool, Liverpool University Press, 2001 (1993).

[203] L. F. Stelten, *Flavius Vegetius Renatus. Epitoma rei militaris, op. cit.*

[204] D. Silhanek, *Vegetius' Epitoma, Books 1 and 2; A translation and commentary*, Ann Arbor-Londres, University Microfilms International, 1972.

[205] M. Formisano, *P. Flavio Vegezio Renato. L'arte della guerra romana*, Milán, BUR, 2003.

[206] C. Giuffrida-Manmana, *Compendio delle istituzioni militari*, Catania, Edizioni del Prisma, 1997.

[207] L. Canali y M. Pellegrini, *Vegezio, L'arte della guerra*, Milán, Mondadori, 2001.

ducción[208]. En alemán hay sobre todo tres traducciones dignas de mención: la de F. L. Müller[209], sin duda la mejor, está acompañada de una buena introducción y de un espléndido comentario, la de F. Wille[210] también provista de comentario, y la de D. Baatz y R. Bockius[211], de los capítulos del libro cuarto dedicados a la navegación y con una atención especial hacia las liburnas, de las que aparecen estudios, diseños e ilustraciones. No está tampoco de más citar la traducción de A. Komornicka al polaco aparecida en la revista *Meander*[212] entre 1973 y 1974. En castellano existe una traducción del año 1929 que fue realizada por J. Belda Carreras[213], pero que gozó de muy poca difusión. Además, hay otra traducción, la que acompaña a la edición crítica de María Teresa Callejas Bordones (libros 1 y 2) y Felisa del Barrio Vega (libros 3 y 4), pero su condición de tesis inédita, de literatura gris, tal y como se define hoy día este tipo de material, la hace difícilmente accesible al público.

Transmisión manuscrita

La *Epitoma rei militaris* se ha conservado en más de doscientos manuscritos escritos entre el siglo IX y el siglo XV[214], a

---

[208] Esta traducción aparece con texto latino "a fronte" y los autores informan de que para ello han utilizado la edición de C. Lang, *P. Flavii Vegetii Renati, Epitoma rei militaris*, Lipsia 1995 (1869[1]), en un error manifiesto. En realidad se han servido de la edición de Önnerfors y no de la de Lang, de la que además confunden la fecha.

[209] F. L. Müller, *Abriss des Militärwesens*, Stuttgart, Franz Steiner, 1997.

[210] F. Wille, *Vegetius. Das gesamte Kriegswesen*, Aarau-Frankfurt am Main-Salzburg, Sauerländ, 1986.

[211] D. Baatz y R. Bockius, *Vegetius und die römische Flotte*, Bonn, Monographien des Römisch-Germanischen Zentralmuseums, Bd. 39, 1997.

[212] A. Komornicka, *"Epitoma rei militaris lib. I & II"*, *Meander* 28, 1973, págs. 403-417; 485-501; y *"Epitoma rei militaris lib. III & IV"*, *Meander* 29, 1974, págs. 198-232; 333-352.

[213] J. Belda Carreras, *Instituciones militares. Flavio Vegecio Renato*, Madrid, Hernando, 1929.

[214] M. D. Reeve, "The transmission of Vegetius's *Epitoma rei militaris*", págs. 243 y 351-354; Ch. R. Shrader, "A handlist of extant manuscripts con-

los que se deben añadir todos aquellos otros que contienen colecciones de *excerpta* y traducciones tempranas de la obra a las distintas lenguas vernáculas. La suma total de todos ellos hace de la *Epitoma* de Vegecio una de las obras de la literatura técnico-científica latina más y mejor transmitida desde época carolingia hasta la implantación de la imprenta en Europa. Aquí trataremos únicamente de ofrecer un panorama elemental de las relaciones entre manuscritos tal y como son descritas por el editor más reciente y autorizado de la obra, M. Reeve. Por tanto este capítulo es totalmente subsidiario de su estudio de la transmisión manuscrita, y como Vegecio mismo expresa "nihil enim mihi auctoritatis assumo".

Todos los manuscritos medievales proceden en última instancia de cuatro manuscritos perdidos, denominados εδβ y la fuente secundaria de φ. Los tres primeros representarían hiparquetipos, mientras que φ tiene un estatuto singular que determinaremos con mayor detenimiento más adelante. Estos cuatro manuscritos perdidos derivaban directamente de manuscritos antiguos, si es que no eran ellos mismos de gran antigüedad. Siempre según Reeve, como polo cronológico máximo, ε estaba en uso a principios del siglo IX, δ hacia mediados de ese mismo siglo, β hacia el año 1000 y la fuente secundaria de φ hacia el año 1200.

El primero de los tres hiparquetipos, el denominado ε, procede del ejemplar corregido *sine exemplario* por Flavio Eutropio en el año 450. Reeve no ha sido capaz de determinar qué tipo de modificaciones habría introducido este personaje en el texto de la *Epitoma*. Las características más reseñables de este hiparquetipo son la omisión de 4, 37, 5-6, la laguna de 4, 46, 7-9 y la frecuente confusión entre título y texto. Este hiparquetipo se reconstruye a partir de los testimonios de los manuscritos Bern Burgerbibl. 280 (*B*, S. IX^{1}) y München Bayerische Staatsbibl. Clm 6368 (*M*, S. IX^{1}).

El segundo de los hiparquetipos es el denominado δ y se caracteriza sobre todo por interrumpir el texto en 4, 39, 1 "in-

---

taining the *De re militari* of Flavius Vegetius Renatus", *Scriptorium* 33, 1979, págs. 280-305.

tractabiles sunt". En su reconstrucción entran en juego los manuscritos Vaticano Pal. lat. 1572 *(R,* S. IX^{1}), Vaticano Vat. lat. 4493 *(V,* S. IX), Schaffhausen Gen. 27 *(W,* S. XV), Montecassino Bibl. dell'Abbazia 361 *(X,* S. S. XII^{1})[215] y París, Bibl. Nat. Fr. Lat. 7231 *(D,* S. XI^{1})[216].

Por último, el hiparquetipo β ha originado una familia de manuscritos mucho más reducida que las de los dos hiparquetipos anteriores. Reeve reconstruye este hiparquetipo a través de sus únicos descendientes independientes, a saber, Vaticano Pal. lat. 909 *(T,* S. S. X/XI)[217] y Vaticano Vat. lat. 5957 *(Z,* S. XII/XIII).

Por su parte, φ representa un manuscrito perdido descendiente de otro manuscrito perdido σ, copia de Vaticano Pal. lat. 1572 *(R,* S. IX^{1}) y por tanto enmarcado como se acaba de indicar en la familia de δ. Pero la versión del manuscrito Vaticano Pal. lat. 1572 que reproducía σ estaba corregida por la misma mano o una muy similar al del primer copista *(R^c)* y corregida y anotada frecuentemente por una segunda mano distinta (R^2); por tanto procedía de lo que Reeve denomina $R + R^c + R^2$. El único manuscrito descendiente de σ que transmite toda la obra hasta el final de la obra es φ, manuscrito asimismo perdido y reconstruible a partir de Montecassino 392 *(J,* S: XIII/XIV) y la subfamilia constituida por Bologna Com. A 146 (K, S. XIV) y Udine Semin. Arcivesc. 17 *(U,* S. XIV). Este manuscrito φ adquiere protagonismo exclusivamente desde 4, 39, 1, donde se interrumpe δ, hasta el final de la obra, y la versión de la obra que contiene φ desde 4, 39, 1 hasta el final es diferente de la transmitida por los otros dos hiparquetipos. Cabría pensar en buena lógica que la versión que transmite φ es precisamente la versión que ha perdido δ, y sin embargo Reeve se muestra escéptico ante esta posibilidad.

Además de estos tres hiparquetipos más el manuscrito φ, de similar valor que los anteriores para el establecimiento del

---

215 Que Reeve utiliza, según confiesa, con recelo.

216 Exclusivamente para los libros tercero y cuarto de la obra, ya que los dos primeros están severamente contaminados

217 Este es el manuscrito al que Lang denominó Π.

texto a partir 4, 39, 1, es preciso mencionar el palimpsesto Vaticano Reg. Lat. 2077 *(E, S. VII)*, recientemente adscrito al monasterio de Vivarium, y que, como se indicó en otro lugar, contiene en los folios 99v-100r, en letra uncial, *excerpta* de la *Epitoma* de Vegecio[218]. Y es que la versión transmitida por este manuscrito en sus *excerpta* no parece derivar ni de εδβ ni de φ, en la parte que le concierne.

Reeve no ha encontrado indicios suficientes para establecer ulteriores interdependencias entre estos manuscritos y tampoco cae en la tentación de hacer proceder todos estos manuscritos del ejemplar corregido por Flavio Eutropio en el año 450, ya que tampoco hay base para ello. En cualquier caso lo que sí está en condiciones de afirmar Reeve es que toda la tradición manuscrita medieval conocida deriva necesariamente de alguno de estos manuscritos: *E*εδβφ.

[218] En particular son *excerpta* de las recomendaciones acerca del clima para navegar (4, 38, 4-4, 40, 6), de la estructura de la legión (2, 6) y de formaciones militares extranjeras paralelas o alternativas a la legión romana (2, 1, 8-2, 2, 2).

[illegible]

[illegible] cano Pal. lat. 1572 que reproducía α estaba corregida por la misma mano o una muy similar al del primer copista (R¹) y corregida y anotada frecuentemente por una segunda mano distinta (R²); por tanto procedía de lo que Reeve denomina R + R¹ + R². El único manuscrito descendiente de α que transmite toda la obra hasta el final de la obra es φ, manuscrito asimismo perdido y reconstruible a partir de Montecassino 392 (J, S. XIII/XIV) y la subfamilia constituida por Bologna Cons. A-146 (K, S. XIV) y Udine Semin. Arcivesc. 17 (U, S. XIV). Este manuscrito φ adquiere protagonismo exclusivamente desde 4, 39, 1, donde se interrumpe δ, hasta el final de la obra, y la versión de la obra que contiene φ desde 4, 39, 1 hasta el final es diferente de la transmitida por los otros dos hiparquetipos. Cabría pensar en buena lógica que la versión que transmite φ es precisamente la versión que ha perdido δ, y sin embargo Reeve se muestra escéptico ante esta posibilidad.

Además de estos tres hiparquetipos más el manuscrito φ, de similar valor que los anteriores para el establecimiento del

[illegible] Que Reeve utiliza, según confiesa, con recelo.

ESTA EDICIÓN[219]

Para la traducción de la *Epitoma rei militaris* de Vegecio hemos seguido la edición crítica de Michael D. Reeve, publicada en el año 2004, y que ha venido a ocupar el lugar que efimeramente había tomado en el panorama de los estudios de la latinidad la edición crítica de Alf Önnerfors. La edición crítica que ha ofrecido al público M. Reeve representa el fruto de un estudio muy serio y muy meditado, lo que no ha hecho otra cosa que redundar en la calidad de su *constitutio texti*. De hecho probablemente nos encontramos ante una edición que está llamada a perdurar durante mucho tiempo como punto de referencia ineludible para todo estudioso interesado en la *Epitoma* de Vegecio.

Por otro lado, la naturaleza técnica del tratado ha motivado que algunas formas que no eran susceptibles de ser traducidas o algunas otras que era preferible conservar en su forma latina para no romper juegos de palabras y explicaciones etimológicas se han mantenido con la forma latina y en cursiva

[219] Las abreviaturas de los manuscritos y de las familias manuscritas se corresponden con las adoptadas por M. Reeve en su magistral estudio de la tradición manuscrita, "The transmission of Vegetius' *Epitoma rei militaris*", *Aevum* 74, 2000, págs. 243-354, que también se encuentra resumido en la introducción de *Vegetius, Epitoma rei militaris* (véase también A. Önnerfors, *P. Flavii Vegetii Renati Epitoma rei militaris*, Stuttgart-Leipzig, Teubner, 1995).

para destacar su particularidad. En cuanto a la traducción de términos técnicos que ofrecemos la mayoría de las veces está hecha por medio de términos que no aparecen recogidos en el Diccionario de la Real Academia, pero sí en grandes enciclopedias que hemos consultado.

Una última consideración concierne al estilo de la traducción. En consonancia con la propia naturaleza del texto latino original el lector encontrará en su lectura de la presente traducción pasajes en los que el estilo se rebaja y la expresión pierde soltura y brillantez. Hemos tratado en todo momento de conservar el tono del texto latino incluso en aquellos lugares en los que la traición del traductor habría sido más imperceptible y más agradecida a la vista del lector. Y en ningún caso hemos pretendido ofrecer una traducción que desvirtuara la imagen que produce la *Epitoma* en el lector del texto latino y que no transmitiera la continua tensión del autor entre la brillantez formal que caracterizaba la expresión por escrito en el mundo romano y la claridad y precisión expositiva que determinaba la composición de un tratado dedicado a una disciplina técnica. Precisamente en aras de la buena comprensión de los contenidos, a menudo enrevesados por la propia naturaleza del tratado, he acompañado la traducción de abundantes anotaciones que tratarán de orientar al lector en todo momento en su lectura de la obra.

Finalmente reservo la conclusión de esta introducción para expresar mi gratitud a M. Reeve por su amabilidad al permitirme disponer de un ejemplar de su edición crítica cuando todavía resultaba tarea ardua conseguirlo y por su disponibilidad con motivo de su visita a Salamanca a intercambiar puntos de vista e impresiones acerca de distintas cuestiones de la obra y de sus circunstancias. Y sobre todo hago público mi agradecimiento debido y nunca suficientemente pagado a Carmen Codoñer por sus constantes consejos y sugerencias, por su apoyo y por tantas otras cosas sin las que este libro no sería tal como es.

BIBLIOGRAFÍA

Sobre el periodo histórico

ABASCAL PALAZÓN, J. M., *Los nombres personales en las inscripciones latinas de Hispania*, Murcia, Universidad de Murcia–Universidad Complutense de Madrid, 1994.

BLÁZQUEZ, J. M.ª, "Los célebres caballos hispanos del Bajo Imperio", *Aportaciones al estudio de la España Romana en el Bajo Imperio*, Madrid, Istmo, 1990, págs. 11-46.

BURGESS, R. W., *The Chronicle of Hydatius and the Consularia Constantinopolitana. Two contemporary accounts of the final years of the Roman Empire*, Oxford, Clarendon Press, 1993.

CAMERON, A., "Paganism and literature in late fourth century Rome", en M. FUHRMANN (ed.), *Christianisme et formes littéraires de l'antiquité tardive en Occident, Entretiens de la Fondation Hardt, Genève, Vandoeuvres*, 1976, Ginebra, Fondation Hardt, vol. XXIII, 1977, págs. 1-40.

CAMERON, AV., *El mundo mediterráneo en la antigüedad tardía, 395-600*, Barcelona, Crítica, 1998 (1993 el original inglés).

— *El Bajo Imperio Romano (284-430 d. de C.)*, Madrid, Encuentro, 2001 (1993 el original inglés).

CAMERON, AV. y GARNSEY, P., *The Cambridge Ancient History. Volume XIII. The Late Empire, A.D. 337-425*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.

CHASTAGNOL, A., "L'evoluzione dell'ordine senatorio nei secoli III e IV della nostra era", en S. RODA (ed.), *La parte migliore del genere umano. Aristocrazie, potere ed ideologia nell'occidente tardoantico*, Turín, Scriptorium, 1996, págs. 19-21.

— "La carriera senatoriale nel Basso Impero (dopo Diocleziano)", en S. RODA (ed.), *La parte migliore del genere umano. Aristocrazie, potere ed ideologia nell'occidente tardoantico*, Turín, Scriptorium, 1996, págs. 23-57.

ELLUL, J., *Historia de las Instituciones de la Antigüedad*, Madrid, Aguilar, 1970.

FERNÁNDEZ NIETO, F. J., "Un ἄγραφος νόμος en el epistolario de Sinesio de Cirene", *Arte, sociedad, economía y religión durante el Bajo Imperio y la Antigüedad tardía, Antigüedad y cristianismo. Monografías históricas sobre la Antigüedad tardía 8*, Murcia, Universidad de Murcia, 1991, págs. 17-22.

JONES, C. P., "*Stigma:* tattooing and branding in graeco-roman antiquity", *JRS* 77, 1987, págs. 139-155.

JONES, A. H. M., MARTINDALE, J. R. y MORRIS, J., *The Prosopography of the Later Roman Empire, I A.D. 260-395*, Cambridge, Cambridge University Press, 1975² (1971).

KAJANTO, I., *Latin cognomina*, Helsingfors, Societas Scientarum Fennica, 1965.

KEENAN, J. G., "The names Flavius and Aurelius as status designation", *ZPE* 11, 1973, págs. 40-63.

LENSKI, N., "*Initium mali Romano Imperio:* Contemporary reactions to the Battle of Adrianople", *TAPhA* 127, 1997, págs. 129-167.

LIEBESCHUETZ, J. H. W. G., *Barbarians and bishops. Army, church and state in the age of Arcadius and Chrysostom*, Oxford, Oxford University Press, 1990.

LIZZI, R., "La memoria selettiva", en G. CAVALLO, P. FEDELI y A. GIARDINA, *Lo spazio letterario di Roma antica*, vol. 3, Roma, Salerno, 1990, págs. 646-676.

MATTHEWS, J., *Western Aristocracies and Imperial Court A.D. 364-425*, Oxford, Clarendon Press, 1975.

MAZZARINO, S., *Trattato di Storia Romana, II*, Roma, Tumminelli, 1956.

— *La fine del mondo antico*, Milán, BUR, 1995.

MCCORMICK, M., *Eternal Victory: Triumphal Rulership in Late Antiquity, Byzantium and the Early Medieval West*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986.

MÓCSY, A. et alii, *Nomenclator provinciarum Europae Latinarum et Galliae Cisalpinae cum indice inverso*, Dissertationes Pannonicae III. 1, Budapest, 1983.

PASCHOUD, F., *Roma Aeterna. Études sur le patriotisme romain dans l'Occident latin à l'époque des grandes invasions*, Roma, Institut Suisse de Rome, 1967.

Richter, H., *Das weströmische Reich, besonders unter den Kaisern Gratian, Valentinian II. und Maximus (375-388)*, Berlin, 1865.
Salway, B., "What's in a name? A survey of roman onomastic practice from c. 700 B.C. to A.D. 700", *JRS* 84, 1994, págs. 124-145.
Seeck, O., *Notitia dignitatum. Notitia urbis constantinopolitanae. Latercula prouinciarum*, Frankfurt am Main, Minerva G. m. b. H., 1862.
Ward, J. H., "The *Notitia Dignitatum*", *Latomus* 33, 1974, págs. 397-434.
Williams, S. y Friell, G., *Theodosius. The empire at bay*, Londres, Batsford, 1994.

Sobre el ejército romano y la literatura militar clásica

Birley, E. B. "Promotions and transfers in the Roman army II: the Centurionate", *Carnuntum Jahrb.*, 1963-1964, págs. 21-33.
— "The religion of the Roman army 1895-1977", *ANRW* 2, 16, 2, págs. 1506-1541.
Bishop, M. C. y Coulston, J. C. N., *Roman military equipment*, Londres, Shire, 1993.
Breeze, D. J., "The organization of the legion: the first cohort and the *Equites Legionis*", *JRS* 59, 1969, págs. 50-55.
— "Pay grades and ranks below the centurionate", *JRS* 61, 1971, págs. 130-135.
— "The organization of the career structure of the immunes and principales of the Roman army", *BJ* 174, 1974, págs. 245-292.
Brunt, P. A., "Pay and superannuation in the Roman army", *PBSR* 18, 1950, págs. 50-71.
— "Conscription and volunteering in Roman imperial army", *SCI* 1, 1974, págs. 90-115,
— "*Princeps and equites*", *JRS*, 73, 1983, págs. 42-75.
Bruzzone, A., "Contributo ad una analisi stilistica del *De rebus bellicis*: qualche aspetto dell'uso dell'astratto", *Romanobarbarica* 13, 1994-1995, págs. 1-42.
Campbell, J. B., "Who were the *uiri militares*", *JRS* 65, 1975, páginas 11-31.
— "The marriage of soldiers under the empire", *JRS* 68, 1978, páginas 153-166.
— "Teach yourself how to be a general", *JRS* 77, 1987, págs. 13-29.
— *The Roman army 31 BC-AD 337. A source book*, Londres & Nueva York, Routledge, 1994.
— War and society in imperial Rome 31 BC-AD 284, Londres & Nueva York, Routledge, 2002.

CHEESMAN, G. L., *The auxilia of the Roman imperial army*, Oxford, Clarendon Press, 1914.

CONOLLY, P., *The Roman army*, Londres, Morrison and Gibb, 1975.

CONTI, M., "Scientifici (scrittori)", F. DELLA CORTE (ed.), *Dizionario degli scrittori greci e latini*, vol. III, Milán, Marzorati, 1990, págs. 1.941-1.961.

DAVIES, R. W., "Joining the Roman army", *BJ* 169, 1969, págs. 208-232.

— "The Roman military diet", *Britannia* 2, 1971, págs. 122-142.

— "The daily life of the Roman soldier under the principate", *ANRW* 2, 1, págs. 299-338.

DE MEO, C., "La lingua militare", *Lingue tecniche del latino*, Bolonia, Pàtron, 1986, págs. 171-207.

DOBSON, B., "The significance of the centurion and "primipilaris" in the Roman army and administration", *ANRW* 2, 1, págs. 392-434.

DOMASZEWSKI, A. V., *Die Rangordnung des römischen Heeres*, Colonia, Böhlau, 1967 (1908).

DUNCAN-JONES, R. P., "Pay and numbers in Diocletian's army", *Chiron* 8, 1978, págs. 541-560.

FLEURY, PH., *La mécanique de Vitruve*, Caen, Presses Universitaires de Caen, 1993.

— "Les textes techniques de l'Antiquité", *Euphrosyne* 18, 1990, páginas 359-394.

— "Traités de mécanique et textes sur les machines", en CL. NICOLET (ed.), *Les littératures techniques dans l'Antiquité romaine, Entretiens de la Fondation Hardt, Genève, Vandoeuvres, 1995*, Ginebra, Fondation Hardt, vol. XLII, 1996, págs. 45-69.

FORNI, G., *Il reclutamento delle legioni da Augusto a Diocleziano*, Milán-Roma, Università di Pavia, 1953.

— "Estrazione etnica e sociale dei soldati delle legioni nei primi tre secoli dell'impero", *ANRW* 2, 1, págs. 339-391.

GABBA, E., *Per la storia dell'esercito romano in età imperiale*, Bolonia, Pàtron, 1974.

— "Tecnologia militare antica", *Tecnologia, economia e società nel mondo romano, Atti del Convegno di Como 27, 28, 29 di Settembre di 1979*, Como, Comitato promotore delle manifestazioni celebrative del XIX centenario della morte di Plinio il Vecchio, 1980, págs. 219-234.

GIARDINA, A., *Anonimo. Le cose della guerra*, Milán, Mondadori, 1989.

GILLIAM, J. F., "Enrolment in the Roman army", *Eos* 48, 1957, págs. 207-216.

GONZÁLEZ ROLÁN, T. y MOURE CASAS, A., "*Modesti libelli de vocabulis rei militaris ad Tacitum Augustum:* estudio de la transmisión manuscrita y edición crítica", *CFC* 16, 1986-1987, págs. 293-328.

Helgeland, J., "Roman army religion", *ANRW* 2, 16, 2, páginas 1470-1505.
Heraeus, W., "Die römische Soldatensprache", *Archiv für lateinische Lexik. und Gramm.* 12, 1902, págs. 255-280.
Jordan, H., *M. Catonis praeter librum de re rustica quae exstant*, Stuttgart, Teubner, 1860.
Le Bohec, Y., *L'Armée romaine sous le Haut-Empire*, París, Picard, 1990.
Lenoir, M., "La littérature de *re militari*", en Cl. Nicolet (ed.), *Les littératures techniques dans l'Antiquité romaine, Entretiens de la Fondation Hardt, Genève, Vandoeuvres, 1995*, Ginebra, Fondation Hardt, vol. XLII, 1996, págs. 77-108.
Letta, C., "Le *imagines Caesarum* di un *praefectus castrorum Aegypti* e l'XI coorte", *Athenaeum* 56, 1978, págs. 3-19.
Loreto, L., "Il generale e la biblioteca. La trattatistica militare greca da Democrito di Abdera ad Alessio I Comneno", en G. Cambiano, L. Canfora y D. Lanza (eds.), *Lo spazio letterario della Grecia antica*, vol. II, Roma, Salerno, 1995, págs. 563-589.
MacMullen, R., "Roman imperial building in the provinces", *HStClPh* 64, 1959, págs. 207-235.
— "How big was the Roman imperial army?", *Klio* 62, 1966, páginas 451-460.
— *Legionary recruitment and veteran settlement during the Principate*, Londres, University of London, 1983.
Marín y Peña, M., *Instituciones militares romanas*, Madrid, CSIC, 1956.
Marsden, E. W., *Greek and Roman Artillery, Historical Development*, Oxford, Oxford University Press, 1969.
— *Greek and Roman Artillery, Technical treatises*, Oxford, Clarendon Press, 1971.
Maxfield, V. A., *The military decorations of the Roman army*, Londres, Batsford, 1981.
Nicolet, Cl. (ed.), *Les littératures techniques dans l'Antiquité romaine, Entretiens de la Fondation Hardt, Genève, Vandoeuvres, 1995*, Ginebra, Fondation Hardt, vol. XLII, 1996.
Poznanski, L., *Asclépiodote, Traité de tactique*, París, Les Belles Lettres, 1992.
Reeve, M. D., "Modestus, *scriptor rei militaris*", en P. Lardet (dir.), *La tradition vive. Mélanges d'histoire des textes en l'honneur de Louis Holtz*, París-Turnhout, Brepols, 2003, págs. 417-432.
Rich, J. y Shipley, G. (eds.), *War and society in the Roman world*, Londres & Nueva York, Routledge, 1993.
Santini, C., "La *praefatio* del *De rebus bellicis*", en C. Santini y N. Scivoletto (eds.), *Prefazioni, prologhi, proemi di opere tecnico-scientifiche latine*, vol. II, Roma, Herder, 1992, págs. 991-999.

SAXER, R., *Untersuchungen zu den Vexillationen des römischen Kaiserheeres von Augustus bis Diokletian*, Colonia-Graz, Böhlau, 1967.
SHERK, R. K., "Roman geographical exploration and military maps", *ANRW* 2, 1, págs. 534-562.
SPEIDEL, M. A., "Roman army pay scales", *JRS* 82, 1992, págs. 87-106.
SPEIDEL, M. P., "The pay of the *auxilia*", *JRS* 63, 1973, págs. 141-147.
— "Eagle-bearer and trumpeter", *BJ* 176, 1976, págs. 123-163.
— "The cult of the Genii in the Roman army and a new military deity", *ANRW* 2, 16, 2, págs. 1542-1555.
— "The career of a legionary", *TAPhA* 112, 1982, págs. 209-214.
— *Roman Army Studies I*, Amsterdam, JC Gieben, 1984.
STADTER, P., *Arrian of Nicomedia*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1980, págs. 164-165.
STARR, C. G., *The Roman imperial navy 31 BC-AD 324*, Cambridge, W. Heffer, 1960.
TRAINA, G., "Aspettando I barbari. Le origini tardoantiche della guerriglia di frontiera", *Romanobarbarica* 9, 1986-1987, págs. 247-279.
— "Polemologia", C. Santini (coord.), *Letteratura scientifica e tecnica di Grecia e Roma*, Roma, Carocci, 2002, págs. 425-433.
VÁRADY, L., "New evidences on some problems of the late roman military organization", *ActAntHung* 9, 1961, págs. 343.
VERSNEL, H. S., *Triumphus: An enquiry into the origin, development and meaning of the Roman triumph*, Leiden, Brill, 1970.
VOGLER, CH., "La rémunération annonaire dans le Code Théodosien", *Ktema* 4, 1979, págs. 293-319.
WATSON, G. R., *The Roman soldier*, Londres, Thames and Hudson, 1969.
WEBSTER, G., *The Roman imperial army: of the first and second centuries A.D.*, Londres, Adam & Charles Black, 1969.
WHEELER, E. L., *Stratagem and the vocabulary of military trickery*, Leiden, Brill, 1988.
WILKINS, A., *Roman artillery*, Buckinghamshire, Shire Archaeology, 2003.
WILLIAMS, TH., "The authorship of the greek military manual attributed to Aeneas Tacticus", *AJPh* XXV, 1904, págs. 390-405.
ZUCKERMAN, C., "Two reforms of the 370s: Recruiting soldiers and senatores in the divided Empire", *REByz* 56, 1998, páginas 79-139.

Sobre Vegecio y la Epitoma

ANDERSSON, A., *Studia vegetiana*, Dissertation, Uppsala, 1938.

BAATZ, D. y BOCKIUS, R., *Vegetius und die römische Flotte*, Bonn, Monographien des römisch-germanischen Zentralmuseums, 1997.

BARNES, T. D., "The date of Vegetius", *Phoenix* 33, 1979, págs. 254-257.

BIRLEY, E., "The Dating of Vegetius and the Historia Augusta", *Bonner Historia-Augusta Colloquium, 1982-1983*, Bonn, Habelt, 1985, págs. 57-67.

CAPITANI, U., "Una presenza di Vitrubio in Vegezio?", *Maia* 32, 1980, págs. 179-185.

CHASTAGNOL, A., "Végèce et l'Histoire Auguste", en A. ALFÖLDY (ed.), *Bonner Historia-Augusta Colloquium*, Bonn, Habelt, 1971, págs. 59-80.

CHAUVOT, A., "Les formulaires des dédicaces du *De rebus bellicis* et de l'*Epitoma rei militaris*", en R. G. KHOURY (ed.), *Urkunden und Urkundenformulare im klassischen Altertum und in den orientalischen Kulturen*, Heidelberg, Universitätsverlag C. Winter, 1999, páginas 103-112.

EUSSNER, A., "Zu Vegetius" *Philologus* 44, 1885, págs. 60, 87, 163.

FORMISANO, M., *Tecnica e scrittura. Le letterature tecnico-scientifiche nello spazio letterario tardolatino*, Roma, Carocci, 2001.

— *P. Flavio Vegezio Renato. L'arte della guerra romana*, Milán, BUR, 2003.

GIUFFRIDA MANMANA, CL., *Flavio Vegezio Renato. Compendio delle Istituzioni Militari. Introduzione e traduzione di Claudia Giuffrida Manmana*, Catania, Edizioni del Prisma, 1997.

— "Per una datazione dell'*Epitoma rei militaris* di Vegezio. Politica e propaganda nell'età di Onorio", *SicGym* 34, 1981, págs. 25-56.

— *Flavio Vegezio Renato. Compendio delle istituzioni militari, Libro Primo. Commento storico*, Catania, Edizioni del Prisma, 2000.

GOFFART, W., "The date and purpose of Vegetius's *De re militari*", *Traditio* 33, 1977, págs. 65-100.

GORDON, D., "Vegetius and his proposed reform of the army", en J. A. S. EVANS (ed.), *Polis and Imperium, Studies in honour of E. T. Salmon*, Toronto, Hakkert, 1974, págs. 35-58.

HOLMES, N., "Metrical notes on Vegetius' *Epitoma rei militaris*", *CQ* 52, 2002, págs. 358-373.

LAMMERT, F., "Zu Vegetius' Epitoma rei militaris IV 1-30", *Phil. Wochenschr.* 51, 1931, págs. 798-800.

LOMMATSZCH, E., *P. Vegeti Renati digestorum artis mulomedicinae libri*, Leipzig, Teubner, 1903.

MARCONE, A., "Il *de re militari* di Vegezio", *Studi e ricerche dell'Istituto di Storia, Università di Firenze* 1, 1981, págs. 121-138.
MAREK, V., "Vegetius: ein christlicher Heide?", en G. THOME y J. HOLZHAUSEN (eds.), *Es hat sich viel ereignet, Gutes wie Böses. Lateinische Geschichtsschreibung der Spät- und Nachantike*, Múnich-Leipzig, Saur, págs. 26-36.
MEUCCI, R., "Un passo di Vegezio: *cornu e bucina*", *RCCM* 24, 1982, págs. 71-73.
MILNER, N. P., *Vegetius: Epitome of Military Science*, Liverpool, Liverpool University Press, 1996.
MOMMSEN, Th., "Zu Vegetius", *Hermes* 1, 1866, págs. 130-133.
MÜLLER, F. L., *Abriss des Militärwesens*, Stuttgart, Steiner, 1997.
NEUMANN, R., "Vegetius", en *RE* Supplementband X, 1965, coll. 992-1020.
ÖNNERFORS, A., "Zu Person und Werk des Publius Vegetius Renatus", *Vetenskapssocietetens i Lund årsbok 1991*, Lund, Lund University Press, 1993, págs. 142-173.
ORTOLEVA, V., "*P. Flavii Vegetii Renati, Epitoma rei militaris* edidit Alf Önnerfors (rec.)", *Sileno* 21, 1995, págs. 299-308.
— "*Flavio Vegezio Renato, Compendio delle istituzioni militari. Introduzione e traduzione di Claudia Giuffrida Manmana*, Catania, Edizioni del Prisma 1997 (rec.)", *Gnomon* 2000, págs. 408-414.
— "Note critico-testuali ed esegetiche all'*Epitoma rei militaris* di Vegezio", *Vichiana* 4.ª Serie, Año 3, 2001, págs. 64-93.
PANIAGUA, D., "La *Epitoma rei militaris* de Vegecio y el *imperator inuictus*", *Voces* 14, 2003, págs. 165-183.
— "La *Epitoma rei militaris* de Vegecio y la legislación relativa al reclutamiento en época de Teodosio I: apunte cronológico", *Euphrosyne* 33, 2005, págs. 421-428.
PARKER, H. M. D., "The *antiqua legio* of Vegetius", *CQ* 26, 1932, págs. 137-149.
PÉTRIN, N., "Philological notes on the crossbow and related missile weapons", *GRBS* 33, 1992, págs. 265-291.
REEVE, M. D., "Notes on Vegetius", *PCPS* 44, 1998, págs. 182-218.
— "Vegetius 4.41.4", *PCPS* 45, 1999, págs. 45-108.
RICHARDOT, PH., "La datation du *de re militari* de Végèce", *Latomus* 57, 1998, págs. 136-147.
ROBLES GÓMEZ, J. M., *Vegecio, Medicina Veterinaria*, Madrid, Gredos, 1999.
SABBAH, G., "Pour la datation theodosienne du *De re militari* de Végèce", en *Memoires Centre J. Palerne II*, 2, 1980, páginas 131-155.

SABLAYROLLES, R., "Bibliographie sur l'*epitoma rei militaris* de Végèce", *Cahiers du groupe de recherches sur l'armée romaine et les provinces* 3, 1984, págs. 139-146.
SANDER, E., "Frontin als Quelle für Vegetius", *Phil. Wochenschr.* 49, 1929, págs. 1230-1231.
— "Die Hauptquellen der Bücher I-III der *Epitoma rei militaris* des Vegetius", *Philologus* 87, 1932, págs. 369-375.
— "Die Quellen des Buches UV 31-46 der Epitome des Vegetius", *RhM* 99, 1956, págs. 153-172.
— "Die *antiqua ordinatio legionis* des Vegetius", *Klio* 14, 1971 (Neuedr. des 32, 1939), págs. 1-10.
SANTINI, C., "Le *praefationes* di Vegezio", en C. SANTINI y N. SCIVOLETTO (eds.), *Prefazioni, prologhi, proemi di opere tecnico-scientifiche latine*, vol. II, Roma, Herder, 1992, págs. 1003-1018.
SCHANZ, M., "Zu den Quellen des Vegetius", *Hermes* 16, 1881, páginas 137-146.
SCHENK, D., *Flavius Vegetius Renatus. Die Quellen der Epitoma Rei Militaris (Klio,* Beiheft XXII), Leipzig, Dieterich, 1930.
SCHÖNER, C., "Studien zu Vegetius", *Programm der königlichen bayerischen Studienanstalt zu Erlangen*, Erlangen, Junge & Sohn, 1888.
SEECK, O., "Die Zeit des Vegetius", *Hermes* 11, 1876, págs. 61-83.
SILHANEK, D., *Vegetius' Epitoma, Books 1 and 2; A translation and commentary*, Ann Arbor-Londres, University Microfilms International, 1972.
SIRAGO, V. A., "Vegezio e il dedicatario del suo tratatto militare", *Galla Placidia e la trasformazione politica dell'Occidente*, Louvain, Bureaux de recueil, Bibliothèque de l'Université, 1961, páginas 465-476.
SPEIDEL, M. P., "Vegetius on trumpets", *AClass* 18, 1975, págs. 153-155.
ZUCKERMAN, C., "Sur la date du traité militaire de Végèce et son destinataire Valentinian II", *SCI* 13, 1994, págs. 67-74.

Sobre la tradición y la fortuna de la Epitoma

ALOMAR I CANYELLES, A. I., "La terminologia de l'armament a la versió catalana del segle XIV de l'*Epitoma rei militaris* de Flavi Vegeci Renat", *Caplletra* 13, 1992, págs. 53-70.
BADIA, L., "Frontí i Vegeci, mestres de cavalleria en català als segles XIV i XV", Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona 39, 1983-1984, págs. 191-215.

Bornstein, D., "Military strategy in Malory and Vegetius' *De re militari*", *Comparative Literature Studies* 9, 1972, págs. 123-129.
Büren, V. von, "Une édition critique de Solin au IX^e siécle", *Scriptorium* 50, 1996, págs. 22-87 (en particular págs. 84-85).
Formisano, M., "Strategie di manuale: L'arte della guerra, Vegezio e Machiavelli", *QS* 55, 2002, págs. 99-127.
Giuffrida Manmana, Cl., "*Disciplina romanorum*. Dall'*Epitoma* di Vegezio allo Στρατηγικόν dello pseudo-Mauricius", en C. Giuffrida y M. Mazza (eds.), *Le trasformazioni della cultura nella tarda antichità, Atti del Convegno tenuto a Catania, Università degli Studi, 27 sett.–2 ott. 1982, II*, Roma, Jouvence, 1985, págs. 837-860.
González Rolán T. y Saquero, P., "El *Epitoma rei militaris* de Flavio Vegecio traducido al castellano en el siglo xv. Edición de los *Dichos en el acto de caballería* de Alfonso de Cartagena", *Miscelánea Medieval Murciana* 14, 1987-1988, págs. 112-114.
Jones, C. W. "Bede and Vegetius", *CR* 46, 1932, págs. 248-249.
Legge, D., "The Lord Edward's Vegetius", *Scriptorium* 7, 1953, páginas 262-265.
Löfstedt, L., "Aucuns notables extraits du livre de Végèce", *Neuphil. Mitteil.* 83, 1982, págs. 297-312.
Mongeau, R. G. B., "The 'Epitoma rei militaris' of Flavius Vegetius Renatus. A bibliographical report", *Mittellat. Jahrb.* 20, 1985, págs. 314-322.
Ortoleva, V., "Giovanni Brancati traduttore di Vegezio. Contributo allo studio della tradizione manoscritta della *Mulomedicina*", *Orpheus* 13, 1992, págs. 369-383.
Reeve, M. D., "Editorial opportunities and obligations", *RFIC* 123, 1995, págs. 479-499.
— "The transmission of Vegetius's *Epitoma rei militaris*", *Aevum* 74, 2000, págs. 243-354.
Richardot, Ph., *Végèce et la culture militaire au Moyen Âge*, París, Economica, 1998.
Rubio, L., "El ms. *Scorialensis* L.III.33: nuevos datos para una futura edición del *Epitoma rei militaris*", *Emerita* 41, 1973, págs. 209-227.
Russell, P., "The Medieval Castilian Translation of Vegetius, *Epitoma de rei militaris*: An Introduction", A. L. Mackenzie (ed.), *Spain and its Literature. Essays in Memory of E. Allison Peers*, Liverpool, Liverpool University Press-MHRA, 1997, págs. 49-63.
— "Terá havido uma tradução medieval portuguesa do *Epitome rei militaris* de Vegécio", *Euphrosyne* 29, 2001, págs. 247-256.
Shrader, R., "A handlist of extant manuscripts containing the *De re militari* of Flavius Vegetius Renatus", *Scriptorium* 33, 1979, páginas 280-305.

SEGRE, C., "Jean de Meun e Bono Giamboni traduttori di Vegezio", *Atti della Accademia delle scienze di Torino* 87, 1952-1953, págs. 119-153.
SPRINGER, M., "Vegetius im Mittelalter", *Philologus* 123, 1979, págs. 85-90.
THORPE, L., "Master Richard. A thirteenth century translator of the *De re militari* of Vegetius", *Scriptorium* 6, 1952, 39-50.
TROLLI, D., "Aspetti della fortuna di Vegezio nei secc. XIII e XIV", *Tradizione dell'antico nelle letterature e nelle arti d'occidente, Studi in memoria di Maria Bellincioni Scarpat*, Parma, Bulzoni, 1990, págs. 186-192.
WISMAN, J. A., "L'*Epitoma rei militaris* de Végèce et sa fortune au Moyen Âge", *Moyen Âge* 85, 1979, págs. 13-31.
— "Flavius Renatus Vegetius", en F. E. CRANZ, V. BROWN y P. O. KRISTELLER (eds.), *Catalogus translationum et commentariorum: medieval and renaissance latin translations and commentaries annotated lists and guides*, vol. VI, Washington D.C., The Catholic University of America Press, 1986, págs. 175-184.

Ediciones críticas de la Epitoma rei militaris

LANG, K., *Flavii Vegetii Renati Epitoma rei militaris*, Leipzig, Teubner, 1885[2] (1869; reproducción anastática 1967).
CALLEJAS BORDONES, M.ª T., *Edición crítica y traducción del "Epitoma rei militaris" de Vegetius, libros I y II, a la luz de los manuscritos españoles y de los más antiguos testimonios europeos*, Madrid, Universidad Complutense, 1982.
BARRIO VEGA, F. DEL, *Edición crítica y traducción del "Epitoma rei militaris" de Vegetius, libros III y IV, a la luz de los manuscritos españoles y de los más antiguos testimonios europeos*, Madrid, Universidad Complutense, 1982.
STELTEN, L. F., *Flavius Vegetius Renatus. Epitoma rei militaris*, Nueva York-Frankfurt am Main-París, P. Lang, 1990.
ÖNNERFORS, A., *P. Flavii Vegetii Renati Epitoma rei militaris*, Stuttgart-Leipzig, Teubner, 1995.
REEVE, M. D., *Vegetius, Epitoma rei militaris*, Oxford, Oxford University Press, 2004.

Traducciones modernas de la Epitoma:

Castellano

VIANA, J. DE, *Flavio Vegecio Renato, Instituciones militares*, Madrid, 1764 (reimpr. Ministerio de defensa, 1988).

Belda Carreras, J., *Instituciones militares. Flavio Vegecio Renato*, Madrid, Hernando, 1929.
Callejas Bordones, M.ª T., *Edición crítica y traducción del "Epitoma rei militaris" de Vegetius, libros I y II, a la luz de los manuscritos españoles y de los más antiguos testimonios europeos*, Madrid, Universidad Complutense, 1982.
Barrio Vega, F. del, *Edición crítica y traducción del "Epitoma rei militaris" de Vegetius, libros III y IV, a la luz de los manuscritos españoles y de los más antiguos testimonios europeos*, Madrid, Universidad Complutense, 1982.

Italiano

Mariotti, T., *Vegezio, Compendio d'arte militare*, Roma, Edizioni Roma, 1937 (1878).
Giuffrida-Manmana, C., *Compendio delle istituzioni militari*, Catania, Edizioni del Prisma, 1997.
Canali, L. y Pellegrini, M. *Vegezio, L'arte della guerra*, Milán, Mondadori, 2001.
Formisano, M., *P. Flavio Vegezio Renato. L'arte della guerra romana*, Milán, BUR, 2003.

Inglés

Clark, J., *A military classic. The military institutions of the Romans. Flavius Vegetius Renatus*, Londres, 1767.
Silhanek, D., *Vegetius' Epitoma, Books 1 and 2; A translation and commentary*, Ann Arbor-Londres, University Microfilms International, 1972 (trad. del libro primero y segundo).
Stelten, L. F., *Flavius Vegetius Renatus. Epitoma rei militaris*, Nueva York-Frankfurt am Main-Paris, P. Lang, 1990.
Milner, N. P., *Vegetius: Epitome of Military Science*, Liverpool, Liverpool University Press, 1996.

Alemán

Wille, F., *Vegetius. Das gesamte Kriegwesen*, Aarau-Frankfurt am Main-Salzburg, Sauerländ, 1986.
Baatz, D. y Bockius, R., *Vegetius und die römische Flotte*, Bonn, Monographien des Römisch-Germanischen Zentralmuseums, Bd. 39, 1997 (trad. parcial de la segunda parte del cuarto libro).
Müller, F. L., *Abriss des Militärwesens*, Stuttgart, Franz Steiner, 1997.

Polaco

Komornicka, A., "*Epitoma rei militaris lib.* I & II", *Meander* 28, 1973, págs. 403-417; 485-501; y "*Epitoma rei militaris lib.* III & IV", *Meander* 29, 1974, págs. 198-232; 333-352.

[illegible], J., *Instituciones militares. Flavio Vegecio Renato*, Madrid, Hernando, 1929.
[illegible] *de los más antiguos* [illegible] Complutense, 1982.
Barrio Vega, F. [illegible], *Edición crítica y traducción del "Epitoma rei militaris" de Vegecio, libros III y IV, a la luz de los manuscritos españoles y de los más antiguos testimonios europeos*, Madrid, Universidad Complutense, 1982.

Italiano

Marcotti, T., *Vegezio. Compendio d'arte militare*, Roma, Edizioni Roma, 1937 (1878).
Giuffrida-Manmana, C., *Compendio delle istituzioni militari*, Catania, Edizioni del Prisma, 1997.
Canali, L. y Pellegrini, M., *Vegezio, L'arte della guerra*, Milán, Mondadori, 2001.
Formisano, M., *P. Flavio Vegezio Renato. L'arte della guerra romana*, Milán, BUR, 2003.

Inglés

Clark, J., *A military classic. The military institutions of the Romans. Flavius Vegetius Renatus*, Londres, 1767.
Shrader, D., *Vegetius' Epitoma, Books 1 and 2: A translation and commentary*, Ann Arbor-Londres, University Microfilms International, 1972 (trad. del libro primero y segundo).
Stelten, L. F., *Flavius Vegetius Renatus. Epitoma rei militaris*, Nueva York-Frankfurt am Main-París, P. Lang, 1990.
Milner, N. P., *Vegetius: Epitome of Military Science*, Liverpool, Liverpool University Press, 1996.

Alemán

Wille, F., *Vegetius. Das gesamte Kriegswesen*, Aarau-Frankfurt am Main-Salzburg, Sauerländer, 1986.
Baatz, D. y Bockius, R., *Vegetius und die römische Flotte*, Bonn, Monographien des Römisch-Germanischen Zentralmuseums, Bd. 39, 1997 (trad. parcial de la segunda parte del cuarto libro).
Müller, F. L., *Abriss des Militärwesens*, Stuttgart, Franz Steiner, 1997.

COMPENDIO DE TÉCNICA MILITAR

COMPENDIO DE TÉCNICA MILITAR DE FLAVIO VEGECIO RENATO, ALTO FUNCIONARIO DE RANGO ILUSTRE, EN CUATRO LIBROS

El primer libro instruye en la elección de los reclutas[1], de qué lugares, qué tipo de soldados deben ser reclutados y en qué ejercicios con armas deben entrenarse.

El segundo libro contiene las costumbres de la antigua milicia para que se pueda formar al ejército de infantería con arreglo a ellas.

El tercer libro expone todos los tipos de técnicas que se consideran necesarias para el combate terrestre.

El cuarto libro enumera todas las máquinas de guerra con las que se asedian o se defienden las ciudades; añade[2] asimismo los preceptos relativos a la guerra naval.

En todo combate no suelen contribuir tanto a la victoria la cantidad de soldados y el valor innato cuanto la técnica y el adiestramiento[3].

---

[1] Vegecio empleará recurrentemente a lo largo de su obra los términos *iunior* y *iuuenis* como sinónimos de *tiro* para referirse al recluta.

[2] Los preceptos de la guerra naval están integrados como parte final del libro cuarto y no constituyen un libro quinto independiente como se ha pensado durante mucho tiempo (véase el apartado dedicado a la estructura de la obra en la Introducción).

[3] La máxima tradicionalmente ha parecido poco apropiada a esta posición en la obra. Los editores, a partir de 1487, la han trasladado sistemáticamente

al inicio del libro primero, e incluso Lang llegó al punto de eliminarla por completo del texto. Sin embargo, M. Reeve ("Editorial opportunities and obligations", *RFIC* 123, 1995, págs. 495-496; *Vegetius, Epitoma rei militaris*, Oxford, Oxford University Press, 2004, pág. xxxv) ha justificado la restitución de la máxima al lugar que ocupa unívocamente en los manuscritos. Reeve considera que Vegecio pretendió que este resumen de los contenidos estuviera colocado entre el prefacio al primer libro y el inicio del capítulo primero, de forma que la máxima, en tal posición, pudiera servir de fórmula de transición al tratamiento específico de los contenidos. En cualquier caso, situada en una posición u otra, la máxima representa una manifiesta y sentenciosa declaración de principios que sirve de justificación para toda la obra. La técnica y el adiestramiento *(ars* y *exercitium)* son requisitos imprescindibles para un mayor dominio de las situaciones de combate. De poco sirve disponer de una gran cantidad de soldados si no están instruidos para combatir, por mucho talento natural *(uirtus indocta)* que tengan.

Libro primero

al inicio del libro primero, e incluso Lang llegó al punto de eliminarla por completo del texto. Sin embargo, M. Reeve ("Editorial opportunities and obligations", *RFIC* 123, 1995, págs. 495-498; *Vegetius, Epitoma rei militaris*, Oxford, Oxford University Press, 2004, pág. xxxv) ha justificado la asignación de la máxima al lugar que ocupa unívocamente en los manuscritos. Reeve considera que Vegecio pretendió que este resumen de los contenidos estuviera colocado entre el prefacio al primer libro y el inicio del capítulo primero, de forma que la máxima, en tal posición, podría servir de fórmula de transición al tratamiento específico de los contenidos. En cualquier caso, situada en una posición u otra, la máxima representa una manifiesta y destacada declaración de principios que sirve de justificación para toda la obra. La técnica y el saber necesarios (*ars* y *exercitium*) son requisitos imprescindibles para un mayor dominio de las situaciones de combate. De poco sirve disponer de una gran cantidad de soldados si no están instruidos para combatir, por mucho talento natural (*virtus indocta*) que tengan.

CAPÍTULOS DEL LIBRO PRIMERO

<PRÓLOGO DEL LIBRO PRIMERO>

(1) En tiempos antiguos hubo costumbre de encomendar a la escritura la disciplina de las buenas artes[4] y recogida en forma de libros ofrecérsela a los soberanos[5], porque ninguna em-

---

[4] Vegecio recurre al concepto de *bonae artes*, más amplio que el de *artes liberales*. El concepto de *artes liberales* comienza a gestarse en el mundo romano hacia el siglo I a.C. por influjo de la escuela helenizante para designar un variado conjunto de disciplinas cuyo conocimiento se consideraba imprescindible para gozar de la cultura general (la ἐγκύκλιος παιδεία de los griegos) que brinda la libertad al hombre desde un punto de vista filosófico-moral ("studium liberale est quod liberum facit" dice Séneca en la *Epístola a Lucilio* 88, 2). Paulatinamente el concepto de *artes liberales* se fue especializando para pasar a designar el *curriculum* de siete disciplinas adoptado por las escuelas como fundamento de la educación, que constaba de gramática, retórica, dialéctica, aritmética, geometría, música y astronomía, y que dio origen al sistema escolástico medieval integrado por el *trivium* y el *quadrivium*. Pero quedaba toda una serie de disciplinas *(artes)* que no estaban incluidas en el programa educativo de las *artes liberales* tales como el derecho, la medicina, la historia, las ciencias de la naturaleza, la ingeniería, la agricultura y muchas otras entre las que también se encontraba la técnica militar. Es en este sentido en el que Vegecio recurre al sintagma *bonae artes* para designar las disciplinas que también contribuyen a la formación sociocultural del hombre libre dando cabida en él no sólo a las disciplinas específicas de las *artes liberales* sino también, y muy especialmente, a aquellas otras que, como la técnica militar, habían quedado fuera del *curriculum* educativo normalizado pero seguían distinguiéndose por su estatuto de *ars*. Sobre la cuestión de las *artes liberales* vale la pena remitir a la obra de M. Díaz y Díaz, *Enciclopedismo e sapere cristiano. Tra tardo-antico e alto Medioevo*, Milán, Jaca Book, 1999.

[5] Entroncando con la larga tradición de los prefacios de la literatura didascálica greco-romana en este proemio Vegecio introduce la dedicatoria de la

presa tiene buen inicio si después de Dios no le da su anuencia el Emperador y porque además poseer mejores y más profundos conocimientos es más pertinente en la persona del soberano, cuya formación puede resultar beneficiosa para todos los súbditos, que en ningún otro. (2) Consta por numerosos ejemplos que Octaviano Augusto[6] y los siguientes soberanos

---

obra. Esta tradición, que se remonta a los primeros vestigios del género, encarnados en la obra de Hesíodo, había experimentado una serie de cambios y novedades marcadas por el efecto creativo de la intertextualidad literaria. Así desde los primeros prefacios remitidos a las Musas se había pasado en época helenística a la dedicatoria dirigida a la divinidad suprema, Zeus. Por su parte la literatura didascálica latina comenzaba su andadura desde unos planteamientos distintos; el primer tratado latino de este tipo, el *De Agri Cultura* de Catón, no tiene "dedicatario" explícito y sólo con el paso del tiempo los romanos se irán acercando a las convenciones que caracterizan la tradición proemial griega y se incorporarán "dedicatarios" en los proemios. Como contribución a esta tradición la literatura didascálica latina introduce un cambio de la polaridad del "dedicatario", dejando de lado la vertiente religiosa-sacral para poner de relieve la dimensión cívico-moral. Así los dedicatarios de las obras didascálicas latinas de época tardo-republicana son fundamentalmente otros conciudadanos ilustres; buena muestra de ellos son las obras didascálicas de Varrón y de Cicerón. Un ulterior estadio de la tradición incorpora como dedicatario al *princeps;* es éste un estadio fundamental porque supone una aproximación a la tendencia helenística que tenía como dedicatario de la obra a un referente simbólico del poder, explotando todos los matices que de ello se derivan, como sucede en el proemio de la obra de Germánico. Con la irrupción del cristianismo en la cultura y la literatura áulica la dimensión religiosa-sacral entra de nuevo en juego rompiendo la línea de la tradición o, más bien, planteando una línea paralela al prescindir de la figura prominente del poder político. Frente a estas dos líneas de tradición proemial Vegecio supone un hito más por su carácter innovador a la vez que reinstaurador de la tradición. Hace converger las dos tradiciones, la clásica y la cristiana, en un ejercicio novedoso sólo posible a partir de un profundo conocimiento de la tradición que combina la reverencia al Dios cristiano como referente supremo sin dejar de lado la tradición latina que reclama la pleitesía del escritor hacia el emperador reinante. De este modo tradición e innovación se funden en respuesta a las nuevas condiciones religioso-sociales de la cultura de la época, en un Estado en el que cristiandad y tradición echan un pulso continuo con fuerzas aún parejas por la preponderancia en los patrones de referencialidad cultural.

[6] Octaviano (63 a.C.-14 d.C.), el gran Augusto, primer emperador de Roma. Cuando su tío Julio César fue asesinado en el año 44 a.C. instauró el segundo triunvirato junto con Lépido y Antonio para repartirse el dominio de Roma. En poco tiempo la alianza se convirtió en una lucha de intereses entre Octaviano y Antonio que derivó en una guerra entre ambos en el año 32. En

de bien mantuvieron esta costumbre de buen grado. De esta forma con los monarcas como testigos la elocuencia fue progresando en tanto que la audacia no fue motivo de castigo. (3) Yo por mi parte, estimulado por el deseo de imitar este ejemplo, pues considero que Vuestra Clemencia es capaz de mostrar mayor indulgencia que ningún otro hacia las audacias literarias, me he percatado de lo muy inferior que soy a los escritores antiguos, (4) si bien es cierto que para este opúsculo no son necesarios ni elegancia de estilo ni sutileza de ingenio sino un trabajo esmerado y escrupuloso para exponer abiertamente por el bien de Roma cuanto se oculta disperso y embrollado en las obras de distintos historiadores y preceptores de la disciplina militar[7].

(5) Así pues nuestra pretensión es mostrar gradualmente y por capítulos las antiguas costumbres relativas a la elección y al adiestramiento de los reclutas (6) y no porque parezca que te resultan asuntos desconocidos, invencible Emperador, sino para que sepas que cuanto dispones por tu propia iniciativa en aras del bien del Estado, antaño fue respetado como norma por los fundadores del Imperio Romano, y para que puedas encontrar en este pequeño librito cualquier cosa que creas que debe consultarse acerca de cuestiones de importancia suma y siempre determinantes, cuales son las cuestiones militares.

---

el año 31 Octaviano se alzó con la victoria final en la batalla de Accio, en el Epiro griego. Tras ello Octaviano pasó a ser el gobernante máximo de Roma y en el año 27 el Senado le otorgó el título honorífico de Augusto con el que se mantendría en el poder hasta su muerte en el año 14 d.C. Nótese que Octaviano Augusto es un modo de referirse a Augusto que comienza a ser utilizado por los autores latinos de época tardía, del siglo IV en adelante (Eutropio, Aurelio Víctor, Amiano Marcelino, la *Historia Augusta*, Rufo Festo, el Servio danielino, Filargirio, etc.).

[7] He aquí uno de los ingredientes básicos de un proemio ajustado a las reglas de la retórica latina, la *captatio beneuolentiae a nostra persona*, es decir, la apelación y consecución de la benevolencia del oyente o lector hablando de la primera persona del propio autor. Dice Cicerón en su tratado *De inuentione* (1, 20, 26) que esto se logra entre otras cosas poniendo de manifiesto las incomodidades que han acontecido al que habla (o escribe) y las dificultades que le acucian, así como recurriendo a ruegos y súplicas al oyente o lector con humildad y con sumisión.

de otra manera tuvieron esta costumbre de buen grado. De esta forma con los ignorantes como testigo la audacia fue progresando en tanto que la audacia no fue motivo de castigo. (3) Yo por mi parte, estimulado por el deseo de imitar este ejemplo, pues considero que Nuestra Clemencia es capaz de mostrar mayor inteligencia que ningún otro hacia las andanzas literarias, me he percatado de lo muy inferior que soy a los escritores antiguos, (4) si bien es cierto que para este opúsculo no son necesarios ni elegancia de estilo ni acritud de ingenio sino un trabajo esmerado y escrupuloso para exponer abiertamente por el bien de Roma cuanto se oculta disperso y embrollado en las obras de distintos historiadores, y preceptores de la disciplina militar.

(5) Así pues, nuestro propósito es mostrar gradualmente y por capítulos las antiguas costumbres relativas a la elección y al adiestramiento de los reclutas (6) y no porque parezca que te resultan asuntos desconocidos, invencible Emperador, sino para que sepas que cuanto dispones por tu propia iniciativa en aras del bien del Estado, antaño fue respetado como norma por los fundadores del Imperio Romano, y para que puedas encontrar en este pequeño libro cualquier cosa que creas que debe consultarse acerca de cuestiones de importancia suma y siempre determinantes, cuales son las cuestiones militares.

el año 31 Octaviano se alzó con la victoria final en la batalla de Actio, en el Epiro (Grecia). Tras ello Octaviano pasó a ser el gobernante absoluto de Roma y en el año 27 el Senado le otorgó el título honorífico de Augusto, con el que se mantendría en el poder hasta su muerte en el año 14 d.C. Véase que Octaviano Augusto es un modo de referirse a Augusto que conocerían a su sucesor por los autores latinos de época tardía, del siglo IV en adelante (Eutropio, Aurelio Víctor, Amiano Marcelino, la Historia Augusta, Julio Floro, el Servio Gramático, Prisciano, etc.).

He aquí uno de los ingredientes básicos de un proemio ajustado a las reglas de la retórica latina, la captatio benevolentiae, es decir, la ejecución y conservación de la benevolencia del destinatario (el lector) hablando de la propia persona del autor. Dice Cicerón en su tratado De inventione (I, 22) que esto se logra entre otras cosas ponderando de manera humilde las dificultades que han acompañado sus propios trabajos (o escritos) y las dificultades que se le presentaron, así como recurriendo a ruegos y súplicas al oyente o lector con humildad y con sumisión.

I

Los Romanos vencieron a todos los pueblos gracias al singular adiestramiento en el uso de las armas

(2[8]) Vemos, en efecto, que el pueblo romano ha sometido al mundo entero exclusivamente gracias al adiestramiento en el uso de las armas, a la disciplina del campamento y a la experiencia militar[9]. (3) ¿De qué habría valido la exigüidad romana contra la multitud de los Galos[10]? (4) ¿A qué se habría

---

[8] Como ya se ha indicado al inicio de la obra M. Reeve, en su edición crítica, traslada la máxima "In omni autem proelio [...]" a su posición genuina en los manuscritos, a continuación de la sinopsis de contenidos de los cuatro libros. Pero Reeve adopta la numeración de párrafos de la edición crítica de la obra realizada por A. Önnerfors (A. Önnerfors, *P. Flavii Vegetii Renati Epitoma rei militaris*, Stuttgart-Leipzig, Teubner, 1995), de manera que el párrafo 1 del primer capítulo (constituido precisamente por la máxima "In omni autem proelio [...]"), desaparece y la numeración de párrafos comienza directamente por el número 2. Probablemente Reeve debería haber remozado en este capítulo la numeración de los párrafos porque de esta forma el párrafo 1 del capítulo primero de la obra, según su edición, simplemente no existe.

[9] Vegecio atribuye todo el éxito y prosperidad del Imperio Romano a su ejército y a sus acciones militares. Por tanto para una situación de crisis del Imperio como la que se vive en su tiempo Vegecio encuentra como única solución la restitución del modelo de ejército que siglos atrás garantizó el encumbramiento del Imperio.

[10] El tópico de los Galos como un pueblo dotado de ejércitos muy numerosos se encuentra en el libro V de Tito Livio, (por ejemplo, en los capítulos 34

podido atrever su menudencia contra la altura de los Germanos[11]? (5) Se sabe que los Hispanos[12] superaban a los nuestros no sólo en número sino también en fuerza física; siempre fuimos inferiores a los Africanos[13] en ardides y riquezas; nunca ha albergado nadie duda alguna de que en conocimientos y sabiduría nos aventajaban los Griegos[14]. (6) Pero contra todo

---

y 53) donde el historiador relata la llegada del ejército galo hasta Roma, el saqueo de la ciudad y su expulsión final gracias a la intervención de Marco Manlio en el año 390 a.C. Vegecio conocía bien este episodio de la historia romana y lo tenía muy presente porque lo vuelve a mencionar en 4, 26. Este tópico ya se encuentra en el analista Claudio Cuadrigario (fr. 12, pág. 211 Peter) y reaparecerá en las obras de, entre otros, Cicerón (*prou. consul.* 33, 9; 15) y Julio César (por ejemplo, en *Gall.* 2, 30, 4).

[11] El tópico de la altura y la corpulencia de los Germanos se encuentra reiteradamente a lo largo de toda la literatura latina (véase, por ejemplo, César, *Gall.* 1, 39, 1; Columela, 3, 8; Tácito, *Hist.* 5, 14, 2).

[12] Lejos de estar a la altura de los dos tópicos anteriores en el imaginario romano el tópico de los Hispanos como un pueblo con ejércitos aguerridos aparece menos representado en la literatura latina (véase, por ejemplo, Cicerón, *har. resp.* 19). ¿La inclusión aquí de los Hispanos compartiendo rasgos de virilidad y fortaleza con Galos y Germanos, los paradigmas del pueblo guerrero en el sistema cultural romano, puede justificarse por el origen hispano de Teodosio y, quizás incluso, del propio Vegecio? Independientemente de que la respuesta sea afirmativa o negativa, sin duda este lugar común se apoya en gran medida en la alta consideración en que los Romanos tenían a los numantinos. Éstos sí gozaron en toda la tradición latina de una merecida fama de hombres muy valerosos, como consecuencia de las severas derrotas que infligieron a los ejércitos romanos hasta que Escipión Africano puso asedio a Numancia y los numantinos decidieron quemar la ciudad con todos sus habitantes dentro antes que claudicar. Vegecio recuerda en 1, 15 este episodio con alguna variante respecto a la versión habitual. El lugar común de los numantinos aparece como tópico consolidado en un texto de tanta importancia para reconocer el sistema de referencias culturales romano como la *Rhetorica ad Herennium* 4, 27 y será un motivo recurrente en toda la literatura latina.

[13] En la tradición latina los Africanos y más en particular los Cartagineses y los Númidas (los habitantes de Numidia, territorio más o menos correspondiente a la actual Argelia) eran la encarnación del engaño y la mentira (véase, por ejemplo, la *fraus Punica* en *Rhet. ad Herennium* 4, 53; Tito Livio, 22, 48; 27, 33; 30, 22; Valerio Máximo, 7, 4, 2; Silio Itálico, 12, 733). Tito Livio, Salustio y Valerio Máximo, entre otros, tampoco escatiman menciones a la extraordinaria opulencia de los Cartagineses y los Númidas.

[14] Frente a la evidente superioridad militar de los Romanos los Griegos siempre mantuvieron el privilegio de ser considerados el pueblo más cultivado y aventajado en cuestiones de cultura y arte, auténtica cuna de la ciencia y la filosofía (véase Cicerón, *har. resp.* 19; Virgilio, *Aen.* 6, 847-850; Hor., *epist.* 2, 1, 156).

eso resultó más eficaz elegir hábilmente al recluta, enseñarle las leyes, por así llamarlas, de las armas, fortalecerlos con adiestramiento diario, hacerles conocer de antemano todo lo que puede suceder en la formación militar y en el combate mediante su preparación en el campamento, y castigar con severidad a los haraganes. (7) El conocimiento de la disciplina militar alimenta la audacia para combatir: nadie teme llevar a la práctica lo que está seguro de haber aprendido bien. (8) Y efectivamente en la disputa bélica un pequeño número de soldados bien adiestrados está más preparado para la victoria, mientras que una muchedumbre ruda y sin entrenamiento se encuentra siempre expuesta a la masacre.

Nótese la perspectiva occidental e italocéntrica de Vegecio en su enumeración de pueblos: Galia y Germania (en el margen septentrional de Italia), Hispania (en el margen occidental de Italia), África (en el margen meridional de Italia) y Grecia (en el margen oriental).

II

De qué regiones se debe elegir a los reclutas

(1) El orden de los contenidos exige que en primer lugar se trate de qué provincias y naciones se debe elegir a los reclutas. Es cosa sabida que en todos los sitios nacen personas pusilánimes y personas valerosas, (2) pero aun así lo cierto es que unos pueblos son mejores que otros en la guerra y el clima tiene influencia sobre la vigorosidad no sólo del cuerpo sino también, y no en poca medida, sobre la del ánimo. No vamos a omitir lo que han sostenido grandes expertos sobre este asunto. (3) Dicen que todos los pueblos que se encuentran próximos al sol; resecados por el excesivo calor, poseen ciertamente una mayor capacidad intelectual pero tienen menos sangre y por ello carecen de la constancia y la confianza para luchar en combate cuerpo a cuerpo, pues temen las heridas porque son conscientes de tener poca sangre. (4) En cambio los pueblos septentrionales, alejados de los rigores del sol, son más irreflexivos pero sin embargo como poseen una gran abundancia de sangre están siempre dispuestos para el combate[15]. (5) Así pues los reclutas deben ser elegidos de las zonas más templadas, de modo que tengan suficiente cantidad de sangre para menospreciar las heridas y la muerte y no estén faltos de inteligencia, que mantiene la disciplina en el campamento y resulta de no poca utilidad para las decisiones que se adoptan durante el combate.

---

[15] Parece que este pasaje podría estar inspirado en Vitrubio 6, 1, 3 (véase U. Capitani, "Una presenza di Vitruvio in Vegezio?", *Maia* 32, 1980, págs. 179-185). En relación directa con la afirmación de Vegecio cabe también recordar las palabras de Plinio al respecto no de los hombres sino de los animales cuando dice *(nat.* 11, 221) "animalium fortiora quibus crassior sanguis [...] timidiora quibus minimus aut nullus".

III

Si son más útiles los reclutas de campo o los de ciudad

(1) A continuación toca determinar si es más útil el recluta de campo o el de ciudad. Sobre este particular creo que nunca ha habido dudas en la mayor aptitud para las armas de la gente del entorno rural, que se cría a cielo descubierto y en el esfuerzo, resistente al sol, despreocupado de la sombra, desconocedor de los baños, ignorante de refinamientos, de ánimo sencillo, complacido con poco, de cuerpo curtido para soportar cualquier esfuerzo y para quien manejar herramientas, cavar zanjas y llevar peso a cuestas es una costumbre adquirida en el campo[16].

(2) Sin embargo, en ocasiones, las circunstancias exigen llamar a las armas también a los habitantes de la ciudad quienes, una vez enrolados en el servicio militar, tienen que aprender en primer lugar a esforzarse, a hacer maniobras, a llevar peso y a soportar el sol y el polvo, a hacer uso de poco alimento y además campestre, y a acampar unas veces al raso y otras en tiendas de campaña. (3) Solamente entonces serán adiestrados en el uso de las armas y si la campaña se presenta larga hay que mantenerlos en los puestos de vigilancia y lejos de las comodidades de la ciudad, para que de ese modo se fortalezcan sus cuerpos y sus mentes[17].

---

[16] En consonancia con los valores del *mos maiorum* romano Vegecio ofrece aquí una representación del hombre de campo como el auténtico *uir bonus* romano, un dechado de virtudes que se mantiene impoluto de la corruptela y la crápula de los habitantes de las grandes ciudades, que habría podido firmar el propio Catón (véase Catón, *agr.*, *praef.* 4 4. "at ex agricolis et uiri fortissimi et milites strenuissimi gignuntur, maximeque pius quaestus stabilissimusque consequitur minimeque inuidiosus, minimeque male cogitantes sunt qui in eo studio occupati sunt").

[17] Un buen ejemplo de ello se puede leer por ejemplo en Zósimo, 2, 34.

(4) No puede negarse que desde la fundación de Roma los ciudadanos que habitaban en ella han ido siempre a la guerra, pero por aquel entonces no estaban todavía corrompidos por placeres ni refinamiento alguno. La juventud se lavaba el sudor acumulado por correr y por el trabajo en el campo nadando en el Tíber[18]; el guerrero y el agricultor eran el mismo hombre, tan sólo cambiaba el tipo de arma, (5) y hasta tal punto es esto cierto que hay constancia de que a Quintio Cincinato[19] le fue ofrecida la dictadura militar[20] mientras araba.

Por lo tanto parece que el ejército debe proveerse de la fortaleza del campo, pues no sé por qué razón pero tiene menos miedo a la muerte quien menos conoce los deleites de la vida.

---

18 Véase Porfirio, *ad Hor. Carm.* 3, 7, 25.

19 Lucio Quintio Cincinato fue un ilustre ciudadano romano escogido unánimemente por todo el Senado por sus virtudes para ocupar el cargo de *dictator* (véase nota siguiente) en el año 458 a.C. tras la victoria de los Ecuos sobre las tropas romanas comandadas por Minucio en el Monte Álgido. La tradición (véase, por ejemplo, Tito Livio, 3, 26; Cicerón, *Cato* 56; Columela, 1, *praef.*, Plinio, *nat.* 18, 20) cuenta que a Cincinato le fue ofrecido el cargo mientras araba sus cuatro yugadas de terreno. Emprendió una campaña militar contra los Ecuos, saldada con gran éxito y a su regreso entró triunfante en Roma. A los dieciséis días de la toma del cargo de *dictator* Cincinato abdicaba, pues había quedado salvada la situación de riesgo, y regresaba a su campo para proseguir con la tarea del arado. Cincinato representa en el ideario colectivo romano el paradigma moralizante *(exemplum)* de la auténtica *uirtus romana* y del desprecio de los bienes materiales, la riqueza y las ambiciones políticas.

20 La dictadura militar era un tipo de magistratura romana que se activaba exclusivamente en los estados de excepción y por la que se concedían al *dictator* plenos poderes de actuación para la resolución de una crisis, generalmente de naturaleza bélica. Era elegido de entre los ex-cónsules y la duración del cargo era de seis meses, que venía a equivaler a la duración de una campaña de verano (periodo en el que aprovechando el clima favorable se guerreaba), al cabo del cual quedaba inmediatamente suprimido.

IIII

A qué edad deben ser alistados los reclutas

(1) Ahora consideremos a qué edad conviene seleccionar a los soldados. Desde luego, si se trata de mantener la antigua usanza, nadie ignora que se debe ceñir la leva al inicio de la pubertad, (2) pues se asimila no sólo más rápidamente sino también mejor lo que se aprende de niño. Además la agilidad militar, el salto y la carrera deben ejercitarse antes de que el cuerpo se vuelva perezoso con la edad. (3) La rapidez es la que mediante el entrenamiento hace potente al guerrero. (4) Hay que seleccionar a adolescentes[21], como dice Salustio[22], pues "tan pronto como los jóvenes podían afrontar la guerra, aprendían en los campamentos la disciplina militar con el ejercicio". (5) Es preferible que el joven bien entrenado se lamente por no tener todavía edad para combatir a que le pese haberla superado. Que tenga tiempo para aprenderlo todo, (6) pues no parece pequeña ni trivial el arte de las armas, si quieres adiestrar a un soldado de caballería, a un arquero de infantería o a un soldado con escudo, (7) enseñarle todas las partes y todas las posturas de la *armatura*[23], que no abandone su po-

---

[21] Como puede verse, Vegecio emplea *adulescentia* y *pubertas* como términos sinónimos. Ambos términos implican la superación de la *pueritia*, cuando el niño *(puer)* entregaba la *bulla* y la *toga praetexta* y tomaba la *toga uirilis*, acontecimiento que solía producirse aproximadamente cuando el niño alcanzaba los diecisiete años de edad, aunque la decisión última al respecto dependía de la voluntad del *pater familias*. Desde el punto de vista fisiológico *adulescentia* y *pubertas* suponen en el joven la aparición de los primeros rasgos de madurez. En cualquier caso, el dato proporcionado por Vegecio viene a coincidir con la edad mínima de leva tal y como está atestiguado en fuentes como Tito Livio, 22, 57, 9 o Servio, *Aen.* 7, 162.

[22] Se trata naturalmente del historiador Gayo Salustio Crispo (86-35 a.C.) y la cita pertenece a *Catil.* 7, 4.

[23] Con *armatura* Vegecio se refiere a una serie de ejercicios con las armas, quizás en alguna medida comparable a la esgrima, que realizaban los soldados bajo la supervisión de un *campidoctor*. En el capítulo 13 de este primer libro

sición, que no altere la formación, que lance el venablo con fuerza y con un golpe preciso, que sepa cavar una zanja, clavar estacas en el suelo correctamente, (8) manejar el escudo y repeler las armas que le arrojan con golpes oblicuos, evitar las heridas con pericia y provocarlas con arrojo. (9) Para el recluta que esté instruido de este modo enfrentarse a cualquier tipo de enemigo no será un temor sino un placer.

Vegecio insistirá en la instrucción de los reclutas en la *armatura* porque como él mismo afirma "los soldados que practican la *armatura* luchan mejor que los demás en cualquier tipo de contienda".

V

Qué estatura deben tener los reclutas para ser reclutados

(1) Sé que la altura de los reclutas se ha acomodado siempre a una talla tipificada[24], de manera que para los soldados de caballería de los flancos y las primeras cohortes de las legiones el requisito era de seis pies[25] o al menos de cinco pies y diez onzas[26]. (2) Pero por aquella época había más gente[27] y muchos emprendían la carrera militar; la vida civil no cautivaba aún a los jóvenes más selectos. (3) En consecuencia si son las circunstancias las que mandan, no conviene tomar tanto en consideración la estatura de los hombres cuanto su fuerza. (4) Y no estamos cayendo en un error, como testimo-

---

[24] *Ad incomam*. En un glosario tardío (Gloss.L *II Abav. in* 48) se define *incoma* como *mensura militum*. El único testimonio de este término técnico aparte del que se encuentra en la *Epitoma* aparece recogido en Jerónimo *(ad Iouin.* 2, 34) bajo la forma *encoma*. De esta expresión técnica derivaría el verbo *incomare* ("tallar, medir la estatura de un soldado"), de naturaleza igualmente especializada, que aparece en la *Passio Maximiliani* (1). Parece que *incoma* está en relación con el griego ἔγκομμα.

[25] El pie *(pes)* como unidad de longitud del sistema métrico romano equivale a 29,6 centímetros. A su vez, un pie era equivalente respectivamente a 4 palmos *(palmi)*, a 12 onzas *(unciae)* y a 16 dedos *(digiti)*. Por tanto 6 pies son 177,6 centímetros.

[26] 171,7 centímetros. Sin embargo, en el *Codex Theodosianus* aparece recogido un decreto de Valentiniano y Valente fechado en el año 367 en el que se prescribe la reducción de la talla mínima para ingresar en el ejército hasta los 5 pies y 7 onzas (165,2 centímetros).

[27] Se trata de una curiosa afirmación pues se supone que en épocas pasadas, con un Imperio menos extenso, se disponía potencialmente de un menor número de soldados. Algunos estudiosos prefieren superar la paradoja entendiendo la expresión *amplior multitudo* como "gente más alta", en consonancia con una visión decadentista de la especie humana que se encuentra testimoniada en otros autores; un espléndido ejemplo de esta pesimista perspectiva se lee en Solino (1, 90) "quis enim iam aeuo isto non minor parentibus suis non nascitur?" ("¿quién nace en esta generación nuestra que no sea ya más bajo que sus padres?").

nia el propio Homero, que afirma que Tideo[28] fue más bien pequeño de constitución física pero muy valeroso con las armas[29].

[28] Tideo fue un héroe etolio de gran protagonismo en el ciclo épico tebano. Era hijo de Eneo, rey de Calidón, y de Peribea, y hermanastro de Meleagro, Toxeo, Tireo, Climeno, Gorge y Deyanira, nacidos todos ellos del primer matrimonio de Eneo con Altea. Alcanzada la edad madura Tideo se vio obligado a escapar de su patria tras perpetrar un asesinato (la víctima varía según las fuentes que relatan el episodio). Cuando llegó a Argos el rey Adrasto purificó a Tideo de su crimen y le dio en matrimonio a su hija Deípile con quien engendró al héroe Diomedes. Tideo es uno de los siete comandantes que participaron en la expedición contra Tebas para restablecer en el trono a Polinices, también yerno de Adrasto, donde a la postre moriría en el combate singular con Melanipo. En 4, 21 Vegecio volverá a tomar como punto de referencia el tema mítico de los Siete contra Tebas y, en particular, al personaje de Capaneo para una explicación relativa a la ballesta.

[29] En *Il.* 5, 801, donde Homero dice: "Τυδεύς τοι μικρὸς μὲν ἔην δέμας, ἀλλὰ μαχητής" ("Tideo era pequeño de cuerpo pero luchador"), y en el verso 813 se refiere a él de nuevo con el epíteto épico de "δαίφρων" ("fiero, belicoso").

VI

El reconocimiento en la selección de cuáles pueden ser los mejores reclutas sobre el criterio de su aspecto y de su constitución física

(1) Que preste mucha atención quien va a realizar la leva[30] para elegir a partir del aspecto, de la expresión de los ojos y de la constitución física a aquellos hombres que son válidos para desempeñar la función de soldados[31]. (2) Y no sólo en los hombres sino también en los caballos y en los perros la valía se manifiesta a través de muchos signos, tal y como muestran las enseñanzas de hombres de gran sabiduría[32]; el escritor de Mantua[33] dice que esto puede observarse incluso en las abejas:

---

[30] La leva *(dilectus)* estaba siempre encomendada a un ciudadano de posición social elevada. Normalmente era parte de las funciones propias del gobernador provincial, tanto si era procurador como si era legado imperial propretor o procónsul. Para el caso de Italia existía un *dilectator* elegido específicamente para este cometido. Con carácter extraordinario en situaciones de necesidad se enviaban responsables *missi ad dilectum* en el caso de Italia, *legati ad dilectum* en el caso de las provincias senatoriales, y *dilectatores* para las provincias imperiales.

[31] En este pasaje se puede observar el profundo influjo de los principios de la fisiognomía en la cultura del mundo antiguo. La fisiognomía era el arte o la ciencia que preconizaba la posibilidad de inferir las características relativas al carácter y a la condición psicológica de las personas a partir de sus características externas: los movimientos, los gestos, el color, las expresiones faciales, la longitud del cabello, la tersura de la piel, la forma y el tamaño de las distintas partes del cuerpo, etc. Su fundamento teórico era la presunción de una ineluctable dependencia en toda persona entre el cuerpo y el alma y fue cultivada especialmente por adeptos de las doctrinas socráticas y estoicas. Su importancia, aquí bien reflejada, experimentó un crecimiento paulatino desde muy pronto hasta llegar a convertirse en un referente ineludible durante la Antigüedad Tardía y toda la Edad Media.

[32] Precisiones de este tipo se encuentran por ejemplo en Varrón *(rust.* 2, 9), Virgilio *(Georg.* 3, 49-88), Columela (6, 20; 7, 12), Plinio el Viejo *(nat.* 8, 49).

[33] Evidentemente se trata del gran poeta latino Publio Virgilio Marón (70-19 a.C.), nacido en un pueblecito cercano a Mantua. La cita corresponde a *Georg.* 4, 92-94.

(3) "Dos son los tipos: uno, el mejor, hermoso de aspecto
y lúcido con escamas rutilantes, el otro hórrido
por la desidia arrastrando vil su vientre abultado".

(4) Así pues el joven que se va a encomendar a la actividad marcial debe tener ojos despiertos, cuello erguido, pecho ancho, hombros musculosos, brazos fuertes, dedos más bien largos, de vientre discreto, magro de nalgas y con pantorrillas y pies que no estén henchidos de excesiva carne sino contraídos por la firmeza de los músculos. (5) Cuando detectes estas características en el recluta, no eches mucho en falta su estatura, pues es más útil que los soldados sean fuertes que grandes.

VII

De qué profesión se debe elegir o descartar a los reclutas

(1) Lo siguiente es examinar de qué profesión se debe elegir o descartar por completo a los reclutas. Considero que los pescadores, los pajareros, los pasteleros, los tejedores y todos los que aparentemente tengan alguna ocupación propia de mujeres[34], deben mantenerse alejados de los campamentos[35]; en cambio a los artesanos, herreros, carpinteros, (2) carniceros y cazadores de ciervos y de jabalís conviene involucrarlos en la disciplina militar. (3) Y precisamente en esto se traduce la seguridad de todo el Estado, en escoger a los mejores reclutas no sólo en el plano físico sino también en el plano moral[36].

---

[34] En el texto latino "qui aliquid tractasse uidebuntur ad gynaecea pertinens"; el sentido literal de *gynaecea* es "el gineceo; la parte de la casa reservada a las mujeres", pero en los siglos IV y V también se usaba para designar las fábricas textiles. Sin embargo, en este pasaje la lógica expositiva de Vegecio pasa de lo particular a lo general en la enumeración y con esta expresión parece que trata de ofrecer una denominación amplia que comprenda a todos aquellos que no son aptos para el servicio militar por razón de su profesión; por tanto consideramos que entender *gynaecea* como fábricas textiles no parece muy acorde a la lógica de la exposición. Parece más bien que aquí *gynaecea* insiste en el sentido de aquello que es propio de las mujeres *lato sensu* como "ocupación propia de las mujeres", porque era esa relación de paridad o de equivalencia con las mujeres lo que los descalificaba inmediatamente como hombres valerosos de conducta ejemplar.

[35] Un edicto del *Codex Theodosianus* del año 380 (7, 13, 8) establece en términos muy parecidos a los aquí utilizados por Vegecio, y también sobre un fundamento de tipo moral, la prohibición de formar parte de los ejércitos romanos a esclavos, empleados de tabernas y de burdeles, a cocineros, a panaderos y a todos aquellos a quienes la indecencia de su trabajo hiciera indignos del servicio militar.

[36] La pretensión de Vegecio de restaurar los antiguos valores militares no se acaba en la recuperación de los modelos y los sistemas de organización militar del ejército romano del pasado sino que también debe responder a la exigencia de reinstaurar los valores morales que alimentaban el *mos maiorum*. Por ello en la elección de los soldados no sólo importan las cualidades físicas sino también los valores morales que encierran la *uirtus* y la *uerecundia*.

El poder del Imperio y el fundamento de la nación romana se basan en el control inicial del reclutamiento. (4) Y no debe considerarse ésta una tarea sencilla ni que se pueda confiar a cualquiera al azar. Hay constancia en los escritores antiguos de que entre las muy diversas cualidades de Sertorio[37] ésta era especialmente apreciada.

(5) Los jóvenes a los que se encomienda la defensa de las provincias y la fortuna de las guerras deben destacar por su linaje, cuando hay efectivos de sobra, y por sus valores morales. (6) Pues la reputación familiar hace al soldado eficiente, el pundonor, al impedirle huir, hace que salga victorioso. ¿De qué sirve entrenar a un pusilánime si va a tener que permanecer en el campamento muchos años? (7) El ejército nunca saca provecho con el paso del tiempo de aquellos cuya selección en el reclutamiento se produjo ya entre vacilaciones. (8) Y por cuanto hemos aprendido de la práctica y la experiencia, los enemigos han ocasionado un sinfín de derrotas por doquier, cuando un largo periodo de paz dio pie a una selección de soldados negligente, cuando los hombres más reputados ambicionaban cargos civiles, (9) cuando los reclutas recomendados por los grandes propietarios eran enrolados en el ejército como favor o por negligencia de los reclutadores, resultando ser aquellos que los señores no querían tener a su cargo. Por lo tanto es conveniente que los jóvenes sean elegidos por hombres honrados y con el mayor esmero.

---

[37] Quinto Sertorio (*ca.* 126-73 a.C.) destacó particularmente durante su cuestura en el año 91 en el reclutamiento de tropas y la provisión de armamento en plena Guerra Social. Más tarde se exilió y asumió el poder en Hispania donde gozó de gran prestigio y reconocimiento entre las tribus nativas, a las que adiestró en el estilo de combate romano y las pertrechó del armamento adecuado para sostener con éxito enfrentamientos militares desde el año 80 hasta su muerte en el año 73, contra los comandantes del régimen político romano que sucedió a Sila en el poder.

VIII

Cuándo deben ser marcados los reclutas

(1) Pero el recluta seleccionado no debe ser marcado inmediatamente con las incisiones de los signos del ejército[38] sino que debe ser puesto a prueba con ejercicios para poder discernir si realmente es apto para tan importante ocupación. (2) Y parece conveniente exigirle no sólo rapidez sino también fortaleza, que esté capacitado para aprender la disciplina de las armas y que tenga confianza como soldado. (3) Pues aunque muchos por su aspecto no parecen inapropiados, con los ejercicios se comprueba que son incompetentes. (4) Por lo tanto se debe rechazar a los menos útiles y en su lugar habrá que elegir como sustitutos a los más esforzados. (5) Y es que en un enfrentamiento no es tan ventajosa la cantidad de soldados como su arrojo.

(6) Así pues, a los reclutas marcados habrá que instruirles mediante ejercicios diarios en la disciplina de las armas. Pero la negligencia nacida de una paz duradera ha extinguido la costumbre de esta práctica[39]. (7) ¿A quién vas a encontrar que

---

[38] Este texto es un valioso documento para constatar que existió la costumbre de que en época clásica, que es la que sirve de referente a Vegecio en su compendio, los reclutas enrolados en la legión llevaran algún tipo de marca física o tatuaje impreso en la piel. La lectura de la *Passio Maximiliani* indica que a finales del siglo III el tatuaje ya había sido sustituido por una placa de plomo que el soldado llevaba colgada al cuello, una costumbre aún hoy vigente en algunos cuerpos militares. Más discutible es si el tipo de marca que se realizaba era un tatuaje inciso en la piel, una marca impresa (con hierro incandescente u otro procedimiento similar) o algún otro sistema distinto.

[39] En estas alusiones se podría vislumbrar una crítica de Vegecio al periodo de paz y a la política de asentamientos que permitió a ciertos grupos de "bárbaros" encontrar acomodo en territorio romano. Constantino permitió, según parece hacia el año 334, el asentamiento de unos 300.000 sármatas en Tracia, Escitia, Macedonia e Italia; Constancio II permitió la entrada de los Visigodos en Mesia; Valentiniano I permitió a un grupo de *Alamanni* el asentamiento en el norte de Italia; y Valente distribuyó un gran número de Godos por las ciu-

sea capaz de enseñar lo que él mismo no aprendió? Debemos recuperar la antigua usanza a partir de las obras de los historiadores y de los libros. (8) Pero aquéllos escribieron únicamente las hazañas y las victorias militares, dejando de lado como cosa sabida todo lo que ahora nos interesa. (9) Los Lacedemonios, los Atenienses y otros Griegos recogieron en libros muchos datos de lo que ellos denominan táctica[40]; pero nosotros debemos profundizar en la disciplina militar del pueblo romano, que expandió su Imperio desde unos confines minúsculos a prácticamente todas las regiones tocadas por el sol y a los límites del mismísimo mundo. (10) Esta circunstancia me empujó a exponer con toda fidelidad en este opúsculo, tras leer a los autores, lo que escribió Catón el Censor sobre la disciplina militar[41], (11) lo que Cornelio Celso[42] y Frontino[43] consideraron que debían

---

dades del Danubio y permitió la entrada masiva de Visigodos en territorio del Imperio que habría de conducir poco después a la batalla de Adrianópolis.

[40] En la literatura griega *de re militari,* es decir, la literatura polemológica o de contenido militar se aprecia una diferencia básica respecto a la literatura latina *de re militari;* mientras que ésta última solamente está formada por obras relativas a la táctica y la estrategia, en aquélla además de estos dos tipos de contenido hay un tercer tipo muy característico que es la ingeniería militar. En latín ésta apenas aparece subsidiariamente en las obras de algunos autores como Vitrubio (libro X) o en el tratado *De rebus bellicis.* Cuando Vegecio habla de obras griegas de *tactica* (τακτική) parece referirse específicamente a ese grupo de obras consagradas a la táctica y la estrategia.

[41] Se supone que Marco Porcio Catón (234-149 a.C.), también conocido como Catón el Censor, incluyó el *ars militaris* junto a la medicina, la retórica, la agricultura y la jurisprudencia en el manual enciclopédico *Libri ad filium,* escrito hacia el año 180, que compuso con la intención de proporcionar a su hijo metódica y ordenadamente la instrucción necesaria en los distintos campos del saber para la formación del *optimus ciuis romanus.*

[42] Cornelio Celso compuso una obra de carácter enciclopédico titulada *Artes.* Su cronología es discutida pero la opinión más asentada sitúa la obra en el principado de Tiberio. Esta magna obra se abría con cinco libros *De agricultura,* le seguían ocho *De Medicina* —la única parte que se ha conservado—, y luego, en orden desconocido, siete libros de *De Rhetorica,* seis *De Philosophia* y un número indeterminado *De re militari* (según algunos, aunque es muy poco plausible, había también un bloque *De Iurisprudentia).*

[43] Sexto Julio Frontino (30–104) fue uno de los personajes más importantes en la vida política y cultural de Roma. Ocupó tres veces el cargo de cónsul —las dos últimas como colega de Trajano—, fue gobernador de Britania, pro-

recopilar en sus obras, lo que Paterno[44], esmeradísimo adalid del derecho militar, reunió en sus libros, y las disposiciones adoptadas en las constituciones[45] de Augusto[46], de

---

cónsul de Asia, *curator aquarum* en el año 97 y *augur* vitalicio. Aunque es más conocido por su obra *De aquaeductu Vrbis Romae* también invirtió su tiempo y su esfuerzo en la composición de tratados agrimensorios y militares. De su producción literaria concerniente a la *res militaris* se ha conservado una obra en cuatro libros (si bien la autoría del cuarto es discutida) titulada *Strategemata* y compuesta durante el principado de Domiciano (84-96). Además, de las palabras de Frontino en el exordio de esta obra parece desprenderse que previamente ya había escrito otro tratado *de re militari* de título y extensión desconocidos. De su competencia en asuntos militares y su interés hacia este tipo de literatura ha conservado un testimonio precioso del polemólogo griego Eliano en el prefacio de su obra *(praef.* 3) donde dice: "cuando [...] pasé unos días en Formia en la residencia de Frontino, el insigne consular que se había granjeado gran fama por sus conocimientos militares, lo encontré muy interesado en la preceptiva militar desarrollada por los Griegos".

[44] Se trata de Tarrutenio (o Tarrunteno) Paterno, *ab epistulis Latinis* del emperador Marco Aurelio y prefecto del pretorio de Cómodo, que sistematizó y desarrolló en cuatro libros la doctrina jurídica del sistema militar romano: el *ius militare*. De su obra lo único conservado es lo que ha sido transmitido en el *Digesto*, donde se puede constatar su autoridad en materia de jurisprudencia militar.

[45] Las constituciones *(constitutiones)* eran una de las fuentes de derecho de la jurisprudencia romana y consistían en prescripciones y disposiciones emanadas de la autoridad imperial y que afectaban a elementos y circunstancias particulares de la disciplina y las costumbres de la esfera militar romana. Gayo *(Inst.* 1, 1, 5) ofrece la siguiente definición de *constitutio:* "constitutio principis est quod imperator decreto uel edicto uel epistula constituit. Nec umquam dubitatum est quin id legis uicem optineat, cum ipse imperator per legem imperium accipiat" ("la constitución del emperador es lo que él mismo establece por un decreto, por un edicto o por una epístola. Y jamás se ha puesto en duda que obtenga fuerza de ley, pues el propio emperador adquiere su poder imperial por ley"). Estas constituciones no tenían que ser reglamentos sistemáticos de disciplina e *ius militare*, sino que más bien solían consistir en disposiciones particulares y determinaciones específicas sobre aspectos concretos.

[46] El emperador Augusto (63 a.C-14 d.C.) en palabras de Suetonio *(Aug.* 24, 1) "in re militari et commutauit multa et instituit atque etiam ad antiquum morem nonnulla reuocauit. Disciplina seuerissime rexit". Y Suetonio continúa refiriendo (en los capítulos 24, 25, 49) algunas medidas y disposiciones de Augusto relativas a la *res militaris.* También cabe recordar al respecto la ocasión en que el jurista Macro aduce como autoridad de jurisprudencia una cita de Augusto relativa a la inconveniencia de la ocupación del soldado en tareas no específicas de su condición militar (en *Dig.* 49, 16, 12, 1: *nam in disciplina Augusti ita cauetur: etsi scio fabrilibus operibus exerceri milites non esse alienum, uereor*

Trajano[47] y de Adriano[48]. (12) Por tanto no me adjudico a mí mismo ninguna autoridad, sino que resumo epitomado de manera ordenada, lo que aparece disperso en las obras de quienes he citado más arriba.

---

tamen si quicquam permisero quod in usum meum aut tuum fiat, ne modus in ea re non adhibeatur, qui mihi sit tolerandum). Sin duda la intensa actividad reformadora de Augusto también afectó de manera notable a la vida castrense y a los hábitos militares del ejército romano.

[47] Marco Ulpio Trajano (*c.* 53-117), emperador de Roma desde el año 98 hasta la fecha de su muerte, es aquí introducido junto con Augusto y Adriano como artífice de constituciones relativas a la milicia. Llama la atención antes de nada su ausencia en 1, 27, donde Vegecio vuelve a insistir en la mención de sus fuentes y donde comparecen Augusto y Adriano, pero no Trajano. Trajano es un emperador elogiado por muchas razones, pero su actividad reformista en materia militar no es una de las más frecuentes. Esta circunstancia ha hecho pensar a algunos estudiosos que la mención aquí de Trajano no estaría justificada más allá del afán de Vegecio de complacer al emperador reinante estableciendo en alguna medida su comparación con Trajano. Con todo, además de haber cumplido una actividad militar notable, no faltan alusiones a la faceta de este emperador como reformador de aspectos de la disciplina militar (véase, por ejemplo, Plinio el Joven *(epist.* 10, 18) "corrupta est disciplina castrorum ut tu corrector emendatorque contingeres [...]" y algo después (29, 1) "conditor disciplinae militaris firmatorque", que en palabras de V. Giuffrè debe considerarse "una fórmula apologética pero no por ello falsa", «Militum disciplina e Ratio militaris», *ANRW* 2, 13, pág. 241). Arrio Menandro *(Dig.* 49, 16, 4) menciona tres *rescripta* de Trajano: uno relativo a la supresión del tener un solo testículo como motivo de exención del servicio militar, otro relativo al procedimiento a seguir en un caso de condena capital y otro concerniente a la condena de quien debilita a su hijo para evitar su enrolamiento. Estos datos deberían borrar toda duda acerca de la actividad de Trajano como legislador en materia militar y, en consecuencia, sobre su posible utilidad para Vegecio en la composición de la obra.

[48] Adriano, emperador de Roma entre el año 117 y el 138, llevó a cabo la divinización de la *disciplina militaris* (véase V. Giuffrè, "Militum disciplina [...]", pág. 241, n. 30) y desarrolló una intensa y bastante efectiva política militar que encuentra su exponente más tangible en el impresionante muro de Adriano, aún en pie, que fue erigido para delimitar la frontera de la provincia romana y evitar ataques desde el norte, suponiendo la separación de los Británicos romanizados, o al menos en vías de romanización, de los no romanizados y por tanto hostiles. En materia de legislación militar en la *Historia Augusta (Hadr.* 10, 3) se lee "ordinatis et officiis et impendiis, numquam passus aliquem a castris iniuste abesse, cum tribunos fauor militum sed iustitiae commendaret". Algunos retazos de su actividad legislativa en materia militar se encuentran aún en Arrio Menandro *(Dig.* 49, 16, 5, 6; 8; 49, 16, 6, 7) y en Papiniano *(Dig.* 49, 16, 13 y 49, 16, 16).

VIIII

El entrenamiento de los reclutas en el paso militar, la carrera y el salto

(1) En los primeros momentos de la instrucción los reclutas deben ser adiestrados en el paso militar, pues nada debe vigilarse más en la marcha o en el combate que el hecho de que todos los soldados mantengan el orden en el desplazamiento. (2) Y esto no puede lograrse de otra manera que no sea aprendiendo mediante el ejercicio continuo a marchar con rapidez y de manera uniforme. Pues el ejército disgregado y desordenado se encuentra siempre expuesto a la gravísima amenaza del enemigo. (3) Así pues, a paso militar en cinco horas se deben recorrer veinte millas[49]. En cambio a paso ligero, que es más rápido, en el mismo número de horas se deben cubrir veinticuatro millas[50]. (4) Todo lo que añadas a esto es ya carrera y la distancia que se recorre así no es posible determinarla. A la carrera hay que habituar sobre todo a los más jóvenes para que embistan al enemigo con mayor ímpetu, (5) para que ocupen rápidamente lugares estratégicos cuando sea preciso o se anticipen al enemigo que intenta hacer lo mismo, para emprender velozmente expediciones de reconocimiento y regresar aún más velozmente, y para alcanzar la retaguardia de los que huyen con mayor facilidad.

(6) Pero también en el salto, gracias al cual se franquean zanjas y se supera una hondonada dispuesta como obstáculo, debe ser adiestrado el recluta con el fin de que, cuando se presenten tales impedimentos, puedan[51] atravesarlos sin esfuer-

---

[49] La milla romana (mil pasos) era equivalente a 1,480 kilómetros, por tanto veinte millas equivalen a 29,6 kilómetros. De modo que el paso militar *(gradus militaris)* es reconvertible a una velocidad de 5,92 kilómetros por hora.

[50] Veinticuatro millas equivalen a 35,52 kilómetros y el paso ligero es equivalente a una velocidad de 7,10 kilómetros por hora.

[51] La rotura de la concordancia entre sujeto y verbo es de Vegecio.

zo. (7) Además en la confrontación y en el combate armado el guerrero que avanza entre carreras y saltos aturde la vista del adversario, intimida su ánimo y le hiere antes de que éste pueda adoptar medidas para defenderse o para repeler el ataque. (8) Salustio[52] recuerda al hilo del adiestramiento de Gneo Pompeyo[53]: "competía con los ágiles en el salto, con los veloces en la carrera y con los fuertes en el venablo". (9) Y no habría podido igualar a Sertorio[54] si no se hubiera preparado para el combate junto con los soldados con entrenamiento constante.

---

[52] En sus *Historiae* 2, fr. 19.

[53] Gneo Pompeyo Magno (106-48 a.C.) es sin duda uno de los protagonistas de los acontecimientos históricos que marcaron los últimos años de la república romana. Inició su brillante carrera militar siguiendo los pasos de su padre en los ejércitos favorables a la causa de Sila y ya en el año 83 dirigía a título privado tres legiones de veteranos y clientes de su padre. Saldó con éxito las campañas contra Papirio Carbón en Sicilia y contra Domicio Ahenobarbo en África y de allí fue enviado a Hispania para doblegar a Sertorio y sus tropas. Alcanzó el consulado en el año 70 con Craso como colega en el cargo y en los años siguientes emprendió exitosas cruzadas contra los piratas en el Mediterráneo y contra los ejércitos hostiles de Asia. En el 59 César, Pompeyo y Craso se fundieron en una alianza de poder que, tras la muerte de éste último, desembocaría en una irreconciliable disputa entre los otros dos. La situación provocó el estallido de la Guerra Civil en el año 49 que enfrentó a Pompeyo, proclamado defensor de la República, y a César con sus respectivos ejércitos. Aunque las batallas iniciales fueron favorables Pompeyo cayó en Farsalo en el año 48 y fue asesinado en su huida a Egipto.

[54] Véase nota 37.

X

El entrenamiento de los reclutas en la natación

(1) Todo recluta debe aprender de igual manera la natación durante los meses estivos. Pues no siempre se atraviesan los ríos por puentes, sino que muchas veces el ejército se ve obligado a cruzarlos a nado tanto en retirada como en persecución del enemigo. (2) A menudo con los aguaceros y las nieves se suelen desbordar los torrentes y el no saber nadar ocasiona un riesgo no sólo por parte del enemigo y sino incluso por las propias aguas[55]. (3) Por este motivo los antiguos Romanos, a quienes tantas guerras y peligros constantes habían hecho expertos en todas las disciplinas de la técnica militar, eligieron el Campo Marcio, junto al Tíber, para que los jóvenes después del adiestramiento en las armas se limpiaran el sudor y el polvo en él y aliviaran el cansancio de la carrera con el ejercicio de la natación[56]. (4) Y no sólo es muy conveniente que se ejerciten en la natación los soldados de infantería sino también los jinetes y los propios caballos y lacayos, a quienes llaman "galiarios[57]", para que no les suceda nada por su inexperiencia cuando la necesidad lo requiera.

---

[55] Véase, por ejemplo, Frontino, *Strat.* 1, 4, 7; 1, 7, 2; 2, 5, 20; 2, 5, 23; Tácito, *Agr.* 18, 4.

[56] Véase 1, 3.

[57] En este pasaje Vegecio presenta a estos *gal(l)iarios* como una denominación alternativa de *lixae*, pero en 3, 6 los identifica, utilizando una expresión similar a la empleada en el presente pasaje, no con los *lixae* sino con los *calones*. Para tratar de precisar con mayor exactitud quiénes eran estos *lixae* y *calones* es de gran ayuda Nonio Marcelo que dice, respecto de los primeros (pág. 69 Lindsay, *s. u. elixum)* "lixae [...] qui militibus aquam ad castra uel ad tentoria solent ferre" ("los *lixae* son quienes suelen llevar agua al campamento o a las tiendas para los soldados") y (pág. 86 Lindsay) "lixarum proprietas haec est, quod officium sustineant militibus aquae uehendae" ("la particularidad de los *lixae* es cumplir la tarea de llevar agua a los soldados") y respecto de los segundos (pág. 86 Lindsay) "calonum quoque proprietas haec habetur, quod ligna militibus subministrent" ("asimismo se considera que la particularidad

de los *calones* es suministrar leña a los soldados"). Por tanto se trata de aguadores en el caso de los *lixae*, y de porteadores de leña en el de los *calones*, y en general de mozos de servicio para los soldados en ambos casos. Según la explicación de Vegecio en 3, 6, 19, estos *gal(l)iarios* eran hombres aptos y experimentados elegidos de entre los propios lacayos *(lixae* y *calones)* que colocaban al mando de un grupo de no más de doscientos mozos y bestias de carga. Así pues, debe interpretarse que la diferencia entre los *gal(l)iarios* y los *lixae* y *calones* era únicamente de tipo jerárquico.

XI

Cómo entrenaban los antiguos a los reclutas con los escudos de mimbre y con los postes

(1) Los antiguos, tal y como se encuentra en los libros, adiestraban a los reclutas del siguiente modo. Entrelazaban escudos de mimbre circulares en forma de cañizos, de manera que pesara el doble de lo que solía pesar el escudo corriente. (2) Igualmente, en vez de espadas, les daban clavas de madera a los reclutas también del doble de peso. (3) Y se ejercitaban de esta manera no sólo por la mañana sino también después de mediodía con los postes[58]. El entrenamiento con los postes les resulta de enorme provecho no sólo a los soldados sino también a los gladiadores. (4) Ni la arena ni el campo de batalla han podido nunca aclamar a un hombre invicto con las armas que no hubiera aprendido a luchar ejercitándose con los postes a conciencia. (5) Cada recluta clavaba un poste en el suelo de modo que no se tambalease y sobresaliera del suelo seis pies[59]. (6) El recluta se entrenaba contra ese poste como si fuera el adversario con el cañizo y la clava a modo de espada y escudo, (7) de tal suerte que unas veces le atacaba a la cabeza o al rostro, otras le acechaba por los costados, en ocasiones intentaba asestarle tajos en las corvas y en las piernas, reculaba, se abalanzaba, arremetía contra él, cargaba contra el poste ensayando todo tipo de ataques y técnicas de combate, como si el adversario se encontrara frente a él. (8) En este ejercicio se vigilaba que el recluta se lanzara contra el enemigo para herirlo sin dejar descubierta a los golpes ninguna parte de su cuerpo.

---

[58] Lit. *ad postes*, estos *postes* o palos hacían las veces de diana o de muñeco sobre el que los reclutas descargaban sus ataques durante los entrenamientos para adquirir habilidad y pericia en el uso de las armas.

[59] Seis pies equivalen a 177,6 centímetros.

XII

Se debe enseñar a los reclutas a herir con el arma golpeando no con el canto sino con la punta

(1) A continuación los reclutas aprendían a herir golpeando no con el canto sino con la punta del arma. Pues los Romanos no solamente vencían sin dificultad a quienes luchaban golpeando con el canto sino que incluso se mofaban de ellos. (2) Y es que el arma cuando golpea con el canto, por mucho ímpetu que se le imprima, pocas veces provoca la muerte ya que los órganos vitales están protegidos por la armadura y por los huesos; en cambio clavar la punta dos onzas[60] resulta mortal, siempre que la parte que se ensarta penetre en órganos vitales. (3) Además, cuando se golpea con el canto, quedan al descubierto el brazo derecho y el costado, mientras que cuando se clava la punta se hiere al enemigo con el cuerpo protegido antes de que se llegue a percatar de ello. (4) Y hay constancia de que por esta razón los Romanos estaban habituados a utilizar principalmente este método de lucha. Por otro lado daban aquel cañizo y la clava para que cuando el recluta cogiera las armas auténticas, más ligeras, pudiera combatir con mayor confianza y rapidez al verse liberado del excesivo peso.

[60] La onza *(uncia)* es la doceava parte del pie y equivale a 2,46 centímetros. Dos onzas son por tanto 4,92 centímetros.

XIII

La instrucción de los reclutas en la armatura[61]

(1) Además el recluta debe ser instruido en el tipo de ejercicio que llaman *armatura*, práctica que en parte aún se conserva y que se encomienda a los instructores de campo[62]. (2) Se sabe que incluso hoy en día los soldados que practican la *armatura* luchan mejor que los demás en cualquier tipo de contienda. Por ello debe apreciarse cuánto mejor resulta el soldado adiestrado que el que no ha recibido adiestramiento, cuando quienes son expertos de uno u otro modo en la *armatura* aventajan a todos sus compañeros en la técnica de lucha. (3) En tiempos de nuestros antepasados se mantenía la disciplina de esta ejercitación con una severidad tal que los instructores de armas recibían una remuneración doble de provisiones y los soldados que rendían poco en esta práctica eran obligados a recibir cebada en lugar de grano (4) y no se les volvía a dar trigo hasta que no dejaban patente por medio de una demostración en presencia del prefecto de la legión, de los tribunos o de los militares de jerarquía más alta, que habían aprendido satisfactoriamente todo cuanto estaba incluido en la técnica militar. (5) Y es que no hay cosa más sólida, más encomiable ni más afortunada que un Estado en el que hay abundancia de soldados expertos. Pues no es el esplendor de los trajes ni los raudales de oro, de plata y de piedras precio-

---

[61] Como se explicó en la nota 23, se trataba de un tipo de entrenamiento con las armas, probablemente una forma de esgrima.

[62] *Campidoctores*, es decir, instructores militares de rango elevado. F. L. Müller (en *Vegetius. Abriss des Militärwesens*, Stuttgart, Steiner, 1997, pág. 250) considera que los *campidoctores* son los mismos a los que Vegecio denomina en el capítulo siguiente *armorum doctores*. En contra de esta opinión Y. Le Bohec (en *L'Armée romaine...*, París, Picard, 1990, págs. 118-119) ve en el *campidoctor* un instructor del campo de entrenamiento y en el *doctor armorum* un instructor específico de la *armatura*.

sas los que hacen rendirse a los enemigos a nuestro respeto y nuestra merced; únicamente están sometidos por el temor a nuestras armas. (6) Además, como dice Catón[63], si se comete algún error en otras situaciones se puede corregir más tarde; (7) los deslices en combate no admiten enmienda ya que al error le sigue de inmediato el castigo, (8) pues quienes luchan con cobardía e incompetencia o bien mueren al instante o bien se dan a la fuga y no se atreven ya nunca más a enfrentarse a los vencedores.

[63] Se trata de una cita de Catón el Censor, procedente con toda probabilidad del apartado dedicado a la disciplina militar en sus *Libri ad filium* (véase H. Jordan, *M. Catonis praeter librum de re rustica quae exstant*, Stuttgart, Teubner, 1860, pág. 81).

XIIII

El adiestramiento de los reclutas en el lanzamiento de armas arrojadizas

(1) Pero regreso al tema que me ocupa[64]. El recluta que se entrena con la clava contra los postes también debe lanzar jabalinas de peso superior al que tendrán las lanzas de verdad contra el mencionado poste como si se tratara de un hombre. (2) En este ejercicio el instructor de armamento procura que el soldado arroje la lanza con mucha fuerza y que, una vez lanzada, atine con ella en el poste o muy cerca de él. Con este entrenamiento se aumenta la fuerza de los brazos y se adquiere destreza y práctica en el lanzamiento.

[64] La expresión latina recuerda dos pasajes de Salustio (*Iug.* 4, 9 y 42, 5), un autor cuya obra Vegecio demuestra tener presente de forma explícita a través de distintas citas directas.

XV

La instrucción diligente de los reclutas con las flechas

(1) Aproximadamente la tercera o la cuarta parte de los jóvenes, aquellos que muestren mayores aptitudes, se debe entrenar con arcos de madera y con flechas de práctica contra los mismos postes. (2) También para esto deben escogerse expertos instructores y hay que prestar la atención máxima en que sostengan correctamente el arco, en que lo tiendan con fuerza, se mantenga fija la mano izquierda, se maneje con pericia la derecha, en que ojo y mente se concentren en el punto en el que hay que infligir daño y en que sepan lanzar bien las flechas tanto a caballo como a pie. (3) Es necesario aprender esta técnica con dedicación y mantenerla con la práctica y el entrenamiento diario. (4) Catón en los libros sobre la disciplina militar muestra cuán útiles resultan los buenos arqueros en la batalla[65] y Claudio consiguió vencer al enemigo, que antes había resultado superior, después de instruir y adiestrar a fondo a gran cantidad de arqueros[66]. (5) Escipión el Africano[67], cuando se disponía a enfrentarse a los numantinos, que

---

[65] Se trata nuevamente de una cita de los *Libri ad filium* de Catón el Censor (véase nota 63).

[66] Aunque no está muy claro parece que Vegecio se refiere aquí a Apio Claudio Pulcro, cónsul en los años 222 y 208 a.C., que conquistó la ciudad de Capua en el año 211 en colaboración con Fulvio Flaco. El motivo que justificaría esta mención radica en que fue en aquella campaña cuando el ejército romano utilizó por primera vez *uelites*.

[67] Publio Cornelio Escipión Africano Emiliano, nacido hacia el año 185 a.C. como hijo de Emilio Paulo, fue adoptado por Publio Cornelio Escipión. Combatió a las órdenes de Paulo en el 168 en Pidna y consiguió la victoria definitiva sobre los cartagineses en la Tercera Guerra Púnica tomando Cartago en el año 146, y en Hispania sometió Numancia en el año 133 tras ocho meses de asedio y muchos años de enfrentamientos sin éxito. Representa el éxito militar romano de la segunda mitad del siglo II a.C. y en el plano político también gozó de un papel de gran protagonismo; no en vano Cicerón en su *De Republica* lo retrata como el hombre de estado ideal. Respecto a la incorpora-

ya habían hecho pasar bajo el yugo[68] a los ejércitos[69] del pueblo romano, consideró que no podría lograr la victoria si no surtía de arqueros selectos cada centuria[70].

---

ción de arqueros en todas las centurias durante el asedio de Numancia, también Frontino *(Strat.* 4, 7, 27) se hace eco de esta noticia histórica.

[68] La costumbre de hacer pasar al enemigo vencido bajo un yugo *(mittere sub iugum)* formado de manera simbólica por dos lanzas clavadas en el suelo y una tercera reposando sobre ellas parece remontarse a Lucio Quintio Cincinato (véase nota 19) que hizo pasar a los Ecuos bajo este yugo cuando los venció. La expresión después se generalizó para significar la victoria y el acto de sumisión del vencido ante el vencedor.

[69] No parece aceptable la incorporación al texto de *<duos>* entre *qui* y *exercitus*, conjetura formulada por Eussner en el año 1873 (en "Analecta latina", *Jahrbücher für class. Phil.* XIX, 1873) y adoptada por Önnerfors en su edición crítica. M. Reeve desestima la conjetura en su edición de la obra.

[70] La *centuria* era originariamente una unidad militar de la legión constituida por cien hombres, como indica su relación etimológica con *centum* (véase 2, 8).

XVI

El entrenamiento de los reclutas en el lanzamiento de piedras con hondas

(1) Es conveniente que los jóvenes se entrenen a conciencia en el lanzamiento de piedras tanto con la mano como con hondas. Se cuenta que los primeros en utilizar hondas fueron los habitantes de las islas Baleares y que las manejaban con tal pericia que las madres no permitían a sus hijos tocar un alimento si no lo golpeaban antes con una piedra lanzada con la honda[71]. (2) A menudo las piedras pulidas que se arrojan con una honda o con un fustíbalo[72] son más efectivas contra los guerreros pertrechados de yelmos, corazas y lorigas que todas las flechas juntas, pues aunque no se fracturan las extremidades provocan heridas mortales y el enemigo muere por el golpe de la piedra sin la atrocidad del derramamiento de sangre.

(3) Todo el mundo sabe que los honderos formaban parte del ejército en todas las batallas del pasado. Esta disciplina debe ser aprendida por todos los reclutas dado que no supo-

---

[71] La pericia del pueblo balear con las hondas está ampliamente testimoniada en la literatura latina (véase, por ejemplo, César, *Gall.* 2, 7; Tito Livio, 28, 37, 6; Plin., *nat.* 3, 77). La anécdota de que las madres no daban a sus hijos de comer hasta que no golpeaban el alimento con una piedra arrojada con la honda está también recogida en Floro (1, 43): "cibum puer a matre non accipit, nisi quem ipsa monstrante percusserit *(sc.* con la honda*)*". A esta fama parece haber contribuido también de manera no poco determinante una etimología popular (y subsidiariamente un relato etiológico *a nomine)* que ponía en relación las Baleares con el verbo griego βάλλω, "arrojar" (véase Servio, *Georg.* 1, 309).

[72] El propio Vegecio describe el fustíbalo en 3, 14. Allí explicará que se trata de un fuste de aproximadamente 1,18 metros en cuya parte central lleva atada una honda y que haciéndolo girar con ambas manos descarga las piedras con un impacto de gran violencia. Parece que este tipo de arma, muy conocida durante toda la Edad Media, no fue una de las armas tradicionales del ejército romano sino que fue introducida solamente en época tardía.

ne ningún esfuerzo llevar una honda. (4) Y en ocasiones se da la circunstancia de que se sostiene combate en un lugar pedregoso, de que se debe defender un monte o una colina; y hay que repeler con piedras y hondas a los bárbaros que asedian fortalezas o ciudades.

XVII

El adiestramiento con los dardos emplomados

(1) También hay que instruir a los más jóvenes en el adiestramiento con los dardos emplomados[73] que reciben el nombre de *mattiobarbulos*[74]. Pues hace tiempo hubo dos legiones en Iliria, de seis mil soldados cada una, que recibían el nombre de Mattiobárbulos porque utilizaba este tipo de arma con gran pericia y bravura. (2) Como todo el mundo sabe durante mucho tiempo combatieron con gran coraje en todas las guerras, hasta el punto de que cuando Diocleciano y Maximiano[75] llegaron al poder como reconocimiento de su valor decidieron darles el nombre de Mattiobárbulos Jovianos y

---

[73] En el tratado *De rebus bellicis* (10-11) se lee que estos dardos emplomados *(plumbatae)*, que normalmente se arrojaban con la mano, eran de madera y estaban construidos en forma de flecha y dotados de una punta de hierro. Una ulterior distinción entre *plumbata tribolata* y *plumbata mamellata* determinaba que llevaran unos aguijones fijados con plomo sobre el astil, a modo de abrojo, en el caso de los primeros, o que no llevaran estos aguijones pero sí el plomo para facilitar la penetración en los escudos gracias a su peso, en el caso de los segundos.

[74] Los *mattiobarbuli* no aparecen testimoniados, al menos bajo esta denominación, en ninguna otra obra de la literatura latina. Sí aparecen en cambio mencionados por el táctico bizantino León (7, 4) como μαρτζοβάρβουλον. Parece que se trata de una denominación alternativa de las *plumbatae* mencionadas en la nota anterior.

[75] Diocleciano, originariamente llamado Diocles y nacido hacia el año 240 d.C. en Dalmacia, fue proclamado Augusto por el ejército el año 284 en Nicomedia, cuando Numeriano fue asesinado. Tras acabar con todos los demás aspirantes que ambicionaban el trono vacío dejado por Numeriano, Diocleciano quedó como único emperador. Nombró a Maximiano primero César y luego, en el 286, Augusto. El 1 de marzo del año 293 instituyeron la Tetrarquía incorporando como Césares a Constancio y a Galerio. Aparte de los logros militares que se sucedieron durante todo su principado, Diocleciano acometió toda una serie de reformas administrativas, financieras e incluso legales que reconfiguraron en gran medida la dinámica burocrática y económica del Imperio. El 1 de mayo de 305, Diocleciano abdicó por problemas de salud y se retiró a su palacio de Salona, ciudad dálmata cercana a Split, donde permaneció hasta su muerte en el año 312. La abdicación de Diocleciano fue com-

Herculianos[76] y mostraron sentir mayor consideración hacia ellos que hacia el resto de las legiones. (3) Tenían por costumbre llevar cinco *mattiobarbulos* en la parte interna de sus escudos y cuando los arrojaban de la manera adecuada daban la impresión de ser arqueros con escudo. (4) Y es que efectivamente hieren a los enemigos y a sus caballos no ya antes de que lleguen al combate cuerpo a cuerpo sino incluso antes de que puedan entrar en el radio de alcance de los proyectiles convencionales.

---

partida por Maximiano, que hizo lo propio en Milán, dejando como Augustos a Constancio y a Galerio.

[76] Diocleciano y Maximiano eran conocidos como *Iouius* y *Herculius*, "Jovio" o "protegido por Júpiter" y "Hercúleo" o "protegido por Hércules" respectivamente, desde la pretensión de enfatizar así su autoridad y su estrecha relación con la esfera de lo divino. Por ello los *mattiobarbulos* son denominados Jovianos y Herculianos. La denominación de Jovianos y Herculianos continuaba plenamente vigente en la segunda mitad del siglo IV, como lo demuestra su mención en la obra de Amiano (22, 3, 2; 25, 5, 8, etc.) y en Vegecio.

XVIII

Cómo entrenar a los reclutas en la monta a caballo

(1) Montar a caballo correctamente ha sido siempre una exigencia requerida no sólo a los reclutas sino también a los veteranos. Es evidente que esta costumbre se ha conservado hasta la actualidad, aunque con cierta negligencia. (2) En invierno se solían colocar caballos de madera bajo techo y en verano en el campo de entrenamiento. Sobre ellos hacían subir a los más jóvenes primero desarmados, hasta que cogieran práctica, y luego con las armas. (3) Y se le concedía tanta importancia a este ejercicio que aprendían a montar y desmontar no sólo por el flanco derecho sino también por el flanco izquierdo, e incluso empuñando la espada desenvainada o la lanza ligera. (4) Esto lo repetían con ejercicios asiduos, ciertamente con el fin de ser capaces de montar sin dilación en el tumulto de la batalla después de haberse entrenado con tanto afán en tiempos de paz.

XVIIII

El adiestramiento de los reclutas para transportar peso

(1) Los más jóvenes también deben ser obligados con frecuencia a llevar a cuestas hasta sesenta libras[77] de peso y a marchar a paso militar, pues en las campañas duras las circunstancias les exigen llevar a la vez las provisiones y las armas. (2) Y no debe creerse que esto es difícil si se tiene práctica, pues no hay nada que el ejercicio diario no haga muy fácil. Sabemos que los soldados antiguos hacían esto con mucha frecuencia gracias al testimonio del propio Virgilio[78], que dice:

(3) "De igual modo que el bravo romano cuando con las [armas patrias
desflora el camino bajo el ingrato fardo y antes que el [enemigo
lo espere se pone en formación con el campamento ya [alzado".

---

[77] La libra romana equivalía a 327,45 gramos, por lo que sesenta libras venían a ser 19,64 kilos.

[78] De nuevo una cita de Virgilio *(Georg.* 3, 346-348) en este primer libro, originariamente concebido por Vegecio como libro único. En las remisiones a Virgilio debe identificarse una manifestación del "virgilianismo" que en los siglos IV y V se constituyó en referente cultural de la elite pagana, un símbolo que impregnaba del prestigio del clasicismo el contexto en el que aparecía evocado. En cierto modo Virgilio encarnaba el simbolismo del mundo culto pagano como sistema de referencialidad ineludible, de igual modo que la Biblia suponía un referente ideológico y cultural continuo para los cristianos (al respecto, véase, por ejemplo, K. Büchner, *Virgilio*, Brescia, Paideia, 1963, pág. 540).

XX

Los tipos de armas utilizadas por los antiguos

(1) En este punto resulta preciso que procuremos exponer con qué tipo de armas deben instruirse y equiparse los reclutas. (2) Pero en este apartado la inveterada costumbre ha desaparecido por completo, pues aunque la protección de la caballería se ha perfeccionado siguiendo el ejemplo de los Godos[79], y de

---

[79] Los Godos *(Gothi)* procedían originariamente de la región escandinava, plausiblemente del sur de la actual Suecia. A partir del siglo III comenzaron a atacar zonas orientales del imperio romano, el Mar Negro y el Jónico. Arrasaron Tracia y Mesia y continuaron su avance al sur del Danubio para devastar Asia Menor y saquear Atenas, Creta y Rodas en el año 269. La actuación militar del emperador Aureliano los mantuvo al otro lado del Danubio donde se asentaron. A la llegada de las hordas hunas hacia el año 370 fueron rechazados hasta el Dniester. A finales del siglo IV aparecen divididos en ostrogodos *(greuthungi)* y Visigodos *(teruingi)* no se sabe bien si por una diferencia de origen o de circunstancias. En primavera del año 376 los Visigodos, comandados por Alavivo y Fritigerno, pidieron asilo al emperador Valente en territorio romano y fueron acogidos en términos de sumisión. Sin embargo, la convivencia fracasó y muy poco después de su llegada a territorio romano se revelaron contra Roma y reanudaron los enfrentamientos. El 9 de agosto del año 378 los Visigodos con la ayuda de un ejército formado por Ostrogodos y Alanos vencieron en Adrianópolis a las tropas romanas encabezadas por Valente, que desapareció en combate. Cuatro años después, Teodosio supo cerrar otro pacto con los Visigodos concediéndoles Tracia como territorio en el que asentarse en calidad de aliados de Roma. Pero la muerte de Teodosio y la llegada al poder entre los Visigodos de Alarico rompieron el frágil equilibrio de la paz y de nuevo estalló el enfrentamiento militar. De este modo mientras una parte de los Ostrogodos se había unido a los Hunos y otra parte emprendía la conquista del territorio del Imperio acaudillados por Radagaiso, los Visigodos atacaron también una parte de Italia bajo el mando de Alarico. Radagaiso fue derrotado, pero, poco tiempo después, Alarico saqueó Roma en el año 410. En el año 415 Ataúlfo, sucesor de Alarico, atravesó los Pirineos y se estableció en Hispania y el sur de la Galia y firmó un pacto de confederación con Roma con el compromiso de expulsar a los bárbaros.

Alanos[80] y Hunos[81], es cosa sabida que la infantería no lleva armadura.

(3) Desde la fundación de Roma[82] hasta la época del difunto Graciano[83], la infantería estaba equipada con corazas y con cascos. Pero cuando dejaron de practicarse las maniobras de campo por el efecto de la indiferencia y del desinterés, las armaduras que los soldados ya rara vez se ponían comenzaron a parecer pesadas. (4) Por ello solicitaron al Emperador la devolución primero de las corazas y más tarde de los yelmos. De esta manera, con el pecho y la cabeza al descubierto, cuando nuestros soldados se han enfrentado a los Godos han sido abatidos muchas veces por sus numerosos arqueros. (5) Pero ni siquiera después de tantas masacres que han llegado al extremo de suponer la aniquilación de ciudades importantísimas, nadie se ha preocupado por restablecer el uso de las corazas y de los yelmos en la infantería. (6) De esta forma lo que

---

[80] El pueblo alano era de origen iranio y se encontraba establecido en el sur de Sarmacia, la llanura que bordea el Mar Negro y el Mar de Azov, a uno y otro lado del Don. Estuvieron en guerra con el ejército romano desde el siglo II d.C. y a finales del siglo IV se vieron forzados a realizar en sucesivas oleadas un movimiento migratorio hacia occidente por causa de la llegada de los Hunos. Invadieron la Galia en el año 406 y parte de ellos llegó a Hispania, donde serían aniquilados por el ejército visigodo de Walia en el año 418. La otra parte permaneció en la Galia donde contribuyó a la derrota de los Hunos de Atila.

[81] Los Hunos eran una raza tártaro-mongola que hacia finales del siglo IV d.C. atravesaron el Volga para invadir todos los territorios que encontraron a su paso provocando de este modo un intenso movimiento migratorio de las poblaciones orientales hacia el occidente europeo. Hacia el año 405 cruzaron los Cárpatos y alcanzaron su momento culminante bajo el dominio de Atila que organizó el saqueo del Imperio Romano y arrastró consigo a la mayoría de los pueblos germanos. Solamente a su muerte el imperio huno se disgregó, lo que provocó el retroceso de la mayor parte de sus efectivos de nuevo hacia oriente.

[82] La tradición más extendida, debida a Varrón, la sitúa en el año 753 a.C.

[83] Graciano, hijo del emperador Valentiniano I nacido en el año 359 d.C., fue nombrado Augusto por su padre a la edad de ocho años. Ejerció su autoridad imperial en la parte occidental del Imperio desde el año 375 y designó a Teodosio emperador de la parte oriental. Fue asesinado en Lyon en el año 383 por orden de Magno Máximo. El empleo del título de *diuus* implica que Graciano ya estaba muerto cuando Vegecio escribió este texto pero este emperador no fue divinizado por lo que no debe entenderse como "divino, divinizado" sino como "difunto". Para la cronología teodosiana de la obra remitimos a la Introducción.

sucede es que los soldados no piensan en la lucha sino en la huida, pues al encontrarse desprotegidos en la formación están expuestos a recibir heridas. ¿Qué va a hacer sin coraza y sin yelmo un arquero de infantería que con el arco asido no puede sostener un escudo? (7) ¿Qué van a hacer durante el combate los propios dragonarios[84] y portaestandartes[85], que manejan con la mano izquierda las astas y que, como bien se sabe, llevan al descubierto cabeza y pecho? (8) Pero al soldado de infantería la coraza y el yelmo le parecen pesados, quizás porque ya raramente se entrena o quizás porque apenas los utiliza. El ejercicio diario evita que el soldado se fatigue ni siquiera cuando lleva a cuestas cargas pesadas; (9) pero aquellos que no son capaces de aguantar la fatiga de portar las antiguas armas de defensa, se ven obligados a afrontar las heridas y la muerte con el cuerpo desprotegido y, lo que es más grave, a caer prisioneros o a traicionar a su pueblo con la fuga[86]. (10) Así al rechazar la fatiga del entrenamiento son masacrados como un rebaño de la forma más humillante.

(11) ¿Por qué razón entre los antiguos la infantería recibía el sobrenombre de "el muro", si no porque las legiones armadas con lanzas resplandecían además de por los escudos por las corazas y por los yelmos, (12) hasta el punto incluso de que los arqueros protegían su brazo izquierdo con brazaletes y los soldados de infantería pertrechados con escudo eran obligados a llevar, aparte de las corazas y de los yelmos, grebas de hierro en la pierna derecha? (13) Iban equipados de modo tal que quienes combatían en primera línea recibían el nombre de príncipes[87], los de segunda línea astados[88] y los de

---

[84] *Draconarii,* es decir, dragonarios o portadores del *draco* (dragón), estandarte de la cohorte.

[85] *Signiferi.*

[86] Tan grave consideración tenía el delito de traición que en la jurisprudencia latina emanada de la obra de Tarrutenio Paterno *(Dig.* 49, 16, 7) se prescribía la ejecución del traidor, que perdía la consideración de militar: "proditores transfugae plerumque capite puniuntur et exsuctorati torquentur: nam pro hoste non pro milite habentur".

[87] *Principes,* literalmente los "primeros", los que ocupan la primera línea del ejército.

[88] *Hastati,* es decir, soldados provistos de *hasta.*

tercera línea triarios[89]. (14) Ahora bien, los triarios solían esperar arrodillados detrás de los escudos para evitar recibir por estar de pie el impacto de las armas que les arrojaban, y cuando las circunstancias lo exigían atacaban a los enemigos con gran ímpetu como si fueran tropas de refresco. (15) Todo el mundo sabe que a menudo han sido ellos quienes han logrado la victoria, después de que los astados y los que estaban por delante de ellos hubiesen caído.

(16) En la antigüedad entre los soldados de infantería estaban los que llamaban de armamento ligero[90], los honderos y los ferentarios[91], que se colocaban principalmente en las alas y que asumían el cometido de dar comienzo al combate. (17) Para este cuerpo se elegía a los más rápidos y a los mejor entrenados, pero no eran muy numerosos, de manera que cuando retrocedían por exigencia del combate solían reincorporarse a la primera línea de las legiones sin alterar la formación.

(18) La costumbre de que todos los soldados utilizaran el píleo de piel que llamaban panónico se ha mantenido casi hasta la actualidad. (19) El motivo de conservar este hábito era que al soldado no le resultara pesado el yelmo durante el combate, al tener la rutina de llevar siempre algo puesto en la cabeza.

(20) Por otro lado las lanzas que solía utilizar la infantería recibían el nombre de pilo[92], acabadas en una punta de hierro afilado con forma triangular y de nueve onzas[93] o un pie de larga[94], que si se clava en un escudo ya no se puede arrancar

---

[89] *Triarii*, los soldados de tercera línea.

[90] *Leuis armatura*.

[91] *Ferentarii*, se trataba de los soldados con armamento ligero pertrechados con un *iaculum* (lanza), con una honda o con piedras que podían prestar ayuda en cualquier punto que fuera necesario puesto que no tenían el obstáculo de llevar armamento pesado (véase Nonio Marcelo, pág. 890 Linsday, *s. u. ferentarii)*. Los ferentarios podían formar parte de la caballería o de la infantería. Varrón *(ling. lat.* 7, 3) dice *ferentarium a ferendo*, es decir, que el ferentario recibe su nombre de *ferendo* (arrojar).

[92] El célebre *pilum* romano.

[93] La onza *(uncia)* es la doceava parte del pie y expresa una longitud de 2,46 centímetros, por lo que nueve onzas equivalen a 22,14 centímetros.

[94] 29,6 centímetros.

y si se lanza con destreza y fuerza contra una coraza la quiebra fácilmente. Pero este tipo de armas ya es muy raro en nuestro ejército. (21) Por su parte, los soldados bárbaros de infantería que van pertrechados con escudo suelen utilizar sobre todo lo que llaman *bebras*[95] y llevan al combate dos e incluso tres.

(22) Además hay que saber que cuando entran en liza las armas arrojadizas los soldados deben tener adelantado el pie izquierdo. Arrojando las lanzas de esta forma el golpe resulta más violento. (23) Pero cuando se llega al pilo, como dicen ellos, y se lucha cuerpo a cuerpo con las espadas, entonces se debe tener adelantado el pie derecho para proteger del enemigo los costados y evitar así ser heridos y también para que la mano derecha quede más cerca del adversario con el fin de poder infligirle daño.

(24) Por tanto está claro que hay que adiestrar y proteger a los reclutas con todas las variedades antiguas de armas. (25) Y es que inevitablemente asume mayor riesgo en la lucha aquel que al llevar la cabeza y el pecho protegidos no teme ser herido.

---

[95] J. G. Kempf ("Romanorum sermonis castrensis reliquiae collectae et illustratae", *Jahrbücher für Klassische Philologie*, Suppl. XXVI, 1901, pág. 367) lo identifica con un hipotético **berua* céltico que significaría "lanza"; en cualquier caso, debía de ser algún tipo de lanza pequeña. Según el Du Cange, la palabra reaparece en el escritor renacentista R. Bartholinus, *Austriados libri XII*, 4. Otra posibilidad es que este *bebra*, o al menos así pronunciado por los bárbaros, fuera una forma aberrante de *uerua*, plural neutro de *ueru* ("lanza") quizás reconducido por hipóstasis a nominativo de la primera declinación.

XXI

La fortificación del campamento

(1) El recluta también debe aprender la fortificación del campamento, pues nada resulta en la guerra tan beneficioso ni tan necesario. (2) Desde luego si el campamento está correctamente dispuesto los soldados pasan día y noche tan seguros en el interior de la empalizada, incluso durante el asedio del enemigo, que parece que llevan consigo a todas partes una ciudad amurallada.

(3) Pero la competencia en esta disciplina ha desaparecido por completo. Hace mucho tiempo que nadie asienta el campamento excavando un foso y clavando estacas. (4) Todos sabemos que muchos ejércitos sufren con frecuencia las incursiones diurnas y nocturnas de la caballería de los bárbaros. (5) Y las sufren no ya cuando hacen un alto sin campamento sino también cuando estando en formación de combate por alguna circunstancia comienzan a batirse en retirada sin tener un campamento fortificado en el que encontrar refugio y caen como animales con la total impunidad del enemigo. Y la masacre no tiene fin hasta que el enemigo no se cansa de perseguirlos.

XXII

En qué lugares debe asentarse el campamento

(1) El campamento, sobre todo cuando el enemigo está próximo, debe asentarse siempre en lugar seguro con abundancia de madera, pasto y agua y, si la parada va a prolongarse mucho tiempo, se debe escoger un lugar salubre. (2) Hay que evitar que haya un monte o un lugar más elevado que pueda suponer un peligro en caso de caer en manos del enemigo. (3) Hay que tener en cuenta que el campo no sufra habitualmente inundaciones por las corrientes de agua y que por esta circunstancia el ejército vaya a sufrir daño.

(4) El campamento debe fortificarse en proporción al número de soldados y de pertrechos para no condensar una gran cantidad de gente en un campamento diminuto ni obligar a una cantidad pequeña de gente a dispersarse en un campamento mayor de lo debido.

XXIII

Con qué forma se debe trazar el campamento

(1) El campamento debe trazarse unas veces con forma cuadrada, otras con forma triangular y otras con forma semicircular, según lo determinen las condiciones del terreno y las circunstancias. (2) La puerta denominada pretoria[96] debe mirar a oriente o si no al lugar en que se encuentra el enemigo y si el ejército está en ruta debe orientarse hacia la parte por la que efectuará la salida. En el interior las primeras centurias, es decir, las cohortes, montan las tiendas y plantan los dragones[97] y los estandartes. (3) La puerta llamada decumana[98] se encuentra detrás del pretorio[99] y por ella se hace salir a los soldados que infringen las normas para que reciban su castigo.

---

[96] La puerta pretoria era la puerta delantera del campamento y se encontraba en el extremo de la *uia praetoria*. Como señala Vegecio, reglamentariamente debía estar orientada hacia el este, aunque había circunstancias que justificaban la modificación de este precepto.

[97] *Dracones*, "dragones", es decir, los estandartes de cada cohorte (véase nota 84).

[98] La puerta decumana se encontraba en el extremo opuesto a la puerta pretoria y recibía este nombre, según parece, porque estaba situada detrás de los décimos manípulos. Además de la puerta pretoria y la decumana había otras dos puertas en los laterales del campamento, denominadas respectivamente puerta principal derecha y puerta principal izquierda. Excepcionalmente el campamento podía contar con una quinta puerta en el extremo de la *uia quintana* si había más de tres legiones acampadas.

[99] El pretorio era el alojamiento del general del ejército y estaba situado en el centro del campamento.

XXIIII

Cómo se debe fortificar el campamento

(1) Hay tres modos distintos de realizar la fortificación del campamento. Si no apremia una necesidad perentoria, se arrancan terrones del suelo y con ellos se construye una especie de muro de tres pies[100] de altura, de manera que quede por delante la zanja de la que se han sacado los terrones. Acto seguido se cava una zanja provisoria de nueve pies[101] de anchura y siete[102] de profundidad.

(2) Pero cuando se cierne sobre el ejército un violento ataque del enemigo, en ese caso conviene fortificar el perímetro del campamento con una zanja reglamentaria que tenga doce pies[103] de anchura y nueve[104] de profundidad "respecto de la línea de superficie[105]", como lo llaman ellos. (3) En la parte de arriba de los terraplenes levantados por ambos lados se amontona la tierra extraída de la zanja y así se eleva su altura en cuatro pies[106]. (4) De este modo el resultado es que la zanja acaba midiendo trece pies[107] de profundidad y doce[108] de anchura. Sobre ella se clavan unas estacas de madera muy dura que suelen llevar consigo los soldados. (5) Para esta tarea conviene tener siempre a mano azadas, rastros, cestos y otros utensilios parecidos[109].

---

[100] 88,8 centímetros.

[101] 2,66 metros.

[102] 2,07 metros.

[103] 3,55 metros.

[104] 2,66 metros.

[105] La expresión latina es "*sub linea*".

[106] 1,18 metros.

[107] 3,85 metros.

[108] 3,55 metros.

[109] Véase 2, 25 y también, por ejemplo, Flavio Josefo, *'Ιστ. 'Ιουδ. Πολ.* 3, 95-96.

XXV

Cómo se debe fortificar el campamento cuando el enemigo acecha

(1) Es fácil fortificar el campamento cuando el enemigo se encuentra lejos, pero si se encuentra al acecho entonces toda la caballería y la mitad de los soldados de infantería se deben disponer en formación para repeler el ataque, mientras el resto por detrás de ellos fortifica el campamento cavando zanjas. Por medio de un pregonero se hace saber qué centuria ha sido la primera en terminar su trabajo, cuál la segunda y cuál la tercera, (2) tras lo cual la fosa es inspeccionada y medida por los centuriones y se castiga a quienes hayan realizado el trabajo de forma negligente. (3) Por lo tanto hay que adiestrar al recluta en esta práctica para que cuando las circunstancias lo requieran sea capaz de fortificar el campamento sin nerviosismo y de manera rápida y cuidadosa.

XXVI

Cómo se deben entrenar los reclutas para mantener la disposición y la distancia en la formación

(1) Es sabido que nada hay tan ventajoso durante el combate como que los soldados, gracias a su entrenamiento diario, mantengan la disposición establecida en la formación y en ningún momento dispersen las tropas o las junten, contraviniendo lo que resulta más conveniente. (2) Y es que igual que los soldados apelotonados se quedan sin espacio para luchar y se estorban los unos a los otros, también cuando están desperdigados y muy separados les conceden a los enemigos paso franco para que penetren irrumpiendo. (3) Y si, una vez rota la formación, el enemigo llega por la retaguardia de los que están luchando, es inevitable que todos sean inmediatamente presa de la confusión por el miedo. (4) Así pues los reclutas deben ser llevados siempre al campo de entrenamiento y colocados en formación según el orden de alistamiento, de manera que primero se disponga una formación simple y extendida que no tenga huecos ni recovecos y en la que cada soldado se encuentre a la distancia justa y reglamentaria respecto a los demás soldados. (5) En ese momento se les debe ordenar que doblen la formación rápidamente, de modo que durante el ataque real mantengan la posición que están acostumbrados a respetar. (6) En tercer lugar se les ordenará que se dispongan en formación cuadrada y, una vez adoptada, tendrán que cambiar a formación en triángulo, a la que denominan cuña[110].

---

[110] *Cuneus* era la formación de combate en forma de cuña, similar a la formación de la falange macedonia, a la que se recurría para romper el frente enemigo. Se trata de una formación habitual entre los pueblos mediterráneos y parece que su incorporación a la estrategia del ejército romano pudo ser un proceso paralelo a su progresiva "barbarización" (véase L. Várady, "New evidences on some problems of the late roman military organization", *ActAntHung* 9, 1961, pág. 369).

(7) Esta disposición suele ser muy eficaz durante la contienda. Se les manda también que formen círculos[111], pues con esta disposición suelen oponer resistencia los soldados experimentados cuando el enemigo rompe la formación, para evitar que todos se pongan en fuga y corran un grave riesgo. (8) Si los más jóvenes aprenden todo esto con un entrenamiento continuado, lo aplicarán más fácilmente en la batalla.

---

[111] *Orbes*. En el resto de la obra (3,16; 3, 17; 3, 19; 3, 24 y 4, 18) Vegecio se refiere a este tipo de formación con el término *globi*, esto es, "círculos, globos".

XXVII

Cuánta distancia deben recorrer de ida y vuelta y cuántas veces al mes deben entrenarse los soldados, cuando son llevados a marchar

(1) Asimismo se mantiene aún vigente la antigua costumbre, también recogida en las constituciones militares del divino Augusto y de Adriano, de sacar tres veces al mes tanto la infantería como la caballería a hacer marcha[112], pues así denominan a este tipo de ejercicio. (2) Los soldados de infantería, guarnecidos y equipados con todo el armamento, recibían la orden de marchar diez millas[113] a paso militar y luego regresar al campamento, cubriendo alguna parte del trayecto a paso más ligero. (3) También la caballería, dividida en escuadrones y guarnecida, como entrenamiento ecuestre recorría el mismo camino haciendo unas veces de perseguidor, otras veces batiéndose en retirada y reemprendiendo el ataque con un nuevo giro. (4) Y se obligaba a ambos tipos de tropas a subir y bajar no sólo por campo raso sino también por lugares escarpados y accidentados con el fin de que durante el combate no pudiera presentarse incidentalmente ninguna situación para la que los eficientes soldados no se hubieran preparado de antemano con asiduos entrenamientos.

112 *Ambulatum.*
113 14,8 kilómetros.

XXVIII

Exhortación de la disciplina militar y el valor romano

(1) Desde la deferencia de mi lealtad y devoción hacia ti, ¡oh invencible Emperador!, he sintetizado en este pequeño libro estos contenidos extrayéndolos de todos los autores que trataron por escrito la disciplina de la técnica militar, con la intención de que si alguien desea estar bien preparado para la selección y el adiestramiento de los reclutas pueda dar consistencia al ejército fácilmente imitando los antiguos valores militares. (2) Pues ni el fervor marcial ha menguado en los hombres ni las tierras que engendraron a los Lacedemonios[114], a los Atenienses, a los Marsos[115], a los Samnitas[116], a los Pelignos[117]

---

[114] Los Λακεδαιμονιοι o Lacedemonios eran los habitantes de Laconia, región sureste del Peloponeso, que hasta el año 190 a.C. estuvo bajo el control de los Espartanos.

[115] Los Marsos habitaban en Italia central, cerca del lago Fucinus, y eran probablemente un pueblo de lengua osca. Desde muy pronto estuvieron en buenas relaciones con Roma, lo que facilitó su temprana romanización. Sus ejércitos fueron leales a Roma en la Segunda Guerra Samnita y en la Guerra Púnica contra Aníbal.

[116] Los Samnitas, que ocupaban el centro de los Apeninos, eran una confederación de cuatro tribus: los Caracenos, los Caudinos, los Hirpinos y los Pentros. Sostuvieron tres guerras contra Roma, la primera entre el 343 y 341 a.C., la segunda entre 327 y 321 y aún entre 316 y 304, y la tercera entre 298 y 290. Asimismo apoyaron a Pirro de Epiro y a Aníbal contra Roma y lucharon incansablemente durante la Guerra Social. Su romanización fue muy lenta y aunque en época de Augusto su municipalización estaba muy avanzada, debido a su carácter marcadamente rural buena parte de ella permaneció durante mucho tiempo inmune al proceso de aculturación romana.

[117] Los Pelignos eran otra tribu de la zona central de la península itálica, también de dialecto osco, que estuvieron desde época muy temprana aliados con los Marrucinos y los Marsos. Desde el año 300 a.C. fueron aliados de Roma y, tras la revuelta de la Guerra Social, fueron romanizados rápidamente. Probablemente en época de Vegecio ya no se debía de saber muy bien quiénes eran estas tribus itálicas que habían experimentado su culmen histórico cerca de medio milenio antes.

y a los propios Romanos han quedado estériles. (3) ¿Acaso no fueron en otro tiempo los Epirotas[118] bravísimos con las armas? ¿Es que acaso, tras derrotar a los Persas[119], no llegaron los Macedonios y los Tesalios[120] combate tras combate hasta la India? (4) También es de sobra sabido que los Dacios[121], los Mesios[122]

---

[118] Los Epirotas son los habitantes de Epiro, región del noroeste de Grecia. Se constituyó en una potencia militar a finales del siglo IV a.C. y obtuvo sonados éxitos militares en el Sur de Iliria y en el Sur de Italia, en la llamada Magna Grecia. Su comandante más laureado, el rey Pirro, acudió a la llamada de ayuda que le hicieron los Tarentinos en el año 280 a.C. y con unas tropas de 25.000 soldados de infantería, 3.000 de caballería y 20 elefantes se presentó ante las tropas romanas. Tras una serie de valiosas victorias no sin grandes pérdidas (victorias "pírricas", como han quedado inmortalizadas para la posteridad) en el año 275 tuvo que renunciar a su propósito y regresar a su patria.

[119] Se refiere a los ejércitos persas comandados por el rey Darío III, la mayor potencia militar de Asia Menor en época de Alejandro Magno, ante quien sucumbieron en el año 330 a.C.

[120] Macedonia, región que se extendía entre los Balcanes y la península griega, y Tesalia, región del norte de Grecia sometida al imperio macedonio en su época dorada, son aquí mencionadas por las grandes hazañas bélicas llevadas a cabo por Alejandro Magno. Venció a las tropas persas de Darío III y llegó con su ejército hasta las regiones que ocupan en la actualidad Pakistán y Afganistán creando de este modo el más grande imperio occidental de la época. La caballería tesalia se distinguió por su valor en la lucha en las campañas de Asia dirigidas por Alejandro. Pero tras el esplendor alcanzado con Alejandro el imperio se disgregó en manos de sus epígonos y cayó derrotada ante Roma en el año 167 a.C. En el año 146 ya era una región plenamente integrada en el mapa provincial romano.

[121] Dacia era una región situada en el margen derecho del Danubio, sobre la depresión de Transilvania, que coincide a grandes rasgos con la actual Rumanía. Era un pueblo eminentemente agrícola y de grandes recursos mineros y, a la vez, muy influido por la cultura de los invasores celtas. Durante todo el siglo I d.C. y especialmente en el último cuarto, representaron una seria amenaza para el Imperio Romano. La conquista efectiva de la Dacia fue llevada a cabo por Trajano en dos guerras (101-102 y 105-106 d.C.) y a su conmemoración está dedicada la famosa Columna de Trajano.

[122] Mesia es una antigua región de los Balcanes que se extendía por la actual Bulgaria y parte de Serbia, abarcando desde las actuales Belgrado, Socanica y Skopje hasta el Mar Negro, por la parte septentrional de los Balcanes (la parte meridional pertenecía a Tracia). Estaba habitada por tribus germánicas y tracias. En época de Domiciano aparece separada en dos provincias, Mesia Inferior y Mesia Superior con el río Ciabrus como frontera mutua. Su actividad militar contra los romanos no fue particularmente intensa y ya en el año 29 a.C. había sido sometida por M. Licinio Craso.

y los Tracios[123] fueron tan belicosos que los relatos míticos aseguran que Marte nació en sus tierras[124]. (5) Llevaría mucho tiempo la tarea de mencionar la prestancia militar de todas las provincias, y aun así todas ellas se encuentran sometidas a la autoridad del imperio romano. (6) Pero la calma nacida de un largo periodo de paz ha conducido a una parte de la gente al deleite de la ociosidad y a otra a las ocupaciones de tipo civil. (7) Todos sabemos que fue de este modo como el correcto cumplimiento del entrenamiento militar primero cayó en la indolencia, después en el fingimiento y finalmente en el olvido. (8) Y nadie puede sorprenderse de que haya sucedido esto en los últimos tiempos, cuando los veintitantos años de paz que siguieron a la Primera Guerra Púnica[125] ablandaron a los mismos romanos que siempre habían sido vencedores por culpa de la ociosidad y del abandono de las armas, hasta el punto de que no pudieron hacer frente a Aníbal en la Se-

[123] La región de Tracia se encontraba situada al sur de la Mesia Inferior, limitaba al este con el Mar Negro, al oeste con la Mesia Superior y al sur con el Mar Egeo y el Nestus. Los antiguos consideraban a los Tracios un pueblo primitivo de tribus belicosas y feroces. Ya Heródoto (en 5, 3) aseguraba que si se hubieran unido bajo un único rey habrían sido invencibles. Estuvieron primero sometidos al imperio persa y luego al macedónico, a cuya fortuna estuvieron estrechamente ligados. En los últimos años de la época republicana se constituyó en un reino propio en buenas relaciones con Roma hasta que en el año 46 d.C. pasó a ser considerada provincia romana.

[124] En Ovidio (*fast.* 5, 251-260) y Virgilio (*Georg.* 4, 462; v. también el comentario *ad locum* del Servio danielino) Tracia es denominada *Mauortia tellus* ("tierra de Marte") y en la *Eneida* (3, 1) también aparece como *terra Mauortia*. En una de las tradiciones mitográficas Reso, rey de Tracia, era considerado hijo de Marte (Servio dan., *Aen.* 1, 469).

[125] La Primera Guerra Púnica (264-241 a.C.) estalló como consecuencia del ofrecimiento de ayuda de Roma a los Mamertinos para evitar que Mesina cayera en poder de Cartago y de Hierón II de Siracusa. Con Hierón vencido y ganado para la causa romana los Cartagineses vieron peligrar su seguridad y reforzaron sus posiciones en Sicilia donde se concentraron las contiendas durante todo el conflicto. En el año 241, con las finanzas púnicas al borde del desastre por los inagotables gastos para costear la guerra, Hamílcar Barca aceptó una costosa paz que supuso para los Cartagineses el abandono de Sicilia, en lo sucesivo territorio romano, y el pago de una indemnización de 3.200 talentos durante los diez años siguientes.

gunda Guerra Púnica[126]. (9) Y después de perder en combate tantos cónsules, tantos comandantes, tantos ejércitos, no lograron alzarse con la victoria hasta que no fueron capaces de aprender nuevamente la práctica y el adiestramiento militar[127].

(10) Por lo tanto siempre se debe reclutar y adiestrar a los jóvenes, pues no hay duda de que resulta más barato instruir en las armas a la propia gente que contratar extranjeros a sueldo[128].

---

[126] La Segunda Guerra Púnica (218-201 a.C.) tuvo como detonante la conquista de Sagunto ejecutada por las tropas de Aníbal en el levante de Hispania. En el año 218 Aníbal puso en marcha su ejército en dirección a Italia atravesando los Alpes con el coste de valiosas pérdidas. Sin embargo en los años siguientes encadenó tres victorias memorables sobre las tropas romanas, primero en Trebias junto al río Ticino, luego en Trasimeno, donde cayeron 15.000 Romanos y fueron capturados otros 10.000 y en el 216 en Cannas junto al Ofanto, en territorio de Apulia. Pero cuando el ejército romano se recompuso consiguió confinar a Aníbal en el Abruzzo y Escipión el Africano llevó a cabo la conquista de los territorios púnicos en Hispania y derrotó a los príncipes númidas en el norte de África. Tras una serie de tentativas fallidas de los comandantes púnicos, el frente del conflicto se trasladó a África y allí Escipión obtuvo el triunfo definitivo sobre Aníbal en la batalla de Zama.

[127] Vegecio reitera en su obra reflexiones sobre las Guerras Púnicas, y en particular sobre la Segunda, transmitiendo a su lector el convencimiento de que la época por la que atraviesa el Imperio en sus días encuentra un paralelismo casi perfecto con los acontecimientos históricos del conflicto contra los cartagineses. Se trata de una reflexión que sabemos era compartida, entre otros ilustres contemporáneos, por Amiano Marcelino (31, 13, 19) y por Temistio (*Or.* 34, 22).

[128] Esta es la moraleja que Vegecio guarda para el final de la obra acerca del reclutamiento de soldados para el ejército romano; la contratación de soldados extranjeros (bárbaros al fin y al cabo) no era recomendable desde el punto de vista económico pero tampoco desde la perspectiva moral; por ello se debe reinstaurar la antigua tradición militar relativa al reclutamiento que tantas glorias dio al Imperio en el pasado, encomendando la protección de la comunidad a miembros de esa propia comunidad, es decir, a los propios ciudadanos romanos.

Libro segundo

CAPÍTULOS DEL LIBRO SEGUNDO

gunda Guerra Púnica[196]. (9) Y después de perder en combate tantos cónsules, tantos comandantes, tantos ejércitos, no lograron alzarse con la victoria hasta que no fueron capaces de aprender nuevamente la práctica y el adiestramiento militar[197].

(10) Por lo tanto siempre se debe reclutar y adiestrar a los jóvenes, pues no hay duda de que resulta más barato instruir en las armas a la propia gente que contratar extranjeros a sueldo[198].

---

[196] La Segunda Guerra Púnica (218-201 a.C.) tuvo como detonante la conquista de Sagunto ejecutada por las tropas de Aníbal en el levante de Hispania. En el año 218 Aníbal puso en marcha su ejército en dirección a Italia atravesando los Alpes con el coste de valiosas pérdidas. Sin embargo en los años siguientes encadenó tres victorias memorables sobre las tropas romanas, primero en Trebia junto al río Tícino, luego en Trasimeno, donde cayeron 15.000 Romanos y fueron capturados otros 10.000 y en el 216 en Cannas junto al Ófanto, en territorio de Apulia. Pero cuando el ejército romano se recompuso consiguió confinar a Aníbal en el Abruzzo y Escipión el Africano llevó a cabo la conquista de los territorios púnicos en Hispania y derrotó a los príncipes númidas en el norte de África. Tras una serie de tentativas fallidas de los comandantes púnicos, el frente del conflicto se trasladó a África y allí Escipión obtuvo el triunfo definitivo sobre Aníbal en la batalla de Zama.

[197] Vegecio insiste en su obra reflexiones sobre las Guerras Púnicas, y en particular sobre la Segunda, transmitiendo a su lector el convencimiento de que la época por la que atraviesa el Imperio en sus días recuerda un paralelismo con peligros con los acontecimientos históricos del conflicto contra los cartagineses. Se trata de una reflexión que tenemos ya compartida, entre otros ilustres contemporáneos, por Amiano Marcelino (31, 13, 19) y por Temistio (Or. 16, 22).

[198] Esta es la escuela que Vegecio guarda para el final de la obra acerca del reclutamiento de soldados para el ejército romano: la contratación de soldados extranjeros (bárbaros al fin y al cabo) no era recomendable desde el punto de vista económico pero tampoco desde la perspectiva moral; por ello se debe reanudar la antigua tradición militar relativa al reclutamiento que tantas glorias dio al Imperio en el pasado, encomendando la protección de la comunidad a miembros de esa propia comunidad, es decir, a los propios ciudadanos romanos.

CAPÍTULOS DEL LIBRO SEGUNDO

XVIIII. Aparte de la fuerza física en los reclutas se debe valorar la capacidad de escribir y de contar.

XX. Los soldados deben depositar junto a los estandartes la mitad de las retribuciones extraordinarias y garantizar su protección.

XXI. En la legión la promoción se produce de forma que quienes son promovidos pasan por todas las cohortes.

XXII. Qué diferencias existen entre trompetistas, cornetas y el *classicum*.

XXIII. Sobre la ejercitación de los soldados.

XXIIII. Ejemplos de exhortaciones al ejercicio militar tomados de otras disciplinas.

XXV. Enumeración de los utensilios y las máquinas de guerra de la legión.

<PRÓLOGO DEL LIBRO SEGUNDO>

(1) Si realmente la demostración incuestionable del conocimiento de una técnica es siempre el éxito en sus realizaciones, con los continuos triunfos y victorias queda patente que Vuestra Clemencia ha preservado las enseñanzas de nuestros antepasados en materia de disciplina militar de forma absolutamente plena y magistral. (2) Pero Tu Serenidad, invencible Emperador, con un discernimiento superior a cuanto una mente corriente está en condiciones de concebir, alberga el deseo de conocer de los libros la antigua instrucción militar, aun cuando ha superado con sus recientes hazañas los logros del pasado. (3) Por eso cuando recibí de Vuestra Majestad el encargo de recoger brevemente por escrito la instrucción militar, no tanto para aprenderla cuanto para poder recordarla, mi devoción entró en un casi permanente dilema con mi sentido del pudor. (4) Pues ¿qué osadía mayor puede haber que hacerle alguna insinuación acerca de la práctica y la disciplina militar al señor y soberano del género humano, conquistador de todos los pueblos bárbaros, salvo que esta sugerencia fuera precisamente lo que él mismo había ordenado hacer, lo que él mismo había llevado a cabo? (5) Pero a su vez no obedecer las órdenes de tan magnífico Emperador me parecía una actitud cargada de irreverencia y temeridad[129]. (6) Así pues,

[129] En este proemio Vegecio funde la necesaria presentación de respeto y pleitesía al emperador con un segundo procedimiento retórico enmarcado en

paradójicamente[130] me he vuelto audaz acatando las órdenes, pues temo parecer aún más audaz si me negase a ello. (7) A tal atrevimiento me animó vuestra infinita indulgencia precedente, (8) pues no hace mucho os ofrecí como siervo vuestro que soy mi librito sobre la selección y el adiestramiento de los reclutas[131] (9) y, sin embargo, no fui censurado en mi empeño; tampoco debo ahora sentir miedo por dar inicio a una obra que me ha sido encargada, cuando salió impune la que escribí por iniciativa propia.

---

la preceptiva de la correcta construcción del proemio. Si en el libro primero Vegecio articuló la *captatio beneuolentiae* en torno a su propia persona, en este caso la *captatio beneuolentiae* se centra en la persona del lector-dedicatario (lo que en términos retóricos se define como *ab auditorum persona).* Al respecto de este tipo de *captatio beneuolentiae* dice Cicerón *(De inu.* 16, 22) "se obtendrá el favor de los oyentes si se manifiestan sus logros basados en su valor, en su inteligencia, en su afabilidad, sin que la adulación resulte excesiva, y si exponemos la enorme estima en que se les tiene y la gran expectación que crean su autoridad y su opinión en la materia".

[130] No ha gozado de buena aceptación la conjetura acogida en su edición crítica por A. Önnerfors, *miro itaque <ti>more,* procedente de la edición romana del año 1487. En la edición crítica de M. Reeve se ha vuelto a recuperar la forma predominante en los manuscritos, *miro more.* Esta *"iunctura" miro more* se encuentra testimoniada en Ovidio, *Met.* 13, 670, y en Prisciano, *de laude Anast.* 17, con el orden de los términos del sintagma invertido en el caso de este último.

[131] Que se ha conservado como libro primero de la *Epitoma* pero que inicialmente fue publicado como obra unitaria e independiente. Creo preferible la lectura de ε "de dilectu atque exercitatione tironum" a la de δβ "de dilectu atque exercitio tironum", lo que haría coincidir coherentemente el modo en que Vegecio se refiere a su opúsculo original en 1, *praef.* 5 y 1, 28, 1 con la de este pasaje.

I

Partes en que se divide la técnica militar

(1) La técnica militar, tal y como manifiesta en el exordio de su poema el egregio poeta latino[132], consta de las armas y los hombres. (2) Se divide en tres partes: caballería, infantería y flota. Las alas de la caballería se llaman así porque protegen el destacamento por uno y otro flanco a modo de alas[133]; en la actualidad reciben el nombre de *uexillationes*[134] por el velo, ya que usan velos, es decir, flámulas. (3) Hay otro tipo de ca-

[132] El primer capítulo del libro II comienza con la evocación del verso inicial de la *Eneida* de Virgilio "arma uirumque cano [...]", el poema que representa la exaltación máxima de los valores nacionales romanos canalizados en su vertiente militar. No en vano la obertura de la sinfonía épica comienza con la declaración del poeta de su disposición a cantar *arma uirumque*, las armas y el *uir*, en una hendiadis que admite resolverse como "las hazañas militares de un hombre", Eneas.

[133] Lucio Cincio (*apud* Aulo Gelio, 16, 4, 6) dice "alae dictae exercitus equitum ordines, quod circum legiones dextra sinistraque tamquam alae in auium corporibus locabantur" ("las líneas de caballería recibían el nombre de alas del ejército porque estaban colocadas en torno a las legiones a su derecha e izquierda como en los cuerpos de las aves").

[134] La *uexillatio* es un destacamento de caballería formado por cien soldados que siguen un mismo *uexillum* o pendón. Como Vegecio indica a continuación, *uexillatio* está emparentado etimológicamente con *uelum*. En realidad *uexillatio* deriva del *uexillum* que es, a su vez, diminutivo de *uelum*.

ballería que recibe el nombre de legionaria porque está incorporada a la legión; siguiendo su ejemplo se ha instituido una caballería provista de grebas.

(4) De igual modo hay dos tipos de flota, una formada por naves liburnas[135] y otra por corbetas[136]. Con la caballería se protegen los campos, con la flota los mares y los ríos, con la infantería las colinas, las ciudades, los lugares llanos y los abruptos. (5) A partir de este dato se puede entender que la infantería es particularmente necesaria al Estado pues puede ser de utilidad en cualquier terreno; además con un gasto y un desembolso menor se nutre a un mayor número de soldados.

(6) El ejército tomó su nombre de la práctica del ejercicio y de su propia actividad para que nunca le fuera posible olvidar algo que estaba representado en su propio nombre[137].

(7) La infantería se divide en dos tipos, a saber, en tropas auxiliares y legiones. (8) Las tropas auxiliares eran enviadas por los aliados y por los pueblos confederados con el nuestro[138], en cambio el valor romano se muestra patente sobre todo en la organización de las legiones. (9) La legión recibe su nombre de elegir[139], una término que reclama la fidelidad y el esmero de quienes se dedican a enrolar a los soldados. (10) En las tropas auxiliares hay costumbre de inscribir un número menor de soldados y en las legiones un número mucho mayor.

---

[135] Embarcación ligera de guerra, de forma alargada y estrecha y provista de dos hileras de remos, que los romanos comenzaron a construir para reforzar su flota imitando el modelo de las naves utilizadas por los liburnos, habitantes de Liburnia, a partir del gran rendimiento que le brindaron a Augusto en la batalla de Accio.

[136] Las *naues lusoriae* eran un tipo de embarcación ligera utilizadas básicamente para patrullar las costas (véase 4, 46 y n. 470). Lo traducimos como corbeta porque consideramos que de este modo se mantiene en castellano la idea de embarcación ligera y de su utilización para patrullar las costas.

[137] Ya en Varrón *(ling. lat.* 5, 87) se lee "exercitus, quod exercitando fit melior" ("el ejército se llama así porque ejercitándose se vuelve mejor").

[138] Eran las *ciuitates foederatae*, es decir, aquellos pueblos que habían firmado un *foedum* o "pacto de alianza" con los Romanos.

[139] *Legio [...] ab eligendo*, Vegecio recurre a la etimología para subrayar con mayor fuerza la importancia de la correcta elección de los reclutas que integran el ejército romano. Esta explicación etimológica ya aparece en Varrón *(ling. lat.* 5, 87): "legio, quod leguntur milites in delectu" ("la legión se llama así porque los soldados son elegidos en el reclutamiento").

II

Qué diferencias existen entre las legiones y las tropas auxiliares[140]

(1) Los Macedonios, los Griegos y los Dárdanos[141] tenían en sus ejércitos falanges, compuestas de ocho mil hombres armados cada una. (2) Los Galos, los Celtíberos y muchos otros pueblos bárbaros, se valían para la guerra de catervas de seis mil hombres armados. (3) Los Romanos disponen de legiones de seis mil hombres cada una, aunque en ocasiones tienen una cantidad mayor de soldados.

(4) Ahora voy a exponer qué diferencias se aprecian entre las legiones y las tropas auxiliares. (5) Cuando las tropas auxiliares son conducidas al campo de batalla, como proceden de distintos sitios y de distintas formaciones, no sienten respeto entre sí ni afinidad ni apego ninguno. (6) Cada uno tiene una instrucción distinta, cada uno un modo distinto de luchar. Por tanto es inevitable que tarden más en conseguir la victoria unos soldados que antes de luchar se encuentran desavenidos. (7) Y como en las expediciones es muy útil que todos los soldados obedezcan con la comunicación de una sola consigna, es imposible que cumplan igual las órdenes quienes ya de antemano no están preparados de igual modo. (8) Pero a pesar de todo, si se afianzan con ejercicios ordinarios y

---

[140] Los *auxilia* en época de Vegecio eran los *auxilia palatina*, es decir, las tropas ligeras de elite de soldados bárbaros. Pero en las fuentes documentales que utiliza para redactar su *Epitoma* los *auxilia* eran las tropas auxiliares enviadas por los aliados para colaborar con las legiones romanas y en este sentido es en el que Vegecio usa, casi siempre, el término *auxilia*.

[141] Los Dárdanos eran un pueblo ilirio que habitaban en el valle del Vardar septentrional y en la llanura de la actual Kosovo en el sur de los Balcanes. Fue un pueblo muy dotado para la guerra y aunque fueron sometidos por el imperio macedonio en el año 335 a.C. y por el romano en el tercer cuarto del siglo I a.C. siempre ofrecieron resistencia a sus conquistadores. A finales del siglo I d.C. fueron incluidos en la provincia de Mesia Superior. En el siglo II aún eran conocidos por ser reputados bandidos.

variados casi a diario pueden llegar a ser de no poca ayuda. (9) Las tropas auxiliares siempre se incorporaban a las legiones en la formación como tropas de armamento ligero para combatir en ellas más como refuerzo que como tropas básicas de refresco. (10) La legión completa con sus cohortes, con las tropas de armamento pesado, es decir, los príncipes, astados, triarios y antesignanos[142], con las de armamento ligero, o sea, los ferentarios[143], arqueros, honderos y ballesteros[144], (11) cuando dispone de una caballería legionaria propia incluida en los mismos registros, cuando fortifica el campamento de forma acorde y bien avenida, cuando se sitúa en formación y entabla combate, perfecta en todas sus partes y sin la menor necesidad de ayuda ajena, normalmente suele vencer a cualquier enemigo, por muy numeroso que sea. (12) La prueba de ello es la grandeza romana, que combatiendo con sus legiones ha vencido a todos los enemigos siempre que quiso o al menos siempre que los elementos se lo permitieron.

---

[142] *Antesignani*, literalmente "los que están por delante de los estandartes". No termina de haber acuerdo sobre la naturaleza específica de este poco conocido tipo de tropa.

[143] Véase nota 91.

[144] Los *ballistarii* eran los soldados encargados de manejar la *ballista*. En latín el término *ballista* en un principio se empleó para designar el καταπέλτης λιθοβόλος o πετροβόλος griego que lanzaba piedras sobre los enemigos, y que no era otra cosa que el tipo más característico de catapulta. Pero en algún momento entre el año 100 d.C. y el 300 pasó a designar una especie de ballesta de enormes dimensiones que disparaba flechas de gran tamaño sobre los enemigos (y que aquí traduciremos por "ballesta").

III

El motivo que ha hecho caer en decadencia a las legiones

(1) El nombre de las legiones se conserva en el ejército aún en nuestros días, pero por la negligencia de los últimos tiempos se ha deteriorado su solidez, desde que la corrupción ha acaparado las condecoraciones al valor y los soldados, que en otro tiempo solían ser ascendidos por su empeño, han ascendido a cambio de favores[145]. (2) Por otro lado, cuando los soldados veteranos eran licenciados al final del servicio militar por medio de un certificado, como era costumbre[146], no son reemplazados por otros soldados. (3) Además es inevitable que algunos soldados tengan que ser licenciados por padecer enfermedades, que otros abandonen el ejército o que mueran por diversas causas[147], de manera que si una plétora de solda-

[145] La frase recuerda las palabras de Salustio (en *Cat.* 52, 22): "inter bonos et malos discrimen nullum, omnia virtutis praemia ambitio possidet" ("no hay distinción entre buenos y malos; la corrupción acapara todos los premios al valor").

[146] Normalmente el veterano quedaba liberado del servicio militar, una vez cumplidos los años o incluso el número de campañas reglamentadas, con algunas variaciones según las épocas. El comandante del ejército concedía a los veteranos que se licenciaban una *tabula honestae missionis* (certificado de licenciamiento honorable) y, a continuación, se les podía expedir un diploma militar, consistente en dos tablillas de bronce unidas por un hilo a modo de díptico. Era un documento formulario con los datos relativos al emperador, al ejército, las unidades y los lugares donde ha servido, así como los méritos, los privilegios concedidos, los datos personales del soldado y la fecha, entre otros. Además, parece que el procedimiento se completaba con la exhibición pública de algún tipo de documento en el que figuraran todos estos datos (véase con más detalle el procedimiento y los testimonios en Y. Le Bohec, *L'Armée romaine...*, *op. cit.*, págs. 237-240).

[147] Vegecio enumera dos de los tres modos distintos de abandonar la legión tipificados en el *ius militare:* por finalización del servicio y por razones de salud. No menciona la expulsión del ejército por algún delito. Esta tipificación de las causas de expulsión del ejército aparece detallada por Macro (*Dig.* 49, 16, 13, 3): "missionum generales causae sunt tres: honesta, causaria,

dos jóvenes no ocupa los puestos vacantes con una periodicidad anual o, mejor dicho, casi mensual, el ejército por muy numeroso que sea acaba por degradarse. (4) Hay también otro motivo por el que se han deteriorado las legiones; en su servicio se exige un gran esfuerzo, las armas son más pesadas, hay más trabajo y la disciplina es más severa. (5) Escapando de estas condiciones la mayoría de la gente corre a prestar el juramento militar en las tropas auxiliares[148], donde la fatiga es menor y los galardones más asequibles.

(6) Catón el Viejo[149], tras salir invicto de todos los conflictos armados y haber dirigido al ejército en numerosas ocasiones en calidad de cónsul, consideró que sería de más provecho al Estado si ponía por escrito la disciplina militar. (7) Y es que los actos caracterizados por el valor perviven un tiempo, pero las obras que se escriben por el bien del Estado son eternas. Lo mismo hicieron muchos otros, pero sobre todo Frontino[150], que recibió el reconocimiento del divino Trajano por su laboriosidad. (8) Yo, en la medida de mi capacidad, expondré brevemente y con fidelidad las instrucciones y los preceptos de todos ellos. (9) Pues visto que cuesta lo mismo organizar un ejército con cuidado que organizarlo con negligencia, resulta ventajoso no sólo para el momento presente sino también para los tiempos venideros, si gracias a la clarividencia de Tu Majestad, Augusto Emperador, se reinstaura la eficiente estructura de los ejércitos y se enmienda el desinterés de los últimos tiempos.

---

ignominiosa. Honesta est quae tempore militiae impleto datur: causaria cum quis uitio animi uel corporis minus idoneus militiae renuntiatur: ignominiosa causa est cum quis propter delictum sacramento soluitur" ("tres son las causas generales de licenciamiento: La de honor, la de invalidez y la de deshonor: la de honor es la que se concede cuando se ha cumplido el tiempo de servicio militar; la de invalidez cuando alguien es declarado incapaz para el servicio militar por algún problema mental o físico; la de deshonor cuando alguien queda liberado del juramento militar por algún delito").

148 En este caso *auxilia* no refleja el antiguo concepto de tropas auxiliares enviadas por los aliados para ayudar a las legiones sino que se refiere a los *auxilia palatina* (véase nota 140).

149 Véase nota 41.

150 Véase nota 43.

IIII

Cuántas legiones llevaban a la guerra los antiguos

(1) En todos los autores se lee que cada cónsul no conducía más de dos legiones contra los enemigos, por muy numerosos que fueran, más las tropas auxiliares de los aliados. (2) Tal era su entrenamiento y tal su confianza que estaban convencidos de que dos legiones eran suficientes para cualquier guerra. (3) En consecuencia voy a exponer la organización de la antigua legión según la norma del reglamento militar. (4) Si esta descripción resulta demasiado oscura o deslucida, no se me debe achacar a mí sino a la propia dificultad del tema. Son datos que con frecuencia hay que leer y releer con atención para que sea posible comprenderlos con la ayuda de la memoria y de la inteligencia. (5) Es inevitable que resulte invencible aquel Estado cuyo Emperador, una vez asimilada la técnica militar, prepara para que sean efectivos en el combate a cuantos ejércitos desee.

V

Cómo se constituye la legión

(1) Así pues, una vez elegidos los reclutas más destacados en el plano físico y anímico y sometidos a entrenamientos diarios durante cuatro meses o algo más[151], se forma la legión por orden y bajo los auspicios del invencible Emperador.

(2) Los soldados, después de hacerse el tatuaje en la piel con marcas permanentes y de inscribirse en el registro de leva, suelen pronunciar el juramento; por eso lo denominan sacramentos del servicio militar[152]. (3) Juran por Dios, Cristo y el Espíritu Santo, y por la Majestad del Emperador, que debe ser amado y venerado por todo el género humano después de Dios. (4) Pues al Emperador, cuando ha recibido el título de Augusto, se le debe rendir fiel devoción y ofrecer abnegada servidumbre, como a la imagen presente y corpórea de Dios. Y es que sirven a Dios tanto el ciudadano como el soldado, cuando aman con lealtad a quien reina por la voluntad de Dios[153]. (5) Los soldados juran cumplir todo cuanto ordene el

---

[151] Véase 1, 8.

[152] Estos *sacramenta militiae* se remontan a un culto a los dioses militares *(dii militares)* y otras abstracciones divinizadas en busca de su protección durante las maniobras y las batallas. En época imperial sufrieron un proceso de laicización pasando a ser un simple *ius iurandum* (un juramento), pero en el siglo III coincidiendo con la eclosión de los cultos monoteístas recuperaron parte de su sentido religioso. Naturalmente, como indica Vegecio, la adopción del cristianismo como religión oficial supuso cambios drásticos en su formulación y en su concepción misma.

[153] Vegecio documenta aquí el tipo de juramento que se llevaba a cabo para ingresar en el servicio militar romano en su época y resume magistralmente el nuevo fundamento teológico del Estado romano. El testimonio, de gran interés, revela una consagración del ejército a la Trinidad primero y al emperador, después, en cuanto "imagen presente y corpórea de Dios". Estamos por tanto ante un sistema de gobierno teocrático cristiano en el que política y religión están indisolublemente entrelazadas y determinan ya de manera ineludible todas las manifestaciones del poder, como es aquí el caso del ejército. En defini-

Emperador y nunca desertar del ejército ni escatimar la propia vida por el bien del Estado romano.

tiva y como acertadamente transmite Vegecio el ciudadano (por supuesto definido por su condición cristiana) debe amar al emperador porque "gobierna por la voluntad de Dios", que no es otra cosa que el principio central de los sistemas de gobierno teocráticos de época medieval.

VI

Cuántas cohortes hay en una legión y asimismo cuántos soldados en una cohorte

(1) Se debe saber que en una legión tiene que haber diez cohortes. Pero la primera cohorte destaca sobre las demás por el número y por la categoría de sus soldados, pues exige que sean los hombres más selectos en su linaje y en su formación cultural. (2) Esta cohorte lleva el águila, el principal estandarte del ejército romano y el distintivo de toda la legión[154]. También rinde veneración a las imágenes del Emperador[155], es decir, los estandartes del pasado y del presente. (3) Está formada por mil ciento cinco soldados de infantería, ciento treinta y dos soldados de caballería provistos de coraza y recibe el nombre de cohorte miliaria. Esta es la cabeza de la legión y por ella se empieza a ordenar la primera línea de la formación cuando se debe combatir. (4) La segunda cohorte consta de quinientos cincuenta y cinco soldados de infantería y sesenta y seis soldados de caballería y recibe el nombre de cohorte quingentaria. De igual modo la tercera cohorte consta de quinientos cincuenta y cinco soldados de infantería y sesenta y

[154] Plinio el Viejo cuenta (*nat.* 10, 16) que la antigua legión romana tenía cinco paladios con apariencia de animales: el águila como símbolo de Júpiter, el lobo, el minotauro, el caballo y el jabalí. Mario en su segundo consulado (105 a.C.) instituyó el águila como estandarte único para toda la legión, pues ya desde algún tiempo atrás el ejército solamente llevaba el águila al combate y dejaba el resto en el campamento. El águila era metálica, de plata o bronce plateado o dorado, y llevaba las alas extendidas y un haz de rayos sujeto con las garras. Iba fijada sobre un asta rematada en una contera de metal para poder clavarla en tierra. A su cuidado y como portador de este máximo símbolo estaba el aquilífero.

[155] Las *imagines imperatorum* son características del Alto Imperio. Son las efigies de los emperadores reinantes y de los ya divinizados y están cargados de un fuerte simbolismo religioso como monumento del culto imperial. Su transporte era tarea de los *imaginiferi* o imaginíferos. A partir de la época de Constantino el culto a las imágenes de los emperadores comienza a desaparecer por su incompatibilidad con ciertos fundamentos doctrinales del cristianismo.

seis soldados de caballería, pero en esta tercera cohorte hay costumbre de elegir a los soldados más eficientes, puesto que se sitúan en el centro de la formación. (5) La cuarta cohorte consta de quinientos cincuenta y cinco soldados de infantería y sesenta y seis soldados de caballería. La quinta cohorte consta de quinientos cincuenta y cinco soldados de infantería y sesenta y seis soldados de caballería, pero ésta también exige que sus soldados sean valerosos, porque de igual modo que la primera se sitúa en el ala derecha, la quinta se sitúa en la izquierda[156]. Estas cinco cohortes están situadas en primera línea. (6) La sexta cohorte consta de quinientos cincuenta y cinco soldados de infantería y sesenta y seis soldados de caballería, y en ella deben enrolarse los reclutas porque se colocan en segunda línea detrás del águila y las imágenes. (7) La séptima cohorte consta de quinientos cincuenta y cinco soldados de infantería y sesenta y seis soldados de caballería. La octava cohorte consta de quinientos cincuenta y cinco soldados de infantería y sesenta y seis soldados de caballería y también ésta exige en sus filas hombres esforzados, puesto que se sitúa en el centro de la segunda línea. (8) La novena cohorte consta de quinientos cincuenta y cinco soldados de infantería y sesenta y seis soldados de caballería. La décima cohorte consta de quinientos cincuenta y cinco soldados de infantería y sesenta y seis soldados de caballería y suele contar con buenos guerreros pues ocupa el ala izquierda en la segunda línea.

La legión completa, que consta de seis mil cien soldados de infantería y setecientos treinta[157] soldados de caballería, está integrada por estas diez cohortes. (10) Por tanto en una legión no debe haber un número menor de soldados. No obstante hay costumbre de que sea mayor en el caso de que se dé orden de constituir no sólo una cohorte miliaria sino varias.

---

[156] Vegecio determina como puntos de máximo riesgo de la formación los flancos y el eje central y por ello es en esos puntos donde se deben concentrar los soldados más eficientes.

[157] Ésta es la lectura de los manuscritos (DCCXXX) aunque el número debería ser 726 (DCCXXVI). El error de copia en los manuscritos que justificaría una transformación de la primera cantidad en la segunda (X en lugar de VI) es fácilmente asumible como la causa de esta disparidad.

VII

Denominación y graduación de los oficiales[158] *de la legión*

(1) Una vez expuesta la antigua ordenación de la legión, ahora voy a indicar los nombres y los grados de los oficiales y, para usar el término correcto, de los *principia*[159] con arreglo a listas actuales. El tribuno mayor se nombra por decisión del Emperador a través de carta consagrada. (2) El tribuno menor alcanza tal dignidad por sus méritos. Tribuno procede de tribu, puesto que está al frente de los soldados, a quienes Rómulo eligió por primera vez de la tribu.

Se llama ordinarios a los que, al ser los primeros[160], dirigen las líneas durante el combate[161]. (3) Se llama augustales a los que Augusto agregó a los ordinarios, y los flaviales fueron añadidos a las legiones por el divino Vespasiano como unos segundos augustales.

Los aquilíferos son quienes portan el águila. Los imagineros o imaginíferos son quienes llevan las imágenes del Emperador[162].

---

[158] En realidad no es de los oficiales *(principia)* sino de los suboficiales *(principales)* (véase nota siguiente).

[159] Parece que Vegecio confunde aquí *principia* con *principales*, conceptos que distan mucho de ser iguales. Los *principia* eran los más altos cargos del ejército, los oficiales de rango superior al centurión. Por su parte los *principales* eran cargos militares inferiores, suboficiales que se encontraban en el escalafón entre el *miles gregarius* (soldado raso) y el centurión. En este caso, de quienes se ocupa realmente Vegecio en este capítulo es de los *principales* y no de los *principia* como anuncia erróneamente en el título y al inicio del capítulo.

[160] Önnerfors desafía en su edición crítica la lectura mayoritaria de los manuscritos y la sustituye por *primos*, testimoniada en *Q L*.

[161] Según el propio Vegecio (en 2, 15) "los soldados que combaten por delante de los estandartes reciben el nombre de príncipes, que son los ordinarios y los demás suboficiales". Parece que hacia finales del siglo III el término *ordinarius* comenzó a utilizarse en lugar de *centurio* con su mismo significado.

[162] En realidad no son las *imagines imperatoris* sino *imperatorum*, es decir, de los emperadores (véase nota 155).

(4) El nombre de los opciones[163] procede de adoptar, porque cuando sus superiores están enfermos es como si éstos fueran adoptados por ellos y suelen encargarse de todo en calidad de suplentes.

(5) Los signíferos, que ahora reciben el nombre de dragonarios, son quienes portan los estandartes. Los teserarios[164] son quienes van por las tiendas de los soldados anunciando la tésera, que son las órdenes del comandante para que el ejército realice alguna tarea o marche al combate.

(6) Los campígenos, o sea, los antesignanos, reciben este nombre porque gracias a su labor y a su esfuerzo se acrecienta en el campo de batalla la moral del ejército.

Los mensuradores son quienes van adelantados con el fin de elegir emplazamiento para el campamento.

(7) Los beneficiarios[165] se llaman así porque son ascendidos por el beneficio[166] de los tribunos.

Los librarios tienen este nombre porque llevan las cuentas relativas a los soldados en los registros. (8) Los trompetistas[167], los cornetas[168] y los bocineros[169] son quienes acostumbran a iniciar el combate haciendo sonar la trompeta, la corneta o la bocina.

---

[163] Los *optiones* son los lugartenientes de los centuriones, que los sustituyen y los liberan de ciertas cargas administrativas para que puedan ocuparse de las tareas militares. En época tardía desaparece como figura con significado táctico para pasar a ser una figura administrativa al igual que el centurión

[164] El teserario acudía a la tienda del tribuno a recoger la tésera, una tablilla de madera con la contraseña o con algún tipo de información o instrucción similar.

[165] Se trata de los soldados liberados de las obligaciones del servicio militar que prestaban sus servicios en el cuerpo administrativo de los oficiales o en el de gobernadores y procuradores provinciales.

[166] Se trata del *beneficium* romano entendido como el patronazgo o el privilegio personal que concede una persona a otra en virtud de su poder, autoridad o capacidad.

[167] Los *tubicines* son quienes hacen sonar la *tuba*, una especie de trompeta larga y recta.

[168] Los *cornicines* son quienes hacen sonar el *cornu*, instrumento con forma de cuerno de caza que según Vegecio (véase 3, 5) se hacía con los cuernos de los bisontes salvajes.

[169] Los *bucinatores* son quienes tocan la *bucina*, instrumento "que gira sobre sí mismo en un círculo de bronce" (véase 3, 6).

Los soldados de armamento doble[170] son quienes reciben el doble de provisiones, los de armadura simple los que reciben una cantidad simple de provisiones.

(9) Los mensores son quienes dentro del campamento realizan las mediciones de los lugares en que los soldados montan las tiendas y quienes se responsabilizan de encontrar acomodo en las ciudades. (10) Los torcuatos[171] dobles y los torcuatos simples: la cadena[172] maciza de oro era un premio al valor, y quien se hacía merecedor de ella en ocasiones recibía también aparte de la gloria del ensalzamiento el doble de provisiones.

(11) Luego están los duplares y los sesquiplares: los duplares recibían el doble de provisiones, los sesquiplares la cantidad normal más otra media ración.

Están también los candidatos[173] dobles y los candidatos simples.

Éstos son los suboficiales militares que están dotados de privilegios[174]. (12) Los demás reciben el nombre de munífices porque están obligados al cumplimiento de trabajos[175].

---

170 *Armaturae duplares.*

171 Los soldados *torquati*, literalmente provistos de *torquis*, una cadena gruesa utilizada a modo de collar que se otorgaba a los soldados como condecoración.

172 Los *torques* (véase nota anterior).

173 Los *candidati* eran soldados designados directamente por un oficial para ocupar un cargo determinado.

174 Vegecio en este capítulo demuestra no tener claros algunos aspectos centrales de la jerarquía militar. Aparte de lo indicado en la nota 159, confunde otros dos conceptos básicos, el de *principalis* y el de *immunis*. En este capítulo ha pasado revista a los miembros de la legión que están exentos de *munera* y que por tanto son *inmunes*. Pero no todos los *immunes* son suboficiales *(principales)*. Hay dos tipos de *immunes:* por un lado los suboficiales *(principales)*, considerados exentos por motivos de escalafón militar, y por otro lado los soldados dotados de privilegios particulares que les eximen de *munera*, tales como los *beneficiarii*, los *torquati*, los *candidati*, etc. que sin embargo no son suboficiales. Tarrutenio Paterno *(Dig.* 50, 6, 7) proporciona una larga lista de *inmunes*, la mayoría de ellos *fabri* ("obreros").

175 *Munera*, de donde *munifices* (munífices o soldados sujetos a tareas) e *inmunes* (inmunes o exentos de tareas).

VIII

Denominación de quienes dirigían las antiguas formaciones

(1) Una antigua costumbre establecía que el primero de los príncipes de la legión fuera ascendido a centurión primipilo[176], que no sólo estaba al frente del águila sino que además tenía a sus órdenes en primera línea cuatro centurias, es decir, a cuatrocientos soldados. (2) Éste recibía honores y privilegios como cabeza de toda la legión. (3) De manera análoga el primer astado, al que actualmente denominan ducenario, dirigía en segunda línea dos centurias, es decir, doscientos hombres. (4) El príncipe de la primera cohorte tenía a sus órdenes una centuria y media, esto es, ciento cincuenta hombres, y de él dependen casi todas las determinaciones que se adoptan en la legión. (5) De igual modo el segundo astado mandaba sobre centuria y media, es decir, ciento cincuenta hombres. El primer triario tenía a sus órdenes a cien hombres. (6) Así las diez centurias de la primera cohorte estaban bajo el mando de cinco ordinarios. (7) A ellos nuestros ancestros les otorgaron grandes prerrogativas y honores con el fin de que el resto de los soldados de toda la legión compitiera en todos los trabajos y en su devoción para alcanzar tan deseable premio.

---

[176] El centurión es el jefe de una centuria. Procede generalmente de la tropa, donde ha ido progresando como soldado profesional, y representa la experiencia castrense y la disciplina militar, por oposición a los oficiales que llegan al ejército procedentes de la carrera política. Sus funciones básicas son de tipo administrativo, táctico y de régimen interno. El centurión primipilo era el centurión de la primera centuria de la primera cohorte y por tanto superior en rango y jerarquía a todos los demás centuriones (además del nada despreciable privilegio de, por ejemplo entre los reinados de Domiciano y Diocleciano, cobrar un sueldo 83 veces mayor que un legionario de infantería y 62 veces mayor que uno de caballería). Parece que en la legión había además otro centurión primipilo sin mando de unidad agregado al Pretorio como oficial.

(8) Luego estaban los centuriones, actualmente denominados centenarios[177], que tenían a su cargo una centuria cada uno. Los decanos, que ahora se llaman jefes de barracón[178], estaban al frente de un grupo de diez soldados. (9) La segunda cohorte tenía cinco centuriones, y de igual modo la tercera, la cuarta y así hasta la décima. En toda la legión había cincuenta y cinco centuriones[179].

---

[177] Los centuriones desaparecieron del ejército romano en el Bajo Imperio y fueron sustituidos por la figura del *centenarius*, que conserva la similitud de estar al mando de cien hombres.

[178] El *caput contubernii.* Mientras que las tiendas de los oficiales, desde el centurión hasta los rangos militares más altos, eran individuales, los barracones de la tropa eran compartidos. El grupo de soldados que ocupa cada barracón se denomina *contubernium* y suele estar compuesto por diez hombres más un jefe de barracón.

[179] Vegecio calcula que hay 55 centuriones en la legión. Algunos estudiosos han pensado que Vegecio estima esta cantidad porque hay 55 centurias y aplica un centurión a cada centuria sin caer en la cuenta de que las 10 primeras cohortes están regidas por sólo 5 centuriones. Así el resultado final tomando en consideración los centuriones de cada centuria debería ser de 50 y no de 55. Sin embargo se sabe que había centuriones sin asignación de unidades por lo que 50 sería el número mínimo e imprescindible de centuriones; Tácito (*ann.* 1, 32, 1) habla de 60 centuriones y una inscripción africana (CIL VIII, 18.065) ofrece un elenco de 63. Por tanto la cantidad de 55 que ofrece Vegecio no debe ser considerado un error ingenuo sino que parece reflejar la presencia efectiva en el ejército de centuriones sin unidad encargados de desempeñar otras funciones.

VIIII

Sobre las funciones del prefecto de la legión

(1) Los ex cónsules solían ser enviados al ejército en calidad de Legados del Emperador y a ellos debían obediencia las legiones y todas las tropas auxiliares en su organización durante tiempo de paz y en la adversidad de la guerra. En la actualidad, como bien se sabe, su lugar han pasado a ocuparlo personas del más alto rango social[180] en calidad de *magistri militum*[181] y tienen a sus órdenes dos legiones o incluso más. (2) Pero en realidad el oficial responsable[182] era el prefecto de la legión, dotado del rango de *comes primi ordinis*[183], que en

[180] A finales del siglo IV *uir illustris* se ha convertido en la fórmula de tratamiento que se aplica como título honorífico a las dignidades de más alto rango de la sociedad, reservado exclusivamente a los cónsules, patricios y personas dedicadas a los más elevados ministerios (véase Av. Cameron, *El Bajo Imperio Romano (284-430 d. de C.)*, Madrid, Encuentro, 2001, pág. 114; A. Chastagnol, "L'evoluzione dell'ordine senatorio nei secoli III e IV della nostra era", en S. Roda (ed.), *La parte migliore del genere umano. Aristocrazie, potere ed ideologia nell'occidente tardoantico*, Turín, Scriptorium, 1996, págs. 19-21; "La carriera senatoriale nel Basso Impero (dopo Diocleziano)", *ibidem*, en particular págs. 45-46).

[181] Los *magistri militum*, también conocidos como *magistri armorum*, eran el *magister peditum* y el *magister equitum*, figuras equiparables en cierta medida a los antiguos cónsules, que representaban la separación del poder civil y del poder militar aplicado a los órganos de gobierno del ejército por Constantino. Tenían bajo su mando a todo el ejército con la única excepción de la guardia imperial. Existen además *magistri militum* regionales, que es a quienes parece referirse aquí Vegecio, en lugares como la Galia, Iliria, Oriente y Tracia, aunque tenían a su cargo bastantes más efectivos que dos legiones (véase *Not. Dign.*, *Occ.* 5-9).

[182] El término *iudex* se refiere generalmente a los gobernadores de provincia aunque también podía aludir a los cargos administrativos de rango más elevado (véase, por ejemplo, Lact., *de mort. pers.* 22, 5; *De rebus bellicis* 4, 2; Claud. Mamert., *pan.* 3, 4, 2), dotados de la capacidad de impartir justicia. Numerosos testimonios de la época subrayan la corrupción de este tipo de cargos de la administración.

[183] Constantino creó un nuevo tipo de orden denominado *ordo comitiua* que implicaba el rango de *comes* (dividido en distintos grados). Esta distinción era otorgada como don imperial o por nombramiento del *comitatus* del emperador, es decir, de su propio cuerpo de funcionarios.

ausencia del Legado asumía la autoridad máxima como sustituto. (3) Los tribunos, los centuriones y los demás soldados estaban sujetos a sus órdenes. De él procede la tésera de las guardias nocturnas y de las marchas[184]. (4) Si algún soldado cometía algún crimen, bajo la autoridad del prefecto de la legión un tribuno le imponía el castigo. (5) Era de su responsabilidad la supervisión de las armas de todos los soldados, de los caballos, de los uniformes y de las provisiones. (6) Por orden suya se cuidaba a diario la severidad de la disciplina militar y el entrenamiento de la infantería y de la caballería legionaria. (7) El prefecto en persona, justo, diligente y sobrio, se dedicaba a adiestrar con ejercicios asiduos, en la devoción y la abnegación a la legión que le había sido confiada, sabedor de que la valía de los subordinados redundaba en el encomio del prefecto.

[184] Los centinelas recibían antes de comenzar la patrulla nocturna unas pequeñas téseras que debían entregar como comprobante del cumplimiento de su servicio; la falta de alguna de ellas a la mañana siguiente revelaba irregularidades durante la patrulla.

X

Sobre las funciones del prefecto del campamento

(1) También había un prefecto del campamento, aunque de rango inferior sin embargo encargado de asuntos nada banales y del que dependía la disposición del campamento y la evaluación de la empalizada y la zanja. (2) Las tiendas y los barracones de los soldados junto con todos los pertrechos estaban bajo su supervisión. (3) Además los soldados enfermos y los médicos que les administran las curaciones así como los pagos estaban encomendados a su responsabilidad. (4) Procuraba que nunca se echaran en falta los vehículos, las acémilas y los aparejos necesarios para cortar y partir madera, para excavar zanjas, (5) para levantar empalizadas y conducciones de agua, ni tampoco faltara leña, paja, arietes, catapultas[185], ballestas[186] y los demás tipos de máquinas de guerra. (6) Para este cargo era elegida la persona más competente, tras una extensa y contrastada carrera militar, con el fin de que enseñara al resto lo que había hecho él mismo de forma meritoria.

---

[185] *Onagri*, literalmente en latín "mulos".
[186] La *ballista* (véase nota 144).

XI

Sobre las funciones del prefecto de los obreros

(1) La legión contaba[187] también con obreros, carpinteros, albañiles, carreteros, herreros, pintores y demás trabajadores necesarios para construir los edificios de los campamentos de invierno, las máquinas de guerra, las torres de madera y todos los demás artefactos con los que se asedian las ciudades de los enemigos o se defienden las propias, (2) y son ellos también quienes hacen nuevas armas, vehículos y máquinas de combate o las reparan cuando están dañadas. (3) Tenía talleres de escudos, de corazas y de arcos en los que se confeccionaban flechas, proyectiles, yelmos y todo tipo de armas. (4) Su principal preocupación era que nunca faltase en el campamento todo aquello que parecía necesario que el ejército tuviera a disposición, (5) hasta el punto de que tenían incluso zapadores que, al modo de los Besos[188], cavando una galería y perforando los muros en sus cimientos salían por sorpresa a la superficie para apoderarse de las ciudades de los enemigos. El oficial responsable de todos ellos era el prefecto de los obreros[189].

---

[187] Si bien los manuscritos presentan una lectura unívoca *habet*, es cierto que el resto del capítulo está articulado sobre tiempos verbales de imperfecto. Por esta razón M. Reeve en su edición introduce una *emendatio* al texto y cambia *habet* por *habebat*, corrección que en esta traducción acojo aunque no sin reservas.

[188] Los Besos eran una tribu tracia que habitaba en las inmediaciones de la desembocadura del Danubio y que era particularmente conocida por su dureza como adversarios en la guerra y por su habilidad minera (véase Claudiano, *Mall. Theod.* 38-41; Pacato, *pan.* 12 [2], 28, 2).

[189] Parece que esta prefectura de los obreros era un cargo puramente civil mediante el que los personajes locales con influencia y recursos habían entrado a formar parte de la clase ecuestre (véase Y. Le Bohec, *L'Armée romaine...*, *op. cit.*, págs. 43-44).

XII

Sobre las funciones del tribuno militar[190]

(1) Ya hemos dicho que la legión tiene diez cohortes. Pero la primera era la cohorte miliaria y a ella estaban destinados los soldados que destacaban por su patrimonio, linaje, formación cultural, aspecto y bravura. (2) Al frente de ella estaba el tribuno, una figura eminente por sus conocimientos militares, por su prestancia física y por su integridad moral[191]. Las demás cohortes estaban dirigidas por tribunos o por superintendentes, según lo que considerase oportuno el general.

(3) Se aplicaba tanto celo al adiestramiento del soldado que no sólo los tribunos o los superintendentes ordenaban a los militares sometidos a su competencia que se ejercitaran cada día en su presencia sino que incluso ellos mismos, expertos consumados en la técnica militar, incentivaban al resto a emularlos con su propio ejemplo. (4) El esmero y la dedicación del tribuno reciben elogios cuando el soldado va con el uniforme impecable, bien pertrechado con las armas resplandecientes y ducho en la práctica de las maniobras y en la disciplina militar.

---

[190] Literalmente el tribuno de los soldados.

[191] Vegecio insiste a menudo en la importancia del factor moral del ejército romano tradicional marcando la oposición con la decadencia de los valores que imperaban en el ejército de su época, sembrado de bárbaros, mercenarios y adversarios que cambiaban continuamente de filas.

XIII

Sobre las centurias y los pendones de la infantería

(1) El estandarte más importante de toda la legión es el águila[192], que lleva el aquilífero. Los dragones, uno por cada cohorte, son llevados a la batalla por los dragonarios. (2) Pero los antiguos, como sabían que con la formación en pleno combate las alineaciones y los destacamentos se desconcertaban y se entremezclaban, para evitar que esto pudiera suceder dividieron las cohortes en centurias y a su vez dotaron cada centuria de un pendón[193] en el que apareciera escrito la cohorte y el número de centuria a la que pertenecía, (3) de manera que cuando los soldados lo viesen o lo leyesen pudieran evitar alejarse de sus compañeros por grande que fuera el tumulto.

(4) Además se adoptó la determinación de que los centuriones, que en la actualidad reciben el nombre de centenarios[194] y que llevaban un yelmo con una cimera transversal (5) para ser más fácilmente reconocibles, dirigieran las centurias, y así no había lugar al error puesto que los cien soldados seguían no sólo su pendón sino también a su centurión, que llevaba un distintivo en el casco. (6) A su vez las propias centurias estaban divididas en grupos de barracón[195] con un decano, llamado jefe de barracón, al frente de los diez soldados instalados en la misma tienda. (7) Este grupo de barracón se llamaba manípulo[196] porque combatía a la par en grupos[197].

---

[192] Véase nota 154.

[193] *Vexillum*, que es el diminutivo de *uelum* (véase nota 134).

[194] Véase nota 177.

[195] Véase nota 178.

[196] Este tipo de manípulo no se corresponde con la acepción más corriente de manípulo en la legión romana, que es la de unidad militar compuesta por dos centurias. Parece que se trata de un uso tardío del término *manipulus* como sinónimo de *contubernium* (véase al respecto, el sentido de *commanipulones* y *commanipulatio* en la *Historia Augusta*, *Pesc. Nig.* 10, 5-6).

[197] *Manus* en latín significa "mano" pero también tiene la acepción de "grupo de gente" y, en particular, aplicado a la esfera militar significa a menudo "grupo de soldados".

XIIII

Sobre los escuadrones de la caballería legionaria

(1) De igual modo que en el ejército de infantería se usa la denominación de centuria y manípulo, en el caso de la caballería se utiliza el nombre de escuadrón[198]. Un escuadrón tiene treinta y dos soldados de caballería[199]. (2) El que la dirige recibe el nombre de decurión. Cien soldados de infantería están subordinados a un centurión bajo un mismo pendón y, de manera análoga, treinta y dos soldados de caballería obedecen a un decurión bajo un mismo pendón.

(3) Además, igual que un centurión se elige por su gran fuerza física y por su altura, capaz de arrojar lanzas y proyectiles con fuerza y destreza, de luchar con la espada y blandir con pericia el escudo, (4) conocedor de todas las técnicas de la *armatura*, atento, sereno, ágil, más predispuesto a cumplir las órdenes recibidas que a comentarlas, (5) que imponga disciplina a los soldados asignados, que les obligue a entrenarse con las armas y a ir bien vestidos, bien calzados y con las armas bien pulidas y brillantes, (6) de modo similar se debe elegir al decurión para ponerlo al mando de un escuadrón sobre todo por su capacidad física, capaz de montar a caballo de forma admirable con la coraza puesta y pertrechado con todo tipo de armas, de cabalgar con maestría, (7) que use la lanza correctamente, que arroje flechas con destreza, que instruya en todos los aspectos que exija conocer el combate a caballo a los soldados del escuadrón, o sea, a los soldados que tiene a su cargo, y que les obligue a limpiar y cuidar sus corazas y sus lorigas, sus lanzas y sus yelmos con frecuencia. (8) Y es que el

---

[198] La *turma* (véase nota siguiente).

[199] La *turma* o escuadrón de caballería parece que estaba formada por treinta y dos jinetes más el decurión, en total treinta y tres militares. Sin embargo Varrón *(ling. lat.* 5, 91) dice que la *turma* estaba formada por treinta soldados. En cambio Servio *(Aen.* 11, 503) transmite una noticia que atribuye a Varrón en la que se habla de una *turma* de treinta y seis soldados.

brillo de las armas infunde gran pavor a los enemigos[200]. ¿Quién puede pensar que un soldado es belicoso si por su negligencia lleva las armas sucias y oxidadas? (9) Por otra parte conviene adiestrar con ejercicios asiduos no sólo a los soldados de caballería sino también a los propios caballos. Por lo tanto es al decurión a quien le corresponde la supervisión de la buena salud y de los ejercicios tanto de los soldados como de los caballos.

[200] Véase en este mismo sentido, por ejemplo, Virgilio, *Aen.* 6, 490-491; Quintiliano, 10, 1, 30; Amiano Marcelino, 24, 2, 5; 31, 10, 9.

XV

Cómo se dispone la formación de las legiones

(1) Ahora se explicará tomando como modelo una sola legión la manera en que se debe disponer la formación si el combate parece inminente. Y si la situación lo exige se puede aplicar lo dicho a un número mayor de legiones.

Los soldados de caballería se colocan en los flancos. La formación de los soldados de infantería se empieza a ordenar comenzando por la primera cohorte en el flanco derecho. (2) A ésta se une la segunda cohorte. En el centro de la formación se coloca la tercera cohorte. (3) A ésta se añade la cuarta. La quinta cohorte se sitúa en el flanco izquierdo. Los soldados que combaten por delante de los estandartes y en sus proximidades así como en primera línea reciben el nombre de príncipes, es decir, los ordinarios y los demás principales[201]. (4) Éstas eran las tropas de armamento pesado pues llevaban yelmos, lorigas, grebas, escudos, unas espadas grandes llamadas *spathae*[202] y unas pequeñas llamadas *semispathia*[203], cinco dardos emplomados colocados en los escudos (5) para arrojarlos en la primera ofensiva y dos lanzas: una de ellas más grande, terminada en una punta triangular de hierro de nueve onzas[204] y con un fuste de cinco pies y medio[205], que an-

---

[201] Los *principales* eran los suboficiales que en el escalafón militar se encontraban entre el centurión y el *miles gregarius* o soldado raso (véase nota 159).

[202] La *spatha* es el tipo de espada grande y larga, de origen tal vez germánico, que desde comienzos de la época imperial fue sustituyendo progresivamente a la espada pequeña hispana *(gladius)* como consecuencia de la entrada en el ejército romano de las tropas auxiliares de germanos.

[203] Las *semispathia*, como indica su nombre, eran un tipo más pequeño de *spatha*.

[204] 22,14 centímetros.

[205] 1,628 metros.

tes llamaban pilo y ahora espigüela[206] y en cuyo lanzamiento se ejercitaban sobremanera los soldados porque si se arroja con destreza y potencia suele atravesar los escudos de los soldados de infantería y las corazas de los de caballería. La otra lanza es de menor tamaño, con una punta de hierro de cinco onzas[207] y un fuste de tres pies y medio[208], que antaño recibía el nombre de verrículo y hoy día es conocida como verruto[209].

(8[210]) La segunda línea estaba equipada de igual modo y los soldados situados en ella recibían el nombre de astados. En el flanco derecho de la segunda línea se ponía la sexta cohorte, y a su lado la séptima. (9) La octava cohorte tomaba el centro de la línea y junto a ella se situaba la novena. La décima cohorte siempre ocupa el flanco izquierdo de la segunda línea.

(6) Detrás de ellos se encontraban los ferentarios y las tropas de armamento ligero, que en la actualidad se denominan esculcas[211] y armaduras[212], y los soldados con escudo, provistos de dardos emplomados, espadas y proyectiles, como se ven pertrechados hoy día a casi todos los soldados. (7) Luego estaban también los arqueros con yelmos, lorigas y espadas,

---

[206] *Spicula*.

[207] 12,3 centímetros.

[208] 1,036 metros.

[209] Es extraño y no poco llamativo que Vegecio identifique *uer(r)utum* como denominación moderna de la lanza pequeña cuando es un término testimoniado ya en pasajes de Enio *(ann.* 10, 353 Vahlen), Lucrecio (4, 409), Tito Livio (1, 43; 2, 20; 8, 24; 21, 55), Varrón *(sat. menip.* fr. 361), César *(Gall.* 5,44), etc. La forma que realmente parece más moderna es *uerriculum* que no aparece utilizada más que en Plinio *(nat.* 33, 107; 35, 149 con la variante gráfica *uericulum)* y en este pasaje de Vegecio, aunque en el primero no está utilizado en un contexto militar y no parece denotar un arma de uso bélico.

[210] Reeve altera el orden de los párrafos en un intento de devolver al capítulo su disposición original. Para ello, además, suprime del texto la frase "prima acies principum, secunda hastatorum armis talibus docetur instructa".

[211] Los *exculcatores*.

[212] Los *armaturae* o armaduras eran soldados de armamento ligero especializados en el manejo de la espada.

flechas y arcos, los honderos que arrojaban piedras con hondas o fustíbalos, y los tragularios[213] que lanzaban flechas con ballestas manuales[214] y ballestas de arco[215].

[213] Los tragularios eran los encargados de colocar y accionar el gatillo de la *manuballista* o *arcuballista* (véase notas siguientes). Estos tragularios sólo son conocidos por su aparición en este pasaje de Vegecio.

[214] Se trata de la χειροβάλλιστρα a la que Filón de Bizancio dedicó su obra *Χειροβάλλιστρας κατασκευὴ καὶ συμμετρία (Construcción y proporción de la ballesta de mano)*. Era un artefacto de disparo con la forma de una ballesta corriente, que reposaba en el suelo apoyada sobre dos puntales, lista para ser accionada por un solo hombre.

[215] Parece que la *arcuballista* era el tipo de ballesta corriente, montada en horizontal sobre un arco que se acciona con un gatillo o un sistema alternativo que libera la cuerda en tensión imprimiendo impulso al proyectil.

XVI

Cómo van armados los triarios y los centuriones

(1) Detrás de todas las líneas estaban colocados los triarios con sus escudos, lorigas, cascos, provistos de grebas y con sus espadas y semiespadas[216], los dardos emplomados y los dos tipos distintos de lanzas, esperando con una rodilla apoyada en tierra con el fin de que, en caso de que las primeras líneas cayeran derrotadas, pudiera haber esperanza de victoria trabando nuevamente combate con sus fuerzas íntegras. (2) Todos los antesignanos[217] y portaestandartes, aunque forman parte del ejército de infantería, llevaban corazas menores y yelmos recubiertos con pieles de oso para infundir miedo a los enemigos. (3) Los centuriones por su parte llevaban lorigas, escudos y yelmos de hierro con cimeras transversales de plata, para resultar reconocibles con mayor facilidad.

---

[216] Las *spathae* y las *semispathia* mencionadas en las notas 202 y 203.
[217] Véase nota 142.

XVII

En combate trabado las tropas de armamento pesado deben mantenerse firmes como un muro

(1) Una cosa que es necesario saber y tener presente es que cuando se entablaba combate la primera y la segunda línea permanecían inmóviles y también los triarios se quedaban quietos. En cambio los ferentarios, los armaduras, los esculcas, los arqueros y los honderos, es decir, las tropas de armamento ligero, hostigaban a los adversarios colocándose por delante de la formación. (2) Si conseguían poner en fuga a los enemigos emprendían la persecución, pero si se sentían intimidados por su arrojo o por su multitud entonces regresaban a la formación y se situaban por detrás.

(3) En ese momento entraban en combate las tropas de armamento pesado, que permanecían, por así decirlo, como un muro de hierro y luchaban no sólo con proyectiles sino también con espadas en combate cuerpo a cuerpo. (4) Y si entonces ponían en fuga a los enemigos, no eran las tropas de armamento pesado las que emprendían la persecución rompiendo el orden de su formación para atacar a los enemigos dispersos y diseminados que escapaban corriendo, sino que eran las tropas ligeras con sus honderos, arqueros y su caballería las que perseguían a los enemigos en plena huida.

(5) Con esta disposición y con estas precauciones la legión se alzaba con la victoria sin riesgos o bien si resultaba vencida salía indemne, pues la máxima de la legión es no emprender a las primeras de cambio ni la huida ni la persecución.

XVIII

Los nombres y la graduación de los soldados deben estar escritos en el anverso de los escudos

(1) Para evitar que en un momento dado los soldados se alejaran de sus compañeros en el fragor de la batalla, pintaban en los escudos un signo determinado para cada cohorte, que ellos llaman *digmata*[218]. Y este hábito se mantiene aún vigente en nuestros días. (2) Además en el anverso del escudo aparecía escrito el nombre de cada soldado acompañado de a qué cohorte y a qué centuria pertenecía.

(3) Así pues a partir de todo ello resulta evidente que una legión bien formada es como una ciudad perfectamente fortificada que lleva consigo todo lo necesario para la batalla y no teme un ataque inesperado de los enemigos, ya que se protege inmediatamente en pleno campo con zanjas y empalizadas y está provista de toda suerte de soldados y armamento. (4) Por tanto si alguien desea superar a los bárbaros en batalla campal, pida con todo su empeño que, con el beneplácito divino y con la providencia del invencible Emperador, se reinstauren las legiones con los reclutas como fundamento. (5) En el plazo de un breve espacio de tiempo los jóvenes reclutados meticulosamente y adiestrados a diario, no sólo por la mañana sino también después de comer, estarán a la misma altura en el manejo de las armas y en la técnica militar que aquellos antiguos soldados que sometieron el mundo entero.

(6) Y no te dejes persuadir por la idea de que en el pasado ya se modificó esta tradición entonces vigente; la Majestad de tu bienaventurada providencia es tan grande que será capaz de concebir costumbres nuevas y de restaurar otras antiguas

[218] Del griego δεῖγμα, -τος sustantivo derivado de la raiz del verbo δείκνυμι "mostrar, indicar". Parece que debe entenderse por tanto como "marca, señal".

por el bien del Estado. (7) Toda empresa parece difícil antes de intentarla, pero si se encomienda el reclutamiento a hombres experimentados y prudentes será posible reunir un ejército idóneo para el combate e instruirlo de manera eficiente. (8) Y con perseverancia se consigue todo lo que uno se proponga si se está dispuesto a asumir los gastos pertinentes.

XVIIII

Aparte de la fuerza corporal en los reclutas se debe valorar la capacidad de escribir y de contar

(1) Como en las legiones hay muchos departamentos[219] que requieren soldados con formación, quienes llevan a cabo el reclutamiento deben valorar en todos ellos la altura, la fortaleza física y la vitalidad anímica, pero en algunos debe buscar además la capacidad de escribir[220], contar y hacer cálculos. (2) Y es que en efecto diariamente se pone por escrito en unas actas el informe de toda la legión, de los encargos, de las tareas militares y de las finanzas, casi con más escrupulosidad que la que se aplica para tomar nota en los registros de la gestión de las provisiones y de los asuntos civiles.

(3) En tiempos de paz los soldados de todas las centurias y de cada barracón realizan a diario y de manera alterna patrullas nocturnas[221], guardias de reconocimiento[222] y servicios de vigilancia, y para evitar que alguien sea sancionado injustamente o que alguno quede libre de su obligación, se anotan de forma concisa[223] los nombres de quienes han cumplido su

---

[219] *Scholae;* aquí usado como sinónimo de *officia* o *scrinia*, departamentos dedicados a tareas administrativas como las explicadas en este capítulo por Vegecio.

[220] Quizás incluso más que la capacidad de escribir se refiera a competencia en la escritura empleando notas tironianas o algún tipo de escritura estenográfica o taquigráfica (véase también nota 223).

[221] Normalmente las *uigiliae* eran el tipo de guardia que exigía *uigilare*, es decir, pasar la noche en vela. Por tanto suelen referirse a las guardias nocturnas, frente a *excubiae* o *excubitum* que solían ser guardias diurnas (así lo considera también Servio en *Aen.* 9, 157). Sin embargo no es infrecuente ver variaciones en el uso y en el significado de estos términos.

[222] Las *agrariae* (sustantivo plural) eran patrullas de vigilancia o batidas de reconocimiento fuera del campamento o del acuartelamiento. Se trataba de un término técnico militar que servía para denominar tanto las patrullas fuera del campamento en tierra como por mar (véase 4, 46).

[223] Esta expresión "breuibus inserire" ("recoger por escrito de forma concisa") puede hacer pensar en un tipo de anotación de carácter estenográfico.

turno. (4) También se toma nota de cuándo recibe alguien un permiso y de cuántos días consta. En el pasado apenas se concedían permisos si no era por causas justificadas y bien probadas[224].

(5) A los soldados experimentados en la instrucción no se les encomendaban encargos ni se les asignaban asuntos privados, pues ciertamente parecía impropio de un soldado del Emperador, que vestía y comía del erario público, ausentarse del servicio para cumplir encargos personales[225]. (6) Sin embargo, a los soldados llamados *accensi*, o sea, añadidos después de completada la legión y que en la actualidad reciben el nombre de supernumerarios, estaban al servicio de los comandantes, de los tribunos e incluso de los suboficiales[226]. (7) Por su parte también los soldados regulares llevaban al campamento los fardeles[227], es decir, leña, heno, agua y paja. Precisamente reciben el nombre de munífices[228] porque realizan estos trabajos.

---

[224] Y ni siquiera así estaba garantizada la concesión de uno de esos tan deseados permisos. La razón de ello se entiende si se tiene en cuenta que en un Estado que encontraba dificultades insalvables para controlar estrechamente a los individuos la deserción era un delito que quedaba impune si no se conseguía encontrar al desertor después de huido. Paterno escribió que el responsable del ejército debía "parcissime commeatum dare" ("dar muy escasos permisos"). Pero además de ser muy escasos, los permisos eran temiblemente estrictos y quien excedía el periodo de tiempo concedido pasaba inmediatamente a ser considerado *emansor* (condición jurídica que designaba a quien se ausentaba sin permiso del campamento) o directamente *desertor*, con las consiguientes condenas, salvo que se demostrara que la demora había estado justificada por motivos de salud o por la acción de los ladrones o de algún infortunio (véase Paulo, *Dig.* 49, 16, 14, 1). No sorprende, por tanto, encontrar entre las cruciales cuestiones consultadas a un oráculo *(P. Oxy.* 1.477, 7) la angustiada pregunta de un soldado "¿Voy a conseguir un permiso?".

[225] Ya Augusto había manifestado su malestar por la excesiva ocupación de los soldados en este tipo de encargos personales (véase Macro, *Dig.* 49, 16, 12, 1).

[226] *Principales.*

[227] *Fascicularíam,* derivado de *fasciculus* que significa "fardel o manojo envuelto en *fasciae* (tiras de tela)".

[228] Los *munifices* o soldados encargados de tareas eran los soldados rasos que cumplían tareas y trabajos *(munera),* por oposición a los *immunes* (suboficiales y soldados con privilegios) que estaban exentos de este tipo de actividad (véase notas 174 y 175).

XX

Los soldados deben depositar junto a los estandartes la mitad de las retribuciones extraordinarias y garantizar su protección

(1) Nuestros ancestros, inspirados por la providencia divina, estipularon que de las retribuciones extraordinarias[229] que recibían los soldados, la mitad quedara depositada junto a los estandartes y que allí fuera protegida por los propios soldados, con el fin de que no la pudieran despilfarrar en extravagancias y en compras superfluas. (2) Y es que la mayoría de la gente, sobre todo si se es pobre, se gasta todo lo que consigue ganar.

Por otra parte está demostrado que ese depósito de dinero resulta beneficioso para los propios soldados, pues al estar mantenidos con la *annona* pública[230], (3) su peculio castrense[231] se incrementa gracias a la mitad que les pertenece de to-

---

[229] Los *donatiua* y las *liberalitates* eran retribuciones extraordinarias, generalmente de tipo económico aunque no necesariamente así, que los emperadores concedían a los soldados con ocasión de distintos acontecimientos; los más habituales eran la ascensión al poder, grandes victorias militares, celebraciones familiares como matrimonios o funerales y testamentos. Además los destinatarios de estos *donatiua* variaban y los agraciados no siempre eran los soldados sino que en ocasiones quedaban restringidos al cuerpo de pretorianos

[230] La *annona* era la remuneración en especie que el Estado pagaba a los miembros del servicio imperial, en sus distintos rangos. Los soldados recibían un tipo de *annona* si estaban en campaña y otro si estaban en guarnición. La primera solía consistir en alimento y forraje para veinte días en galletas *(bucellatum)*, pan, vino, vino amargo (vino joven o vino avinagrado), tocino y carne de cordero. La segunda solía constar de raciones de galletas, pan, vino, vino amargo, tocino, carne de cerdo, aceite y sal más el forraje para los animales. Sólo a partir de la época de Teodosio se sustituyeron las *annonae* por el pago en moneda de su valor o *adaeratio* (para la cuestión anonaria en mayor detalle, véase Ch. Vogler, "La rémunération annonaire dans le Code Théodosien", *Ktema* 4, 1979, págs. 293-319).

[231] El *peculium castrense* era el patrimonio personal reconocido del *filius familias*, vigente desde la época de Augusto en adelante, adquirido durante y con ocasión del servicio militar. Dicho de otro modo y en palabras del jurista

das las retribuciones extraordinarias. (4) Además el soldado que sabe que sus ganancias están depositadas junto a los estandartes no se plantea desertar, siente mayor apego por estos estandartes y lucha con mayor tesón en el combate para protegerlos, mostrando más preocupación por defender aquello donde ve que se encuentra depositado su sustento, como es natural en el ánimo de las personas.

(5) Se colocaban diez bolsas de dinero, o sea, diez sacas, una por cada cohorte, en las que se guardaba esta suma. (6) Se le añadía una undécima saca a la que toda la legión hacía una pequeña contribución para los funerales, de forma que si algún soldado fallecía se cubrían los gastos de su sepelio con el dinero de esa undécima saca[232]. (7) Estos fondos se guardaban en un cofre en la tienda de los portaestandartes, como los denominan ahora. Y por esta razón se elegía como portaestandartes a personas no solamente de confianza sino también instruidos, que fueran capaces de proteger los depósitos y de rendir cuentas a cualquiera.

Macro (*Dig.* 49, 17, 11) "quod erat et sine militia adquisiturus (*sc.* miles filius familias) id peculium eius castrense non erat" ("todo aquello que el soldado habría adquirido igualmente si no hubiera estado en el servicio militar no se consideraba peculio castrense").

[232] La *pietas* romana exigía que los supervivientes enterraran con las exequias y los honores apropiados a los compañeros muertos en la prestación del servicio militar. En torno a este principio de tipo moral existía en el ejército todo un culto a los militares muertos, que entre otras líneas de actuación contemplaba el costeo de tumbas y de necrópolis a expensas propias.

XXI

En la legión la promoción se produce de forma que quienes son promovidos pasan por todas las cohortes

(1) Yo creo que las legiones fueron organizadas por los Romanos no sólo con la inteligencia natural de los hombres sino también por la inspiración divina. En ellas las diez cohortes están colocadas de tal modo que parecen un solo cuerpo, una única estructura. (2) Los soldados son promovidos a través de las distintas cohortes y los distintos departamentos casi como en círculo, de tal manera que el soldado de la primera cohorte promovido a una graduación determinada pasa a la décima cohorte y, a su vez, desde ésta pasa con un salario y una graduación cada vez mayor por todas las demás hasta llegar de nuevo a la primera. (3) Por eso el centurión primipilo[233], una vez que ha desempeñado su función en todas las cohortes a través de las distintas oficinas sucesivamente, alcanza en la primera cohorte la más alta distinción por la que recibe infinitos privilegios de toda la legión. De igual forma el jefe de departamento[234] en la oficina de los prefectos del pretorio llegaba al final del servicio militar con honores y con bonificaciones económicas. (4) Por este motivo los soldados de la caballería legionaria rinden reverencia a sus cohortes con el afecto de la camaradería, aunque por su propia naturaleza suelan tener disputas con los soldados de infantería. (5) Así pues gracias a este entramado se mantiene una armonía plena en las legiones entre todas las cohortes y entre los soldados de caballería y los de infantería.

---

[233] Véase nota 176.

[234] El *primiscrinius* también llamado *primoscriniarius*, llevaba a cabo las tareas administrativas del prefecto del pretorio con otros funcionarios como el *scriniarius*, el *laterculensis* y el *fisci curator*.

XXII

Qué diferencias existen entre trompetistas, cornetas y el classicum

(1) La legión tiene además trompetistas[235], cornetas[236] y bocineros[237]. El trompetista llama a los soldados al combate y toca otra vez para indicar la retirada. Cuando los cornetas hacen sonar su instrumento no son los soldados sino los estandartes los que obedecen sus indicaciones. (2) Así pues cuando se disponen a salir sólo los soldados para cumplir alguna misión, los trompetistas hacen sonar su instrumento, cuando deben realizar un desplazamiento los estandartes, los cornetas hacen sonar el suyo, y cuando se combate trompetistas y cornetas tocan a la par. (3) Recibe el nombre de *classicum* el sonido que emiten los bocineros con el cuerno[238]. Es considerado indicativo de la autoridad imperial pues se hace sonar en presencia del Emperador o bien cuando un soldado es sentenciado a la pena capital, dado que es necesario que este procedimiento se lleve a cabo conforme a las leyes imperiales. (4) Si los soldados salen del campamento para montar guardias o para patrullar, para cumplir alguna misión o para realizar alguna maniobra en campo abierto, comienzan su actividad cuando toca el trompetista y terminan cuando toca de nuevo. En cambio cuando se desplazan los estandartes o cuando, una vez desplazados, deben plantarse en tierra, tocan los cornetas. (5) Y esto se respeta en todas las ejercitaciones y en las

---

235 *Tubicines.*

236 *Cornicines.*

237 *Bucinatores.*

238 Pero Vegecio había dicho que los *bucinatores* tocaban la *bucina* (véase nota 169). Se ha debatido mucho si este pasaje es fruto de la confusión de Vegecio o si realmente responde a la costumbre instituida en los ejércitos. Pero el escaso conocimiento que se tiene de la cuestión dificulta una respuesta definitivamente satisfactoria.

marchas justamente para que los soldados obedezcan durante el combate real más fácilmente tanto si los comandantes les ordenan luchar como si les ordenan permanecer quietos, emprender la persecución o retirarse, (6) pues es un principio elemental hacer siempre en tiempos de calma lo que parece preciso hacer durante el combate.

XXIII

Sobre la ejercitación de los soldados

(1) Una vez expuesta la organización de la legión, volvemos al ejercicio de donde, como ya se ha dicho, recibe su nombre el ejército[239]. Los soldados más jóvenes y los neófitos se entrenaban en el uso de todo tipo de armas por la mañana y después de mediodía. (2) Por su parte los soldados veteranos y los ya experimentados se entrenaban con las armas una sola vez al día de manera ininterrumpida. Y es que ni la edad ni los años de servicio enseñan la técnica militar, sino que por mucho tiempo que lleve un soldado en servicio, desentrenado es siempre como un recluta. (3) La *armatura*, que se exhibe en el circo en los días de fiesta[240], no la aprendían sólo los armaduras[241], que estaban a las órdenes del instructor de campo, sino que todos los soldados la aprendían por igual mediante la ejercitación diaria. (4) Y es que con la práctica se adquiere la agilidad y la pericia para herir al enemigo y para protegerse a sí mismo, sobre todo cuando se lucha con la espada en el cuerpo a cuerpo. Más importante es el hecho de que los soldados aprenden a mantener la formación y siguen de cerca su estandarte en pleno tumulto durante los ejercicios preparatorios y los que están bien entrenados no comenten ningún error ni siquiera en la confusión provocada por una gran multitud.

---

[239] Véase nota 137.

[240] Claudiano *(Hon. cons.* VI, 621-640) alude a unas competiciones con armas celebradas en el *Circus* con ocasión de los festejos por el sexto consulado de Honorio. En esos juegos, según la descripción de Claudiano, se reproducían las maniobras características de la caballería siguiendo una coreografía predeterminada, que sin embargo era concebida como complemento de la formación y ejercitación militar. Cabe suponer a partir de las palabras de Vegecio que de igual modo debía de haber algún tipo de competición o exhibición coreografiada de soldados practicando la *armatura.*

[241] Véase nota 212.

(5) Asimismo es muy provechoso que se entrenen contra el poste o contra estacas aprendiendo a clavar y a golpear con el filo los costados, los pies o la cabeza[242]. Deben acostumbrarse también a golpear avanzando de un salto, a subirse encima del escudo de un impulso y luego a bajarse, a embestir entre aspavientos unas veces y a retroceder reculando otras.

(6) Tienen que ejercitarse también en infligir daño desde lejos con los proyectiles contra los postes, para mejorar la puntería y la potencia de la mano. (7) Los arqueros y los honderos colocaban a modo de diana escobas, es decir, manojos de arbustos o de paja, para golpearlos una y otra vez con las flechas o con las piedras arrojadas con el fustíbalo desde una distancia de seiscientos pies[243]. (8) De esta forma, en el combate hacían sin nerviosismo lo que habían hecho una y otra vez en el campo de entrenamiento durante los ejercicios. (9) Igualmente deben acostumbrarse a hacer girar la honda en torno a la cabeza sólo una vez, cuando se lanza con ella la piedra. Todos los soldados se entrenaban en lanzar con la mano desnuda piedras de una libra de peso[244], práctica esta que es considerada particularmente útil puesto que no requiere disponer de honda.

(10) Les obligaban a lanzar proyectiles y dardos emplomados con ejercicio asiduo y constante hasta el punto de que en invierno se cubrían con tejas o con guijarros, o en su defecto, con cañizos, con juncos o con paja, unas galerías porticadas para los soldados de caballería y una especie de salas[245] para los soldados de infantería en las que el ejército se entrenaba a cubierto en el uso de las armas cuando el clima estaba revuelto por una tormenta o por un vendaval. (11) Los demás días, incluso en invierno, si dejaba de nevar y de llover, les obliga-

---

242 Véase nota 58.

243 177,6 metros.

244 327,45 gramos.

245 Se trataba de las *basilicae exercitatoriae* habitualmente constituidas por una sala techada de grandes dimensiones y de forma rectangular, separada en tres naves por una doble línea de columnas, y quizás dotada de un ábside al fondo. Se podían levantar dentro o fuera del campamento y en su interior se ejercitaban con las armas los soldados, resguardados de las inclemencias climáticas.

ban a practicar en el campo de entrenamiento para evitar que la interrupción de la rutina de trabajo debilitara el ánimo y el cuerpo de los soldados.

(12) Es conveniente que con frecuencia corten leña en el bosque, lleven pesos a cuestas, atraviesen zanjas, naden en el mar o en los ríos, marchen a paso ligero o incluso corriendo armados y con los fardos con el fin de que la familiaridad cotidiana con la fatiga en tiempo de paz haga que ésta no parezca insoportable en tiempo de guerra.

(13) En conclusión, tanto en el caso de la legión como en el de las tropas auxiliares el entrenamiento debe ser asiduo. Y es que igual que el soldado bien adiestrado ama el combate, lo teme el ignorante de la técnica militar. (14) Por último hay que ser consciente de que en el combate es más eficaz la instrucción que la fuerza, pues si se ignora el correcto uso de las armas, nada diferencia a un civil de un militar[246].

---

[246] Se trata de la misma reflexión con la que Vegecio abría su libro primero; lo que realmente hace de un hombre un soldado eficiente es la técnica militar, no la fuerza, ni la habilidad, ni el talento natural *(uirtus indocta)* para luchar.

XXIIII

Ejemplos de exhortaciones al ejercicio militar tomados de otras disciplinas

(1) El atleta, el cazador[247], el auriga, todos ellos suelen mantener en forma sus habilidades o incluso incrementarlas con el entrenamiento diario por una pequeña compensación o, cuanto menos, por el reconocimiento de la gente. (2) El soldado, en cuyas manos está la protección del Estado, debería preservar con mayor empeño la destreza en la lucha y la técnica de combate mediante entrenamientos continuos. Como recompensa obtendrá no ya una victoria gloriosa sino un botín incluso mayor, pues la propia jerarquía militar y el dictamen del Emperador suele encumbrarle a la riqueza y a cargos de mayor prestigio.

(3) Los actores de teatro no cesan de practicar para lograr el aplauso de la gente; el soldado, que se incorpora al ejército con un juramento, no debe dejar de entrenarse en el uso de las armas tanto si es neófito como si es veterano, pues combate para salvaguardar su propia vida y la libertad de la comunidad, (4) sobre todo porque antigua y sabia es la máxima que dice que "todas las disciplinas se cimientan en el entrenamiento".

[247] Es probable que se trate de un cazador del circo dedicado a realizar espectáculos públicos enfrentándose a distintos tipos de fieras en la arena.

XXV

Enumeración de los utensilios y las máquinas de guerra de la legión

(1) La legión solía lograr la victoria no sólo por el número de soldados sino también por el tipo de utensilios de que disponía. Antes de nada se equipaban con jabalinas cuyo golpe no podía repeler ningún tipo de coraza ni de escudo. (2) En cada centuria solía haber una carrobalista[248] que llevaba asignada unos mulos para su traslado y un barracón de soldados, es decir, once hombres[249], para armarla y fijar el objetivo. (3) Las carrobalistas cuanto más grandes son más lejos y con más potencia lanzan los proyectiles. Y además no sólo sirven para defender el campamento sino que también se colocan en el campo de batalla por detrás de la línea de soldados de armamento pesado. Ni la caballería provista de corazas ni la infantería con escudos puede oponer resistencia a su impacto. (4) En una legión suele haber cincuenta y cinco carrobalistas.

Asimismo hay diez catapultas, una por cada cohorte, que se transportan ya armadas en carros tirados por bueyes, de

---

[248] Se trataba, tal y como explica a continuación Vegecio, de una ballesta de grandes dimensiones montada sobre un carro tirado por mulos. En el tratado anónimo *De rebus bellicis* (7) es mencionada como *ballista quadrirotis* y aparece descrita en los siguientes términos: "subiecta namque rotarum quattuor facilitas, duobus subiunctis et armatis equis, ad usus hanc bellicos trahit; cuius tanta est utilitas pro artis industria ut omni latere in hostem sagittas impellat, sagittarii libertatem et manus imitata. habet foramina per quattuor partes quibus pro commoditate rerum circumducta et flexa facillime ad omnes impetus parata consistat" ("la desenvoltura que le da estar montada sobre cuatro ruedas, uncida a dos caballos protegidos con coraza, le permite sus aplicaciones bélicas: es tan útil por la ingeniosidad de su diseño que puede lanzar flechas contra el enemigo por todos los lados, imitando la libertad de movimientos de las manos del arquero. Tiene aberturas por los cuatro lados por los que al hacerla girar y tenderla conforme a las necesidades de la situación, queda preparada para cualquier ataque del modo más sencillo").

[249] Diez soldados más el undécimo que sería el *decanus*.

modo que si se da la circunstancia de que los enemigos llegan a atacar la empalizada se puede proteger el campamento lanzando flechas y piedras.

(5) La legión lleva también consigo botes[250] construidos de un sólo tronco y con cuerdas muy largas y a veces incluso con cadenas de hierro. Cuando se unen todos los *monoxilos*[251], como también los llaman, y les colocan encima unas tarimas, tanto los soldados de infantería como los de caballería atraviesan sin el menor peligro los ríos en los que no hay puentes y que no son vadeables. (6) Tiene también arpones de hierro, que reciben el nombre de lobos[252], y hoces de hierro unidas a unas varas muy largas, así como bidentes, azadas, palas, rastros, espuertas y cestas con las que se transporta la tierra. (7) Tiene además azuelas, segures, hachas y sierras con las que se cepillan y se sierran madera y palos. Asimismo dispone de operarios con todo tipo de herramientas que construyen testúdines[253], músculos[254], arietes, viñas[255], como las llaman ellos, e incluso torres móviles para expugnar las ciudades de los enemigos.

(8) Pero en fin, para no prolongar la exposición nombrando cada herramienta, digamos que la legión debe llevar consigo a todas partes todas las herramientas que en cualquier tipo de guerra pueda parecer necesaria, con el fin de que donde quiera que asiente el campamento, haga de él una auténtica ciudad fortificada.

---

[250] Estas *scafae*, o *monoxilos* como las llamará a continuación Vegecio, debían de ser embarcaciones pequeñas y de una sola pieza similares a canoas.

[251] El *monoxilos*, palabra griega que indica la barca hecha de un solo tronco, es decir, una única pieza de madera, ya aparece mencionado en la *Anábasis* (5, 4, 11) de Jenofonte.

[252] Estos arpones o *lupi* (lobos) solían ser cuerdas provistas de garfios en el extremo, aunque también podían ser palos en vez de cuerdas, ofreciendo así un aspecto más próximo al de los actuales arpones. Vegecio describe su uso en 4, 23.

[253] Véase nota 376 y el capítulo 14 del libro cuarto.

[254] Véase nota 379 y el capítulo 16 del libro cuarto.

[255] Véase nota 377 y el capítulo 15 del libro cuarto.

Libro tercero

modo que si se da la circunstancia de que los enemigos llegan a atacar la empalizada se puede proteger el campamento lanzando flechas y piedras.

(5) La legión lleva también consigo botes[230] construidos de un sólo tronco y con cuerdas muy largas y a veces incluso con cadenas de hierro. Con ellos unen todos los *monoxilos*[231], como también los llaman, y les colocan encima unas tarimas, tanto los soldados de infantería como los de caballería atraviesan sin el menor peligro los ríos en los que no hay puentes y que no son vadeables. (6) Tiene también arpones de hierro, que reciben el nombre de lobos[232], y hoces de hierro unidas a unas varas muy largas, así como bidentes, azadas, palas, rastros, espuertas y cestas con las que se transporta la tierra. (7) Tiene además azuelas, segures, hachas y sierras con las que se cepillan y se sierran madera y palos. Asimismo dispone de operarios con todo tipo de herramientas que construyen testudines[233], músculos[234], arietes, viñas[235], como las llaman ellos, e incluso torres móviles para expugnar las ciudades de los enemigos.

(8) Pero en fin, para no prolongar la exposición nombrando cada herramienta, digamos que la legión debe llevar consigo a todas partes todas las herramientas que en cualquier tipo de guerra pueda parecer necesaria, con el fin de que donde quiera que asiente el campamento, haga de él una auténtica ciudad fortificada.

---

[230] Estas *scaphae*, o *monoxilos* como los llamará a continuación Vegecio, debían de ser embarcaciones pequeñas y de una sola pieza similares a canoas.

[231] El *monoxilo*, palabra griega que indica la barca hecha de un solo tronco, es decir, una única pieza de madera, ya aparece mencionado en la *Anábasis* (5, 4, 11) de Jenofonte.

[232] Estos arpones o *lupi* (lobos) solían ser cuerdas provistas de garfios en el extremo, aunque también podían ser palos en vez de cuerdas, ofreciendo así un aspecto más parecido al de los actuales arpones. Vegecio describe su uso en 4, 23.

[233] Véase nota 176 y el capítulo 14 del libro cuarto.

[234] Véase nota 177 y el capítulo 16 del libro cuarto.

[235] Véase nota 173 y el capítulo 15 del libro cuarto.

CAPÍTULOS DEL LIBRO TERCERO

<PRÓLOGO DEL LIBRO TERCERO>

(1) Los viejos anales cuentan que los Atenienses y los Lacedemonios fueron potencias militares antes que los Macedonios[256]. Entre los Atenienses se cultivó no sólo la técnica militar sino también otras artes distintas, en cambio para los Lacedemonios el principal interés radicaba en las guerras. (2) Se asegura que fueron ellos los primeros en escribir un tratado de técnica militar recopilando las experiencias de los combates, de tal suerte que transformaron la técnica militar, que se creía basada únicamente en el valor o en la suerte, en una disciplina y una materia de estudio, y tomaron la determinación de que los maestros de armas, a los que llamaron tácticos, enseñaran a los jóvenes los distintos modos de combatir. (3) ¡Hombres dignos de la máxima admiración, que quisieron aprender por encima de todo aquella disciplina sin la cual las demás no pueden siquiera existir!

Los Romanos, siguiendo sus pautas, preservaron los preceptos de la actividad marcial mediante su práctica y los pusieron por escrito[257]. (4) Y estos preceptos, dispersos en dife-

---

[256] Obsérvese que la conciencia y la percepción de la historia que posee Vegecio reposa en una reflexión fundamentada sobre la base de una cultura transmitida en formato escrito *(prisci annales)*.

[257] Así pues, según Vegecio, la diferencia entre el modo de escribir sobre la técnica militar de los Espartanos y de los Romanos sería, por tanto, el carácter

rentes autores y obras, invencible Emperador, son los que ordenaste a mi modesta persona compendiar de manera que no resultara tedioso por ser prolijo ni adoleciera de falta de fiabilidad por contener detalles irrelevantes.

(5) De hasta qué punto fue eficaz en el combate la disciplina de los Lacedemonios es un claro ejemplo el de Jantipo[258] —por no mencionar todos los demás— que, (6) no gracias a su arrojo sino a sus conocimientos de la preceptiva militar, cuando prestó su ayuda a los Cartagineses logró capturar y someter con las tropas que habían sido derrotadas a Atilio Régulo y al ejército romano, tantas veces victoriosos en el pasado, y puso fin a la guerra obteniendo el triunfo en una sola batalla.

(7) También Aníbal, cuando se disponía a partir hacia Italia, se procuró un experto Lacedemonio[259] y siguiendo sus consejos acabó con tantos cónsules y tantas legiones aun disponiendo de menos efectivos en número y fuerzas.

---

eminentemente empírico, es decir, fundado sobre las propias experiencias en batalla, de los primeros. Frente a esta concepción de una literatura creada a partir de la experiencia militar, Vegecio ve en la tradición romana de la preceptiva militar transmitida por vía escrita un sistema paralelo a la propia práctica militar, no ya un sistema dependiente de ésta. Mientras en el caso de los Espartanos la teorización era un resultado emanado directamente de la práctica y por tanto subsidiario de ésta, en el caso romano la teorización de la disciplina militar basada en una tradición formalizada se encuentra a la misma altura que su dimensión práctica. Se trata de una visión en la que el tratado técnico-científico no tiene un estatuto inferior a la concreción práctica de la disciplina, que sirve para justificar en definitiva la *utilitas* de la obra escrita.

[258] Jantipo fue un comandante espartano que luchó con las tropas de Cartago contra Marco Atilio Régulo en el año 255 a.C., durante la Primera Guerra Púnica. Se encargó de instruir al ejército púnico y derrotó en combate a Régulo y al ejército romano gracias a una hábil estrategia en las posiciones de los elefantes y la caballería cartaginesa. Tito Livio lo menciona en su obra introduciéndolo en un discurso de Escipión en 28, 43, 19.

[259] Podría tratarse del Sosilo *(Sosylus)* que menciona Nepote cuando dice *(Hann.* 13, 3) "Sosylo Hannibal litterarum Graecarum usus est doctore". Sosilo acompañó a Aníbal durante su campaña militar y escribió una obra historiográfica en siete libros sobre los acontecimientos contemporáneos. Un fragmento conservado en forma de papiro (véase F. Jacoby, *Die Fragmente der griechischen Historiker*, 2. § 176) da muestra de su competencia militar en la descripción de una batalla naval.

(8) Así pues quien desea la paz, que prepare la guerra[260]; quien pretende la victoria, que instruya con esmero a sus soldados; quien aspira a resultados favorables, que luche encomendándose a la técnica militar y no al azar. Nadie osa provocar ni ofender a quien sabe que es superior en combate.

[260] Este es el pasaje más célebre de toda la obra militar de Vegecio, aunque a menudo aparece deformado en un simplificado "si uis pacem para bellum" que no se atiene realmente al texto original. Aunque la originalidad de esta idea como alegato belicista suele aplicársele a Vegecio, el concepto expresado por medio de esta paradoja ya aparece en las *Filípicas* de Cicerón (7, 6, 19) "si pace frui uolumus, bellum gerendum est; si bellum omittimus, pace numquam fruemur".

[illegible] na de los Lacedemonios es un claro ejemplo el de Jantipo[238] —por no mencionar todos los demás— que, (6) no gracias a su arrojo sino a sus conocimientos de la preceptiva militar, cuando prestó su ayuda a los Cartagineses logró capturar y someter con las tropas que habían sido derrotadas a Atilio Régulo y al ejército romano, tantas veces victoriosos en el pasado, y puso fin a la guerra obteniendo el triunfo en una sola batalla.

(7) También Aníbal, cuando se disponía a partir hacia Italia, se procuró un experto Lacedemonio[239] y siguiendo sus consejos acabó con tantos cónsules y tantas legiones aun disponiendo de menos efectivos en número y fuerzas.

---

esencialmente empírico, es decir, fundado sobre las propias experiencias en batalla de los primeros. Frente a esta concepción de una literatura creada a partir de la experiencia militar, Vegecio ve en la tradición romana de la preceptiva militar transmitida por vía escrita un sistema paralelo a la propia práctica militar, no ya un sistema dependiente de ésta. Mientras en el caso de los Espartanos la instrucción era un resultado emanado directamente de la práctica y por tanto subsidiario de ella, en el caso romano la transmisión de la disciplina militar basada en una tradición formalizada se encuentra a la misma altura que su dimensión práctica. Se trata de una visión en la que el estudio técnico-científico no tiene un estatuto inferior a la concreción práctica de la disciplina, que sirve para justificar en definitiva la misma razón de la obra escrita.

[238] Jantipo fue un comandante espartano que lideró a las tropas de Cartago contra Marco Atilio Régulo en el año 255 a.C., durante la Primera Guerra Púnica. Se encargó de instruir al ejército púnico, y derrotó en Túnez a Régulo y al ejército romano gracias a una hábil estrategia en las posiciones de los elefantes y la caballería cartaginesa. Tito Livio lo menciona en su obra introduciéndolo en un discurso de Escipión en 28, 43, 19.

[239] [illegible] expedición de una batalla naval.

I

Qué dimensiones debe tener el ejército

(1) El primer libro ha expuesto la elección y el adiestramiento de los reclutas, el segundo ha explicado la organización de la legión y la disciplina militar, este tercero hace sonar el *classicum*[261]. (2) Los contenidos previos han sido presentados con anterioridad precisamente con el fin de que, al respetar el orden que marca la disciplina, las condiciones sobre las que se fundamentan la destreza para dominar las situaciones de confrontación y los elementos esenciales de la victoria se puedan comprender más fácilmente y resulten de mayor provecho.

(3) Recibe el nombre de ejército un conjunto de legiones, de tropas auxiliares y de soldados de caballería reunido para batallar. Sus dimensiones son competencia de los maestros

[261] Con la metáfora sonora Vegecio se refiere a la confrontación bélica de los ejércitos. El *classicum*, como ya dijo en 2, 22, 3, era el sonido que representaba la solemnidad imperial en el mando militar y, por tanto, del acto mismo de la contienda contra el enemigo. Fundamentalmente la expresión pretende marcar la transición en los contenidos del plano del entrenamiento y la instrucción de los reclutas y los demás soldados, referidos en el libro primero, y de la exposición de los fundamentos del ejército romano, abordados en el libro segundo, a los contenidos específicos del combate. Dicho de otro modo, frente a los dos primeros libros, donde Vegecio había tratado asuntos relativos al ejército, a su formación y a su estructura, en este tercer libro el tema será la guerra en sí y por sí misma.

de armas[262]. (4) Cuando se releen los ejemplos de Jerjes[263], de Darío[264], de Mitrídates[265] y de todos los demás monarcas que dotaron de armamento a un sinfín de pueblos, resulta evidente que los ejércitos excesivamente numerosos se desmoronaron más por culpa de la propia aglomeración de gente que por mérito de los enemigos. (5) Y es que un grupo demasiado nutrido de soldados está sujeto a muchos inconvenientes; en los desplazamientos es siempre muy lento como consecuencia de su gran tamaño, y en la formación, al ser más larga, sufre a menudo acometidas de grupos pequeños; por otro lado, en los lugares escarpados o en los vados de los ríos es objeto de emboscadas por la lentitud en el transporte de los fardos,

---

262 Los *magistri armorum* fueron creados como cargos de mando de la administración castrense durante la reforma del alto estamento militar realizada por Constantino. Cuando el prefecto del pretorio perdió sustancialmente sus atribuciones militares para pasar a ser una figura administrativa de tipo civil se crearon dos *magistri armorum* o *magistri militum* (respectivamente *magister peditum praesentialis* y *magister equitum praesentialis)* que asumieron el mando del ejército.

263 Jerjes fue rey de Persia entre el año 486 y el 465 a.C. y dio continuidad a los planes de su padre Darío de realizar una campaña militar contra las ciudades griegas. Durante todo su reinado encarnó una seria amenaza para los intereses y la integridad de los habitantes de la Hélade. Nótese cómo también aquí Vegecio hace depender el conocimiento histórico de los ejemplos de Jerjes, Darío y Mitrídates de las fuentes escritas.

264 Probablemente se trata de Darío III, que accedió al trono persa a la muerte de Artajerjes IV y murió en el año 330 a.C. Entabló una campaña militar a gran escala para plantar resistencia al ejército macedonio de Alejandro Magno, que en su política expansionista hacia oriente pretendía subyugar a cuantos pueblos encontraba en su camino. Sin embargo, a pesar del gran despliegue militar de Darío y de sus habilidades como comandante, acabó siendo derrotado a manos de las tropas macedonias dirigidas por Alejandro.

265 Mitrídates fue el nombre de seis de los ocho monarcas que en época helenística reinaron en el Ponto en Asia Menor. De todos ellos el más renombrado y por ello el más susceptible de ser a quien Vegecio se está refiriendo en este pasaje fue Mitrídates VI Eupator Dioniso, nacido en el año 120 a.C. y muerto en el 62. Hijo de Mitrídates V Evergetes, representó la amenaza militar más peligrosa de su época para el poder de Roma en aguas orientales del Mediterráneo. Tras la conquista de Crimea, el norte del Euxino, Capadocia y Bitinia y su celebrada llegada a Atenas, Roma le declaró oficialmente la guerra. Sila lo derrotó con cinco legiones y Mitrídates se rindió en el año 85, aunque aún se revolvería de nuevo contra Roma en dos ocasiones más hasta que Pompeyo Magno lo venció definitivamente recluyéndolo en Crimea.

y además cuesta mucho obtener forraje para grandes cantidades de caballos y demás animales. (6) De igual forma la dificultad para el aprovisionamiento, situación a evitar en cualquier tipo de campaña, provoca de inmediato el cansancio a los ejércitos más numerosos, pues por muy eficientemente que se prepare el suministro de provisiones cuanta más gente haya para repartir antes empieza a escasear. (7) En ocasiones incluso el agua resulta apenas suficiente si hay demasiados soldados. Y si por las circunstancias las tropas deben batirse en retirada es inevitable que, al haber muchos soldados, muchos sean los que caigan, y que los que consigan escapar, como ya han sido una vez presa del pánico, tengan miedo al combate en lo sucesivo.

(8) Los antiguos, que habían aprendido por experiencia propia los medios para salvar las dificultades, preferían contar no tanto con ejércitos muy numerosos cuanto con ejércitos bien instruidos en el uso de las armas. (9) De este modo, para las guerras menores consideraron que era suficiente una sola legión junto con las correspondientes tropas auxiliares, es decir, diez mil soldados de infantería y dos mil de caballería, y a menudo eran los pretores quienes, como comandantes de menor rango, dirigían este contingente a la campaña. (10) Y si se tenía información de que las tropas enemigas eran numerosas se enviaba a un hombre con potestad consular como conde mayor[266] con veinte mil soldados de infantería y cuatro mil de caballería. (11) En el caso de que se alzara en armas una cantidad inmensa de gente perteneciente a pueblos particularmente belicosos, entonces por exigencia de las perento-

---

[266] El *comes* era la figura militar que en la jerarquía castrense del Bajo Imperio se encontraba por debajo de los *magistri militum* y a quien era encomendada por lo general la dirección del ejército en campaña militar y sólo raramente el mando sobre el ejército en posiciones militares fronterizas. El *comes maior* debía de designar al oficial con el privilegio de la mayor autoridad dentro de los *comites*. Por tanto venía a ser algo parecido a un subcomandante del ejército romano. Aunque es difícil mantener el sentido del original latino, hemos optado por traducirlo como "conde", término que ha resultado de la evolución de *comes* al castellano, pero debe entenderse en el sentido mencionado, como subcomandante u oficial militar sólo inferior a los *magistri militum* y al emperador mismo.

rias circunstancias se enviaban dos comandantes y dos ejércitos con las siguientes instrucciones: "que salvaguarden al Estado de recibir daño alguno ambos cónsules, juntos o por separado" o bien "por separado o juntos"[267]. (12) Por último, aunque el ejército romano tenía que luchar en distintas regiones contra distintos enemigos casi cada año, había suficientes efectivos porque consideraban más eficaz tener muchos ejércitos que tener ejércitos muy grandes, pero siempre tomando la precaución de que en ningún caso hubiera en el campamento mayor cantidad de soldados de las tropas auxiliares aliadas que de ciudadanos romanos.

---

[267] La expresión *alter ambove* era una fórmula tipificada del lenguaje técnico del derecho romano característica de los decretos estipulados por el Senado, que subraya particularmente el carácter colegiado y dual de la administración consular. La fórmula aparece como *ambo alterve* en Frontino en un pasaje que reproduce un decreto senatorial (*Aq.* 100, 4) y como *alter ambove* en las *Filípicas* ciceronianas, hasta en ocho ocasiones (5, 53 —dos veces—; 7, 11; 8, 33; 9, 15; 11, 31; 14, 36 —dos veces—). Todavía Aulo Gelio (1, 12, 5) recoge la fórmula en su forma *alter ambove* a partir de un pasaje de Antistio Labeón relativo al derecho sacral.

II

Cómo preservar la salud del ejército

(1) Ahora voy a tratar un tema de extrema importancia, cómo preservar la salud del ejército, que está en función de los lugares, de las aguas, del tiempo, de los remedios medicinales y del ejercicio[268].

(2) En lo que concierne a los lugares, hay que evitar que en pleno verano los soldados hagan paradas en una región insalubre cerca de cenagales infectos y en campos o colinas áridos sin sombra de árboles y sin tiendas de campaña. (3) Se debe evitar que contraigan enfermedades por el calor del sol y por la fatiga de la marcha como consecuencia de haber salido tarde, siendo preferible emprender la marcha antes del alba y llegar al punto de destino cuando aprieta el calor. (4) En la crudeza del invierno no deben realizar desplazamientos de noche por lugares cubiertos de nieve y escarcha, quedarse sin madera ni echar en falta prendas de abrigo. Y es que obligar a un soldado a pasar frío no resulta bueno para la campaña ni para su propia salud.

(5) El ejército tampoco debe emplear aguas infectas ni estancadas puesto que beber agua en mal estado provoca en quien la bebe el mismo efecto pernicioso que un veneno.

(6) Pero en cualquier caso es preciso el celo constante de los oficiales[269], de los tribunos y del propio conde, que está revestido de la máxima autoridad[270], para que los soldados que caigan enfermos por alguna circunstancia se recuperen con una dieta apropiada y sean tratados con los conocimientos de los médicos, (7) pues poco se puede hacer con soldados que

---

[268] En este capítulo Vegecio expone su faceta más encaramada a los asuntos relativos a la medicina y la salud, a cuyo interés se debe también su tratado de medicina veterinaria, su otra obra conservada, la *Mulomedicina*.

[269] Los ya comentados *principia* (véase nota 159).

[270] Se trata del *comes maior* mencionado en el capítulo anterior.

se ven apremiados a la vez por las exigencias de la guerra y por las de la enfermedad.

(8) Sin embargo los expertos en técnica militar consideraban más beneficioso para la salud de los soldados el entrenamiento diario en el uso de las armas que los médicos. (9) Por eso tomaron la determinación de que los soldados de infantería se ejercitaran sin interrupción, a cubierto cuando nevaba o llovía y en el campo de entrenamiento los demás días. (10) Del mismo modo decidieron que los soldados de caballería se ejercitaran asiduamente junto con sus caballos no sólo en lugares llanos sino también en lugares escarpados y por caminos poco transitables a causa de los socavones con el fin de que en el fragor de la batalla no pudiera presentárseles ninguna situación que les resultara desconocida. (11) De todo ello se puede entender el esmero que debe aplicar el ejército en aprender la técnica militar, puesto que el hábito al esfuerzo puede procurar la buena salud en el campamento y la victoria en la confrontación.

(12) Si en el periodo otoñal y estival un grupo nutrido de soldados permanece de manera prolongada en los mismos lugares, como consecuencia de la respiración viciada y del aire corrompido por la pestilencia del agua y la podredumbre de su olor se produce una enfermedad muy virulenta que no puede evitarse más que cambiando el campamento frecuentemente de lugar.

III

El cuidado con el que se deben procurar y conservar el forraje y el grano

(1) El orden de la exposición determina que ahora se trate sobre el aprovisionamiento, el forraje y el grano. Y es que la carestía acaba con el ejército más a menudo que la propia lucha y el hambre es más despiadada que la espada. (2) En los demás casos es posible improvisar una solución en el momento, pero cuando escasea el abastecimiento de forraje y de provisiones no hay remedio, si antes no se ha hecho acopio. (3) En toda campaña existe solamente un arma definitiva, que a ti te sobre el alimento y su escasez doblegue a los enemigos.

Por tanto antes de emprender una guerra se debe realizar un cálculo preciso del abastecimiento y de los gastos para pedir con mayor premura el forraje, el grano y todos los demás tipos de provisiones, que habitualmente se reclaman a las administraciones provinciales, y para almacenarlos siempre en cantidades superiores a las necesarias en lugares apropiados a este fin y perfectamente fortificados. (4) Y si las provisiones entregadas como tributo no resultan suficientes, será necesario comprarlas pagándolas por adelantado. Pues llevar dinero no es seguro si no se puede garantizar su defensa con las armas. (5) En muchas ocasiones el estado de necesidad aumenta y a menudo un asedio dura más de lo previsto, porque los enemigos no cejan de asediar a quienes esperan vencer por el hambre, aunque también ellos estén hambrientos. (6) Además todo aquello de lo que en forma de ganado, cereales o vino pudiera apropiarse el enemigo para su propia manutención durante el combate se debe trasladar, avisando previamente a los propietarios mediante edictos o incluso obligándolos a ello por medio de agentes elegidos para este cometido, a fortines apropiados y protegidos por guarniciones armadas o a ciudades seguras, (7) y se debe instar a los habitantes de las

provincias a que en caso de ataque se refugien con sus bienes dentro del recinto amurallado[271].

Se debe conceder prioridad a la reparación de la muralla y de las máquinas de guerra. Si el enemigo ataca mientras los asediados están ocupados, todo se vuelve confuso por el pánico y resulta imposible solicitar ayuda de otras ciudades con las rutas de comunicación cortadas. (8) No obstante, la firme custodia de los silos y el racionamiento mesurado de las provisiones suele ser suficiente sobre todo si se cumple desde el principio. Además es austeridad intempestiva querer economizar cuando ya no queda nada[272].

(9) En las campañas particularmente duras los antiguos solían distribuir las provisiones de acuerdo al número de soldados y no a su graduación, de forma que cuando pasaba la emergencia el Estado resarcía a los cargos militares con una compensación.

(10) En invierno hay que evitar quedarse sin leña y sin pasto, en verano quedarse sin agua. En cambio la escasez de grano, de vinagre o vino y de sal debe ser prevenida en cualquier estación. Las ciudades y los fortines deben ser defendidos por los soldados (11) que estén menos preparados para el combate, con armas, flechas, fustíbalos, hondas y piedras, con catapultas y con ballestas. Sobre todo se deben tomar precauciones para que los enemigos con mentiras y falsos juramentos no hagan presa de sus engaños la incauta ingenuidad de los provincianos, (12) pues a menudo a los crédulos el fingimiento de tratos y de paz les ha provocado más daño que las propias armas. De acuerdo a esta consideración los enemigos que están reunidos sufren el hambre, pero si se dispersan son vencidos con facilidad en continuos ataques.

---

[271] En realidad en algunas ocasiones el afán por destruir cualquier elemento que pudiera ser útil al enemigo durante el asedio llegaba al extremo de derribar incluso los edificios construidos *extra muros* para que los enemigos no pudieran aprovecharlos y hacer uso de ellos (véase, por ejemplo, Tácito, *Hist.* 4, 22, 1).

[272] La formulación vegeciana en forma de *sententia* "sera parsimonia est tunc seruare cum deficit" parece articularse en una dialéctica de emulación con el modelo senecano en la *sententia* que reza (*Ep.* 1, 5) "sera parsimonia in fundo est".

IIII

Cómo conviene prevenir las revueltas de los soldados

(1) A veces un ejército formado por soldados de distinta procedencia provoca un tumulto y finge montar en cólera por no ser llevado al combate, cuando en realidad no quiere luchar. Este comportamiento lo muestran sobre todo aquellos que han pasado mucho tiempo ociosos y entre comodidades en las guarniciones. (2) Así pues, irritados por la dureza de una fatiga a la que no están acostumbrados y que es inevitable soportar durante una campaña y temerosos del combate dado que han abandonado el entrenamiento en el uso de las armas, se lanzan a una osadía de tal cariz.

(3) A esta herida se le suele aplicar una combinación de medicinas; el tiempo que permanezcan aislados en las guarniciones deben estar sujetos a todo tipo de instrucción supervisada con estricta rigurosidad por tribunos, lugartenientes[273] e incluso oficiales[274], y no prestarán atención a otra cosa que no sea la obediencia y la compostura. Harán con asiduidad lo que ellos denominan *campicursio*[275] y pasarán revista al armamento, no recibirán permisos y obedecerán siempre a las llamadas y a las señales[276]. (4) Deben emplearse con asiduidad durante la mayor parte del día y hasta la extenuación en lanzar flechas, arrojar proyectiles, tirar piedras con la honda o con la mano, en las posiciones de la *armatura*[277], en golpear con unos listones, como si fueran espadas, de punta y de can-

---

[273] Los *uicarii*.

[274] Los *principia*.

[275] Esta *campicursio*, testimoniada exclusivamente en Vegecio, debía de ser como indica su nombre un tipo de ejercicio de carrera ejecutado en el campo de entrenamiento.

[276] Sobre el sentido de *respondere ad nomen* como obedecer en sentido militar, véase Pacato, 12 [2], 32, 4-5. *Signa* aquí tiene el mismo sentido de "señales" que en el capítulo siguiente.

[277] Véase nota 23.

to, e igualmente deben entrenarse en correr y atravesar zanjas de un salto. (5) Y si hay mar o algún río cerca de las guarniciones, en verano se les obligará a todos a nadar, así como a partir leña, a marchar por pedregales y por lugares escarpados, a cortar madera, a excavar zanjas, a ocupar alguna posición y atacar a quienes vienen contra ellos con escudos, para no ser expulsados de allí. (6) Los soldados que reciben este adiestramiento y esta instrucción en las guarniciones, sean legionarios, auxiliares o soldados de caballería, cuando se reúnan para una campaña procedentes de distintas unidades inevitablemente tendrán más deseos de combatir compitiendo en valor entre sí que de permanecer inactivos, pues nadie piensa en provocar tumulto cuando tiene plena confianza en su pericia y sus fuerzas.

(7) El comandante debe estar atento para saber por mediación de los tribunos, los lugartenientes y los oficiales, y no basándose en la mala fe de los delatores sino en la constatación de los hechos, si en alguna legión, tropa auxiliar o escuadrón hay soldados alborotadores o sediciosos, y para, una vez apartados del campamento con algún pretexto inteligente, asignarles alguna misión que les resulte casi apetecible, o bien fortificar y proteger fortines y ciudades, con tal sutileza que crean que han sido elegidos cuando en realidad son alejados de los demás. (8) Y es que un grupo de gente nunca se alza a la desobediencia de común acuerdo sino que ésta es incitada por unos pocos que esperan que transgredir las normas con mucha gente signifique la impunidad para sus excesos y sus delitos.

(9) Y si lo extremo de la situación recomienda la medicina de la espada, según las costumbres de nuestros antepasados lo más correcto es castigar a los responsables de los delitos, de modo que el miedo les afecte a todos pero el escarmiento sólo a unos pocos. (10) Sin embargo tienen más mérito los comandantes cuyo ejército está temperado por el esfuerzo y la dedicación que aquellos otros cuyos soldados muestran sumisión por el temor a las represalias.

V

Cuántos tipos de señales militares existen

(1) Los soldados deben aprender y estar atentos a muchas cosas, puesto que ciertamente no hay excusa para la negligencia cuando está en juego la vida. Pero por encima de todo lo demás no hay nada más productivo para alcanzar la victoria que obedecer las indicaciones de las señales. (2) Pues como en pleno fragor de la batalla es imposible dirigir a una multitud solamente con la voz y como según las circunstancias deben ordenarse y cumplirse muchas instrucciones de forma imprevista, una antigua práctica común a todos los pueblos halló el modo de que todo el ejército supiera y pudiera obedecer lo que el comandante considerase oportuno.

(3) Como todo el mundo sabe existen tres tipos de señales: orales, semiorales y mudas[278]. Las señales orales y semiorales se perciben por el oído, mientras que las mudas están dirigidas a la vista. (4) Se denomina señales orales a aquellas emitidas por la voz humana, como cuando en las guardias o en combate se dice como contraseña por ejemplo "¡victoria!", "¡palma!", "¡valor!", "¡que Dios nos acompañe!", "¡triunfo del Emperador!" (5) y cualquier otra que decida quien ostenta la autoridad máxima en el ejército. Sin embargo hay que tener presente que estas palabras deben cambiarse cada día para evitar que de tanto repetirlas los enemigos lleguen a aprenderlas y que puedan merodear impunemente entre los nuestros mientras espían.

---

[278] *Vocalis, semiuocalis et muta.* Esta tripartición se corresponde con la división de los *instrumenta fundi* en la disciplina agronómica: *genus uocale: in quo sunt serui, semiuocale: in quo sunt boues* y *mutum: in quo sunt plaustra* (véase Varrón, *rust.* 1, 17, 1; cfr. C. De Meo, *Lingue tecniche del latino*, Bolonia, Pàtron, 1986, pág. 183).

(6) Las señales semiorales son las que se dan con la trompeta[279], la corneta[280] o la bocina[281]. Se llama trompeta al instrumento recto, bocina al que gira sobre sí mismo en un círculo de bronce, y corneta al que, hecho con el cuerno del bisonte salvaje y soldado con plata, se escucha gracias al soplido modulado musicalmente que emite el aire de quien lo hace sonar. (7) Por mediación de estos instrumentos el ejército reconoce en unos sonidos perfectamente identificados si debe permanecer quieto, avanzar o retroceder, o si debe perseguir al enemigo que huye o batirse en retirada.

(8) Las señales mudas son las enseñas de las águilas, los dragones, los pendones[282], las flámulas[283], las jubas[284] y los penachos[285]; a donde quiera que ordene el comandante que sean

---

[279] La *tuba* (véase nota 167).

[280] El *cornu* (véase nota 168). La explicación que Vegecio hace de este instrumento a continuación presenta problemas en la transmisión manuscrita y su interpretación suscita muchas dudas entre los estudiosos.

[281] La *bucina* (véase nota 169).

[282] Los *uexilla*. Vegecio ya había dicho en 2, 1 (véase nota 134) que la *uexillatio* procedía de *uelum*, un pedazo de tela. Estos *uexilla* eran normalmente los estandartes de la caballería, aunque también podían ser utilizados a título honorífico como recompensas militares. Su tamaño debía de ser de entre medio metro y un metro cuadrado y se llevaban colgados de una traversa unida al asta en cruz y probablemente con el nombre de la legión escrito en su superficie.

[283] A propósito de las flámulas dice Juan Lido (en *De magistr.* 1, 8) cuando habla de los *uexilla* "φλάμμουλα αὐτὰ ἀπὸ τοῦ φλογίνου χρώματος καλοῦσι" (a esos mismos [sc. *uexilla*] los llaman *flammulae* por su color flamígero"). Es decir, que la *flammula* era un sinónimo de *uexillum*, quizás incluso un tipo particular caracterizado por su color encendido.

[284] Juan Lido define lo que son las *tufae* (en *De magistr.* 1, 8) diciendo: "δόρατα ἐπιμήκη [...] ἀκροξιφίδας μὲν οὐκ ἔχοντα, ᾐωρημένας δὲ λοφιάς· καλοῦσι δὲ αὐτὰς οἱ Ῥωμαῖοι ἰούβας, οἱ δὲ βάρβαροι τοῦφας βραχύ τι παραφθαρείσης τῆς λέξεως" ("lanzas [...] carentes de punta metálica, adornadas con cerdas muy largas: los bárbaros las llaman *tubas* y los bárbaros por su parte *tufas*, corrompiendo un poco la palabra"). La *tufa* parece ser la latinización del *thûf* anglosajón que ha dado lugar a *tuft* en inglés (cf. W. Heraeus, "Die römische Soldatensprache", *Archiv für lateinische Lexik. und Gramm.* 12, 1902, pág. 264).

[285] De las *pinnae* Juan Lido no habla en el pasaje aducido en las notas anteriores. Su sentido en el pasaje de Vegecio parece poderse entender a la luz de la explicación de Varrón *(ling. lat.* 5, 142), que dice que los soldados que llevaban un distintivo *(milites insigniti)* solían llevar plumas *(pinnae)* en el yelmo de igual modo que los gladiadores samnitas.

llevados los estandartes es preciso que se dirijan los soldados acompañando al suyo. (9) Hay además otras señales mudas que el comandante determina que sean portadas en los caballos, en los uniformes o en las propias armas para poder distinguir al enemigo. También se hacen indicaciones con la mano, con una fusta, a la manera de los bárbaros, o agitando una prenda de vestir de las que lleva puestas.

(10) Todos los soldados sin excepción deben habituarse a seguir y entender todas estas señales en las guarniciones, en las marchas y en todas las ejercitaciones del campamento. Pues parece necesaria la práctica continua en tiempos de paz de aquello que se deberá tener presente en medio de la confusión de la batalla.

(11) Otra señal igualmente muda y conocida por todos es la polvareda que asemeja una nube cuando avanza una multitud y que indica que los enemigos se aproximan. De igual modo, si las tropas están divididas se comunica a los aliados por la noche con las llamas y por el día con el humo lo que no puede indicarse de otra forma. (12) Hay quien cuelga travesaños en las torres de los fortines o de las ciudades que, colocados unas veces en posición horizontal y otras en vertical, informan de cuanto sucede.

VI

Precauciones que deben tomarse cuando el ejército se mueve cerca de los enemigos

(1) Quienes han estudiado con profundidad la técnica militar aseguran que suelen producirse más situaciones de peligro en los desplazamientos que en el propio combate. (2) Y es que efectivamente en la confrontación todos los soldados están armados, ven al enemigo frente a frente y vienen preparados mentalmente para luchar; en cambio durante los desplazamientos el soldado está menos armado y menos atento y se sobrecoge inesperadamente ante la violencia de un ataque o por el engaño de una emboscada. (3) Por tanto el comandante debe poner toda su atención e interés en procurar no sufrir ataques cuando avanzan o en estar en condiciones de repelerlo con facilidad y sin recibir daños.

(4) En primer lugar debe tener guías de ruta[286] lo más minuciosas posible de todas las regiones en las que se desarrolla la guerra para poder conocer perfectamente no sólo las distancias en millas entre los lugares sino también la calidad de los caminos, y para poder evaluar con fiabilidad los atajos, los caminos secundarios, los montes y los ríos allí descritos. Y has-

[286] Los itinerarios o guías de ruta *(itineraria)* habían comenzado a utilizarse desde época relativamente temprana para las campañas militares, pero fue en particular a partir de la época de Diocleciano cuando estos itinerarios, sea como repertorio de vías y distancias sea como representación gráfica de los territorios, comenzaron a proliferar. Lo más parecido a los itinerarios gráficos o guías de ruta con representaciones gráficas *(itineraria picta)* que se conserva es la famosa *Tabula Peutingeriana*, aunque es probable que el tipo de itinerario gráfico que menciona aquí Vegecio fuera más específico y por tanto más detallado pero menos extenso. Por su parte en el caso de los itinerarios que sólo recopilan distancias y trayectos a modo de prontuarios de rutas *(itineraria adnotata)* los *Itineraria Antonini Augusti* pueden dar una visión aproximada del tipo de documento que eran y de la información que proporcionaban al usuario.

ta tal punto esto es así que se asegura que los comandantes más concienzudos tenían no sólo guías de ruta anotadas de las provincias en las que se producía la alerta sino incluso guías con representaciones gráficas, de forma que podían elegir la ruta que iban a tomar no sólo con una estimación mental sino con la propia valoración visual del terreno.

(5) A este propósito el comandante debe hacer por separado todo tipo de consultas a los soldados más expertos, a los altos cargos militares y a quienes conocen bien el terreno, y extraer a partir de las distintas opiniones la conclusión más ajustada a la realidad. Además, ante el riesgo de quienes eligen los caminos, debe escoger guías apropiados y competentes y ponerlos bajo custodia haciéndoles ver claramente el castigo o la recompensa que les espera. (6) Colaborarán tan pronto como se den cuenta de que no tienen posibilidades de huir y de que la lealtad les depara recompensas y la traición, castigos. (7) Asimismo hay que procurar buscar hombres inteligentes y experimentados para evitar que un error de dos o tres personas entrañe un peligro para todos. Algunas veces la inexperiencia de la gente inculta asume muchos compromisos y cree saber cosas que no sabe.

(8) Pero la cautela fundamental es que el ejército ignore a dónde o por qué rutas va a dirigirse, pues se considera que lo más seguro en una expedición es que nadie sepa lo que se va a hacer. (9) Precisamente los antiguos adoptaron el estandarte del Minotauro[287] en las legiones con el fin de que, del mismo modo que se contaba que aquél permanecía escondido en lo más profundo y recóndito del laberinto, estuvieran siempre ocultos los planes del general. (10) Resulta segura la ruta que el enemigo ni siquiera sospecha que se va a seguir. Pero dado que los espías enviados por el bando contrario advierten la partida por ciertos indicios o porque lo ven con sus propios ojos y además en algunas ocasiones no faltan desertores ni confidentes, se indicará a continuación cómo se deben afrontar las posibles amenazas.

---

[287] Véase nota 154.

(11) Cuando el ejército en formación se dispone a partir el comandante debe enviar expertos de su confianza provistos de los mejores caballos a inspeccionar los lugares por donde se va a pasar, hacia delante y hacia atrás, a derecha y a izquierda, para prevenir que los adversarios puedan urdir emboscadas. (12) Los exploradores actúan más seguros de noche que de día. Y cuando los enemigos descubren a un espía el comandante resulta en cierto modo traidor de su propia causa.

(13) Por tanto primero debe emprender la marcha la caballería, luego la infantería y entre medias se deben colocar los fardos, las bestias de carga, los lacayos y los carros, de modo que la infantería ligera y la caballería ligera vayan por delante, pues mientras marchan a veces son atacados por el frente, pero en la mayoría de las ocasiones el ataque se produce por la retaguardia. (14) Los fardos también se deben cubrir por los flancos con un grupo de hombres armados que tenga las mismas dimensiones, puesto que los enemigos a menudo atacan en los laterales. (15) No obstante, hay que tener especial cuidado de que la parte por la que se cree que va a llegar el enemigo esté protegida por los mejores soldados de caballería, por los soldados de armamento ligero y por los arqueros de infantería. (16) Y si los enemigos llegan envolviendo al ejército por todas partes, entonces deben prepararse refuerzos por todas partes.

(17) Para evitar que un ataque por sorpresa provoque muchos daños hay que exhortar a los soldados para que estén concentrados y lleven las armas empuñadas; pues en una situación de peligro las maniobras repentinas desencadenan el miedo, las que están previstas de antemano no provocan ningún temor. (18) Los antiguos prestaban un cuidado especial a evitar que los lacayos, por estar heridos unas veces y asustados otras, y las bestias de carga espantadas por el bullicio pudieran distraer a los soldados mientras combatían y que por estar demasiado desperdigados o más apiñados de lo conveniente resultaran un estorbo para los suyos y una ayuda para los enemigos. (19) Y por esta razón decidieron que, siguiendo el ejemplo de los soldados, los fardos quedaran distribuidos bajo ciertos estandartes. Luego elegían hombres aptos y experimentados de entre los propios lacayos a los que denominan

"galiarios"[288], que colocaban al mando de no más de doscientos mozos y bestias de carga. (20) Les daban también pendones para que supieran bajo qué estandarte debían reunir los fardos. Pero a pesar de todo los soldados se mantenían a una cierta distancia de los fardos para no resultar heridos durante el combate por tener poco espacio para maniobrar.

En los desplazamientos del ejército el sistema de defensa va cambiando con arreglo a las variaciones de las características del terreno.

(21) En campo abierto normalmente suele atacar mejor la caballería que la infantería, en cambio en parajes boscosos, montañosos o pantanosos son más temibles las tropas de infantería. (22) Hay que evitar que por descuido se rompa la formación o ralee porque unos avancen deprisa y otros lo hagan con mayor lentitud, pues los enemigos irrumpen inmediatamente por los huecos abiertos. (23) Por eso hay que encargar a los instructores más experimentados, a lugartenientes o a los tribunos que ralenticen el paso de los más veloces y hagan acelerar a los que se mueven muy despacio. (24) Y es que cuando el enemigo realiza un asalto los que van muy delante quieren más bien huir que retroceder, en cambio los que van últimos, abandonados por sus compañeros, sucumben por la violencia del enemigo o por la propia desesperación.

(25) Es preciso tener presente que los enemigos tienden emboscadas por sorpresa o atacan en batalla campal en los lugares que consideran propicios. (26) El buen oficio del comandante evita que las encerronas puedan causar daños, explorando convenientemente todos los lugares de antemano; una vez que queda al descubierto una emboscada, si se rodea al enemigo en el modo apropiado se le causa un estrago mayor del que éste pretendía infligir. (27) Por otro lado, si se prepara un ataque frontal en una montaña, las guarniciones deben ocupar los lugares más elevados para que cuando el enemigo llegue se encuentre por debajo y no se atreva a atacar al ver hombres armados enfrente y por encima de él. (28) Si los caminos son estrechos pero seguros es preferible que los sol-

[288] Véase 1, 10, 4 y nota 57.

dados vayan por delante abriendo paso afanosamente con hachas y machetes que exponerse a un riesgo marchando por el camino mejor acondicionado.

(29) Además debemos conocer las costumbres de los enemigos, si acostumbran a atacar de noche, al alba o en la hora de reposo de los soldados cansados, y tomar medidas para afrontar lo que pensamos que van a hacer a partir de su conducta habitual. (30) Es también conveniente saber si es más poderosa su infantería o su caballería, los lanceros o los arqueros, si son superiores en el número de soldados o en el equipamiento de combate, (31) así como disponer el ejército de modo que a nosotros nos resulte ventajoso y a ellos desfavorable. Se debe también ponderar si es preferible emprender la marcha por el día o por la noche y qué distancia hay hasta los lugares a los que queremos llegar, (32) para evitar que en verano les falte el agua a los soldados durante el desplazamiento y que en invierno se encuentren en el camino pantanos difícilmente franqueables y regatos crecidos que al cerrar el paso permitan al enemigo acorralar al ejército antes de poder llegar a destino.

(33) Y en la misma medida que redunda en nuestro propio beneficio evitar tales situaciones de manera inteligente, si la torpeza o la inexperiencia de los enemigos ofrece la ocasión, no se debe dejar pasar la oportunidad, sino que se debe espiar con atención y (34) atraer a confidentes y desertores con el fin de conseguir averiguar los planes actuales y futuros del enemigo y caer sobre ellos por sorpresa con las tropas de caballería y las de armamento ligero preparadas mientras marchan o buscan forraje y provisiones, provocándoles el pánico inesperadamente.

VII

Cómo vadear los ríos de mayor tamaño

(1) Atravesar los ríos supone a menudo un grave riesgo si no se presta atención pues si la corriente es muy fuerte o el cauce muy ancho los animales de carga[289], los mozos e incluso los soldados menos eficientes suelen hundirse bajo las aguas.

(2) Por tanto, una vez explorado el remanso por el que se va a atravesar, se colocan dos líneas de soldados de caballería con buenos caballos separadas por una distancia oportuna para que entre una y otra puedan cruzar la infantería y los animales. (3) De este modo la línea que queda más arriba atenúa el empuje de la corriente y la que queda más abajo recoge a quienes caen y son arrollados y los lleva al otro lado del río. (4) Ahora bien cuando la excesiva profundidad del río no permite el paso ni a caballería ni a infantería, si discurre por un lugar llano, se ramifica su curso excavando numerosos canales y, una vez escindido, se atraviesa fácilmente. (5) Por su parte los ríos navegables se pueden atravesar clavando palos y colocando encima tarimas o si no también es posible cruzarlos con un sistema de carácter provisorio, atando barriles vacíos y poniéndoles unos tablones por encima. (6) Los soldados de caballería ligera suelen hacer manojos de cañas secas o paja y sobre ellos colocan las corazas y las armas para que no se mojen; ellos y los caballos cruzan a nado y llevan atados los manojos con sogas. (7) Pero se ha llegado a la conclusión de que es más cómodo que el ejército transporte en los carros unos *monoxilos*[290], es decir, botes un poco anchos excavados en un solo tronco y muy ligeros por estar hechos de un tipo de ma-

---

[289] En este caso *impedimenta* se refiere a las bestias de carga que llevaban el equipaje.

[290] Véase notas 250 y 251.

dera muy fina; también se llevan tarimas y clavos de hierro ya listos para usarlos. (8) De este modo un puente construido de inmediato y asegurado con cuerdas, de las que siempre hay que estar bien provisto, ofrece la solidez de uno de piedra en el momento preciso.

Los enemigos suelen tender con gran rapidez emboscadas y ofensivas en los pasos de los ríos. (9) Para hacer frente a este peligro se colocan en una y otra orilla destacamentos armados para que el ejército no sea aniquilado mientras atraviesa dividido el lecho del río. Con todo es más seguro poner estacadas en ambas partes y así hacer frente sin bajas a un eventual ataque. (10) Y si el puente fuera necesario no sólo para la ida sino también para la vuelta y para transportar los bagajes, en ese caso tras haber excavado zanjas anchas y haber levantado una empalizada en ambos extremos se deben situar soldados que mantengan franco el puente durante el tiempo que sea necesario[291].

---

[291] Una indicación similar se puede encontrar en *De rebus bellicis* 16, 5.

VIII

Cómo debe organizarse el campamento

(1) Una vez expuestas las precauciones relativas a los desplazamientos, parece oportuno pasar a la consideración del campamento, en el que debe permanecer el ejército. En tiempo de guerra no siempre se dispone de una ciudad amurallada como campamento permanente o de paso y que el ejército acampe disperso sin ninguna fortificación es un acto temerario y de alto riesgo, pues mientras los soldados están ocupados comiendo o desperdigados para realizar sus tareas, al enemigo le resulta muy fácil urdir asechanzas.

(2) Además la oscuridad de la noche, la necesidad de dormir y la dispersión de los caballos mientras pastan proporcionan la situación idónea para posibles ataques. Cuando se fortifica un campamento no basta con elegir un buen emplazamiento, salvo que sea tan bueno que resulte imposible encontrar otro mejor, para evitar que el enemigo pueda causarnos incomodidades por haber encontrado una posición más favorable que nosotros habíamos pasado por alto. (3) También se deben tomar medidas para evitar que en verano el campamento esté próximo a un lugar infecto o lejos del agua potable y que en invierno haya escasez de pasto o madera, que el campo sufra a menudo inundaciones por las tormentas, que se encuentre en lugares escarpados y apartados y haga difícil la huida en caso de que el enemigo emprenda un asedio, y que el enemigo pueda lanzar proyectiles desde posiciones más elevadas.

(4) Una vez que se han tomado estas precauciones con meticulosa atención, se asentará el campamento con forma cuadrada, redonda, triangular o rectangular según las características del sitio, y si bien es cierto que su forma no influye en su eficacia se consideran más hermosos los campamentos que miden un tercio más de largo que de ancho.

(5) Por otro lado los agrimensores deben establecer las dimensiones[292] del campamento de manera proporcionada al tamaño del ejército, (6) pues cuando el campamento es muy estrecho los soldados están hacinados y cuando es más ancho de lo oportuno los soldados se encuentran desperdigados. Especifican tres modalidades distintas para la zanja. (7) Primero, para pasar la noche durante un desplazamiento o por alguna ocupación menor en plena marcha se colocan los terrones de tierra extraídos del suelo y se forma un terraplén sobre el que se fijan ordenadamente las empalizadas, es decir, estacas y abrojos de madera. (8) Los terrones que tienen la tierra adherida a las raíces de las plantas se cortan con herramientas de hierro y se les da un tamaño de medio pie de alto, uno de ancho y medio de largo[293]. (9) Y si la tierra está tan suelta que no se pueden recortar los terrones para darles forma de ladrillo, se excava una zanja de cinco pies de anchura y tres de altura de tipo provisional y por detrás se levanta un terraplén para que el ejército pueda descansar seguro y sin temor. (10) Un campamento permanente, tanto en verano como en invierno, debe reforzarse con ahínco y muy concienzudamente si el enemigo se encuentra cerca. (11) Cada centuria ocupa las posiciones asignadas[294], distribuidas por los instructores de campo y los oficiales, y con los fardos y los escudos colocados

---

[292] *Podismus* es un tecnicismo de la disciplina agrimensoria tomado directamente de la forma griega (ποδισμός), equivalente al término latino *pedatura* (véase, por ejemplo, G. Chouquer y F. Favory, *L'arpentage romain*, París, Errance, 2001, pág. 451). El *podismus* indica las dimensiones de un campo o recinto expresadas en pies.

[293] Se trata por tanto de unos bloques o ladrillos de 14,8 centímetros de alto, 14,8 de largo y 29,6 de ancho.

[294] La *pedatura* (véase nota 292). Vegecio utiliza en distintos pasajes *podismus* y *pedatura*, sinónimos en forma griega y latina. Probablemente esta falta de criterio selectivo en el uso de la terminología técnica se debe explicar a partir de su dependencia de las fuentes a las que recurre. Se sabe bien que mientras en los tratados agrimensorios el término que suele emplearse es *podismus*, en otros como en el tratado anónimo *De munitionibus castrorum* o *De metatione castrorum*, atribuido erróneamente a Higino, se utiliza *pedatura* y no *podismus*. Esta misma divergencia en el uso del término pudo haberla encontrado Vegecio en sus fuentes y por ello en la *Epitoma* coexisten dos denominaciones distintas para un mismo concepto.

en círculo alrededor de los estandartes los soldados, ceñidos con la espada, abren una zanja de nueve, once o trece pies de anchura o incluso de diecisiete[295] —es costumbre respetar siempre un número impar— si se teme un contingente mayor de enemigos. (12) Luego, una vez que ya se han colocado vallas y se han incrustado troncos y ramas de árboles para que la tierra no se desmorone fácilmente, se levanta un terraplén sobre el que se colocan merlones y baluartes como en un muro. (13) Los centuriones comprueban las dimensiones de la obra con la *decempeda*[296], para evitar que algún soldado haya excavado menos de lo reglamentario o que haya cometido errores por pereza. También vigilan los tribunos y aquellos que se caracterizan por su eficiencia no abandonan el lugar hasta que todo el trabajo no se haya terminado por completo. (14) Para evitar que se produzca un ataque contra los soldados mientras están enfrascados en las tareas de fortificación, toda la caballería y la parte de la infantería que por motivos de escalafón no está ocupada en ningún trabajo deben tomar posiciones delante de la zanja con las armas y dispuestas para el combate y para repeler a los enemigos en caso de que lancen una ofensiva.

(15) Es primordial colocar los estandartes en sus posiciones dentro del campamento puesto que para los soldados no hay cosa más venerable que su majestad, así como preparar el pretorio para el comandante y los condes[297], y montar las tiendas para los tribunos, a quienes ciertos soldados que tienen encomendada esta función abastecen de agua, madera y forraje. (16) A continuación son asignados a las legiones, a las tropas auxiliares, a la caballería y a la infantería, según la graduación, los lugares del campamento en los que tender los barracones, y cuatro soldados de caballería y otros cuatro de infantería por cada centuria montan guardia durante la noche. (17) Y como se consideraba imposible que un solo grupo de soldados es-

---

[295] Es decir, de 2, 66 metros, 3,25 metros, 3,85 metros y 5,03 metros, respectivamente.

[296] La *decempeda* era una vara de diez pies de largo que utilizaban los agrimensores como instrumento para llevar a cabo las mediciones.

[297] *Comites*, véase nota 266.

tuviera toda la noche de guardia en las torres de vigilancia, se dividieron las guardias en cuatro partes determinadas por una clepsidra, de forma que no fuera preciso permanecer despierto más de tres horas por la noche. (18) La trompeta indica el inicio de los turnos de guardia y la corneta vuelve a sonar cuando concluyen. A pesar de todo, los tribunos eligen hombres apropiados y de confianza para inspeccionar las guardias e informar de las posibles infracciones. A estos hombres antes los denominaban *circumitores*, pero en la actualidad han pasado a ser un cargo militar y reciben el nombre de *circitores*[298]. (19) También hay que tener presente que los soldados de caballería deben montar guardia nocturna por fuera de la empalizada. Durante el día, cuando el campamento ya está establecido, se alternan en las patrullas unos centinelas del cuerpo de caballería por la mañana y otros por la tarde para evitar que se cansen soldados y caballos.

(20) Una de las cosas fundamentales es que, tanto si están acampados en un campamento como si lo están en una ciudad, el comandante proporcione forraje a los animales y garantice la seguridad frente a los ataques del enemigo en el transporte del grano y de otros productos y en la provisión de agua, de madera y de pasto. (21) Y esto no se puede conseguir más que colocando destacamentos en lugares oportunos a lo largo del recorrido por el que pasa nuestro convoy, como pueden ser ciudades o fortines amurallados. (22) Y si no se encuentra a disposición ninguna fortificación antigua, se pueden preparar fortines provisionales rodeados por grandes zanjas en posiciones ventajosas. No en vano los *castella*[299] (fortines) toman su nombre como diminutivo de *castra*[300]

---

[298] La figura del *circitor* como cargo militar aparece atestiguada por primera vez en Vegecio. En el escalafón militar el *circitor* era un cargo de bajo rango y se accedía a él desde la condición de soldado raso con la misión de, como bien dice Vegecio, vigilar el cumplimiento de las guardias.

[299] *Castella*, que estamos traduciendo como fortines, es efectivamente un diminutivo de *castra*.

[300] Que traducimos como campamento. En este pasaje se mantiene la forma latina para respetar la remisión etimológica, imposible de reflejar de manera tan palpable en la traducción.

(campamento). (23) Los soldados de infantería y caballería que están destinados allí para patrullar aseguran el tránsito de las caravanas en campo abierto. Y es que difícilmente se atreve el enemigo a entrar en un paraje en el que sabe que hay adversarios apostados por delante y por detrás.

VIIII

Qué elementos hay que tomar en consideración y en qué medida para discernir si se debe combatir con ataques por sorpresa y emboscadas o en batalla campal

(1) Aquel que se digne a leer estos apuntes de técnica militar extractados de autores de absoluta confianza, deseará escuchar cuanto antes el procedimiento de la batalla y los preceptos relativos al combate[301]. (2) Ahora bien una confrontación abierta se dirime en dos o tres horas de lucha, tras la cual se esfuman todas las esperanzas del bando que ha sido vencido. Por este motivo se deben barajar todas posibilidades, se debe intentar cualquier plan, se debe hacer cualquier cosa antes de llegar a este recurso extremo. (3) Los buenos comandantes no buscan la confrontación en combate abierto, donde el peligro es para todos igual, sino que siempre la buscan por sorpresa con el fin de, en la medida de lo posible, acabar con los enemigos o cuanto menos provocar en ellos el pánico sin que las tropas propias sufran bajas. A continuación expondré todo cuanto en alguna medida los antiguos consideraron necesario conocer a este respecto.

(4) El principal y más útil procedimiento para un comandante consiste en tratar en consejo con hombres de todo su ejército expertos en materia militar y buenos conocedores de las propias tropas y de las del enemigo, rechazando todo tipo de adulación, que siempre resulta tan perniciosa, si es él o el enemigo quien tiene mayor número de efectivos, si están me-

[301] Como se puede comprobar, Vegecio no limita la difusión de su obra a su dedicatario sino que plantea la posibilidad de un eventual lector (bien cabe pensar que el autor proyecta sobre la obra su imagen del "lector ideal" con un horizonte de expectativas bien definido) interesado en la materia expuesta y en particular en la preceptiva y en los distintos procedimientos destinados al desarrollo de la estrategia de combate en la confrontación directa de los ejércitos en liza.

jor armados y pertrechados sus soldados o los del adversario, quiénes están mejor entrenados y quiénes son más valerosos en situaciones comprometidas. (5) También se debe someter a consulta qué bando tiene mejor caballería y mejor infantería, teniendo siempre presente que la fuerza del ejército radica fundamentalmente en la infantería; (6) y dentro de la caballería, se debe analizar quién está mejor dotado de lanceros y de arqueros, quién tiene la caballería pertrechada con más corazas y quién dispone de mejores caballos. Por último se debe valorar incluso si los lugares en los que se va a producir el combate parecen más propicios al enemigo o a nosotros —(7) pues si les aventajamos en caballería debemos preferir campo abierto, si es en infantería debemos elegir un terreno angosto, repleto de escollos en forma de zanjas, pantanos y árboles, y en ocasiones también un terreno montañoso—, y cuál de los dos bandos tiene mayores reservas de provisiones, (8) ya que como se suele decir el hambre ataca desde dentro y vence casi siempre sin armas.

(9) Pero fundamentalmente se debe ponderar si es más conveniente postergar el enfrentamiento o trabar combate de inmediato. A veces el enemigo espera poder concluir la campaña enseguida y si ésta se prolonga mucho tiempo se debilita por la escasez de provisiones, siente ganas de regresar a su hogar por la añoranza de los seres queridos o se siente en la necesidad de abandonar la empresa por la desesperación de no conseguir grandes logros. (10) En ese momento la mayoría de los soldados, extenuados por la fatiga y el aburrimiento, decide desertar, otros pasan a ser confidentes y otros se entregan al enemigo, pues en las situaciones adversas la lealtad mengua y el ejército que había venido repleto de soldados comienza a desvencijarse.

(11) Es también pertinente a este respecto saber qué tipo de hombre es el adversario, sus condes y sus oficiales, si son hombres temerarios o cautos, si son audaces o recelosos, si su instrucción se basa en la técnica militar y en la experiencia o bien luchan al azar; (12) de cuantos pueblos luchan en sus filas cuáles son valerosos y cuáles son cobardes. E igualmente cuánta lealtad hacia nosotros y cuántos efectivos tienen nuestras tropas auxiliares, cuál es el estado de ánimo de las tropas

enemigas y de nuestro ejército y qué bando confía más en obtener la victoria. Con este tipo de consideraciones la moral del ejército se fortalece o bien se resquebraja.

(13) Pero la audacia de los soldados pesimistas se ve reforzada con las arengas del comandante y si él en persona muestra no tener miedo sube la moral, y lo mismo ocurre si en una emboscada o en una situación comprometida has actuado[302] de forma intrépida, si el enemigo comienza a sufrir reveses y si has sido capaz de vencer a soldados enemigos, aunque fueran los más débiles y los peor pertrechados.

(14) Debe evitarse conducir al combate al ejército si se encuentra dubitativo y temeroso. Hay gran diferencia entre tener a tus órdenes a reclutas o a soldados veteranos y en que hayan participado recientemente en campañas militares o que por el contrario hayan permanecido sin combatir unos años, pues a los soldados que llevan mucho tiempo sin luchar se les debe dar la misma consideración que a los reclutas.

(15) Cuando las legiones, las tropas auxiliares o la caballería llegan procedentes de distintos lugares de origen el buen comandante debe adiestrar a cada división por separado en el manejo de todo tipo de armas por mediación de tribunos elegidos para este cometido, de cuya eficiencia tenga constancia. (16) Después reuniéndolos de nuevo en una sola formación los entrenará él personalmente como si fueran a combatir en batalla campal y pondrá a prueba sus conocimientos de técnica militar, sus fuerzas, su avenencia y si responden diligentemente a las señales de las trompetas, a las indicaciones de

---

[302] Vegecio comienza a alternar la tercera persona del singular del *dux*, con la segunda persona singular, que puede entenderse como un tipo de impersonalidad involucradora o como una apelación directa al lector, que no debía ser otro que el emperador en primera instancia y a la postre los comandantes y los altos cargos militares. Entre algunos críticos de la obra esta resonante transición a un "Du-Stil" se interpreta como una dependencia mucho más estrecha de Vegecio respecto de su modelo, que en este caso sería Catón con el tratado militar dedicado a su hijo (lo que justificaría en la fuente aducida la apelación directa al tú). Sin embargo esta consideración, si bien no carece de verosimilitud, por sí sola no parece excesivamente determinante para preconizar la dependencia de Catón como fuente particular de este pasaje y de los siguientes.

los estandartes y a sus órdenes y gestos. (17) Si cometen algún error se seguirán ejercitando y entrenando hasta que lleguen a la perfección. (18) Y aun cuando estén plenamente instruidos en la carrera de campo, en el lanzamiento de flechas y de proyectiles y en la formación de combate, ni siquiera entonces deben ser conducidos al combate a las primeras de cambio, sino cuando la situación sea propicia; pero antes de esto conviene que adquieran experiencia en escaramuzas de menor importancia.

(19) Por tanto el comandante meticuloso, sobrio y prudente, como si se dispusiera a juzgar una causa civil entre dos partes, debe tomar una determinación sólo después de haber realizado una estimación de sus tropas y de las del enemigo. Si aprecia que es superior al enemigo en muchos aspectos, no debe postergar el inicio de una confrontación que le resulta favorable. (20) Por el contrario, si se percata de que el enemigo es más poderoso debe evitar la batalla campal, pues aun siendo menores en número e inferiores en fuerzas, muchas veces se ha obtenido como resultado la victoria tendiendo emboscadas y asechanzas bajo la dirección de buenos comandantes.

X

Qué conviene hacer si un comandante tiene a sus órdenes un ejército desentrenado en el combate o integrado por reclutas

(1) Todas las artes y todos los trabajos experimentan progresos con la práctica cotidiana y el entrenamiento asiduo. Y si esto es cierto para los asuntos de poca relevancia, mucho más conviene tenerlo presente para los de importancia capital. (2) Pues ¿quién puede dudar que la técnica militar es más importante que ninguna otra cosa, si gracias a ella se mantiene la libertad y la dignidad, se expanden las provincias y se conserva sano y salvo el Imperio? (3) Los Lacedemonios cultivaron antaño esta disciplina dejando de lado todas las demás y más tarde la cultivaron también los Romanos. Es la única disciplina que en nuestros días los bárbaros piensan que vale la pena conservar; confían en que todo lo demás o depende de ella o se puede alcanzar gracias a ella. Es la disciplina necesaria para quienes van a combatir y gracias a ella podrán salvar la vida y obtener la victoria.

(4) Por ello el comandante, a quien le son otorgadas las insignias de tan alta autoridad y a cuya probidad y valor están encomendados el patrimonio de los potentados, la protección de las ciudades, la vida de los-soldados, la gloria de la Patria, debe mostrar su deferencia no sólo con el ejército como grupo sino también con cada uno de los soldados por separado. (5) Si éstos sufren algún percance durante el combate será considerado culpa suya y una afrenta a la comunidad. Por tanto si dirige un ejército de reclutas o un ejército que con el tiempo ha perdido el hábito al uso de las armas, debe evaluar minuciosamente las fuerzas, la moral y la camaradería de cada legión, de las tropas auxiliares e incluso de los escuadrones de caballería[303]. (6) Si le resulta posible, que conozca por su nom-

[303] Las *uexillationes.*

bre a cada conde, a cada tribuno, a cada miembro de su guardia personal[304] y a cada soldado, y sepa de qué es capaz en combate cada uno de ellos. Debe mostrar una autoridad y una severidad rotunda, castigar con la aplicación de las leyes todas las infracciones del código militar, transmitir la sensación de que nadie que cometa una falta saldrá impune y poner a prueba a todo el ejército en distintos lugares y distintas situaciones.

(7) Una vez que ya se han puesto en práctica estas medidas convenientemente, cuando los enemigos deambulen confiados y desperdigados preparando saqueos, debe enviar soldados de caballería o de infantería de valía contrastada junto a algunos reclutas o soldados menos competentes con el fin de que con la aniquilación del enemigo éstos adquieran mayor experiencia y los demás mayor audacia. (8) En los vados de los ríos, en los precipicios de las montañas, en los desfiladeros de los bosques, en los puntos dificultosos de los cenagales y de los caminos debe tender emboscadas sin que nadie lo sepa y preparar el trayecto de tal modo que cuando los soldados enemigos estén comiendo, durmiendo o relajados, confiados, desarmados, descalzos, con sus caballos desensillados y sin albergar la menor sospecha, el comandante, con todo a punto, debe lanzar un ataque contra ellos hasta que sus hombres alcancen el punto de sentirse seguros en este tipo de enfrentamientos.

(9) Los soldados que hace mucho tiempo que no ven a gente resultar herida y morir o que incluso no lo han llegado nunca a ver, la primera vez que contemplan esta situación caen presa del pánico y, aturdidos por el miedo, comienzan a pensar más en huir que en combatir. (10) Además si los enemigos lanzan incursiones, debe atacar a aquellos que estén cansados por el largo camino y hostigar a los que se queden rezagados y a los que vayan distraídos; e igualmente los que se retrasan buscando pastos o algún botín de guerra alejados

---

[304] El *domesticus* aparece mencionado a menudo como *protector domesticus* en la obra de Amiano Marcelino (véase, por ejemplo, 14, 10, 2; 15, 3, 10; 15, 5, 22; 18, 3, 6).

del resto deben ser atacados por soldados elegidos para este propósito.

(11) Se deben intentar antes que las demás aquellas maniobras que si salen mal apenas causan daño y que si salen bien reportan un gran beneficio. Sembrar la semilla de la discordia entre los enemigos es también un procedimiento característico de un comandante experto. (12) Pues no hay pueblo, por pequeño que sea, que pueda ser destruido completamente por los enemigos si no se ha consumido por las disensiones internas, (13) pues el odio entre los ciudadanos precipita su destrucción a manos del enemigo, al descuidar la eficiencia de la propia defensa.

A este respecto sólo cabe decir que nadie debe perder la esperanza de poder conseguir lo que ya se ha conseguido antes. (14) Alguien podría decir: "hace ya muchos años que nadie rodea al ejército de zanja, terraplén y empalizada cuando hace un alto". Pues se le replicará: "si se hubiesen tomado estas precauciones ningún ataque de los enemigos ni nocturno ni diurno habría podido causar daño alguno". (15) Los Persas imitando a los Romanos asientan sus campamentos excavando zanjas y como allí casi todos los terrenos son arenosos llenan sacos que transportan vacíos con la tierra reducida a polvo que sacan de la zanja y forman la trinchera amontonándolos. (16) Todos los pueblos bárbaros pasan la noche resguardados de los ataques apostando sus carros en círculo a semejanza de un campamento militar[305]. ¿Tememos acaso no poder aprender lo que los otros han aprendido de nosotros?

(17) Estos conocimientos en tiempos pasados estaban custodiados en la propia práctica y en los libros, pero una vez sumidos en el desinterés ya nadie mostró cuidado por ellos pues la angustia de la guerra estaba lejos de ser una de las incumbencias de la paz reinante. (18) Pero para que no parezca imposible recuperar una disciplina cuya práctica se ha perdido nos serviremos de los ejemplos del pasado para aprender. En-

---

[305] Se trata de la famosa *carrago* que aparece mencionada en Amiano Marcelino (31, 7, 7) y en la *Historia Augusta* (*Gallien.* 13, 9; *Claud.* 6, 6; 8, 2; 8, 5 y *Aurel.* 11, 6).

tre los antiguos la técnica militar cayó a menudo en el olvido, pero se reconstruyó a partir de los libros en primera instancia, confirmada después con la autoridad de los comandantes. (19) Escipión el Africano[306] tomó el mando de los ejércitos de Hispania que habían sido derrotados muchas veces bajo la dirección de otros generales; (20) los adiestró con arreglo a las normas de la disciplina militar en todo tipo de maniobras y en el trazado de zanjas con gran empeño diciéndoles que quienes no habían querido empaparse las manos con la sangre del enemigo debían mancharse excavando en el fango. (21) Y con estos mismos ejércitos cuando conquistó la ciudad de Numancia le prendió fuego sin que ninguno de sus habitantes pudiera escapar. (22) Metelo[307] recibió en África la jefatura de un ejército vencido bajo el mando de Albino y corrigió sus defectos de acuerdo a la preceptiva antigua con tal eficiencia que más tarde consiguieron derrotar a los mismos que les habían hecho pasar bajo el yugo. (23) Los Cimbrios aniquilaron en las Galias las legiones de Cepión[308] y de Manlio[309]. Cuando Gayo Mario[310] tomó bajo su mando los restos de ambas legiones los instruyó en la técnica y la disciplina militar de tal forma que consiguió aniquilar en batalla campal a un número inmenso no sólo de Cimbrios sino también de Teutones y Ambrones. (24) Pero a pesar de todo es más sencillo infundir valor en los reclutas que repararlo en los soldados atemorizados.

[306] Véase nota 67.

[307] Se trata de Quinto Cecilio Metelo, llamado Numídico por la victoria que menciona Vegecio y cónsul en el año 108 a.C., que asumió en el año 110 a.C. el mando del ejército de Aulo Postumio Albino que había caído derrotado frente a las tropas de Yugurta. Salustio (en *Iug.* 43-45) recuerda la precaria disciplina militar de este ejército a la llegada de Metelo y su sucesivo enderezamiento gracias al rigor del comandante romano.

[308] Quinto Servilio Cepión, cónsul del año 106 a.C.

[309] Gneo Manlio Máximo, cónsul del año 105 a.C.

[310] Gayo Mario, nacido en las inmediaciones de Arpino hacia el año 157 a.C., fue elegido cónsul desde el año 105 al 100 ininterrumpidamente y, asumiendo el mando del ejército romano, venció a los Teutones y los Ambrones en *Aquae Sextiae* (Aix-en-Provence) en el año 102 y, junto a Lutacio Cátulo, a los Cimbrios el año siguiente en *Vercellae* (cerca de Rovigo).

XI

Qué precauciones deben tomarse el día antes de la batalla campal

(1) Después de haber tratado acerca de cuestiones de menor importancia relativas a la guerra, la exposición de la doctrina de la técnica militar nos lleva a la incertidumbre de la batalla campal y al día decisivo para el futuro de naciones y pueblos, pues la victoria definitiva depende del resultado de la batalla campal. (2) Por lo tanto se trata justamente del momento en que los comandantes deben mostrarse tanto más atentos cuanto mayor gloria anhelan los soldados esforzados y mayor peligro acompaña a los haraganes. Es en ese momento cuando la experiencia, la técnica militar y la inteligencia toman las riendas de la situación.

(3) En tiempos antiguos era costumbre llevar al combate a los soldados después de una comida frugal para que el alimento ingerido los volviera más audaces y no sufrieran la molestia del hambre si la contienda se prolongaba. (4) Además, cuando los enemigos ya están en las proximidades, si llevas al ejército a combatir saliendo de una ciudad o de un campamento se debe tener el cuidado de evitar que al salir gradualmente por la angostura de las puertas el ejército sufra bajas a manos de enemigos allí apostados y preparados para atacar. (5) Por esta razón se debe procurar que todos los soldados hayan cruzado las puertas y se hayan colocado en formación antes de la llegada del enemigo. (6) Y si éste llegara ya preparado para el combate cuando todavía quedan soldados dentro de la ciudad o bien se pospone la salida o bien se finge que se ha pospuesto, con el fin de que, llegado el momento en que los enemigos comiencen a insultar a los soldados creyendo que no van a salir, fijen su atención en el botín y en la retirada y rompan filas, entonces un pelotón de soldados selectos realice una salida impetuosa en pleno estupor enemigo y los ataquen cogiéndolos desprevenidos.

(7) Por otra parte se debe procurar no forzar a combatir en batalla campal a un soldado extenuado tras un largo camino y a los caballos cansados de galopar, pues quien va a luchar pierde gran parte de sus fuerzas en el esfuerzo de la marcha. (8) ¿Qué va a hacer un soldado que llega exhausto al frente? Esta situación la rehuyeron los antiguos y en los últimos tiempos y aún en los presentes ha causado estragos en nuestros ejércitos ya que los comandantes romanos no habían tomado precauciones al respecto por su inexperiencia —por no decir otra cosa—. (9) No afrontan la contienda en las mismas condiciones el soldado cansado y el soldado fresco, el que llega fatigado y el que llega en plenitud de condiciones, el que ha venido corriendo y el que ha estado descansando.

XII

Se debe tantear el estado de ánimo de los soldados que se disponen a combatir

(1) El mismo día en que los soldados se disponen a combatir averigua cuidadosamente su estado de ánimo. La confianza y el miedo se advierten en la cara, en las palabras, en el modo de caminar y en los gestos. (2) Y no te fíes demasiado de que un recluta esté deseoso de combatir pues para los inexpertos el combate es algo dulce[311]. Sabrás si conviene aplazar el enfrentamiento si los soldados veteranos temen combatir. (3) No obstante, el valor y la moral del ejército se acrecientan con los consejos y las arengas del comandante, sobre todo si se les da una imagen del inminente combate que les haga tener expectativas de alcanzar la victoria. (4) Es entonces cuando se debe poner de relieve la ineptitud de los enemigos y sus defectos y si ya antes han sido vencidos por los nuestros es el momento de recordarlo. Se deben decir cosas que provoquen en el ánimo de los soldados el odio hacia el adversario por medio de la ira y de la indignación.

(5) Por instinto natural está en el ánimo de casi todos los hombres estremecerse cuando se avecina el momento del combate. (6) Sin duda son más débiles aquellos a quienes embarga la angustia en cuanto ven al enemigo. Pero el miedo se atenúa si antes del combate colocas a tu ejército en los lugares más seguros, desde donde se habitúen a ver al enemigo y a reconocerlo. (7) Cuando se presente la ocasión, que intenten alguna intrepidez, que pongan en fuga al enemigo y maten a

---

[311] Al respecto de este *dulce periculum* es inevitable remitir a la antigua formulación de Píndaro en aquellos versos que afirmaban (fr. 110): "γλυκὺ δὲ πόλεμος ἀπείροισιν, ἐμπείρων δέ τις / ταρβεῖ προσιόντα νιν καρδίᾳ περισσῶς" ("la guerra es dulce para el inexperto, pero el que es experto / la teme en su corazón según se acerca").

algunos de ellos. Que reconozcan las costumbres de los rivales, sus armas, sus caballos. Pues no provoca miedo aquello a lo que ya se está habituado.

XIII

Cómo elegir el lugar más apropiado para el combate

(1) El buen comandante debería saber que gran parte de la victoria radica en el lugar en que se va a desarrollar el combate. Cuando te dispongas a entablar combate procura gozar de la ventaja inicial de tu posición, que se considera más favorable cuanto más arriba se ocupe. (2) Y es que los proyectiles caen con mayor violencia sobre quienes se encuentran por debajo y el bando que se encuentra más arriba repele con más fuerza a los atacantes. Quien ataca cuesta arriba mantiene un doble enfrentamiento, contra el lugar y contra el enemigo. (3) Pero hay que tener en cuenta la siguiente diferencia; si esperas conseguir la victoria con tu infantería contra la caballería enemiga debes elegir terrenos abruptos, escabrosos y montuosos, pero si pretendes vencer a la infantería rival con tu caballería debes buscar terrenos algo más elevados pero llanos y despejados, sin las trabas que suponen bosques y pantanos.

XIIII

Cómo se debe ordenar la formación para que regrese invicta del combate

(1) Para ordenar el frente el comandante debe primero tomar en consideración tres factores: el sol, el polvo y el viento. El sol de cara impide la visión, el viento en contra desvía y abate tus proyectiles mientras da impulso a los de los enemigos, la polvareda que viene de frente se mete en los ojos y obliga a cerrarlos. (2) Incluso los comandantes sin experiencia suelen evitar estas situaciones en el momento de ordenar el frente, pero el comandante perspicaz debe tomar precauciones para evitarlas también en el futuro inmediato, para que cuando haya avanzado un poco el día el cambio de posición del sol no resulte molesto, ni se levante a la hora que suele hacerlo siempre un viento de cara a nuestro ejército en pleno combate. (3) Así pues se deben disponer los pelotones de forma que estos elementos queden a nuestra espalda y, si es posible, incidan de frente sobre los enemigos.

(4) Se denomina formación al frente de un ejército en disposición de combate que mira hacia el enemigo. En una batalla campal si la formación se coloca de la manera debida proporciona una gran ventaja, pero si se coloca erróneamente aunque los soldados sean excelentes serán doblegados por su mala disposición de combate.

(5) Es máxima de la instrucción colocar en primera línea a los soldados expertos y a los veteranos, a los que llamaban príncipes, en la segunda línea a los arqueros provistos de corazas y a los mejores soldados pertrechados con jabalinas y lanzas, que en el pasado recibían el nombre de astados. (6) Los hombres armados suelen mantener una distancia de tres pies[312]

[312] 88,8 centímetros.

entre sí, es decir, que en mil pasos[313] se disponen mil seiscientos sesenta y seis soldados de infantería, de tal forma que el frente no ofrezca claros y quede espacio para manejar las armas. (7) Entre línea y línea los antiguos determinaron que se mantuvieran seis pies[314] de distancia con el fin de que los soldados tuvieran sitio para avanzar y retroceder, pues las armas se arrojan con más impulso cogiendo carrera y saltando.

(8) En estas dos líneas se colocan soldados caracterizados por su madurez, con confianza en sí mismos por su experiencia y equipados con armamento pesado. A estos soldados, como si de un muro se tratara, en ningún caso se les debe ordenar retroceder ni emprender una persecución para no romper la formación, sino que deben interceptar al enemigo en su avance y repelerlo o ponerlo en fuga manteniéndose firmes en su posición y combatiendo.

(9) La tercera línea está integrada por soldados de armamento ligero muy veloces, por arqueros jóvenes y por buenos lanzadores, en otro tiempo llamados ferentarios.

(10) La cuarta línea está constituida por tropas ligeras provistas de escudos, por los arqueros novatos y por los soldados denominados de armamento ligero, que combaten tenazmente con los verrutos[315] y los *mattiobarbulos*[316], también llamados dardos emplomados[317].

(11) Se debe saber que mientras las dos primeras líneas permanecen quietas, la tercera y la cuarta salen siempre por delante del ejército a hostigar al rival con proyectiles y flechas. (12) Y si consiguen poner en fuga a los enemigos, ellos mismos emprenden la persecución junto con la caballería; si por el contrario fueran rechazados por los enemigos, retroceden a través de la primera y la segunda fila y regresan a su posición. (13) Por su parte la primera y la segunda línea soportan todo el combate cuando se llega a las espadas y las lanzas, como suele decirse.

---

313 1.480 metros.
314 1,77 metros.
315 Véase nota 209.
316 Véase 1, 17.
317 Véase nota 73.

En la quinta línea se colocaban las carrobalistas, los ballesteros[318], los fundibularios y los honderos. (14) Los fundibularios son los que arrojan piedras con fustíbalos. Un fustíbalo es un fuste de cuatro pies de largo que lleva atada en el medio una honda de cuero y que al recibir el impulso de ambas manos lanza piedras casi como si fuera una catapulta. (15) Los honderos son los que con hondas hechas de cordel o de cerdas —dicen que éstas son las mejores— lanzan piedras con un movimiento giratorio del brazo alrededor de la cabeza. (16) Los soldados que no llevaban escudo combatían en esta línea arrojando con la mano piedras o proyectiles y recibían el nombre de supernumerarios[319] cuando eran más jóvenes y, más tarde, añadidos[320].

La sexta línea, colocada por detrás de todas las demás, estaba formada por soldados muy poderosos, provistos de escudos y pertrechados con todo tipo de armamento. (17) Los antiguos llamaban a estos soldados triarios. Solían permanecer por detrás de toda la formación para así, descansados y frescos, atacar a los enemigos con mayor violencia. Y si les pasaba algo a las primeras líneas, toda esperanza de recuperación dependía de sus fuerzas.

---

[318] Los *manuballistarii* eran los ballesteros encargados de combatir con ballestas de mano.

[319] Los *milites supernumerarii*, mencionados con frecuencia en textos epigráficos y que según M. Durry (*Les cohortes prétoriennes*, Paris, 1968[2], pág. 168) debían de formar parte de las guarniciones de Roma.

[320] Los *milites accensi* mencionados en 2, 19.

XV

Cálculo[321] *del espacio que debe respetarse en la formación a lo largo entre cada soldado y a lo ancho entre cada línea*

(1) Una vez explicado cómo debe organizarse la formación, ahora expondré las dimensiones de la propia disposición. En mil pasos[322] de terreno una formación ofrece espacio para mil seiscientos sesenta y seis soldados de infantería, habida cuenta de que cada soldado ocupa tres pies[323]. (2) Y si quieres colocar seis formaciones en mil pasos de terreno son necesarios nueve mil novecientos noventa y seis soldados de infantería. En cambio, si se quiere desplegar este mismo número de soldados en tres formaciones ocuparán dos mil pasos, pero es preferible establecer más formaciones que espaciar a los soldados. (3) Ya hemos dicho que entre formación y formación debe guardarse una distancia de seis pies[324] a lo ancho y que los soldados en reposo ocupan un pie[325] cada uno. (4) Por lo tanto si dispones seis formaciones, un ejército de diez mil hombres ocupará cuarenta y dos pies[326] de ancho y mil pasos de largo. (5) Si prefieres disponerlo en tres formaciones, el ejército de diez mil hombres ocupará veintiún pies de ancho y dos mil pasos de largo. (6) Según este cálculo tanto si hubiera veinte mil soldados de infantería como si hubiera treinta mil soldados podrán disponerse sin ninguna dificultad con arreglo a la proporción expresada en pies y el comandante no se equivocará cuando sepa cuántos soldados puede albergar una determinada posición.

---

[321] *Ratio podismi* es decir, las medidas calculadas y expresadas en pies.
[322] 1.480 metros.
[323] 88,8 centímetros.
[324] 1,77 metros.
[325] 29,6 centímetros.
[326] 12,43 metros.

(7) Se suele decir que si una posición es muy estrecha o hay una cantidad excesiva de soldados se pueden formar diez unidades o más. (8) Es preferible que los soldados combatan apelotonados a que lo hagan demasiado separados, pues si una unidad es poco tupida en cuanto recibe el ataque de los enemigos se rompe de inmediato y ya no existe remedio posible. (9) El número de soldados que debe colocarse en el ala derecha, en el ala izquierda y en el centro se establece según su graduación militar, como de costumbre, o bien puede variar según la índole de los enemigos.

XVI

Sobre la disposición de la caballería

(1) Tras disponer la formación de infantería se coloca la caballería en las alas, de manera que los soldados provistos de coraza y lanza quedan al lado de la infantería, y en cambio los arqueros y los que no llevan coraza se mantienen más lejos de la infantería. (2) La parte más potente de la caballería se encarga de proteger los costados de la infantería, mientras que la parte más veloz y expeditiva se encarga de dispersar y crear confusión en las alas del enemigo.

(3) El comandante debe saber qué tipo de caballería es más apropiada para hacer frente a cada tipo de *drungo*[327] o escuadrón de enemigos[328]. (4) No sé por qué arcana razón —casi divina diría yo— unos soldados son más eficientes cuando luchan contra ciertos enemigos que contra otros y quienes vencen a enemigos más fuertes a menudo son vencidos por otros más débiles. (5) Y si la caballería es inferior, según la costumbre de los antiguos, se debe incluir en ella a soldados de infantería más veloces con escudos ligeros entrenados para esta función, que recibían el nombre de vélites ligeros[329]. (6) Si se adopta esta medida, por muy poderosa que resulte ser la caballería del enemigo no será capaz de estar a la altura contra una formación mixta. (7) Éste fue el único remedio que en-

---

[327] Vegecio presenta el *globus* como sinónimo latino de la forma *drungus* (declinado de acuerdo al paradigma de la segunda declinación latina), que según parece debe ser de origen céltico (cfr. ant. bretón, *drogn;* irlandés, *drong* "tropa"). En lengua latina el término sólo aparece en esta obra de Vegecio y en la *Historia Augusta (Prob.* 19, 2), pero en la tradición polemológica bizantina δροῦγγος es un término que se encuentra empleado de forma recurrente.

[328] En latín *globi*.

[329] Vélites era la denominación de los soldados de infantería ligera romana, como Vegecio dirá más adelante en 3, 24.

contraron los antiguos comandantes y por eso acostumbraban a colocar entre cada dos soldados de caballería un joven soldado de infantería con buenas aptitudes para la carrera y equipado con escudo ligero, espada y proyectiles.

XVII

Sobre las tropas de reserva que se colocan detrás de la formación

(1) Un procedimiento óptimo y que reporta una gran ventaja en el camino hacia la victoria es que el comandante tenga preparado por detrás de la formación un grupo selecto de soldados de infantería y de caballería junto a los lugartenientes, condes y tribunos disponibles y sitúe una parte de ellos al lado de las alas y otra parte cerca de la zona central, con el fin de que si el enemigo ataca violentamente acudan de inmediato y refuercen las posiciones para evitar que se rompa la formación y con la contribución adicional de su fuerza puedan doblegar la audacia del enemigo.

(2) Los Laconios fueron los primeros que desarrollaron este procedimiento, los Cartagineses lo imitaron y, más tarde, los Romanos lo han mantenido vigente donde quiera que han ido. (3) No existe disposición mejor que ésta, pues la única función que puede y debe desempeñar la unidad alineada es repeler y dispersar al enemigo. (4) Si se tiene que actuar en formación de cuña o de tijera, deberás tener a los soldados supernumerarios detrás del frente para hacer con ellos la cuña o la tijera. (5) Si se tiene que formar en sierra, se forma igualmente a partir del remanente de soldados. Y es que si empiezas a cambiar de sitio a los soldados que ocupan su posición en la formación acabarás por sumirlo todo en la confusión.

(6) Si un escuadrón aislado de soldados enemigos empieza a hostigar una de tus alas o alguna de sus partes y no dispones de supernumerarios con los que poder hacer frente a este escuadrón, tendrás que recurrir a algunos soldados de caballería o de infantería sacados de su unidad, de forma que queriendo defender una posición desguarnecerás otra afrontando un riesgo aún mayor. (7) Y si no estás sobrado de soldados resulta preferible hacer más pequeña la unidad para poder colocar un mayor número en las tropas de reserva. (8) Hacia la parte central del campo de batalla debes tener a los mejores solda-

dos de infantería, bien pertrechados de armamento, con los que formar una cuña y romper inmediatamente la formación del enemigo; (9) en lo que concierne a los flancos conviene que rodees las alas del enemigo con soldados de caballería provistos de lanza y coraza y con la infantería de armamento ligero.

XVIII

En qué posición debe estar situado el comandante en jefe, en cuál el segundo comandante y en cuál el tercero

(1) El comandante que ostenta la máxima autoridad suele estar situado en la parte derecha, entre la caballería y la infantería, (2) pues ésta es una posición desde la que se puede dirigir toda la unidad y que ofrece vía libre para emprender un ataque en línea recta. (3) Además, se sitúa entre la caballería y la infantería para poder guiar con sensatez y exhortar al combate con su autoridad tanto a una como a otra. (4) El comandante debe rodear y acechar siempre por la espalda el flanco izquierdo del enemigo, que queda enfrente de él, con la caballería supernumeraria y con soldados de infantería ligera mezclados en ella.

(5) El comandante segundo se sitúa en el centro de la formación de infantería para asumir su control y conferirle consistencia. (6) Su función será tener consigo soldados de infantería muy poderosos y bien provistos de armamento, con los que formará una cuña y romperá la alineación enemiga (7) o bien, en el caso de que los adversarios hayan adoptado la formación en cuña, él los dispondrá en tijera para poder enfrentarse a la cuña enemiga.

En el flanco izquierdo del ejército debe estar el comandante tercero, hombre de gran arrojo y prudencia, pues el flanco izquierdo es el más difícil de dirigir y ocupa una posición en la formación que en cierto modo queda manca. (8) Este comandante debe tener a su alrededor buenos soldados de la caballería supernumeraria y soldados de infantería muy veloces con los que desplegará continuamente el ala izquierda para que no pueda ser rodeada por el enemigo.

(9) El grito de guerra, al que denominan barrito, no debe lanzarse antes de que ambas formaciones se encuentren frente a frente. (10) Es propio de los inexpertos y de los cobardes gritar desde lejos, dado que los enemigos se asustan más si el

miedo que infunde el grito les llega acompañado de los impactos de las armas arrojadizas.

(11) Debes afanarte siempre en tener la formación dispuesta antes que el enemigo, ya que así podrás hacer lo que consideres que más te conviene sin ninguna oposición. (12) Además aumentarás la confianza de tus soldados y reducirás la moral de los enemigos, puesto que dan la impresión de ser más poderosos los que no vacilan en lanzar el desafío. (13) Por otro lado cuando los enemigos ven que la formación está ya dispuesta frente a ellos, comienzan a sentirse intimidados. A todo esto se debe añadir otra enorme ventaja, pues como tú ya estás dispuesto en formación y preparado para el combate inquietas a un enemigo nervioso y ocupado en ordenar sus tropas.

(14) Y es que una parte de la victoria radica en desquiciar al enemigo antes de iniciar el combate.

XVIIII

Con qué recursos se puede hacer frente en la formación al arrojo y a los ardides del enemigo

Con la excepción de[330] las emboscadas y los ataques por sorpresa, para los que un general experto nunca deja pasar la ocasión; siempre es oportuno atacar a los enemigos en plena marcha cuando ya están cansados, cuando están divididos vadeando un río, cuando están ocupados en atravesar una zona pantanosa, cuando están fatigados en la cumbre de los montes, cuando están dispersos en el campo y confiados, o cuando duermen en los campamentos, pues cuando el enemigo está ocupado en otros asuntos es aniquilado antes de que pueda reaccionar. Y si los rivales son cautos y no hay posibilidad de tender asechanzas, entonces se lucha en igualdad de condiciones contra unos soldados colocados enfrente, conscientes de que van a combatir y que ven a su enemigo. Sin embargo, la técnica militar no ofrece menor ayuda a los expertos en el caso de una batalla campal que en las asechanzas encubiertas.

(2) Hay que evitar especialmente que tus tropas sean rodeadas por una multitud de enemigos o por escuadrones aislados, los llamados "drungos", en el ala y el flanco izquierdo —situación que se produce muy a menudo— o en el derecho —aunque esto último sucede raramente—. (3) Y si se da esta

[330] El pasaje plantea problemas en su interpretación y en su transmisión; las ediciones antiguas, siguiendo el testimonio unívoco de la tradición manuscrita, colocaban este pasaje (desde *exceptis superuentibus* [...] hasta *aequa condicione pugnatur)* como inicio del capítulo 19. Lang en su edición crítica lo incorporó al capítulo 18 y Önnerfors aceptó la corrección de Lang. No obstante, Reeve ha retomado la disposición del texto conforme a como aparece en los manuscritos y lo ha restituido al inicio del capítulo 19. Pasa así a ser el párrafo primero del decimonoveno capítulo, aunque Reeve en su edición no le aplica el correspondiente número 1 entre paréntesis.

circunstancia sólo hay una solución, replegar el ala y el flanco y redondear la formación para que tus soldados, girados, defiendan las espaldas de los aliados. (4) En las esquinas de los extremos se deben colocar los soldados más poderosos porque en ese punto suele ser de mayor intensidad el ataque del enemigo.

Asimismo contra una formación enemiga en cuña se puede plantar resistencia de determinadas formas. (5) Se denomina formación en cuña a un grupo de soldados de infantería que avanza añadido a una unidad, en su parte delantera más estrecho y luego cada vez más ancho, y rompe las formaciones rivales ya que muchos soldados lanzan sus armas contra un único punto. (6) Los soldados llaman a esta formación cabeza de cerdo[331]. Para hacerle frente se dispone la formación denominada en tijera. (7) Se forma un escuadrón con soldados selectos en forma de letra V y recibe la cuña y la envuelve por ambos lados, de este modo no puede romper la unidad.

(8) Se denomina formación en sierra a la que, constituida por soldados aguerridos, se planta ante el enemigo en línea recta, para que una unidad desordenada restablezca su posición. (9) Se denomina escuadrón[332] a la formación que, separada de la unidad a la que pertenece, arremete contra los enemigos con ataques aislados; contra esta formación se manda otro escuadrón más numeroso o más potente.

(10) También hay que tener cuidado de no cambiar las formaciones una vez que ya se ha trabado combate y de no transferir efectivos de su posición a otra distinta. (11) Y es que la confusión y el tumulto surgen de inmediato y el enemigo arremete más fácilmente contra soldados desprevenidos y desordenados.

---

[331] Esta denominación de *caput porcinum* aplicada por los soldados a la formación en cuña aparece también mencionada por Amiano Marcelino (17, 13, 9) como *caput porci*.

[332] Se trata del *globus* mencionado por Vegecio en el capítulo 16 de este tercer libro.

XX

De cuántas formas se puede plantear una batalla campal y cómo puede salir victorioso quien es inferior en número y en fuerzas

(1) Cuando dos ejércitos rivales entran en confrontación existen siete tipos o modos de ataque.

El primer tipo de ataque se realiza con un ejército en forma cuadrada con un frente ancho, que es como casi siempre y aún en la actualidad se suele combatir. (2) Pero los expertos en materia militar consideran que este tipo de ataque no es demasiado bueno, pues al desplegar la formación en un espacio muy extenso el terreno no es siempre homogéneo y si hay una hondonada, un repecho o un recodo, en ese punto se suele quebrar. (3) Además si el rival es superior en número rodea el ala derecha o izquierda por los flancos, situación ésta que entraña un gran peligro salvo que dispongas de supernumerarios que acudan enseguida y rechacen el ataque enemigo. (4) Solamente debe recurrir a este tipo de ataque quien cuente con mayor número de soldados y de mayor tenacidad, de forma que su ejército pueda envolver al enemigo desde ambos flancos como si quisiera abrazarlo contra su pecho.

(5) El segundo tipo de ataque es en oblicuo y resulta mejor que la mayoría. Recurriendo a este ataque, si colocas unos pocos soldados aguerridos en la posición correcta, aunque te ataque un ejército más numeroso y resuelto, podrás obtener la victoria. (6) El sistema es el siguiente: cuando las formaciones ya ordenadas se lanzan al combate, tú alejarás el ala izquierda de tu ejército del ala derecha de tu adversario más allá de su radio de alcance de forma que no le lleguen ni los proyectiles ni las flechas; (7) aproxima entonces el ala derecha a su ala izquierda y empieza el combate allí primero, atacando y envolviendo su flanco izquierdo, al que te habrás aproximado, con los mejores soldados de caballería y con los soldados de infantería más eficientes hasta llegar a su retaguardia, ahuyentándolos y persiguiéndolos. (8) Y si has empezado a echar de

su posición a los enemigos lograrás una victoria irrefutable con las tropas que han lanzado el ataque y la parte del ejército que habías alejado del enemigo resistirá ilesa. (9) Para este modo de combate la formación se coloca en forma de A o de cartabón de arquitecto. (10) Y si te lo hace el enemigo a ti primero reunirás en el flanco izquierdo a aquellos soldados supernumerarios que habíamos dicho que debían colocarse tras la formación, tanto del cuerpo de infantería como de caballería, y de este modo te enfrentarás al adversario con gran solidez y no serás derrotado por esta estrategia.

(11) El tercer tipo de ataque es similar al segundo, pero menos efectivo porque empiezas el combate enfrentando tu ala izquierda a su ala derecha. El ataque de esta ala es como si quedara manco[333] y los que combaten en el ala izquierda encuentran evidente dificultad para atacar a los enemigos. (12) Lo explicaré con mayor claridad. Si se da el caso de que tu ala izquierda es muy superior, entonces incorpórale soldados de caballería y de infantería y mándala primero contra el ala derecha del enemigo, hostiga el flanco derecho del adversario y rodéalo lo antes posible. (13) Por lo que respecta a la otra parte de tu ejército, en la que sabes que tienes soldados peores, sepárala mucho del ala izquierda del enemigo para que no pueda ser atacada con espadas y las armas arrojadizas no la alcancen. (14) Con este modo de ataque hay que evitar que tu formación en oblicuo sea resquebrajada por las cuñas del enemigo. Pero únicamente será ventajoso combatir de este modo en el caso de que el ala derecha del enemigo sea inferior y tu ala izquierda mucho más poderosa.

(15) El cuarto tipo de ataque consiste en lo siguiente: una vez que ya has ordenado tu formación, unos cuatrocientos o quinientos pasos[334] antes de llegar al enemigo debes lanzar de improviso un ataque con ambas alas cuando el adversario me-

---

[333] Curiosa pero pertinente metáfora, ya usada en el capítulo 18, que está tomada de la esfera de la medicina. Enlaza con otras metáforas del mismo tipo consolidadas en el vocabulario militar tales como ala, frente, espalda, etc., que se fundamentan en la consideración del ejército como un cuerpo, casi como un organismo, con partes y elementos característicos de los seres vivos.

[334] Unos 592 metros la primera cifra y unos 740 la segunda.

nos se lo espere, para de este modo poner en fuga a los enemigos de ambas alas, pillados por sorpresa, y obtener más rápidamente la victoria. (16) Pero este tipo de confrontación, aunque puede proporcionar la victoria en poco tiempo si se emplean soldados bien entrenados y tenaces, sin embargo resulta muy arriesgada porque quien la pone en práctica se ve forzado a dejar desprotegido el centro de la formación y a separar el ejército en dos bloques. (17) Y si el enemigo no cae vencido en el primer ataque tiene la ocasión de atacar las alas separadas y el desguarnecido centro de la formación.

(18) El quinto tipo de ataque es similar al cuarto, pero tiene la característica añadida de que sitúa las tropas de armamento ligero y a los arqueros por delante de la primera unidad con el fin de que con su defensa ésta no pueda ser rota por el enemigo. (19) De este modo ataca con su flanco derecho el flanco izquierdo del enemigo y con su flanco izquierdo el derecho del enemigo. Y si consigue ponerlo en fuga la victoria es inmediata; si no lo consigue el centro de la unidad no pasa apuros porque está defendido por las tropas de armamento ligero y los arqueros.

(20) El sexto tipo de ataque, casi igual que el segundo, es el mejor y lo utilizan quienes tienen poca confianza en sus efectivos y en su arrojo. Y si realizan la disposición correctamente, aunque cuenten con muy pocos soldados siempre consiguen la victoria. (21) Cuando el ejército en formación llega hasta el enemigo, aproxima tu ala derecha al ala izquierda del enemigo y comienza allí el combate con los soldados de caballería más competentes y con los soldados de infantería más rápidos. (22) Aparta el resto del ejército muy lejos del enemigo y disponlo a lo largo como si fuera una lanza; cuando comiences a segar su flanco izquierdo por el lateral y por la espalda sin duda le harás huir. (23) El enemigo, por su parte, no puede acudir en ayuda de los que están en apuros ni con su flanco derecho ni con el centro de la unidad, porque tu formación está desplegada y extendida con forma de letra I y se encuentra muy apartada de los adversarios. Esta estrategia se utiliza a menudo para combatir durante la marcha.

(24) El séptimo tipo de ataque es el que beneficia a quien lucha aprovechando la ventaja de su posición. (25) Con ella

también podrás enfrentarte al enemigo con una cantidad inferior de soldados y con soldados menos resueltos; por ejemplo, si tienes a un lado un monte, el mar, un río, un lago, una ciudad, una zona pantanosa o un terreno abrupto que impida el acceso al enemigo por allí, coloca tu ejército en formación recta, pero en el flanco que no queda resguardado coloca toda la caballería y a todos los ferentarios. (26) Entonces podrás luchar contra el enemigo seguro y a placer, habida cuenta de que por un lado te protege la naturaleza del lugar y por el otro está dispuesto casi el doble de efectivos de caballería. (27) No obstante, hay que tener en cuenta una cosa —mejor procedimiento que éste no existe—, que si quieres luchar sólo con el ala derecha debes colocar allí a los soldados más potentes, si quieres luchar con el ala izquierda allí debes situar a los más aguerridos y si quieres formar cuñas en el centro con las que romper la formación enemiga debes disponer en la cuña a los soldados más experimentados. (28) La victoria normalmente se consigue gracias a pocos soldados. Únicamente deben ser elegidos por un comandante inteligente y ser colocados en las posiciones que dictan el sentido común y la pragmática.

XXI

Se le debe dejar una vía de escape al enemigo para poder aniquilarlo más fácilmente mientras huye

(1) La mayoría de la gente, no versada en técnica militar, cree que se consigue una victoria más completa si rodea al enemigo merced a la angostura de los lugares o a la superioridad numérica de hombres armados, de modo que no encuentre vía de escape. (2) Pero en los hombres acorralados aumenta la audacia por la desesperación y al perder toda esperanza es el miedo quien empuña las armas. Quien sabe sin resquicio de duda que va a morir desea vivamente arrastrar a la muerte a otros con él. (3) Por esa razón ha recibido tantos elogios la frase de Escipión, que dijo que había que proporcionar a los enemigos una vía por la que pudieran huir[335]. Y es que efectivamente si se abre una vía de escape, en el momento en que el único pensamiento de todos es batirse en retirada, son masacrados como animales de rebaño sin posibilidad de reacción. (4) Y no hay riesgo alguno para los perseguidores pues los enemigos vencidos han girado las armas con las que habrían podido defenderse. Con esta maniobra cuanto mayor sea el número de enemigos más fácilmente será postrarlo. (5) En esta situación no importa la cantidad de soldados que tenga el ejército pues una vez que su voluntad cae presa del pánico, ya no desea tanto escapar de las armas del enemigo como de su propia presencia. (6) Y en cambio, cuando se encuentran acorralados, aunque sean pocos y flaqueen sus fuerzas, el hecho de saber que en su de-

---

[335] La frase de Escipión debía de ser bien conocida y aparece recogida en los *Strategemata* (4, 7, 16) de Frontino "Scipio Africanus dicere solitus est hosti non solum dandam esse uiam ad fugiendum, sed etiam muniendam" ("Escipión el Africano solía decir que al enemigo no sólo hay que dejarle vía de escape, sino incluso franqueársela").

sesperación no les queda otra alternativa los iguala a sus enemigos. Mas

"la única salvación para los vencidos es perder toda esperanza de salvación"[336].

[336] El verso está tomado de la *Eneida* (2, 354) y sólo se conserva en una familia de manuscritos (ε), por lo que algunos dudan que fuera Vegecio quien lo incluyó en este pasaje. Añaden como argumento que normalmente en la obra Vegecio atribuye sus citas. Sobre la interpretación del *sed* que introduce la cita virgiliana y que muchos no aciertan a comprender en este pasaje, véase V. Ortoleva, "Note critico-testuali ed esegetiche all'*Epitoma rei militaris* di Vegezio", *Vichiana* 4.ª Serie, Año 3, 2001, especialmente págs. 77-78.

XXII

Cómo alejarse del enemigo si el combate no parece oportuno

(1) Tras haber resumido todos los contenidos que la disciplina militar ha transmitido a partir de la experiencia y de la preceptiva, únicamente queda por explicar el modo de alejarse del enemigo. Los expertos en la doctrina de la guerra y en los precedentes históricos aseguran que en ninguna otra situación acecha un peligro mayor. (2) Quien retira su formación antes de la contienda hace disminuir la confianza de sus soldados y aumenta la audacia de los enemigos. (3) Pero como no se puede evitar que esto suceda muy a menudo, es preciso referir de qué forma se puede lograr sin riesgo que tus soldados no sepan que te alejas porque quieres eludir la confrontación, sino que deben pensar que se están alejando por alguna estrategia con el fin de atraer al enemigo a un terreno más propicio para vencerlo con mayor facilidad o para tenderles emboscadas imprevistas cuando emprendan la persecución; (4) pues los soldados que advierten que su comandante no alberga esperanzas se aprestan a la huida.

Asimismo se debe evitar que los enemigos se den cuenta de que te estás replegando y lancen un ataque inmediato. (5) A este propósito la mayoría de los comandantes solían colocar su caballería por delante de la infantería, para impedir con su despliegue que los enemigos pudieran ver cómo se retiraba la infantería. (6) Así retrasaban poco a poco cada formación comenzando por las primeras líneas y las hacían retroceder mientras el resto permanecía en su posición, y luego las volvía a reunir gradualmente con las que habían hecho retroceder inicialmente. (7) Algunos se retiraban con el ejército por la noche, tras un reconocimiento previo de los caminos, de forma que cuando al día siguiente el enemigo se percatase de lo sucedido no tuviera ya la posibilidad de atacarlos durante la retirada. (8) Además mandaban las tropas de armamento ligero por delante a las posiciones de mayor altura, a las que

era conducido inmediatamente el ejército para reagruparse, y si el enemigo tomaba la determinación de perseguirlos era rechazado por las tropas de armamento ligero, que habían ocupado la posición previamente, con la colaboración de la caballería.

(9) Los expertos consideran que no hay cosa más peligrosa para quienes emprenden una persecución precipitadamente que toparse en el camino con las tropas enemigas apostadas en emboscada o en formación de combate. (10) Éste es el momento más oportuno para tender asechanzas pues contra un enemigo que huye se actúa con mayor audacia y con menor reparo; inevitablemente cuanto mayor es la confianza más grave suele resultar el peligro. (11) Con frecuencia se producen ataques por sorpresa cuando los soldados están desprevenidos comiendo, cuando marchan extenuados o cuando apacientan sus caballos y sin sospechar siquiera nada parecido. (12) Nosotros tenemos que evitar estas situaciones y cuando se presenten ocasiones de este tipo se le debe infligir daño al enemigo; a quienes son atacados de este modo ni el valor ni la multitud de soldados les sirven de nada.

(13) Quien cae vencido en una batalla campal, aunque en ese aspecto la técnica militar sea de gran ayuda, puede achacar su derrota a la mala suerte, pero quien sufre ataques por sorpresa, encerronas y emboscadas no puede rehuir su culpa, pues podía haberlas evitado y haberlas detectado de antemano mediante los exploradores adecuados.

(14) Cuando un ejército se bate en retirada suele utilizarse la siguiente triquiñuela: unos cuantos soldados de caballería emprenden la persecución en línea recta, mientras se envía un potente destacamento en secreto por otro sitio; cuando los soldados de caballería alcanzan al ejército enemigo lanzan un leve ataque y se retiran; (15) el ejército enemigo piensa entonces que si había algún tipo de encerrona ya la han dejado atrás y despreocupado cae en la imprudencia. En ese momento el destacamento que se había enviado por un camino oculto se abalanza contra los incautos enemigos y los aplasta.

(16) Muchos, cuando se alejan del enemigo, si tienen que atravesar bosques, envían una avanzadilla de soldados para que ocupen los terrenos angostos y accidentados con el fin de

no permitir allí las emboscadas. También dejan cortados los caminos tras de sí echando abajo árboles, procedimiento al que denominan abatida[337], para impedir que el adversario pueda perseguirlos.

(17) Durante la marcha a ambos bandos se les presentan ocasiones de tender emboscadas casi por igual. El ejército que marcha por delante va dejando a sus espaldas trampas en valles apropiados a este fin o en montes boscosos, y cuando el enemigo cae en ellas, entonces retrocede y socorre a sus hombres. (18) Por su parte el ejército perseguidor adelanta escuadrones ligeros por senderos apartados y le corta el paso al enemigo de forma que al caer en la emboscada queda acorralado por delante y por detrás. (19) El ejército que va por delante puede regresar sobre sus pasos para atacar al rival mientras duerme por la noche y de igual modo el ejército perseguidor, por lejos que esté, puede atacar al rival por sorpresa.

(20) Cuando se vadean los ríos el que va por delante trata de abatir a la parte del ejército enemigo que ha cruzado primero, mientras el resto está todavía en la otra ribera del cauce; por su parte el perseguidor aligerando la marcha crea confusión entre los que aún no han podido cruzar.

---

[337] Esta maniobra *(concaedes)* aparece recogida también varias veces en la obra de Amiano Marcelino (16, 11, 8; 16, 12, 15; 17, 10, 6).

XXIII

Sobre los camellos y los soldados de caballería pertrechados con coraza

(1) En la antigüedad algunos pueblos llevaron camellos en su formación y aún en nuestros días los Urcilianos[338] en África y otros Mazices[339] lo siguen haciendo. (2) Se cuenta que es un tipo de animales apropiado para la arena y para soportar la sed, que recorre sin error los caminos aunque estén desdibujados por el polvo arrastrado por el viento; pero por lo demás, excepto por su novedad si quienes los ven no están acostumbrados a ellos, es un animal inservible para el combate.

(3) Los soldados de caballería pertrechados con corazas, gracias a la protección que llevan están a salvo de las heridas, pero como consecuencia de los fardos y del peso de la armadura son presa de fácil captura y a menudo son prendidos con lazos. (4) Son más efectivos en el combate contra soldados de infantería desperdigados que contra la caballería pero, no obstante, colocados por delante de las legiones o entremezclados con los legionarios, cuando se lucha cuerpo a cuerpo, es decir, en un mano a mano, consiguen muchas veces romper la formación enemiga.

---

[338] De estos Urcilianos *(Vrcilliani)* casi nada se puede decir por cuanto nos resultan practicamente desconocidos. Su primera presencia en la literatura latina se encuentra en este pasaje y sólo aparecerán de nuevo en el poema épico *Iohannis seu de bellis Lybicis* (6, 390) del poeta africano Coripo, en el que se cantan las campañas militares en el norte de África de Juan Troglita, general del emperador Justiniano. Allí aparecen aludidos como *manus Vrceliana.*

[339] Los Mazices eran una tribu localizada geográficamente en la antigua *Mauretania* al sur de Zaccar, en las montañas que compartían Cesarea y Tipasa. Además de en este pasaje los Mazices son mencionados, al menos con este nombre, únicamente por Amiano Marcelino (en 29, 5, 17; 21; 25; 26; 30; 51) y en el *Laterculus Veronensis* (14, 3) según la *restitutio* del texto de Muellenhoff, donde se les denomina *Mauri Mazices.* Quizás se trata del mismo pueblo que ya Hecateo de Mileto *(Fr. Gr. Hist.* 1, F 334) había denominado Μάζυες y de quienes había apuntado "οἱ Λιβύες νομάδες" ("los nómadas de África").

XXIIII

Cómo se puede hacer frente a las cuadrigas falcadas y a los elefantes

(1) El rey Antíoco[340] y Mitrídates[341] utilizaron en la guerra cuadrigas falcadas[342], que en un primer momento infundieron un enorme miedo pero que enseguida pasaron a ser objeto de burla. (2) Y es que es difícil que un carro falcado encuentre siempre un terreno plano, queda retenido al menor obstáculo y se puede capturar en cuanto un caballo es golpeado o herido. (3) Pero dejaron de usarse sobre todo por la siguiente estratagema de los soldados Romanos: cuando se entablaba combate, los Romanos arrojaban de repente abrojos[343] por todo el campo de batalla y cuando las cuadrigas en plena carrera golpeaban contra ellos quedaban destrozadas. (4) El abrojo es un artefacto defensivo formado por cuatro palos atados que se arroje como se arroje queda apoyado sobre tres puntas y causa daños con la cuarta que queda erguida hacia arriba.

(5) Los elefantes en las batallas asustan a los soldados y a los caballos por la dimensión de su cuerpo, por su terrible barri-

---

340 Antíoco III el Grande, nacido hacia el año 242 a.C. y muerto en el 187 a.C., sucedió en el trono de Siria a su padre Seleuco II y restauró en gran medida las regiones del reino que en tiempos de su padre se habían segregado. Antíoco III es recordado fundamentalmente por sus dos victorias sobre los Romanos en las Termópilas y en Magnesia, en el año 190 ó 189 a.C.

341 Véase nota 265.

342 Las cuadrigas falcadas (*quadrigae falcatae*, o *currodrepani* como prefiere llamarlas el autor del tratado *De rebus bellicis* en el capítulo 12) eran carros tirados por caballos que llevaban en los laterales grandes cuchillas a modo de guadañas. Ya Jenofonte (*An.* 1, 8, 10) describe la llegada al campo de batalla de las tropas de Ciro y al frente de ellas estos carros falcados, en el año 401 a.C. en la batalla de Cunasa. Jenofonte atribuye su invención a Ciro el Grande (*Cir.* 6, 30).

343 Los *tribulos*.

to y por lo insólito de su propio aspecto. (6) El primero que los utilizó contra el ejército Romano fue el rey Pirro en Lucania[344], y después emplearon muchos otros Aníbal en África[345], el rey Antíoco en Oriente[346] y Yugurta en Numidia[347]. Para hacerles frente se han desarrollado distintos modos de defensa. (7) En Lucania un centurión con una espada le cercenó a uno lo que llaman la probóscide. También uncían dos caballos acorazados a un carro y sobre ellos iban montados coraceros[348] que lanzaban contra los elefantes las sarisas[349], o sea, unas lanzas muy largas. (8) Al estar protegidos con armadura de hierro no recibían daño alguno de los arqueros que aquellas bestias llevaban a sus lomos y evitaban sus embestidas gracias a la rapidez de los caballos.

(9) Otros enviaban soldados provistos de coraza contra los elefantes poniéndoles en los brazos, en los cascos y en los hombros púas de hierro de grandes dimensiones, para evitar que el elefante pudiera aferrar con su trompa al soldado cuando venía contra él.

(10) Pero los antiguos hacían frente a los elefantes sobre todo con los vélites. Estas tropas estaban constituidas por jóvenes

---

[344] En la batalla del río Siris en Heraclea, Lucania, que tuvo lugar el año 280 a.C. (véase, por ejemplo, Plutarco, *Pyrrh.* 16-17).

[345] En la batalla de Zama del año 202 a.C., donde Publio Cornelio Escipión derrotó a Aníbal y a su ejército púnico (véase Polibio, 15, 9-16; Tito Livio, 30, 29-34), que constaba de unos 36.000 soldados de infantería, 4.000 de caballería y 80 elefantes.

[346] En la batalla de Magnesia del año 190 ó 189 a.C. que enfrentó a Antíoco III y a Lucio Cornelio Escipión Asiágenes, cónsul del año 190 a.C. (véase, por ejemplo, Tito Livio, 37, 39-44; Apiano, *Syr.* 30-35).

[347] En la batalla del río Muthul del año 109 a.C. que supuso la victoria de Quinto Cecilio Metelo Numídico sobre las tropas de Yugurta (véase Salustio, *Iug.* 48-54).

[348] Los *dibanarii* eran los jinetes blindados con coraza característicos del ejército de época tardía.

[349] Las sarisas eran un tipo de lanza larga utilizada por los macedonios. El término *sarisa* en su forma latinizada se encuentra en la lengua latina ya en las *Sátiras* de Lucilio (véase 219, libro V Marx, *apud* Non. Marcelo, pág. 886 Lindsay). Su origen macedonio es recordado por Tito Livio (37, 42, 4 *usus praelongarum hastarum —sarisas Macedones uocant—*), Pompeyo Festo (pág. 442, *sarisa est hastae Macedonicae genus*) y Servio (*Aen.* 7, 664, *pilum proprie est hasta Romana, ut gaesa Gallorum, sarissae Macedonum).*

ágiles físicamente y provistos de armas ligeras, que lanzaban proyectiles desde los caballos con gran maestría. (11) Haciendo pasadas a caballo mataban a las bestias con grandes lanzas y jabalinas de mayor tamaño; pero después, a medida que iba creciendo la confianza, grupos numerosos de soldados arrojaban también el pilo, un tipo de lanza, contra los elefantes y acababan con ellos por las heridas que les provocaban.

(12) Otro procedimiento añadido consistía en que los honderos, descargando piedras redondas con sus fustíbalos y sus hondas sobre los indios que conducían los elefantes, los derribaban con las propias torretas sobre las que iban montados y los mataban. Éste es el sistema más seguro que se ha ingeniado.

(13) Además, cuando las bestias embestían los soldados abrían espacios, como si rompieran la formación, y en cuanto llegaban al centro del ejército las rodeaban por todas partes destacamentos de hombres armados y así las capturaban ilesas y sin heridas junto con sus conductores. (14) Conviene colocar por delante de la formación carrobalistas algo más grandes de lo normal —que lanzan proyectiles más lejos y con más fuerza— montadas sobre carretas tiradas por dos caballos o mulos y, cuando entran en su radio de tiro, los animales son acribillados por las flechas de las ballestas. (15) Contra ellos se preparan armas con la punta más ancha y más sólida con el fin de que al ser sus cuerpos muy grandes también sean mayores las heridas. (16) Hemos referido muchos ejemplos y muchas estratagemas utilizadas contra los elefantes con la intención de que, si las circunstancias lo exigen, se conozcan las distintas formas de hacer frente a tan colosales bestias.

XXV

Qué debe hacerse si todo el ejército o una parte de él se bate en retirada

(1) Se debe saber que si una parte del ejército sale victoriosa y otra huye no debe perderse la esperanza pues en tal situación la tenacidad del comandante puede reportarle la victoria completa. (2) Esta circunstancia se ha producido en innumerables guerras y quienes no perdieron la esperanza fueron considerados superiores. En igualdad de condiciones se considera más fuerte a aquel a quien no doblega la adversidad. (3) Así pues debe apoderarse primero de los despojos de los enemigos muertos o como dicen los propios soldados, recoger el campo[350], y dar la impresión de estar exultante mediante el bullicio y el sonido de las bocinas. (4) Con esta muestra de confianza intimidará a los enemigos y redoblará la confianza de sus soldados como si hubiera salido victorioso con todo el ejército.

(5) Y si por alguna desgracia el ejército entero en formación cae vencido, la derrota resulta funesta. A pesar de todo a muchos no les faltó la suerte necesaria para recuperarse y por eso se debe buscar un remedio. (6) En consecuencia el comandante precavido debe entablar la batalla campal con la cautela de que si se produjera alguna circunstancia adversa por el carácter cambiante de las guerras y de la condición humana, pueda poner a salvo a los soldados que están siendo vencidos sin sufrir daños relevantes. (7) Y en el caso de que en las proximidades haya colinas, de que haya un reducto fortificado a las espaldas del ejército o de que los soldados más valientes consigan plantar resistencia mientras los demás se han ido re-

[350] Esta expresión *colligere campum*, presentada por Vegecio como una expresión propia de la jerga militar, no aparece testimoniada en ningún otro texto aparte de en este pasaje.

tirando, entonces se salvarán ellos mismos y a sus compañeros. (8) Muchas veces una formación ya dispersa al recuperar las fuerzas acaba con quienes la persiguen divididos y sin orden. (9) Pues no hay situación alguna que represente un mayor peligro para unos soldados exultantes que cuando pasan de repente de la fiereza al miedo.

(10) Sea cual fuere el resultado de un enfrentamiento se debe reunir a todos los supervivientes del combate, se les debe enardecer con arengas apropiadas y se les debe alentar a retomar las armas. (11) Entonces son necesarias nuevas levas, nuevas tropas auxiliares y, lo que es más importante, se debe atacar a los vencedores mediante emboscadas inesperadas aprovechando el momento oportuno, para recuperar de este modo la confianza. (12) Y no faltarán ocasiones, dado que el carácter del hombre se vuelve muy soberbio y descuidado cuando las circunstancias son propicias. (13) Si uno cree que ésta es una situación extrema, piense que el devenir de todo combate al principio les resultó más adverso a aquellos a quienes estaba destinada la victoria.

XXVI

Reglas generales de la guerra[351]

(1) En todo combate la condición de la campaña es tal que lo que a ti te favorece menoscaba al enemigo y lo que a él le beneficia a ti siempre te perjudica. Por tanto nunca debemos realizar o descuidar ninguna acción a voluntad del enemigo, sino únicamente lo que consideramos que nos resulta útil a nosotros. Empieza a serte desfavorable la situación si imitas lo que él ha hecho en su propio beneficio y, a su vez, cualquier cosa que pongas en práctica por el bien de tus intereses se volverá contra él si decide imitarla.

(2) En la guerra quien más empeño haya puesto en las guardias y más se haya esforzado en adiestrar a sus soldados estará expuesto a menos riesgos.

(3) Nunca se debe llevar al combate a un soldado cuya capacidad no hayas comprobado antes.

(4) Es mejor doblegar al enemigo con el hambre, con los ataques por sorpresa o con el miedo que en la batalla, donde suele tener mayor influencia el azar que el valor.

(5) No hay mejor plan que aquel que el enemigo ignora antes de que lo pongas en práctica.

(6) Aprovechar las ocasiones suele ser de más ayuda en la guerra que el valor.

(7) Hay que depositar mucha confianza en atraer y acoger a los enemigos, si vienen con buena fe, pues provocan más quebrantos en el adversario los desertores que las bajas.

(8) Es mejor reservar muchas tropas de refresco por detrás de la formación que desplegar demasiado a los soldados.

---

[351] Por su naturaleza es probablemente la parte de la *Epitoma* más conocida y utilizada por la posteridad. Ya Mauricio, el escritor de literatura militar bizantino, tradujo a finales del siglo VI buena parte de este capítulo en sus *Στρατηγικά* 8, 2.

(9) Es difícil vencer a quien es capaz de hacer una correcta estimación de sus tropas y de las del enemigo.

(10) Ayuda más el valor que la cantidad de soldados.

(11) A menudo proporciona mayor ventaja la posición que el valor.

(12) La naturaleza engendra pocos hombres fuertes, pero el trabajo con un adiestramiento oportuno hace fuertes a muchos.

(13) El ejército con el esfuerzo prospera, con la desidia se malogra.

(14) Nunca lleves a la batalla campal a un soldado si no ves que tiene expectativas de victoria.

(15) Las acciones por sorpresa siembran el miedo en los enemigos, las que se usan una y otra vez no tienen ningún valor.

(16) Quien emprende una persecución con sus soldados desperdigados y sin orden desea entregar al enemigo la victoria que ha obtenido.

(17) Quien no se aprovisiona de grano y de todo lo necesario cae derrotado sin la necesidad de armas.

(18) Quien es superior en cantidad y en valor debe combatir con un frente cuadrado, que es el primer sistema de ataque.

(19) Quien se considera inferior debe atacar con su ala derecha el ala izquierda del enemigo, que es el segundo sistema.

(20) Quien sabe que dispone de un ala izquierda muy potente debe atacar el ala derecha del enemigo, que es el tercer sistema.

(21) Quien dispone de soldados muy experimentados debe comenzar el combate a la vez por ambas alas, que es el cuarto sistema.

(22) Quien tiene a sus órdenes excelentes tropas de armamento ligero debe atacar ambas alas del enemigo colocando ferentarios por delante de la formación, que es el quinto sistema.

(23) Quien no tiene demasiada confianza en la cantidad de soldados y en su valor, si no tiene más remedio que luchar, debe lanzar su ala derecha contra el ala izquierda del enemigo disponiendo al resto de los soldados en forma de lanza, que es el sexto sistema.

(24) Quien es consciente de disponer de menos soldados y más débiles, siguiendo el séptimo sistema de ataque, debe proveerse por un flanco de la protección de un monte, una ciudad, el mar, un río o cualquier otro apoyo.

(25) Quien confía en su caballería debe buscar terrenos más apropiados para la caballería y acomodar las maniobras a los soldados de este cuerpo.

(26) Quien confía en sus tropas de infantería debe buscar terrenos más apropiados para la infantería y acomodar las maniobras a los soldados de este cuerpo.

(27) Cuando un espía enemigo merodea clandestinamente por el campamento se debe dar orden durante el día de que todo el mundo regrese a su tienda y el espía será capturado de inmediato.

(28) Cuando sepas que tu plan ha sido revelado al enemigo conviene que cambies la táctica.

(29) Consulta con muchos lo que se debe hacer pero lo que realmente vas a hacer consúltalo con muy pocos y de tu entera confianza o, mejor aún, sólo contigo mismo.

(30) El temor y el castigo enmiendan a los soldados en el campamento, en la campaña la esperanza de recompensas los hace mejores.

(31) Los buenos comandantes no combaten en batalla campal más que en ocasiones propicias o por extrema necesidad.

(32) Es una excelente táctica apremiar al enemigo más con el hambre que con la espada.

(33) Que los enemigos no sepan de qué forma vas a plantear el combate para que no intenten plantar resistencia con las medidas oportunas.

(34) Relativos a la caballería son muchos los preceptos pero dado que esta parte del ejército ha progresado gracias al entrenamiento, al tipo de armas con que se equipa y a la casta de los caballos, creo que no es necesario extraer precepto alguno de los libros ya que con la instrucción actual basta y sobra.

(35) Han sido expuestos, invencible Emperador, los preceptos que, habiendo ganado la aprobación en distintas épo-

cas sobre la certeza de su puesta en práctica, han transmitido los autores más ilustres, (36) con el fin de que a la maestría en lanzar flechas, que admira el Persa en tu Serenidad, al dominio y a la elegancia en cabalgar que ya quisieran imitar si fueran capaces los pueblos de los Hunos y de los Alanos, (37) a la velocidad en la carrera, que no igualan el Sarraceno y el Indio[352], al adiestramiento en la "armatura", cuyos movimientos siquiera en parte se entusiasman por dominar los instructores, (38) se les puedan añadir ahora las reglas del combate, o mejor dicho el arte de la victoria, para que así, admirable en la misma medida por tu valor y tu disposición, puedas mostrarle al Estado tu condición de Emperador y de soldado[353].

---

[352] N. P. Milner (*Vegetius: Epitome of Military Science*, Liverpool, Liverpool University Press, 1996², pág. 119) considera que este catálogo de pueblos es particularmente apropiado en consonancia con una datación de la obra en época de Teodosio, dado que este emperador cerró tratados de paz con el rey de Persia en el año 386, con los Sarracenos y con pueblos llamados "indios" y remite a colación de esto a Pacato, *Pan. lat.* 12 [2], 22, 2-5.

[353] No es casual que el capítulo y con él el tercer libro acabe con la palabra *miles* en el apóstrofe al emperador. Suscribo la consideración del binomio *uirtus-dispositio* en relación de quiasmo con *imperator-miles* en este pasaje, tal y como he comprobado que afirma también M. Formisano en su traducción, según confiesa, por sugerencia de M. Reeve.

Libro cuarto

cas sobre la certeza de su puesta en práctica, han transmitido los autores más ilustres, (36) con el fin de que a la maestría en lanzar flechas, que admira el Persa en tu Serenidad, al dominio y a la elegancia en cabalgar que ya quisieran imitar si fueran capaces los pueblos de los Hunos y de los Alanos, (37) a la velocidad en la carrera, que no igualan el Sarraceno y el Indio[138], al adiestramiento en la "armatura", cuyos movimientos siquiera en parte se entusiasman por dominar los instructores, (38) se les puedan añadir ahora las reglas del combate, o mejor dicho el arte de la victoria, para que así, admirable en la misma medida por tu valor y tu disposición, puedas mostrarle al Estado tu condición de Emperador y de soldado[139].

---

[138] N. P. Milner (*Vegetius: Epitome of Military Science*, Liverpool: Liverpool University Press, 1996², pág. 117) considera que este catálogo de pueblos es particularmente apropiado en consonancia con una datación de la obra en época de Teodosio, dado que este emperador usó tratados de paz con el rey de Persia en el año 384, con los Sarracenos y con pueblos llamados "indios" y remite a colación de esto a Pacato, *Pan. lat.* 12 (2), 22, 2-3.

[139] No es casual que el capítulo y con él el tercer libro acabe con la palabra *miles* en el apelativo al emperador. Suscribo la consideración del binomio antes dispuesto en relación de quiasmo con *imperator-miles* en este pasaje, tal y como he comprobado que añade también M. Formisano en su traducción, según confiesa, por sugerencia de M. Reeve.

CAPÍTULOS DEL LIBRO CUARTO

<PRÓLOGO DEL LIBRO CUARTO>

(1) En el principio de los tiempos la fundación de ciudades separó por primera vez la agreste y salvaje vida de los hombres de la convivencia con los mudos animales y las fieras. Para estas ciudades el bien común dio a luz el nombre de *res publica*[354]. (2) Por este motivo las naciones más poderosas y los venerables soberanos consideraron que no había gloria mayor que fundar ciudades nuevas o dar nombre a las ya fundadas por otros pero engrandecidas en cierta medida por ellos mismos. (3) Sin embargo en esta labor la Clemencia de tu Serenidad se lleva la palma. Por obra de otros soberanos se erigieron unas pocas o incluso una sola, pero son innumerables

[354] Después de tratar extensamente en el libro tercero la guerra y el enfrentamiento militar de los ejércitos, la primera parte de este cuarto libro (capítulos 1 a 30 inclusive, que además constituyen el núcleo central del libro por cuanto la segunda parte, capítulos 31-46, son casi un anexo) contempla las situaciones bélicas que tienen como contexto no el campo de batalla sino la ciudad. Es decir, en los capítulos 1 a 30 de este último libro Vegecio tratará las tácticas y estrategias obsidionales de la ciudad, expuestas fundamentalmente desde la perspectiva del asediado, de quien se encuentra tras los muros de la ciudad y recibe el ataque del enemigo. Este protagonismo de la ciudad como elemento central de la primera sección del libro justifica y hace pertinente un proemio en el que Vegecio se remonta muy brevemente *ad origines* del concepto mismo de ciudad en sentido histórico, político y social.

las ciudades que se han construido por obra de tu Piedad[355] con tan afanoso empeño que más que levantadas por la mano del hombre parecen alzadas por voluntad divina. (4) Aventajas a todos los demás emperadores en fortuna, moderación, sentido de la decencia, en muestras de indulgencia, en amor por la cultura[356]. (5) Vemos las bondades de tu reino y de tu espíritu y poseemos lo que las generaciones anteriores quisieron anticipar y lo que las generaciones futuras desearían que se preservara para siempre[357]. (6) Por ello nos congratulamos de que le haya sido concedido al mundo entero todo cuanto la mente humana ha podido alguna vez desear y la gracia divina otorgar. (7) Pero de cuánto provecho ha rendido la elaborada construcción de murallas por disposición de Vuestra Clemencia da testimonio Roma, que salvaguardó la vida de sus ciudadanos con la protección de la Roca Capitolina para más tarde poseer el dominio del mundo entero con mayor gloria.

(8) Así pues como complemento de la obra emprendida por precepto de Vuestra Majestad voy a exponer ordenadamente los sistemas descritos por los distintos autores mediante los cuales se deben defender nuestras ciudades y destruir las de los enemigos. Y ni siquiera el cansancio causará en mí desazón, habida cuenta de que se van a tratar asuntos que serán útiles para todos.

---

355 Teodosio I levantó y dio su nombre a un buen número de ciudades, fundamentalmente en la parte oriental del Imperio. Simplemente, a modo de recordatorio, se pueden mencionar Teodosiópolis en Armenia, Teodosiana en Arcadia o la Teodosiópolis de Osroene en Mesopotamia (véase N. P. Milner, *op. cit.*, pág. 120, n. 2).

356 En el *Epitome de caesaribus* (48, 11-12) se encuentra otro elogio al interés de Teodosio I por la cultura y, en particular, por la cultura escrita.

357 La sentencia que hace de la época presente del emperador el *tempus summum et optimum* frente al pasado y al futuro se encuentra ya en Ausonio *(Grat. act. ad Gratian.* 16, 75) en términos muy parecidos "abundant in te ea bonitatis et uirtutis exempla, quae sequi cupiat uentura posteritas et, si rerum natura pateretur, adscribi sibi uoluisset antiquitas" ("abundan en ti tales muestras de bondad y virtud que la posteridad venidera deseará que persistan y, si la naturaleza lo permitiera, la antigüedad habría querido que se las atribuyera a ella").

I

Las ciudades deben estar fortificadas por obra de la naturaleza o por obra del hombre

(1) Las ciudades y los fortines están fortificados por obra de la naturaleza, por la mano del hombre o por ambas, que es lo que se considera más seguro; están fortificados por obra de la naturaleza cuando el terreno está elevado, es abrupto o está rodeado por el mar, por pantanos o por ríos; por la mano del hombre cuando está fortificado con zanjas y murallas. (2) En el caso de un lugar totalmente protegido gracias a la naturaleza se requiere el criterio de quien lo elige; en cambio, en el caso de un lugar llano se requiere la competencia de quien construye la fortificación. (3) Encontramos ciudades antiquísimas levantadas en campo abierto que, a pesar de carecer de cualquier tipo de protección natural, se han mantenido inexpugnables gracias a la técnica militar y a las obras de fortificación.

II

No se debe construir una muralla recta sino ondulada

(1) Los antiguos optaron por no trazar el perímetro de la muralla en línea recta para así evitar que quedara expuesta a los golpes de los arietes, sino que cercaron las ciudades trazando los cimientos con recodos sinuosos y construyeron gran número de torres en los ángulos (2) con el fin de que si alguien quería acercar escalas o máquinas de guerra a un muro edificado de esta forma, cayera abatido al estar rodeado por delante, por los laterales e incluso casi por detrás, como en una ensenada[358].

[358] En Vitrubio (1, 5, 2) se encuentran indicaciones similares.

III

Cómo añadir a la muralla un terraplén desde el suelo

(1) La muralla, para que no pueda ser nunca derribada, se completa con el siguiente procedimiento: se construyen dos paredes por detrás de la muralla que disten veinte pies la una de la otra; (2) luego la tierra que se ha sacado de las zanjas se echa entre las dos paredes y se le da cuerpo con barras de metal de modo que la primera pared quede proporcionalmente más baja y la segunda aún mucho más baja, con el fin de que desde la horizontal de la ciudad se pueda subir como si fuera una rampa con una ligera pendiente hasta los baluartes defensivos. (3) No hay ariete que pueda echar abajo una muralla reforzada con tierra y si por alguna circunstancia se rompen los sillares la estructura que se había compactado entre las paredes resiste las acometidas como si fuera una muralla.

IIII

Precauciones para que los rastrillos y las puertas no sean consumidos por el fuego

(1) Se deben tomar precauciones para evitar que el fuego aplicado por el enemigo calcine las puertas. Para ello se tienen que revestir con cuero y con hierro. Pero aún más efectivo es un sistema ideado en la antigüedad que consiste en añadir por delante de la puerta una barbacana a cuya entrada se coloca un rastrillo que pende de anillas de hierro y de cuerdas, con el fin de que si los enemigos consiguen entrar se deje caer y, al quedar encerrados dentro, sean aniquilados.

(2) Por otro lado la parte del muro que queda sobre la puerta debe acondicionarse de forma que esté provista de huecos por los que se pueda echar agua desde arriba para apagar el fuego.

V

Sobre la construcción de las zanjas

(1) La zanjas frente a las ciudades deben hacerse muy anchas y muy profundas para que los asediadores no puedan rellenarlas y cegarlas, y en cuanto se empiezan a llenar de agua se le impide al enemigo prolongarlas a modo de galería. (2) Y es que hay dos modos de evitar que el enemigo realice galerías subterráneas, haciendo las zanjas muy profundas y llenándolas de agua.

VI

Medidas para que los soldados no sean alcanzados en la muralla por las flechas del enemigo

(1) Una situación que provoca temor es que un grupo de arqueros, una vez que ha amedrentado a los defensores de los baluartes y ha apostado escalas, ocupe la muralla. Para evitarlo dentro de las ciudades deben llevar coraza y escudo el mayor número posible de soldados. (2) Luego se deben desplegar por los baluartes toldos dobles y cilicios de pelo de cabra que reciban el impacto de las flechas; y es que los proyectiles no pueden atravesar fácilmente algo que cede y oscila. (3) Se ha ingeniado también otro sistema distinto, hacer bastidores de madera, que reciben el nombre de *metallae*[359], y llenarlos de piedras colocándolos entre baluarte y baluarte de tal forma que si un enemigo consiguiera subir por las escalas y agarrase alguna parte del bastidor volcaría las piedras sobre su cabeza.

---

[359] Esta forma *metallae* no está atestiguada en el corpus latino con el sentido de recipiente que aquí tiene. En siglos pasados Oudendorp y Meineke conjeturaron una forma *matellas* (diminutivo de *matula)*, un tipo de recipiente utilizado para albergar líquidos. El problema para aceptar la propuesta de estos dos eruditos es que *cratis*, el término genérico con el que Vegecio se refiere a las *metallae*, en latín no designa un recipiente sino un entramado o un bastidor de cañas, de ramas, etc., con forma plana y no cóncava.

VII

De qué formas se puede prevenir que pasen hambre quienes están bajo asedio

(1) Existen muchos tipos de defensa y de ataque, que iremos introduciendo en el momento oportuno. (2) Por ahora se debe saber que hay dos formas de plantear un asedio; una cuando el enemigo tras haber dispuesto guarniciones en las posiciones apropiadas[360] deja sin agua a los sitiados o espera su capitulación por el hambre, impidiendo la entrada de provisiones. (3) Mediante este sistema el asediador desgasta al enemigo sin esfuerzo ni riesgo.

(4) Para evitar estas circunstancias los habitantes, impulsados por la más mínima sospecha, deben meter dentro del recinto amurallado todos los víveres para tener provisiones de sobra y que su escasez obligue a los enemigos a retirarse. (5) Y conviene salar no solamente la carne del cerdo sino la de todo tipo de animales que no puedan mantenerse con vida encerrados, con el fin de que con la ayuda de la carne el grano resulte suficiente. (6) En cambio las aves de corral se pueden alimentar en las ciudades sin gasto y son necesarias para los enfermos. (7) Se debe recoger pasto para los caballos y al que no se pudiera transportar se le debe prender fuego. Se debe hacer acopio de vino, de vinagre, de la cosecha restante y de fruta y no dejar nada que pueda servirle de alimento al enemigo. (8) El sentido práctico y el gusto incitan también a cultivar huertos en los jardines de las casas y en los patios.

---

[360] En este punto algunos manuscritos de poca autoridad introducen un añadido "[...] continuis insultibus oppugnat obsessos, alteram cum [...]" ("[...] ataca a los asediados con asaltos continuos, y la otra cuando [...]"). Lang rechazó este añadido por considerarlo una conjetura introducida para completar el sentido de la frase, aparentemente incompleto. Por su parte, Önnerfors lo adopta en su texto editado como genuino. Reeve ha recuperado la percepción de Lang y ha hecho prevalecer la transmisión del texto según los manuscritos excluyéndolo.

(9) Sin embargo, de poco sirve almacenar mucho si desde el principio el racionamiento no es administrado con mesura por las personas adecuadas; (10) nunca han sentido la amenaza del hambre quienes comenzaron a respetar la moderación ya en tiempos de abundancia. (11) Las personas que por su edad o su sexo no estaban preparadas para la guerra a menudo eran sacadas fuera del recinto amurallado cuando escaseaban los víveres, para evitar que la hambruna acabara con los soldados que defendían la ciudad[361].

[361] La costumbre de sacar de la plaza fuerte o de la ciudad que va a ser asediada a las mujeres y a quienes por razones de edad no están en condiciones de combatir era una práctica habitual no sólo entre los Romanos sino también en otros pueblos (véase, por ejemplo, aplicado a los Galos en César, *Gall.* 2, 16; 5, 3).

VIII

Preparativos para la defensa de la muralla

(1) Conviene tener preparado betún, azufre, pez líquida y aceite del que llaman incendiario para prender fuego a las máquinas de guerra del enemigo. (2) Para forjar armas se deben tener guardados hierro de ambos temples[362] y carbón en almacenes, y también se deben tener reservas de la madera necesaria para confeccionar lanzas y flechas. (3) Se deben recoger de los ríos cantos redondos con gran esmero, ya que por su dureza son muy pesados y particularmente idóneos para arrojarlos. (4) Las murallas y las torres están repletas de ellos; los pequeños se deben lanzar con hondas y fustíbalos o con la mano y los grandes se arrojan con las catapultas. Los de mayor peso y de forma redondeada se apilan en los baluartes para que al arrojarlos pendiente abajo no sólo aplasten a los enemigos que están debajo sino que también destruyan sus máquinas de guerra[363].

(5) También se deben elaborar enormes ruedas de madera verde o pulir para que puedan rodar secciones cilíndricas de árboles[364] muy robustos, a los que llaman *taleas*, que cuando se dejan caer con su repentino embate suelen intimidar a los soldados enemigos y a sus caballos.

(6) Asimismo conviene tener a mano traviesas y tablones así como clavos de hierro de distintos tamaños, (7) pues a las máquinas de los sitiadores se les suele hacer frente con otras máquinas, sobre todo en el caso de que se deba dar ma-

---

[362] Es decir, hierro y acero.

[363] En el texto latino editado por Reeve, donde se lee *machinamanta* debe leerse *machinamenta*.

[364] Amiano también narra un episodio (31, 15, 13) en el que se arrojan piedras, trozos de columnas y *cylindri* (que si significa lo mismo que en este pasaje de Vegecio serían secciones de troncos) desde lo alto de la muralla contra los enemigos que tratan de subir.

yor altura a la muralla o a los bastiones defensivos con trabajos de emergencia para evitar que las torres móviles de los enemigos despunten por encima de la muralla y se apoderen de la ciudad.

VIIII

Qué se debe hacer si se acaba la reserva de nervios

(1) Es también conveniente almacenar con sumo cuidado nervios de animales en abundancia, pues las catapultas, las ballestas[365] y las demás armas de artillería no sirven de nada si no se tienden con cuerdas hechas de nervios. (2) No obstante, se dice que las cerdas de la cola y de las crines de los caballos valen para las ballestas. Por otro lado está fuera de toda duda, por la propia experiencia de los Romanos en situaciones extremas, que los cabellos de las mujeres tienen la misma eficacia para este tipo de armas. (3) Durante el asedio del Capitolio, cuando las máquinas de guerra se estropearon tras un largo e incesante hostigamiento, al no haber reservas de nervios las matronas romanas ofrecieron sus cabellos cortados a sus maridos enfrascados en pleno combate y, una vez reparadas las máquinas, pudieron repeler el ataque de los enemigos[366]. (4) Aquellas castas mujeres prefirieron vivir en libertad[367] junto a sus maridos con la cabeza temporalmente lacrada a ser es-

---

365 Las *ballistae*.

366 A Milner *(op. cit.*, pág. 126, n. 1) corresponde el mérito de haber visto con gran acierto el paralelismo con el pasaje del Servio danielino *(Aen.* 1, 720) "est et Venus Calua ob hanc causam, quod cum Galli Capitolium obsiderent et deessent funes Romanis ad tormenta facienda, prima Domitia crinem suum, post ceterae matronae imitatae eam exsecuerunt, unde facta tormenta, et post bellum statua Veneri hoc nomine collocata est" ("también existe la Venus Calva por el siguiente motivo, porque cuando los Galos asediaron el Capitolio y se les acabaron a los Romanos las cuerdas necesarias para preparar armas de artillería, primero Domicia y luego imitando su ejemplo el resto de las matronas se cortaron la cabellera, y con ellas se prepararon las armas; después de la guerra le colocaron una estatua a Venus con este nombre") o cuanto menos con la versión de la leyenda que el comentarista transmite en este pasaje.

367 Prefiero conservar *ad litteram* la lectura de los manuscritos *libere*, en vez de la corrección que propone Reeve, *liberae*.

clavas de los enemigos con su belleza intacta. (5) También es muy útil almacenar cuernos y cueros sin curtir para recubrir los rastrillos y para construir otros artefactos y dispositivos de defensa.

X

Qué hacer para que los asediados no padezcan la falta de agua

(1) Es una gran ventaja para una ciudad tener en el interior del recinto amurallado fuentes perennes de agua. Y si la naturaleza no las proporciona se deben excavar pozos de la profundidad que sea precisa y sacar cubos de agua con cuerdas. (2) Pero en ocasiones hay lugares particularmente secos que están resguardados por montañas y rocas; las fortalezas que se asientan sobre estos lugares encuentran fuera de la muralla cauces de agua en lugares más bajos y los protegen lanzando armas arrojadizas desde los baluartes y las torres para así franquear el acceso a los aguadores. (3) Y si los cauces de agua están fuera del radio de alcance de las armas pero en la misma pendiente de la ciudad, conviene entonces construir entre la ciudad y el manantial lo que llaman un *burgus*[368] y apostar allí ballestas y arqueros para defender el agua de los enemigos.

(4) Además, en todos los edificios públicos y en muchos de los privados se deben levantar con meticulosidad cisternas para recoger las aguas de lluvia que caen de los tejados. (5) Difícilmente vence la sed a quienes durante un asedio utilizan su agua, por poca que sea, exclusivamente para beber.

---

[368] El *burgus* probablemente llegó originariamente a la lengua latina desde el griego πύργος ("torre") y ya desde el siglo II d.C. está atestiguado en latín con el sentido de torre militar, primero en las regiones fronterizas y luego extendido por todo el Imperio. La transformación de las torres de vigilancia en asentamientos firmes en colaboración con el efecto de la "contaminación semántica" del germánico *burgs (*burg* en antiguo alto alemán) puso en marcha un mecanismo de modificación de significado pasando así a designar "plaza fuerte, posición fortificada" (véase L. Várady, *op. cit.*, págs. 379-380 y n. 173).

XI

Qué hacer si se acaba la sal

(1) Si la ciudad es costera y se acaba la sal, se echa agua de mar en tinajas y en otros recipientes de gran tamaño y por efecto del calor del sol se solidifica en sal. (2) Y si el enemigo impide llegar al agua —algo que puede suceder— se recoge la arena que el mar encrespado por el viento deposita en la costa y se lava con agua dulce; esta arena, una vez secada al sol, se transformará igualmente en sal.

XII

Qué hacer cuando el enemigo llega a la muralla al primer asalto

(1) Cuando se prepara un asalto violento contra las fortalezas o las ciudades tienen lugar combates encarnizados con riesgo para las dos partes pero con mayor derramamiento de sangre en el bando de los asediadores.

(2) Quienes quieren expugnar la muralla, tras exhibir sus tropas con temible ostentación en la esperanza de llevar al rival a la rendición, redoblan la intimidación entremezclando el ruido de las trompetas con el de los soldados. (3) Entonces, cuando los habitantes de la ciudad se quedan estupefactos ante el primer asalto —pues el miedo hace más mella en quienes no están acostumbrados a la situación—, si no tienen experiencia en situaciones de peligro, se tienden escalas y se toma la ciudad. (4) Y si el primer embate es rechazado por hombres audaces o por soldados, inmediatamente aumentará la confianza de los sitiados y en la lucha ya no influirá el miedo, sino únicamente las fuerzas y la técnica militar.

XIII

Enumeración de las máquinas de guerra con las que se asedia una muralla

Contra la muralla de una ciudad se llevan testúdines[369], arietes, hoces[370], viñas[371], plúteos[372], músculos[373] y torres. De cada uno de ellos explicaré a continuación cómo se construye, cómo se utiliza y cómo se neutraliza.

---

[369] La *testudo*, llamada χελώνη en griego, está descrita en el capítulo 14. El Servio danielino (*Aen.* 9, 503) la describía como "scutorum conexio, curuata in testudinis modum" y Remigio de Autun (*Comm. Eins. in Don. art. maior.* 98) se refería a ella como "camera scutorum", pero en ambos casos se refieren a la formación "en tortuga", en la que los soldados se protegían con los escudos a modo de caparazón. En este caso la *testudo* es un ingenio militar de madera revestida de materiales que lo protege del fuego, utilizado como protección para los soldados mientras arremeten con el ariete (véase capítulo siguiente).

[370] Se trata de las *falces murales*, las *falces* por antonomasia en el ámbito militar. Existía además otro tipo de *falces* que se llevaban en los barcos para atacar a las embarcaciones enemigas (véase, por ejemplo, César, *Gall.* 3, 14). Vegecio describe las *falces murales* en el capítulo 14 y aludirá a las *falces* marítimas en el capítulo 44.

[371] Las *uineae* o viñas eran unas construcciones en forma de caseta provistas de techumbre, revestidas con cuero sin curtir y centones para neutralizar los impactos y la acción incendiaria de los proyectiles que llegaban envueltos en llamas. Vegecio ofrece su descripción de las *uineae* en el capítulo 15.

[372] Los *plutei* o plúteos eran parapetos abovedados de mimbre en forma de escudo de grandes dimensiones, recubiertos con cilicios y cuero crudo. Iban montados sobre tres ruedas de manera que su desplazamiento era más sencillo. Pompeyo Festo ofrece al respecto de los plúteos la siguiente definición "*<Plutei dicebantur crates corio cr>udo intentae, <quae solebant opponi militibus> opus facientibus <et appellabantur militares.>*" ("Se llamaba plúteos a unos cañizos recubiertos de cuero crudo, que solían poner por delante los soldados cuando realizaban su tarea y los llamaban plúteos militares"). Vegecio realizará la descripción de los plúteos en el capítulo 15.

[373] Los *musculi* o músculos están atestiguados en su acepción militar por primera vez en la obra de César (*Gall.* 7, 84, 1). Su fortuna en la lengua latina se reduce a su aparición en el también cesariano *De bello ciuili* (2, 10-11; 14; 3, 80), en el *Bellum Alexandrinum* (1, 2) y en Vegecio, que ofrecerá la correspondiente descripción en el capítulo 16.

XIIII

El ariete, la hoz y la testudo

(1) La testudo se construye con madera y tablones y se reviste de cuero, cilicios o centones[374] para que no se le pueda prender fuego. (2) En la parte interna lleva una traviesa que o tiene en la punta un gancho de hierro, llamado hoz por su forma curvada, para arrancar las piedras de la muralla, o tiene un extremo revestido de hierro y entonces recibe el nombre de ariete, (3) bien porque tiene una frente durísima que derriba murallas o bien porque retrocede para tomar impulso con más fuerza, como un carnero[375]. (4) La testudo, por su parte, recibe este nombre por su similitud con una tortuga de verdad[376], pues igual que ésta unas veces retrae la cabeza y otras la extiende, este artefacto primero impulsa la traviesa hacia atrás y luego la proyecta hacia delante para golpear más fuerte.

---

[374] Los *centones* eran mantas o trapos cosidos de lana usada que se utilizaban empapados de agua para extinguir los incendios. De ahí la denominación del *centonarius*, un bombero encargado de apagar fuegos con estos *centones*.

[375] *Aries* en latín significa carnero.

[376] La tortuga se llamaba *testudo* en latín. Ya Varrón (*ling. lat.* 5, 161) había explicado el nombre de la testudo por su similitud con la tortuga.

XV

Las viñas, los plúteos y el terraplén

(1) Los antiguos llamaron viñas[377] a lo que hoy día se denomina *caucias* siguiendo la costumbre de los soldados bárbaros. Es una máquina de ocho pies de ancho, siete de alto y dieciséis de largo[378] ensamblada con maderos ligeros. (2) Su techo está recubierto con una protección doble de tablones y cañizo. (3) Los laterales también están revestidos con mimbre para que el impacto de piedras y proyectiles no pueda traspasarlos. (4) Por fuera está retobado con cuero fresco y sin curtir y con centones para evitar que se queme con el fuego. Cuando se han construido muchas, se unen de manera ordenada y los asediadores se introducen debajo de ellas para derribar los cimientos de la muralla fuera de peligro.

(5) Reciben el nombre de plúteos unos artefactos que se entretejen con mimbre en forma de bóveda, se cubren con cilicios o cueros y se desplazan en la dirección deseada por medio de tres ruedas, una de las cuales se coloca en el centro y las otras dos en los extremos, como si fuera un carro. Los asediadores los apoyan sobre la muralla y (6) protegidos por su blindaje hostigan con flechas, hondas y proyectiles a los defensores apostados en los baluartes, para permitir que los soldados suban por las escalas más fácilmente.

(7) Por su parte el terraplén se levanta con tierra y madera frente a la muralla y desde allí se lanzan las armas arrojadizas.

---

[377] La antigüedad de la denominación de la *uinea*, tal y como indica Vegecio, se ve confirmada por nuestro conocimiento de la literatura latina, pues ya en el *Miles gloriosus* (v. 266) de Plauto se encuentra un ejemplo de *uinea*, junto a *pluteus*, en su acepción militar.

[378] Es decir, de 2,37 metros de ancho, 2,07 de alto y 4,73 de largo.

XVI

Los músculos

(1) Se denomina músculos a unas máquinas de menor tamaño, a cuyo abrigo los soldados eliminan la empalizada de la ciudad; no sólo rellenan el foso echando piedras, maderos y tierra sino que incluso lo apisonan para que las torres móviles puedan llegar a la muralla sin impedimentos. (2) Los músculos reciben su nombre de los animales marinos[379]; pues igual que esos animales, a pesar de ser pequeños, ofrecen continuamente ayuda y apoyo a las ballenas, estas máquinas de menor tamaño y asignadas a las grandes torres preparan el camino para su llegada y les franquean el camino.

---

[379] Efectivamente Plinio menciona este *musculus* o "ratoncillo" en dos ocasiones (IX, 186 y XI, 165 "musculus marinus, qui ballaenam antecedit"). Entre los estudiosos de la obra pliniana no existe acuerdo acerca del *musculus;* hay quien considera al "ratoncillo" una simple invención literaria, basada o no en un pez realmente existente, y quien cree que debe tratarse de algún pequeño pez guía, que algunos tratan de identificar y otros estiman irreconocible.

XVII

Las torres móviles

(1) Reciben el nombre de torres unas máquinas con forma de edificio construidas con traviesas y tablones y revestidas concienzudamente con cuero sin curtir y centones para evitar que un artefacto de tanta envergadura se consuma por el fuego enemigo. Su altura es proporcional a su anchura; (2) unas veces tienen treinta pies[380] cuadrados de anchura, otras veces cuarenta[381] y otras cincuenta[382]. (3) Su altura es tan elevada que no sólo sobrepasa las murallas sino también las torres de piedra. En su base se colocan muchas ruedas aplicando los principios de la mecánica y haciéndolas girar se mueve tamaña mole.

(4) Si se hace llegar una torre a la muralla el riesgo para la ciudad es inminente. Y es que lleva muchas escalas y tratar de abrir vías de entrada por distintos medios. (5) En la parte inferior tiene un ariete, con cuyo impacto destruye la muralla. Hacia la parte central lleva un puente formado por dos traviesas y revestido de mimbre que, dejándolo caer de improviso, queda tendido entre la torre y la muralla, y los soldados saliendo de la máquina cruzan por él a la ciudad y se apoderan de la muralla. (6) En la parte superior de la torre van apostados lanceros y arqueros que abaten desde lo alto con sus lanzas, proyectiles y piedras a los defensores de la ciudad. (7) Llegados a este punto la ciudad es conquistada inmediatamente. Pues ¿qué amparo les queda a quienes habiendo depositado sus esperanzas en la altura de su muralla de repente ven sobre sus cabezas una muralla más alta de los enemigos?

---

[380] 8,88 metros.

[381] 11,84 metros.

[382] 14,80 metros. Vitrubio cuenta (10, 16, 4) que cuando Demetrio Poliorcetes asedió Rodas, su ingeniero Epímaco construyó una torre de 60 pies (17,76 metros), la célebre torre *helepolis* (ἑλέπολις) o "captura-ciudades".

XVIII

Cómo se puede incendiar una torre móvil

(1) A este peligro tan evidente se le hace frente de muchos modos. En primer lugar, si el ejército es valeroso y se siente confiado, se hace salir un escuadrón de hombres armados y después de haber rechazado a los enemigos por la fuerza se prende fuego a la gigantesca máquina una vez que se han arrancado los cueros de la madera. (2) Si los hombres no se atreven a salir de la fortaleza, entonces se lanzan con las ballestas de mayor tamaño maléolos y faláricas incendiarias, con el fin de que rasgando los cueros y los centones la llama pueda prender por dentro. (3) Los maléolos[383] son una especie de flechas que, al llegar envueltos en llamas, allí donde se clavan lo queman todo. (4) La falárica[384] es un arma en forma de lanza rematada en una punta de hierro duro; la parte que hay entre el tubo de hierro y el mango se recubre de azufre, resina, betún y estopa, y luego se unta con aceite del que llaman

---

[383] Nonio Marcelo (pág. 893 Lindsay, *s. u. malleoli*) describe estos *malleoli* o maléolos como "manipuli spartei pice contecti, qui incensi aut in muros aut in testudines iaciuntur" ("manojos de esparto recubiertos de pez que se lanzan en llamas contra los muros o contra las testúdines") y además proporciona el primer testimonio conocido del uso de *malleolus* en la literatura latina a través de una cita de Sisena (*Hist.* fr. 83).

[384] Según Tito Livio (21, 8, 10) "Phalarica erat Saguntinis missile telum hastili abiegno et cetera tereti praeterquam ad extremum, unde ferrum extabat; id, sicut in pilo, quadratum stuppa circumligabant linebantque pice; ferrum autem tres longum habebat pedes [...]" ("la falárica era un arma arrojadiza de los Saguntinos con un asta de madera de abeto, redonda toda ella excepto en una punta de la que sobresalía la punta de hierro; ésta, cuadrada igual que en el pilo, se envolvía en estopa y se untaba en pez; la punta de hierro tenía tres pies de largo [...]"). Es más frecuente la grafía *falarica* que *phalarica* (sólo presente en Livio, Silio Itálico y Aulo Gelio). A partir de este pasaje de Livio se ha proclamado un origen hispano para esta arma, frente y casi por oposición al *pilum* latino, aunque se debe señalar que la falárica se encuentra testimoniada ya en los fragmentos de los *Annales* de Enio (v. 544 Vahlen).

incendiario; (5) entonces se lanza con un disparo de ballesta y tras atravesar el revestimiento de protección se clava envuelta en llamas en la madera y a menudo incendia toda la torre[385].

(6) También un grupo de hombres, al que se ha hecho descender con cuerdas mientras los enemigos duermen, lleva fuego en faroles y, una vez que ha incendiado las máquinas, se le sube de nuevo a la muralla.

---

[385] Véase, por ejemplo, Amiano Marcelino (20, 11, 13; 23, 4, 15).

XVIIII

Cómo dar más altura a la muralla

(1) Además, a la parte de la muralla a la que trata de aproximarse la torre se le puede dar mayor altura levantando una pared de cemento y piedras, de lodo o de ladrillos y luego con tablas, para que la torre no pueda abatir desde encima de la ciudad en su avance a los defensores del muro[386]. (2) Es evidente que la máquina se vuelve ineficaz si resulta ser más baja que la muralla.

Pero los asediadores suelen poner en práctica el siguiente ardid: (3) primero construyen una torre que parezca más baja que los baluartes defensivos de la ciudad, (4) luego a escondidas hacen en su interior otra torreta de tablones y, cuando la máquina se coloca junto a la muralla, de repente se saca del centro dicha torreta mediante cuerdas y poleas, y, como se encuentra ya por encima de la muralla, los soldados saliendo de ella toman la ciudad inmediatamente.

---

[386] Milner (*op. cit.*, pág. 131, n. 10) indica que probablemente aquí ("ne defensores moenium desuper urbi uentura possit opprimere") se encuentra una alusión a Virgilio (*Aen.* 2, 46-47 "aut haec in nostros fabricata est machina muros / inspectura domos uenturaque desuper urbi"). Es probable que se trate de un casi imperceptible guiño dirigido al tipo de lector que Vegecio tenía en su mente, un lector culto, profundamente versado en las letras latinas y perfecto conocedor de la obra virgiliana en cuanto monumento máximo del clasicismo.

XX

Cómo hacer agujeros en el suelo para que la máquina de guerra no pueda hacer ningún daño

(1) A veces cuando una máquina se aproxima se ponen en su camino traviesas de hierro muy largas y le impiden así acercarse a la muralla. (2) Pero cuando la ciudad de Rodas fue objeto de asedio los enemigos preparaban una torre móvil[387] más alta que la muralla de la ciudad y que todas sus torres, gracias a la perspicacia de un ingeniero se ideó la siguiente solución: (3) por la noche excavó una galería por debajo de los cimientos de la muralla y dejó hueco por dentro el lugar al que iba a ser conducida la torre al día siguiente sacando la tierra de debajo sin que ningún enemigo se percatara. (4) Cuando aquella mole fue desplazada haciendo girar sus ruedas y llegó al lugar que había sido excavado por debajo, el suelo cedió al enorme peso de la torre y ésta se desplomó y no pudo llegar a la muralla ni volverse a mover ya más. De esta forma la ciudad quedó a salvo y la máquina de guerra quedó abandonada.

387 Se trata de la torre *helepolis* ya mencionada (véase nota 382). Sin embargo la versión que transmite Vitrubio no coincide con la que aquí refiere Vegecio. Según Vitrubio (10, 16, 6-7) la torre fue neutralizada gracias a que Diogneto, ingeniero de Rodas, empantanó con agua, estiércol y lodo el lugar sobre el que debía pasar al día siguiente la torre haciendo que quedara allí embarrancada.

XXI

Las escalas, la sambuca, la exostra y el cigoñal

(1) Una vez que se han aproximado las torres, los honderos con piedras, los arqueros con proyectiles, los ballesteros[388] con flechas y los lanzadores con dardos emplomados y venablos hacen retirarse de la muralla a los defensores. (2) Hecho esto, conquistan la ciudad apoyando las escalas en la muralla. Pero quienes suben por las escalas a menudo se exponen a un gran riesgo, como Capaneo[389], considerado el primer hombre en idear el uso de las escalas como sistema ofensivo, al que los Tebanos derribaron tan violentamente que se decía que había sido fulminado por un rayo. (3) Por este motivo los asediadores entran en la muralla del enemigo con la sambuca[390], la exostra[391] y el cigoñal[392].

---

[388] *Manuballistarii uel arcuballistarii*. Se trata de los soldados que manejaban respectivamente las ballestas de mano y las ballestas convencionales.

[389] Capaneo, padre de aquel Esténelo que fue escudero de Diomedes, es uno de los siete generales que participaron en el asalto de Tebas, tal y como se narra en la tragedia de los *Siete contra Tebas*. El mito cuenta que cuando Capaneo se disponía a escalar los muros de Tebas para incendiar la ciudad fue derribado por un rayo lanzado por Zeus. La versión que aquí ofrece Vegecio racionaliza el mito y atribuye el derribo de Capaneo a los defensores de la muralla tebana en una actuación de enorme violencia.

[390] La *sambuca* (σαμβύκη) era un instrumento triangular de cuatro cuerdas y en su acepción musical se encuentra testimoniado también en latín (Plauto, *Stich.* 381; Persio, *sat.* 5, 95). En cambio su acepción militar sólo se encuentra en Vitrubio (10, 16, 9), donde aparece montada sobre un barco, y en este pasaje de Vegecio (véase también Polibio 4, 8, 11).

[391] La *exostra*, del griego ἐξώστρα. En su acepción militar (tiene otra acepción que hace de ella una máquina teatral para representar interiores) sólo se encuentra en Vegecio. En griego también aparece atestiguada en algunos lexicógrafos como Hesiquio o Pólux, pero en la acepción de máquina teatral antes señalada.

[392] El *tolleno* (derivado del verbo *tollere*, "levantar, alzar") era un tipo de grúa o cigoñal, como indica Vegecio a continuación. Su equivalente griego era el κηλώνειον.

(4) La sambuca recibe su nombre por su parecido con la cítara, pues igual que en la cítara hay cuerdas, en la traviesa que se coloca junto a la torre hay sogas que tienden un puente desde arriba con poleas hasta que queda apoyado en la muralla y entonces salen repentinamente los soldados y cruzando por él ocupan los baluartes de la ciudad. (5) El puente que ya mencionamos anteriormente se denomina exostra porque se deja caer de repente sobre la muralla desde la torre. (6) Se denomina cigoñal a un gran poste clavado en el suelo sobre el que se apoya transversalmente otro poste mayor colocado en equilibrio, de forma que si se hace bajar un extremo se eleva el otro. (7) Esta máquina lleva en uno de sus extremos una plataforma de cañizos o de tablas, donde se sitúan unos cuantos soldados armados; entonces, tirando con cuerdas del otro lado y haciendo que descienda, se eleva a los soldados y quedan depositados sobre la muralla.

XXII

Las ballestas, las catapultas, los escorpiones[393]*, las ballestas de arco, los fustíbalos y las hondas; la artillería*[394] *con la que se defiende la muralla*

(1) Contra todo esto las ballestas, las catapultas, los escorpiones, las ballestas de arco[395], los fustíbalos, los arqueros y las hondas suelen proteger a los asediados. (2) La ballesta se tensa con cuerdas hechas de nervios; cuanto más largos son sus brazos, es decir, cuanto más grande es, más lejos lanza los dardos. (3) Y si está confeccionada según las reglas de la mecánica y es manejada por hombres expertos que hayan calibrado previamente su alcance atraviesa todo aquello donde golpea. (4) La catapulta lanza piedras, pero el peso de las piedras que puede arrojar es proporcional al grosor y al tamaño de los nervios; cuanto más grande sea, mayores piedras descargará como si fuera un rayo[396]. (5) No existe arma de artillería más implacable que estas dos.

(6) Recibía el nombre de escorpión lo que en la actualidad se denomina ballesta de mano[397], así llamado porque provo-

---

[393] Como el propio Vegecio dirá un poco más adelante, los *scorpiones* eran la denominación antigua de lo que en su tiempo se llamaba *manuballista*, "ballesta de mano". Por tanto conviven en la *Epitoma* dos denominaciones distintas de un único artefacto pertenecientes a dos épocas diferentes.

[394] Los *tormenta* son los artefactos de artillería que basan su funcionamiento en *torquere*, es decir, en su torsión por medio de una cuerda tensada o de cualquier otro tipo de contrapeso. Cuando la fuerza de torsión se reduce el artefacto recupera su posición natural con un impulso violento que es aprovechado para arrojar objetos contundentes contra el enemigo.

[395] *Arcuballistae.*

[396] La comparación con un rayo *(fulminis more)* no es casual ni se trata de una licencia poética de Vegecio. Esta comparación se repetirá de nuevo en el capítulo 24. Esto se debe a que, vistos sus efectos devastadores, debió de recibir el nombre de *ballista fulminalis*, tal y como se lee en *De rebus bellicis* (18).

[397] La *manuballista.*

ca la muerte con unos dardos pequeños y ligeros. (7) Considero superfluo describir los fustíbalos, las ballestas de arco y las hondas, pues su uso en la actualidad hace que sean bien conocidas. (8) No obstante, diremos que lanzando piedras de gran peso con las catapultas no solamente se derriban caballos y hombres sino que incluso se destruyen las máquinas de guerra de los enemigos.

XXIII

Contra los arietes son muy útiles los colchones, los lazos, los lobos y las columnas muy pesadas

(1) Contra los arietes y las hoces existen muchos sistemas de defensa. Hay quien deja caer centones y colchones atados con cuerdas y los coloca en los puntos donde golpea el ariete para que el impacto de la máquina no destruya la muralla al ser amortiguado con un material muy blando.

(2) Otros atrapando los arietes con lazos tiran de ellos en diagonal desde el muro con la ayuda de muchos hombres y los hacen volcar con la propia testudo.

(3) Hay muchos que atan con cuerdas una pieza de hierro dentado en forma de tijera, a la que denominan lobo[398], y cogiendo con este artefacto el ariete lo hacen volcar o bien lo dejan suspendido de forma que no tenga impulso para golpear.

(4) En ocasiones se arrojan desde la muralla columnas de mármol y sus pedestales[399] empujándolos con mucha fuerza y destruyen así los arietes. (5) Y si el golpe de los arietes llega a ser tan violento que consigue perforar la muralla y hace que se derrumbe —como a menudo sucede— sólo queda una esperanza de salvación, derribar casas y construir otra muralla en el interior, y si los enemigos intentan penetrar, acabar con ellos en el espacio intermedio que hay entre las dos murallas.

---

[398] *Lupus* también en latín, como en castellano, denomina al animal. Está atestiguado con esta acepción una vez en Tito Livio (28, 3, 7), pero después no volverá a ser utilizado hasta este pasaje de Vegecio. Su posterior pervivencia tampoco tuvo mucha fortuna, ya que únicamente se encuentra en un texto de Isidoro de Sevilla (*orig.* 20, 15, 4), relativo a instrumentos de jardinería, donde se define como "ferreus (h)arpax" ("arpón de hierro").

[399] Véase, por ejemplo, Amiano Marcelino, 20, 11, 10; 31, 15, 13.

XXIIII

Sobre las galerías con las que se abate la muralla o bien se entra en la ciudad

(1) Otro sistema de asedio es subterráneo y sorpresivo; lo llaman conejera[400] por el nombre de los conejos, que cavan madrigueras bajo tierra en las que se ocultan. (2) Empleando una gran cantidad de hombres se excava bajo tierra con gran empeño, igual que en las minas en las que los afanosos Besos[401] abren galerías en busca de venas de oro y plata, y una vez hecho el agujero de entrada se intenta realizar un camino subterráneo para la destrucción de la ciudad. (3) Este ardid se lleva a cabo de dos formas distintas; o bien los soldados entran en la ciudad y salen de la conejera de noche sin que sus habitantes se den cuenta, hacen pasar a su ejército al interior abriéndoles las puertas y acaban con los enemigos en sus propias casas por sorpresa, o si no, (4) cuando llegan a los cimientos de la muralla, socavan buena parte de ellos y colocando allí debajo madera seca evitan el derrumbamiento de la muralla con un andamiaje provisional; (5) encima añaden sarmientos y otros materiales inflamables; cuando los soldados están listos prenden fuego al andamiaje y en cuanto arden las columnas de madera y los tablones la muralla se desploma de inmediato abriendo una vía de acceso para el asalto.

---

[400] *Cuniculus* en latín, que designa tanto al conejo como a la galería subterránea o conejera que excava este animal.

[401] Véase nota 188.

XXV

Qué deben hacer los habitantes de una ciudad asediada si los enemigos irrumpen en ella

(1) Está documentado en un sinfín de ejemplos que los enemigos que entran en una ciudad para expugnarla a menudo son exterminados en una masacre. (2) Esto sucede irremisiblemente si los habitantes mantienen el control sobre la muralla y las torres y ocupan las posiciones más elevadas. (3) En esa situación toda persona de cualquier edad y sexo cubre de golpes desde las ventanas y los tejados a los enemigos que entran en la ciudad con piedras y cualquier otro tipo de arma contundente. (4) Para evitar esta situación los asediadores suelen abrir las puertas de la ciudad con el fin de que sus habitantes al tener la posibilidad de huir desistan en el empeño de plantar resistencia[402]. (5) Y es que la desesperación entraña una especie de exigencia de valor. (6) Si el enemigo penetra en la ciudad sea de día o de noche, entonces la única posibilidad de salvación para los habitantes es mantener el control de la muralla y las torres y subir a las posiciones más elevadas y acabar con los enemigos en las calles y en las plazas rodeándolos por todas partes.

[402] Aquí sería aplicable el planteamiento presentado en 3, 21 sobre la conveniencia de dejar una vía de escape al enemigo para evitar un enfrentamiento cruento y lograr de este modo la victoria atacándolo cuando ya ha abandonado su posición defensiva y piensa sólo en la huida.

XXVI

Precauciones que deben adoptarse para evitar que los enemigos tomen la muralla por sorpresa

(1) Los asediadores con frecuencia maquinan un engaño que consiste en retirarse simulando haber perdido las esperanzas. (2) Pero cuando se relaja precipitadamente la seguridad cancelando las guardias en la muralla una vez que ha pasado el temor, el enemigo regresa a escondidas con escalas aprovechando la oscuridad de la noche y sube a la muralla.

(3) Por esta razón cuando el enemigo se retire se debe aplicar una vigilancia aún mayor y se deben colocar garitas en las murallas y en las torres en las que los centinelas queden resguardados del frío y de la lluvia en los meses de invierno y del sol en los de verano.

(4) También existe la costumbre de tener en la muralla perros muy perceptivos y de gran agudeza que detecten la llegada del enemigo por su olor y avisen ladrando. (5) También los gansos indican con sus graznidos los ataques nocturnos con una habilidad en nada inferior a la de los perros. Cuando los Galos entraron en el Capitolio habrían borrado el nombre del pueblo romano de no haber sido porque Manlio[403], despertado por el graznido de los gansos, opuso resistencia. (6) Gracias a una insólita muestra de diligencia o de buena suerte un ave salvó a los hombres que harían pasar bajo su yugo al mundo entero.

[403] Se trata de Marco Manlio Capitolino. El relato de la llegada de los Galos hasta el Capitolio en Roma se puede leer en detalle por ejemplo en Tito Livio, 5, 47 y en Floro, 1, 7, 15.

XXVII

Cuándo tender asechanzas a los habitantes de una ciudad asediada

(1) No sólo en los asedios sino en todo tipo de situaciones de combate se considera que lo más importante es indagar minuciosamente y conocer bien las costumbres de los enemigos. (2) Y es que no hay otro modo de encontrar el momento oportuno para tender asechanzas que saber a qué hora deja de trabajar el adversario y se muestra más incauto, (3) circunstancia que se produce unas veces a mediodía, otras por la tarde, a menudo de noche, en ocasiones mientras comen, cuando los soldados de ambos bandos se dispersan para descansar o para recuperarse. (4) Cuando esto comienza a suceder en la ciudad, los asediadores se retiran con astucia del combate y dan pábulo a la indolencia de los adversarios. (5) Y en el momento en que esta indolencia aumente alimentada por su propia impunidad, los enemigos, aproximando las máquinas de guerra de improviso y apoyando las escalas en la muralla, ocupan la ciudad. (6) Por este motivo en la muralla se tienen siempre preparadas las piedras y el resto de la artillería con el fin de que, en cuanto se advierta el engaño, quienes llegan corriendo tengan a mano algo que dejar caer y que arrojar sobre las cabezas de los enemigos.

XXVIII

Qué deben hacer los asediadores para no caer en los engaños de los sitiados

(1) Cuando interviene la indolencia los asediadores están sujetos a peligros similares. (2) Pues si están absortos en comer o en dormir o se encuentran dispersos para descansar o por alguna necesidad, entonces los sitiados efectúan repentinamente una salida impetuosa y acaban con los enemigos desprevenidos, prenden fuego a sus arietes, a sus máquinas de guerra, a los mismos terraplenes y derriban todas las construcciones fabricadas para su destrucción.

(3) Por este motivo los asediadores deben abrir una zanja fuera del radio de alcance de las armas enemigas y aparejarla no sólo con una empalizada y con estacas sino incluso con torretas para poder oponer resistencia en el caso de que los sitiados irrumpan desde la ciudad. Esta obra de fortificación recibe de nombre de lorígula[404]. (4) Muchas veces cuando se describe un asedio en las obras de los historiadores se encuentra que una ciudad estaba rodeada con esta lorígula.

---

[404] Aparte de en este pasaje la *loricula* aparece mencionada únicamente por Aulo Hircio en el libro VIII del *De Bello Gallico* (8, 9, 3) y por Jerónimo en *Is.* 26, 1 (la forma aparece también en la *Vetus Latina* pero con otro sentido). Mucho más habitual es encontrarlo como *lorica* con la misma acepción que Vegecio da a *loricula.*

XXVIIII

Con qué tipo de artillería se debe defender la ciudad

(1) Los proyectiles, los dardos emplomados, las lanzas, los venablos y las jabalinas si se arrojan desde lo alto caen con mayor violencia sobre quienes se encuentran debajo. (2) También las flechas que se lanzan con arcos y las piedras que se lanzan con la mano, con hondas o con fustíbalos cuanto más elevada sea la posición de la que salen, mayor grado de penetración tienen. (3) Por su parte las ballestas y las catapultas, si están manejadas correctamente por hombres competentes son mejores que todas las demás armas y contra ellas no hay coraje ni sistema defensivo que pueda proteger a los soldados, (4) pues suelen reducir a pedazos o atravesar cualquier cosa contra la que impacte su disparo como si fuera un rayo[405].

---

[405] Véase nota 396.

XXX

Cómo obtener las medidas para construir escalas y máquinas de guerra

(1) Para tomar una muralla las escalas y las máquinas de combate son de enorme utilidad siempre que estén construidas con las dimensiones adecuadas para sobrepasar la altura de la ciudad. (2) La medida se obtiene de dos formas; o bien se ata un cordel fino y ligero en uno de los extremos de una flecha que, cuando llega al punto más elevado de la muralla, permite conocer la altura de la misma por la longitud del cordel, (3) o bien cuando el sol proyecta sobre el suelo la sombra de las torres y de la muralla, sin que lo adviertan los adversarios se mide la longitud de su sombra al tiempo que se clava en el suelo una *decempeda*[406] y se mide la longitud de su sombra. (4) Hecha esta medición no hay duda de que se podrá hallar la altura de la ciudad a partir de la sombra de la *decempeda*, pues se sabe cuánta altura corresponde a cuánta longitud de sombra.

(5) Creo que he recopilado en aras del bien común todo aquello que los autores de manuales de técnica militar han escrito sobre el asedio y la defensa de las ciudades así como todo aquello que ha dictado la experiencia en las recientes situaciones de peligro; e insisto una y otra vez en que se deben tomar precauciones con sensatez para que en ningún caso haya escasez de agua ni de comida, pues son males que no se pueden remediar con arte alguna; (6) por ello cuanta mayor conciencia haya de que la duración del asedio va a depender de la voluntad de los asediadores, mayor será la cantidad

[406] Véase nota 296.

de provisiones que deberá almacenarse dentro del recinto amurallado[407].

[407] Aunque en el desarrollo de la exposición relativa a los asedios no han faltado alusiones realizadas desde la perspectiva del atacante, la perspectiva que Vegecio adopta más frecuentemente es la del bando atacado, la de la parte de quienes sufren el asedio y reciben los ataques de un ejército invasor, evidentemente el de los pueblos bárbaros del norte y noreste en sus acometidas continuas contra las provincias del Imperio. Y aquí Vegecio pone fin a la parte dedicada a la poliorcética con una última advertencia también dirigida a los asediados, siguiendo la tónica dominante de la exposición.

XXXI

Preceptos de la guerra naval

(1) Por encargo de Tu Majestad, invencible Emperador, una vez concluidas las consideraciones relativas a la guerra en tierra firme queda por tratar, me parece a mí, la parte relativa a la guerra naval[408]. De la técnica de este tipo de guerra hay poco que decir dado que, como ya hace tiempo que el mar está pacificado, el combate contra los pueblos bárbaros se desarrolla enteramente en tierra firme.

(2) El pueblo romano por su sentido de la compostura y por el bien de su grandeza no preparaba su flota de improviso por la incumbencia de algún conflicto sino que la tenía siempre preparada para no correr riesgo en ningún momento. (3) Y es que nadie se atreve a declarar la guerra ni a provocar a un reino o a un pueblo que sabe preparado y dispuesto para oponer resistencia y responder a los ataques[409].

(4) Así pues una legión estaba destinada en el Miseno y otra en Rávena con la flota, de modo que no se alejaban demasiado de su labor de protección de Roma y cuando algún asunto lo requiriese podían llegar en barco a cualquier parte del mundo sin dilación ni rodeo.

(5) En efecto la flota del Miseno tenía cerca la Galia, las Hispanias, Mauritania, África, Egipto, Cerdeña y Sicilia, (6) mientras que la flota de Rávena solía llegar sin hacer escala hasta el Epiro, Macedonia, Acaya, la Propóntide, el Ponto, Oriente, Creta y Chipre, pues en materia militar la rapidez suele reportar mayores ventajas que el valor.

---

[408] El valor documental de esta parte es de gran importancia fundamentalmente por el hecho de ser el único tratamiento sistemático de la preceptiva militar antigua de tipo naval que se ha conservado. Sin embargo, dista mucho de la fórmula expositiva que ha definido los contenidos anteriores, referidos a la batalla en tierra firme, y difícilmente se puede hablar de un tratado o un apartado exhaustivo. Se trata más bien de una serie de consideraciones de cierta importancia al respecto de esta cuestión presentadas casi como apéndice de la obra.

[409] Véase 3, *praef.* 8.

XXXII

Denominación de las autoridades que estaban al mando de la flota

(1) El prefecto de la flota del Miseno estaba al mando de las naves liburnas que se hallaban en Campania, mientras que las que se encontraban en el Mar Jonio estaban bajo la autoridad del prefecto de la flota de Rávena[410]; por debajo de ellos en el escalafón había diez tribunos, uno por cada cohorte. (2) Cada nave liburna tenía un navarca[411], una especie de naviculario[412], que aparte de las demás obligaciones de los marineros se encargaba de adiestrar diariamente y con gran tesón a los timoneles, a los remeros y a los soldados.

---

[410] Suetonio (*Aug.* 49, 1) relata la creación por parte de Augusto de las flotas del Miseno y de Rávena para custodiar respectivamente el Adriático y el Tirreno. Esta innovación augustea parece que fue llevada a cabo en los primeros años de su llegada al poder.

[411] El uso del término *nauarchus* (navarca), tomado directamente del griego ναύαρχος, denominaba al almirante del barco.

[412] El *nauicularius* o naviculario era el armador de un barco, normalmente de tipo mercante. Milner señala que la identificación del *nauarchus* o almirante con el *nauicularius* o armador es errónea puesto que este último no tenía siquiera que hacerse a la mar si no lo deseaba. Se trata de dos autoridades marítimas de carácter distinto, aunque en ocasiones podían coincidir en una misma persona.

XXXIII

De dónde reciben su nombre las naves liburnas

(1) Distintas provincias en alguna época fueron potencias marítimas y por esta razón han existido diferentes tipos de naves. (2) Pero cuando Augusto luchó en la batalla de Accio[413], dado que Antonio fue derrotado principalmente gracias a las tropas auxiliares de los Liburnos, quedó patente con la demostración realizada en tan importante contienda que las naves de los Liburnos estaban mejor aparejadas que el resto.

(3) Así pues los emperadores romanos formaron una flota tomando como modelo este tipo de nave y adoptando su misma forma y su mismo nombre. (4) Liburnia es una parte de Dalmacia que se encuentra cerca de la ciudad de Iader[414]. En la actualidad se siguen construyendo naves de guerra siguiendo su ejemplo y reciben el nombre de naves liburnas[415].

---

413 La batalla de Accio, librada en la entrada del Golfo de Ambracia el dia 2 de Septiembre del año 31 a.C., supuso la victoria definitiva de las tropas de Augusto, allí comandadas por Vipsanio Agripa, sobre las de Marco Antonio y Cleopatra alcanzando así el primado absoluto en el poder sobre el Imperio de Roma.

414 La actual Zadar, ciudad portuaria de Croacia. Aunque la forma *Diadert-* de *Diadertina ciuitas* no es corriente en latín, donde se encuentra más a menudo *Iadert-*, aparece testimoniada en el arquetipo de los *Acta Concilì Aquileiensis* del año 381 (véase M. Reeve, *Vegetius, Epitoma rei militaris*, pág. 175 *s. u. Diadertina ciuitas).*

415 En el siglo IV ya era habitual utilizar el nombre de *liburnae* para denominar cualquier tipo de embarcación, casi como término sinónimo de *nauis*.

XXXIIII

El esmero que se debe poner en la construcción de las liburnas

(1) Si en la construcción de las casas la calidad de la arena y de las piedras es un requisito básico, con más razón se debe llevar a cabo escrupulosamente la elección de todos los materiales en la construcción de las naves, habida cuenta de que una nave defectuosa entraña mucho más peligro que una casa defectuosa. (2) La liburna está hecha fundamentalmente de madera de ciprés, de pino doméstico o silvestre, de alerce y de abeto, y es preferible utilizar clavos de bronce para remacharla que clavos de hierro. (3) Aunque el desembolso parezca más oneroso, sin embargo está demostrado que al final se sale ganando ya que dura más; y es que efectivamente con el tiempo y con la humedad el óxido corroe rápidamente los clavos de hierro mientras que los de bronce se conservan íntegros incluso dentro del agua.

XXXV

Consideraciones a tener en cuenta a la hora de cortar la madera

(1) Sobre todo se debe tener cuidado de talar entre el decimoquinto y el vigésimo segundo día del ciclo lunar los árboles con cuya madera se van a fabricar las liburnas. Solamente la madera cortada durante estos ocho días se conserva inmune a la putrefacción, (2) mientras que la madera talada en los demás días se convierte en polvo en el curso de ese mismo año corroída en su interior por los gusanos. (3) De esta circunstancia ya advirtieron la propia técnica y la experiencia cotidiana de todos los ingenieros y la podemos reconocer también observando la propia religión, que tuvo a bien que en lo sucesivo las celebraciones sólo se realizaran en estos días[416].

[416] Aunque se trata de un pasaje cuyo sentido no está totalmente claro, parece que aquí Vegecio se refiere a la Pascua y al cálculo del Domingo de Pascua. Milner (*op. cit.*, pág. 143, n. 2) interpreta que las fechas lunares aquí propuestas por Vegecio se ajustan a las reglas que fueron adoptadas hacia el año 388 por Teodosio para calcular la fecha del Domingo de Pascua (véase H. Leclerq, *Dictionaire d'Archéologie-chrétienne et de Liturgie XIII, 2*, 1938, págs. 1553-1554).

XXXVI

En qué mes se deben cortar los listones

(1) Los listones se deben cortar preferiblemente después del solsticio de verano, es decir, durante los meses de julio y agosto, y durante el equinoccio de otoño, es decir, hasta las Calendas de enero. (2) Durante estos meses, efectivamente, como se enjuga la humedad la madera está más seca y por tanto más recia. (3) Se debe evitar cortar los listones inmediatamente después de la tala y utilizarlos en la construcción de las naves justo después de cortarlos, pues los árboles tanto cuando aún están enteros como cuando están cortados en tablones dobles requieren un periodo de reposo para que se sequen mejor. (4) Los listones que se ensamblan estando aún verdes, en cuanto terminan de resudar su humedad natural, se contraen y forman grandes grietas. Y no hay cosa más peligrosa para los navegantes que las fisuras en las tablas.

XXXVII

Las dimensiones de las liburnas

(1) En lo que concierne al tamaño las liburnas más pequeñas tienen una sola fila de remos por cada lado, las que son algo más grandes tienen dos filas y las que tienen el tamaño óptimo están surtidas de tres, cuatro y en ocasiones cinco filas de remeros. (2) Que a nadie le parezca esto exagerado, pues se cuenta que en la batalla de Accio participaron navíos aún mayores, que tenían seis filas de remos o incluso más[417].

(3) Las liburnas de mayor tamaño van acompañadas de botes de reconocimiento[418] que llevan veinte remeros por lado; a este tipo de bote los Britanos lo denominan *picatus*[419]. (4) Con ellos se suelen lanzar ataques por sorpresa, interceptar los convoyes de aprovisionamiento de los barcos enemigos y, gracias a su labor de vigilancia, conocer la llegada de la flota enemiga o sus planes.

(5) Para evitar que las naves de reconocimiento revelen su presencia por su color blanco se pintan las velas y los cabos de color véneto[420], que es similar al del agua de mar, y se tiñe incluso la cera con la que se suelen calafatear las naves. (6) También los marineros y los soldados visten ropa de color véneto para pasar más fácilmente desapercibidos no sólo por la noche sino también por el día en su tarea de exploración.

---

[417] Floro (2, 21) cuenta que las naves de la flota de Augusto tenían de dos a seis filas de remos mientras que las de Marco Antonio tenían de seis a nueve. Aún más magnífica es la nave de Perseo en la que regresó a Roma Emilio Paulo tras su victoria sobre el rey macedonio; de ella dice Eutropio (4, 8, 1) que se contaba que tenía nada menos que dieciséis filas de remos.

[418] *Scafae exploratoriae*.

[419] Stewech conjeturó en este punto del texto *pincas* por comparación con el término holandés "pincke".

[420] El color *uenetus* es un tipo de azul marino. La única fuente que permite averiguar con una cierta garantía la tonalidad de este color es precisamente este pasaje de Vegecio.

XXXVIII

Nombres y número de los vientos

(1) Quien se embarca con su ejército en los buques de la flota debe ser capaz de reconocer los signos que pronostican tormentas, (2) pues las liburnas son derribadas más a menudo por los vendavales y el oleaje que por el ataque de los enemigos. Habrá que aplicar toda la perspicacia a esa parte de la ciencia natural, ya que a partir de la consideración del cielo se comprende la naturaleza de los vientos y las tormentas. (3) Y frente a la inclemencia del mar en la misma medida que la precaución protege a los hombres prudentes, el desinterés perjudica a los negligentes.

(4) Así pues en primer lugar la técnica de la navegación debe examinar el número de vientos y sus nombres. (5) Los antiguos creían que únicamente soplaban los cuatro vientos principales desde cada parte del cielo, en correspondencia con los puntos cardinales, pero en épocas posteriores se ha demostrado que son doce; (6) para no dejar lugar a la duda hemos referido no sólo sus nombres griegos sino también los latinos indicando, después de hacer alusión a los cuatro vientos principales, los que están asociados a ellos por la derecha y por la izquierda.

(7) Comencemos por el solsticio de primavera[421], es decir, por el punto cardinal Este, de donde surge el viento Afeliote[422],

---

[421] Vegecio se confunde, porque el punto cardinal Este es, en realidad, el equinoccio de primavera y no su solsticio.

[422] El viento *Apheliotes* (forma latinizada del griego ἀφηλιώτης), viento del Este, aparece en la literatura latina ya en el poemario de Catulo (26, 3). Posteriormente se reencontrará siempre como denominación del viento en obras de contenido técnico-científico, en los tratados encomendados al estudio y la exposición de la naturaleza (ciencias naturales) como son Séneca (*nat.* 5, 16, 4), Plinio (*nat.* 18, 337) y Apuleyo (*De mundo* 13) y, más en general y en sentido menos preciso, en obras dedicadas a la transmisión de *scientia*, como es el caso de Aulo Gelio (2, 22, 8) y Lucio Ampelio (5, 1). Es utilizado para desig

o sea, el Subsolano[423]; (8) a su derecha queda el Cecias[424] o Euroboro[425] y a su izquierda el Euro[426] o Vulturno[427]. El Noto[428], o sea, el Austro[429], es dueño del punto cardinal Sur; (9) a su derecha queda el Leuconoto[430], o sea, el Noto Blanco[431],

---

nar el punto cardinal desde el que sopla en L. Ampelio (4, 1) y en Amiano (17, 4, 22).

423 La denominación de *Subsolanus* está testimoniada en la literatura latina más tardíamente que *Apheliotes*, pues el primer autor en el que aparece es Cornelio Celso. Esta forma únicamente se encuentra en obras de contenido técnico-científico. Es interesante el apunte que hace al respecto Gelio (2, 22, 8) cuando dice que es el nombre que utilizan los marineros romanos para referirse al viento del Este.

424 La denominación *Caecias* es la latinización del nombre griego καίκιας, viento de Este-noreste. Aparece testimoniado por primera vez en la obra de Vitrubio (1, 6, 10) y, como los anteriores, sólo reaparecerá en textos técnico-científicos.

425 La denominación del *Euroborus*, forma que Vegecio presenta como equivalente latino del *Caecias*, solamente está atestiguada en este pasaje. Ya Séneca *(nat.* 5, 16, 5) había dicho "ab oriente solstitiali excitatum *(sc.* uentum) καικίαν Graeci appellant, apud nos sine nomine est" ("el que se surge en el oriente solsticial los Griegos lo llaman καίκιας, entre nosotros no tiene nombre"). Sin embargo *Euroborus* no es una denominación latina sino que está evidentemente tomada del griego εὐροβόρος.

426 El *Eurus* (εὖρος en su forma originaria griega), viento de Este-sureste, está testimoniado por primera vez en lengua latina en Tito Livio (25, 27, 11). A diferencia de lo que sucedía con los anteriores el viento euro es ingrediente habitual en obras no relacionadas con asuntos técnico-científicos.

427 Según Tito Livio (22, 46, 8) *Vulturnus* (o *Volturnus*, en su variante gráfica), es el nombre que daban a este viento los habitantes de una región de Apulia, probablemente en relación de proximidad y dependencia con el monte *Vultur* (el actual Vulture, cercano a Venosa).

428 El nombre de *Notus* es la latinización de νότος, denominación griega de este viento del Sur.

429 La denominación latina de *Auster* aparece ya en la obra de Enio *(ann.* 17, 443 Vahlen) y estará presente en toda la literatura latina y en todo tipo de género desde la comedia plautina hasta el poema periegético de Prisciano pasando por la historiografía, la literatura técnico-científica, la épica y la tragedia.

430 El *Leuconotus* (del griego λευκόνοτος, es decir, "Noto Blanco"), viento del Sur-sureste, aparece mencionado por primera vez en la obra de Vitrubio y sólo reaparecerá en Séneca *(nat.* 5, 16, 6), en Lucio Ampelio (5, 2), en uno de los *technopaegnia* de Ausonio (8, 55) y en el presente pasaje de la *Epitoma*.

431 Esta denominación de *Albus Notus*, que no es otra cosa que la traducción al latín de λευκόνοτος, sólo está testimoniada en este pasaje (y quizás en Horacio, *Carm.* 1, 7, 15-16). Esto parece estar en consonancia con lo que de-

y a su izquierda el Libonoto[432], esto es, el Coro[433]. (10) El Céfiro[434] o Subvespertino[435] ocupa el punto cardinal Oeste; (11) a su derecha queda el Lips[436] o Ábrego[437] y a su izquierda el Yápige[438] o Favonio[439]. (12) Al punto cardinal Norte le tocó

---

cía Séneca al respecto del λευκόνοτος, en el pasaje indicado en la nota anterior, "apud nos sine nomine est".

[432] El *Libonotus*, forma latinizada del griego λιβόνοτος, viento de Sursuroeste, está formado por el encuentro del *Libs* (o *Lips*) y el *Notus*. Esta denominación se encuentra en Vitrubio (1, 6, 10), en Plinio *(nat.* 2, 120), en Apuleyo *(De mundo* 11) y en el comentario del Servio danielino *(Georg.* 4, 298).

[433] El viento *Corus* o *Caurus* es el equivalente latino del *Libonotus*. Según Nielsen ("Les noms grecs et latins des vents", *C&M* 7, 1945, pág. 106) en Vegecio el *Corus* está colocado erróneamente, pues el lugar que le corresponde es Oeste-noroeste, como el *Iapyx*.

[434] El *Zephyrus* o ζέφυρος, viento del Oeste.

[435] El nombre de *Subuespertinus* sólo está testimoniado en este pasaje de Vegecio. Vitrubio (1, 6, 10) emplea una denominación muy parecida, *Subuesperus*. Parece tratarse de una creación artificiosa por oposición directa al *Subsolanus*.

[436] El viento *Lips* o, como aparece transcrito normalmente, *Libs* (λίψ en griego) es el viento de Oeste-suroeste. Parece que el nombre es el fruto de una etimología popular que ponía este viento en relación con Libia. La forma está testimoniada en Plinio *(nat.* 2, 119-120), en Lucio Ampelio (5, 1), en el presente pasaje, en el *technopaegnion* de Ausonio mencionado en la nota 430 y en el comentario a la *Eneida* del Servio danielino *(Aen.* 1, 22). Precisamente en este último la etimología es propuesta en dirección contraria, es decir, que Libia habría recibido su nombre a partir del viento: "dicta autem Libya [...] quod inde libs flat, hoc est africus" ("se llama Libia [...] porque desde allí sopla el Libs, esto es el Ábrego").

[437] La versión latina del *Libs/Lips* es, como dice Vegecio, el *Africus*, que también explicita en su nombre la relación con la región de procedencia de su soplo. En castellano este viento es conocido como Áfrico o como Ábrego, ambas formas derivadas directamente de *Africus*.

[438] El *Iapyx*, viento de Oeste-noroeste, aparece predominantemente en textos de naturaleza técnico-científica. Según Séneca *(nat.* 5, 17, 2) se trata de un viento de carácter local restringido a Calabria. En la mitología griega *Iapyx* era el hijo de Dédalo que dio nombre a *Iapygia*, correspondiente más o menos a la actual región de la Puglia, y al río *Iapyx*. Varrón denominaba a este viento *Argestes* (véase Servio dan., *Aen.* 8, 710).

[439] El *Fauonius* es un viento de larga tradición en la cultura latina que se encuentra mencionado ya en las comedias de Plauto y en los escritos de Catón. Aunque en este pasaje aparece como viento de Oeste-noroeste su colocación más habitual es la de viento del Oeste, es decir, en lugar del *Subuespertinus* de Vegecio y como equivalente del *Zephyrus*.

el Aparcias[440] o Septentrión[441], a cuya derecha queda el Trascias[442] o Cierzo[443] y a cuya izquierda está el Bóreas[444], es decir, el Aquilón[445].

(13) Estos vientos suelen soplar normalmente de uno en uno, en ocasiones dos a la vez y cuando hay grandes tormentas hasta tres al mismo tiempo[446]. (14) Por su empuje los mares, que por naturaleza son tranquilos y sosegados, se encrespan con ondas rebullentes; (15) por sus ráfagas según el momento y el lugar la tempestad da paso a la calma y de nuevo la calma se torna tempestad.

(16) Cuando hay viento a favor la flota llega al puerto deseado, pero con viento en contra se ve forzada a detenerse, a dar la vuelta o a afrontar un grave riesgo. (17) Y por eso quien ha estudiado con profundidad el comportamiento de los vientos difícilmente sufre un naufragio.

---

[440] El *Aparcias* (normalmente denominado *Aparctias)*, viento del Norte, se encuentra mencionado únicamente en obras de contenido técnico-científico. Aparece por primera vez en la obra de Plinio *(nat.* 2, 119) y reaparece en Aulo Gelio (2, 22, 11), en Apuleyo *(De mundo* 11; 13), en Lucio Ampelio (5, 1), en este pasaje de Vegecio y en el Servio danielino *(Georg.* 4, 298).

[441] El *Septentrio* en su propio nombre lleva la indicación explícita del punto cardinal desde el que sopla, el septentrional.

[442] El *Thrascias* (θρασκίας en griego), viento de Norte-noreste, aparece solamente en Séneca *(nat.* 5, 16, 5), Plinio *(nat.* 2, 120), Apuleyo *(De mundo* 11), Vegecio y en el Servio danielino *(Georg.* 4, 298), y como *thracias* en Vitrubio (1, 6, 10) y Ampelio (4, 1).

[443] El *Circius* o *Cercius* era considerado por muchos otro viento de carácter local, como el *Iapyx*. Así se lee por ejemplo en Séneca *(nat.* 5, 17, 5) y en Aulo Gelio (2, 22, 20). Plinio *(nat.* 17, 49) por su parte lo localiza en la Narbonense.

[444] El *Boreas*, forma latinizada del griego βορέας, viento del Norte-noreste, aparece ya mencionado en la obra de Catulo y en Cornelio Nepote. Su uso posterior se articula básicamente en su larga tradición poética y en su tratamiento en la literatura técnico-científica.

[445] El *Aquilo* aparece testimoniado desde las primeras manifestaciones de la tradición romana. Se encuentra ya en Ennio, Nevio, el comediógrafo Sexto Turpilio, Lucilio, Acio, etc. y se conservará hasta los últimos estadios de la tradición.

[446] Precisamente tres son los vientos que envió el dios Eolo contra la flota de Eneas por petición de Juno al inicio del libro primero de la *Eneida* (vv. 65-156 y en particular vv. 85-86). Fue la conjunción del Euro, el Noto y el Ábrego lo que desencadenó la terrible tormenta que apartó a Eneas de su ruta hacia la península itálica arrastrándolo junto con sus barcos hasta las costas africanas con gran quebranto para su expedición y que por su violencia incluso atrajo la atención del dios Neptuno.

XXXVIIII

En qué meses se navega más seguro

(1) La siguiente consideración concierne a los meses y a los días, pues no durante todo el año la violencia y la intemperancia del mar permiten la navegación sino que por una ley natural algunos meses son muy favorables para los barcos, otros son de incertidumbre y el resto resultan imposibles. (2) Se considera que la navegación es segura a partir del fin de †Pacnita[447]†, es decir, a continuación del orto de las Pléyades, desde el sexto día antes de las Calendas de junio[448] hasta el orto del Arcturo, es decir, hasta el día decimoctavo antes de las Calendas de octubre[449], pues la violencia de los vientos se mitiga por la bonanza del verano. (3) Desde esta fecha hasta el tercer día antes de los Idus de noviembre[450] la navegación resulta impredecible y está más cerca de ser peligrosa que de lo contrario (4) porque después de los Idus de septiembre[451] surge el Arcturo, astro de temible influjo, y en el octavo día antes de las Calendas de octubre[452] se desencadena la impetuosa tormenta de equinoccio. En torno a las Nonas de octubre[453] surgen los Cabritos[454], siempre lluviosos, y cinco días antes de

---

[447] Los manuscritos transmiten lecturas discordantes y poco comprensibles. Mommsen conjeturó que la lectura que aparecía deformada en los manuscritos no era otra que *Pacho* o Pacón, el mes del calendario egipcio que abarca el periodo de tiempo comprendido entre el 26 de abril y el 25 de mayo. Sin embargo, en opinión de Reeve, la conjetura de Mommsen no resulta satisfactoria, por lo que trata de reconstruir la lectura de los manuscritos y, por ello, presenta su texto entre *cruces*.

[448] El 27 de mayo.

[449] El 14 de septiembre.

[450] El 11 de noviembre.

[451] El 13 de septiembre.

[452] El 24 de septiembre.

[453] El 7 de octubre.

[454] Los *Haedi* o Cabritos son las dos estrellas situadas en la muñeca izquierda del Cochero (o Auriga), es decir, las estrellas ζ y η *Aurigae* (véase, por ejemplo, Arato, *Φαιν.* 158 y Gémino, III, 12).

los Idus de ese mismo mes[455] lo hace Tauro. (5) A partir del mes de noviembre el ocaso invernal de las Virgilias[456] provoca perturbaciones a los barcos con incesantes tormentas. (6) Así pues desde el tercer día antes de los Idus de noviembre[457] hasta el sexto antes de los Idus de marzo[458] los mares están cerrados a la navegación. (7) En efecto la escasa luz diurna y la prolongada noche, la densidad de las nubes, la oscuridad de la bruma y el rigor de los vientos redoblado por la lluvia y las nieves no sólo impiden los desplazamientos de las naves sino también los que se hacen en tierra firme.

(8) Pero a partir del día natalicio, por así llamarlo, de la navegación, que se celebra con competiciones festivas y con espectáculos públicos en los que participan muchos pueblos, (9) hasta los Idus de mayo[459] tratar de hacerse a la mar es arriesgado por causa de numerosos astros y del propio clima. Y digo esto no para que cese la actividad de los mercaderes, (10) sino porque hay que poner mayor cuidado cuando el ejército navega en naves liburnas que cuando es la audacia del comercio privado la que apremia.

---

[455] El 11 de octubre.

[456] Como explica Higino (*Astr.* 3, 20) "Vergilias nostri, Graeci autem Pleiadas appellauerunt" ("a nuestras Virgilias los Griegos les daban el nombre de Pléyades").

[457] El 11 de noviembre.

[458] El 10 de marzo.

[459] El 15 de mayo.

XL

Cómo se deben observar los signos de tormenta

(1) Aparte de lo ya dicho el orto y el ocaso de otros astros desencadenan tormentas de enorme violencia. A pesar de que el testimonio de las autoridades en la materia señala determinados días para estas tormentas, (2) como se pueden producir cambios por distintos motivos y —hay que admitirlo— la condición humana es incapaz de conocer por completo los influjos de los astros, se subdivide la observación náutica en tres partes: (3) se ha constatado que las tormentas tienen lugar en el día previsto, o bien antes o después; a partir de esta división cuando las tormentas se adelantan dicen con el término griego *prochimazon*, cuando se desencadenan en el día determinado *chimazon* y cuando se retrasan *metachimazon*[460].

(4) Me parece inapropiado o cuanto menos prolijo realizar una enumeración pormenorizada cuando muchos autores han expuesto con gran diligencia la consideración en este sentido no ya de los meses sino incluso de los días. (5) También la trayectoria de los astros denominados planetas[461] cuando entran o salen de una constelación siguiendo el curso prescrito por la voluntad de Dios Creador a menudo suelen alterar

---

[460] Las formas griegas, aunque en grafía latina, significan respectivamente "que se desencadena con anterioridad", "que se desencadena" y "que se desencadena con posteridad".

[461] *Planetae* es el calco de la denominación que daban los griegos a las estrellas en movimiento, a las que los romanos llamaban "erraticae" ("errantes"). Tal y como se lee en el manual didáctico de Lucio Ampelio (3, 2-3) "Quae *(sc.* stellae) a Graecis planetae, a nobis erraticae dicuntur, qui<a> ad arbitrium suum uagantur et motu suo hominum fata moderantur" ("Las estrellas que los Griegos denominaron planetas, nosotros las llamamos errantes, pues se mueven a propio albedrío y moderan con su movimiento los destinos de los hombres").

la serenidad del clima. (6) No sólo la especulación científica sino también la experiencia de la gente de a pie advierte que los días de interlunio suelen estar repletos de tormentas y son temibles para los navegantes.

XLI

Los pronósticos

(1) Hay muchos signos que revelan la transición de la calma a la tormenta y de la tempestad al reposo; estos signos los muestra la luna claros como en un espejo. (2) El color rubicundo presagia vientos, el cerúleo lluvias, una mezcla de ambos, nubarrones y fuertes tormentas. (3) Una luna radiante y clara augura a las naves la calma que porta en su semblante, sobre todo si en su cuarto orto no aparece truncada con los cuernos difuminados ni aparece enfoscada por la niebla.

(4) También influye si el sol cuando sale y cuando se pone brilla con una luminosidad constante o si varía porque lo cubre alguna nube, si está refulgente con su resplandor habitual o tiene un tono ígneo por los vientos en ciernes y no está pálido por la nieve o jaspeado por una lluvia inminente.

(5) La bruma, el propio mar y el tamaño y forma de las nubes les proporcionan indicios a los marineros atentos. (6) Algunos se desprenden también de las aves y algunos otros de los peces; Virgilio recogió en las *Geórgicas* este tipo de indicios con su talento casi divino y Varrón los expuso con gran esmero en los libros sobre la navegación[462]. (7) Los timoneles confiesan conocer todas estas cosas pero sólo en la medida en que la práctica de su experiencia les ha enseñado, sin que una ciencia más profunda haya formado sus conocimientos.

---

[462] Obra de Varrón que se ha perdido para la posteridad pero que debió de ser de no poca importancia para Vegecio en la composición de esta parte de la *Epitoma*.

XLII

Los flujos marinos o marea

(1) El agua del mar constituye la tercera parte del mundo y aparte de por el soplo de los vientos también se agita por su propia corriente y su movimiento. (2) A determinadas horas, igual de día que de noche, un cierto flujo que recibe el nombre de marea se desplaza mar adentro y afuera e, igual que los ríos, ora se desborda sobre tierra firme ora refluye a alta mar. (3) Esta alternancia del movimiento oscilatorio en doble sentido cuando es favorable es de gran ayuda, pero cuando va en contra demora la travesía de los barcos[463]. (4) Quien se dispone a combatir debe poner mucho cuidado en evitar este movimiento adverso. (5) El empuje de la marea no se vence con la ayuda de los remos y hasta el viento cede a veces a él. (6) Y dado que en distintas regiones según se encuentre la luna en cuarto creciente o menguante a determinadas horas cambian las mareas, quien se dispone a entablar un combate naval debe conocer antes de la contienda el ciclo habitual del mar y del lugar.

---

[463] Se sabe por las palabras del propio Varrón (*ling. lat.* 9, 19, 26) que compuso una obra *De aestuariis*. Esta composición probablemente le sirvió de fuente directa o indirectamente a Vegecio para esta parte de su compendio. El uso de *r(h)euma* en latín con el sentido de "marea" aparece atestiguado por primera vez a finales del siglo IV a.C., en este pasaje de Vegecio y en Ambrosio (*Hex.* 5, 10, 29).

XLIII

El conocimiento de los lugares y los remeros

(1) Es responsabilidad de los marineros y de los timoneles conocer los lugares por los que se navega y los puertos para poder esquivar los lugares plagados de escollos prominentes o inadvertidos, los bajíos y los encalladeros; cuanto más profundo sea el mar, mayor seguridad hay.

(2) En los navarcas[464] se exige como requisito la diligencia, en los timoneles la destreza y en los remeros la fuerza física porque la batalla naval se desarrolla en un mar en calma (3) y las numerosas liburnas golpean con sus espolones a los enemigos y evitan sus ataques no gracias a las ráfagas de viento sino al impulso de los remos. En esta maniobra son la potencia de los brazos de los remeros y la pericia del piloto que gobierna el timón los que garantizan la victoria.

[464] Véase nota 411.

XLIIII

Sobre las armas y la artillería mural

(1) La batalla terrestre requiere ciertamente muchos tipos de armas, pero la contienda naval exige no sólo más clases de armas sino también de máquinas y de artillería, como cuando se combate desde las murallas y las torres. (2) ¿Qué puede haber más cruel que una batalla naval en la que los hombres mueren presa de las aguas y de las llamas? (3) Por tanto la principal precaución debe ser las protecciones, de forma que los soldados estén provistos de corazas o lorigas, yelmos e incluso de grebas. (4) Y del peso del armamento ningún soldado puede quejarse pues en el barco se lucha sin moverse del sitio. Se deben llevar también escudos más resistentes y de mayor tamaño para detener los golpes de las piedras.

(5) Aparte de las hoces[465], los arpones y los demás tipos de armas arrojadizas característicos de la guerra naval se intercambia el lanzamiento de dardos y piedras con arcos, jabalinas, hondas, fustíbalos, dardos emplomados, catapultas, ballestas y escorpiones; y, lo que es más peligroso, quienes confían en su valor tienden puentes acercando las liburnas, abordan las naves del enemigo y una vez allí luchan cuerpo a cuerpo, como se suele decir, con las espadas.

(6) En las liburnas más grandes se construyen baluartes y torres para poder dañar y abatir más fácilmente a los enemigos desde lo alto de las tarimas como desde una muralla. (7) Se deben lanzar con las ballestas flechas en llamas recubiertas de aceite incendiario, estopa, azufre y betún contra el casco de los barcos enemigos, y los tablones barnizados con

---

[465] En este caso ya no se refiere a las *falces murales* de las que habló en el capítulo 14, sino a las *falces* que se llevaban a bordo de las embarcaciones de guerra (véase nota 370). En el capítulo 46 describirá su aspecto y su modo de empleo.

cera, pez y resina arderán inmediatamente por la naturaleza inflamable de estos materiales. (8) Unos sucumbirán al hierro y a las piedras, otros no podrán evitar quemarse entre las olas; (9) pero entre tantos tipos de muerte el más terrible de todos es que los cuerpos queden insepultos para pasto de los peces[466].

[466] La consideración de la muerte en el mar como la peor de todas las muertes posibles estaba muy relacionada con la idea de que la muerte por ahogamiento impedía que el alma abandonara el cuerpo y con la inquietud que producía la posibilidad de quedar eternamente insepultos. Al respecto en época contemporánea a Vegecio aunque en ámbito oriental es interesante ver F. J. Fernández Nieto, "Un ἄγραφος νόμος en el epistolario de Sinesio de Cirene", *Arte, sociedad, economía y religión durante el Bajo Imperio y la Antigüedad tardía, Antigüedad y cristianismo. Monografías históricas sobre la Antigüedad tardía 8*, Murcia, Universidad de Murcia, 1991, págs. 17-22.

XLV

Cómo tender asechanzas en la batalla naval

(1) Igual que en el combate en tierra firme, se realizan ataques por sorpresa cuando los marineros no se lo esperan o bien se tienden emboscadas en los estrechos de las islas indicados para este fin. (2) El objetivo de esta acción es destruir al enemigo más fácilmente al sorprenderlo desprevenido. Si los marineros enemigos están cansados después de una larga travesía remando, si llevan viento en contra, si nuestros hombres van contra marea, si duermen sin ningún recelo, si el lugar donde han fondeado no les ofrece vía de escape, en definitiva si se presenta la ocasión deseada para luchar (3) hay que tender la mano a los favores que brinda la fortuna y luchar sin dejar pasar la oportunidad.

(4) Y si la cautela del enemigo eludiendo las emboscadas obliga a combatir en batalla campal, entonces habrá que colocar en formación las liburnas, no en línea como en tierra sino en arco, en forma de luna, de modo que con las alas echadas hacia delante el centro de la formación quede combada con el fin de que si los enemigos tratan de irrumpir contra la flota puedan ser envueltos por la formación y destruidos. (5) En las alas se debe situar las mejores liburnas y los mejores soldados.

XLVI

Qué hacer cuando se entabla una batalla campal en el mar

(1) Es una ventaja que tu flota siempre disfrute de mar abierto y profundo y que la del enemigo se vea empujada hacia la costa, pues el que es repelido hacia tierra firme pierde impulso para atacar. (2) En este tipo de combate se ha constatado que hay tres tipos de armas que contribuyen en gran medida a la victoria: las trancas[467], las hoces[468] y las hachas de doble filo[469].

(3) Se llama tranca al poste fino y largo, parecido a una entena, que pende del mástil con ambos extremos recubiertos de hierro (4) y que se empuja con fuerza como si fuera un ariete si los barcos enemigos se acercan por derecha o izquierda. Este arma derriba y mata a los soldados y a los marineros enemigos y con mucha frecuencia incluso perfora el propio barco.

(5) Por su parte se denomina hoz a un hierro muy afilado de forma curva, tal que una auténtica hoz, que acoplado a lanzas muy largas corta de repente los cabos de amarre de los que cuelga la entena y al caer las velas hace que la liburna sea más lenta e ineficaz.

(6) El hacha de doble filo tiene por los dos lados una hoja de hierro muy larga y afilada. (7) Con ellas en pleno fragor de la batalla los marineros y los soldados más hábiles montan en pequeños botes y cortan a escondidas los cabos con los que van sujetos los timones de los enemigos. (8) Al hacer esto el barco, indefenso e inoperante, es capturado de inmediato; pues ¿qué salvación le queda a la nave que ha perdido el timón?

---

[467] Los *asseres*.
[468] Las *falces*.
[469] Las *bipennes*.

(9) Sobre las corbetas[470] que se usan en el Danubio para montar patrullas de vigilancia diaria no creo que deba decir nada pues la práctica habitual ha encontrado en ellas mayor utilidad de cuanta la antigua disciplina había señalado.

[470] Las *naues lusoriae* en época tardía no eran ya embarcaciones de recreo sino naves empleadas para las guardias y las patrullas sobre todo en ríos de gran tamaño, particularmente aptas para este cometido por su velocidad y su maniobrabilidad. En este sentido se encuentran testimoniadas en la *Historia Augusta (Quatt. tyr.* 15, 1); en el *Codex Theodosianus* (7, 17); en las *Nouellae (Theod.* 24, 1; 5) y en el *Codex Iustinianus* (1, 31, 4; 46, 4, con problemas textuales).

APÉNDICES

(9) Sobre las corbetas[49] que se usan en el Danubio para montar patrullas de vigilancia diaria no creo que deba decir nada pues la práctica habitual ha encontrado en ellas mayor utilidad de cuanta la antigua disciplina había señalado.

[49] Las *naves lusoriae* en época tardía no eran ya embarcaciones de recreo sino naves empleadas para las guardias y las patrullas sobre todo en ríos de gran tamaño, particularmente aptas para este cometido por su velocidad y su maniobrabilidad. En este sentido se encuentran testimoniadas en la *Historia Augusta* (*Quatt. tyr.* 15, 1), en el *Codex Theodosianus* (7, 17); en las *Novellae* (*Theod.* 24, 1; 5) y en el *Codex Iustinianus* (1, 31, 4; 46, 4, con problemas textuales).

Apéndice 1

EMPERADORES ROMANOS

Octavio Augusto	30/27 a.C.- 14 d.C.
Tiberio	14-37
Calígula	37-41
Claudio	41-54
Nerón	54-68
Galba	68 (junio)-69 (enero)
Otón	69 (enero-marzo)
Vitelio	69 (abril-diciembre)
Vespasiano	69 (diciembre)-79
Tito	79-81
Domiciano	81-96
Nerva	96-98
Trajano	98-117
Adriano	117-138
Antonino Pío	138-161
Marco Aurelio	161-180 (marzo)
Lucio Vero	161-169
Cómodo	180 (marzo)-192
Pértinax	193 (enero-marzo)
Didio Juliano	193 (marzo-junio)
Septimio Severo	193 (junio)-211
Caracalla	211-217
Geta	211-212
Macrino	217-218
Heliogábalo	218-222

Alejandro Severo	222-235
Maximino	235-238
Gordiano I	238
Gordiano II	238
Balbino	238 (*ca.* abril-junio)
Pupieno	238 (*ca.* abril-junio)
Gordiano III	238 (octubre)-244
Filipo el Árabe	244-249
Decio	249-251 (junio)
Hostiliano	251
Treboniano Galo	251-253
Volusiano	251-253
Emiliano	253
Valeriano	253-260
Galieno	253-268
[Póstumo]	259-268
[Ingenuo]	259-260
[Odeonato]	260-267
[Victorino]	267-268
[Aureolo]	268
Claudio II Gótico	268-270
Quintilo	270
[Tétrico]	270-274
Aureliano	270-275
Tácito	275-276
Floriano	276
Probo	276-282
Caro	282-283
Numeriano	283-284 (noviembre)
Carino	283-285
Diocleciano	284 (noviembre)-286

Imperio de Occidente		*Imperio de Oriente*	
Maximiano	286-305	Diocleciano	286-305
Constancio Cloro	305-306	Galerio	305-311
Constantino I	306-324	Maximino	310-313
Licinio	308-324		
Constantino I	324-337		
Constantino II	337-340	Constancio II	337-353
Constante	337-350		
Magnencio	350-353		
Constancio II	353-360		
Juliano	361-363		
Joviano	363-364		
Valentiniano I	364-375	Valente	364-378
Graciano	367-383	Teodosio	379-395
Valentiniano II	383-392		
[Magno Máximo]	383-387		
[Flavio Eugenio]	392-394		
Honorio	395-423	Arcadio	395-408
		Teodosio II	408-450
Valentiniano III	425-455		
Avito	455-456		
Máximo	455-457	Marciano	450-457
Mayoriano	457-461		
Libio Severo	461-465		
Antemio	467-472		
Olibrio	472-473		
Glicerio	473-474	León I	457-474
Julio Nepote	474-475	León II	474
Rómulo Augústulo	475-476	Zenón	474-491
		Anastasio	491-518
		Justino I	518-527
		Justiniano	527-565

Apéndice 2

MAPA DE LAS PROVINCIAS ROMANAS A FINALES DEL SIGLO IV

1 Cilicia
2 Isauria
3 Capadocia
4 Liconia
5 Pisidia
6 Panfilia
7 Licia
8 Caria
9 Galacia
10 Frigia
11 Lidia
12 Asia
13 Ponto
14 Paflagonia
15 Bitinia
16 Helesponto
17 Acaya
18 Tesalia
19 Epiro antiguo
20 Byzantium

21 Rodopa
22 Macedonia
23 Epiro Nuevo
24 Hemimonto
25 Tracia
26 Dacia medit.
27 Dardania
28 Prevalitania
29 Escitia
30 Mesia II
31 Dacia Ripuaria
32 Mesia I
33 Dalmacia
34 Panonia II
35 Savia
36 Valeria
37 Panonia I
38 Nórico medit.
39 Nórico Ripuario
40 Retia II

41 Lucania y Brutio
42 Apulia y Calabria
43 Samnio
44 Campania
45 Piceno suburb.
46 Valeria
48 Flaminia y Piceno
49 Toscana y Umbría
50 Emilia
51 Alpes Cotios
52 Véneto/Isiria
53 Liguria
54 Retia I
55 Alpes Apeninos
56 Secuana Máxima
57 Germania I
58 Bélgica I
59 Germania II
60 Bélgica II
61 Lugdunense II

62 Lugdunense Senona
63 Lugdunense III
64 Lugdunense I
65 Aquitania I
66 Aquitania II
67 Alpes Marítimos
68 Narbonense II
69 Vienense
70 Narbonense I
71 Novempulania
72 Galaecia
73 Lusitania
74 Tarraconense
75 Cartaginense
76 Bética
77 Tripolitania
78 Bizacena
79 África Proconsular
80 Numidia
81 Mauritania Sitifa

82 Mauritania Cesariana
83 Mauritania Tingitana

ÍNDICE ONOMÁSTICO

En este índice se incluyen todos los nombres propios, topónimos, antropónimos, teónimos y gentilicios de la obra. Los números remiten directamente al libro, capítulo y parágrafo de la obra en el que aparecen (no a la página).

ÍNDICE

LIBRO II

LIBRO III

LIBRO IV

APÉNDICES

La trayectoria vital de Flavio Vegecio Renato puede situarse entre la segunda mitad del siglo IV y la primera del V. Además de ser un personaje aventajado en el panorama político de su tiempo y de provenir de un ámbito familiar del primer nivel en la escala social, demuestra en las dos obras que se han conservado a su nombre una sólida educación romana, manifestada en el dominio de la lengua en la que escribe, sobre la base de aplicación de los preceptos de la retórica y la gramática, y en el conocimiento profundo de los clásicos literarios romanos, en particular de Virgilio.



La gestación del *Compendio de técnica militar* se debe al compromiso que asumió Vegecio por la encomienda directa y personal del emperador Teodosio para que llevara a cabo la ambiciosa empresa de recoger la tradición preceptiva militar romana. Pero en su *Compendio*, Vegecio también adopta una posición que participa y contribuye a la propaganda política teodosiana, en lo concerniente a la política de restauración de los valores y la proyección pública del ejército romano, en aras de la reparación del prestigio militar perdido tras la derrota de Adrianópolis.

Letras Universales